

ARNALDUR INDRIDASON

Pasaje de las Sombras



Lectulandia

Alertados por una inquilina preocupada porque uno de sus vecinos lleva tiempo sin dar señales de vida, dos policías encuentran el cadáver de un anciano sobre la cama. El análisis forense dictamina que fue asfixiado. El registro del domicilio del difunto saca a la luz unos recortes de prensa sobre una joven que en 1944 fue estrangulada y cuyo cuerpo fue depositado en la parte trasera del Teatro Nacional de Reikiavik. ¿Pueden ambas muertes estar relacionadas pese a las seis décadas que las separan?

Entrelazando el presente con el pasado y recurriendo a dos atípicas parejas de detectives, Indridason traza la inquietante y compleja línea que une ambos casos, marcados por la violencia contra las mujeres y la aparición de intrigantes elementos sobrenaturales. En el trayecto, el lector se ve transportado a la Islandia de finales de la Segunda Guerra Mundial, momento en que la presencia de las tropas americanas provoca fuertes tensiones entre una población, muy apegada a las leyendas y supersticiones, que cree en elfos y acude a sesiones de espiritismo.

Una doble investigación trepidante con una impecable recreación histórica que consolida a su autor como un referente de la novela negra nórdica.

Lectulandia

Arnaldur Indridason

Pasaje de las Sombras

ePub r1.1

Titivillus 04.02.15

Título original: *Skuggasund*
Arnaldur Indridason, 2013
Traducción: Fabio Teixidó Benedí

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA SOBRE EL USO DE LOS PRONOMBRES DE CORTESÍA Y FAMILIARIDAD

En esta novela se alternan los pronombres «tú» y «usted» para reflejar su uso en la sociedad islandesa antes y después de la Segunda Guerra Mundial.

Los agentes decidieron entrar en el apartamento, pero optaron por llamar a un cerrajero en lugar de forzar la puerta tras resolver que podían esperar unos cuantos minutos más.

Fue la vecina quien dio el aviso. No telefoneó a emergencias, sino a la Jefatura de Policía, y solicitó hablar con un agente. Cuando le pasaron la llamada, la persona que atendió al teléfono fue informada de que la mujer llevaba unos días sin ver a su vecino.

—A veces se pasa por mi casa cuando va a hacer la compra —explicó—. También lo oigo entrar y salir, o lo veo desde mi ventana cuando va a la tienda; sin embargo, últimamente, no ha dado señales de vida.

—Pudiera ser que se encuentre fuera de la ciudad.

—¿Fuera de la ciudad? No, no sale nunca.

—O que haya ido a casa de unos amigos. O de algún familiar.

—Me parece que no tiene muchas amistades, y nunca habla de su familia.

—¿Qué edad tiene?

—Unos noventa, aunque está en plenas facultades. No necesita ayuda para ir a ningún sitio ni nada parecido.

—Quizás ha ingresado en un hospital.

—No, me habría enterado. Vivo en su mismo rellano, en la puerta de enfrente.

—Tal vez se ha trasladado a una residencia. Por lo que dice, tiene una edad considerable.

—Yo... Qué cantidad de preguntas, no tengo respuesta para todas. No todo el mundo quiere vivir en una residencia, está muy bien de salud.

—Gracias por llamar, señora, enviaré a algunos hombres.

Dos agentes de policía esperaban al cerrajero junto a la puerta de la vivienda del anciano. Les acompañaba la vecina, Birgitta. Uno era rechoncho, con una prominente barriga. El otro era mucho más joven y estaba tan flaco que apenas llenaba el uniforme. Parecían un dúo cómico mientras esperaban allí, en el descansillo, charlando sobre esto y aquello. El más grueso contaba con sobrada experiencia y no era la primera vez que entraba en hogares de personas solitarias con la ayuda de un cerrajero. La policía recibía varios avisos al año para registrar el domicilio de individuos solitarios que vivían al margen de la sociedad. El cerrajero era pariente suyo, se llamaba Ómar y forzaba las puertas en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Ómar apareció en el rellano el agente y él se saludaron como buenos familiares y, una vez terminada la operación de descerrajado, abrieron sin dificultad.

—¿Hola? —voceó el agente rechoncho hacia el interior del apartamento.

No obtuvo respuesta. Pidió a su pariente y a la vecina que esperaran fuera e hizo

una señal a su compañero para que entrara con él.

—¿Hola? —gritó de nuevo, sin que nadie contestara.

Los policías penetraron lentamente en el piso, el agente barrigudo olisqueaba el aire. Les llegó un hedor desagradable que les obligó a taparse la nariz. Todas las cortinas estaban cerradas, pero hallaron encendidas las luces del recibidor, la cocina y el salón.

—¿Hola? —gritó el otro agente con voz estridente—. ¿Hay alguien ahí?

No obtuvieron respuesta. Fuera, el cerrajero y Birgitta aguardaban expectantes bajo el dintel.

La cocina era pequeña, pero estaba limpia y ordenada. Vieron dos sillas junto a una mesa y sobre la encimera, al lado del fregadero, una cafetera con la jarra medio llena. Dentro del fregadero distinguieron un plato y dos tazas y, al fondo de la estancia, un pequeño frigorífico y una vieja cocinilla de tres fogones. El mobiliario del salón estaba compuesto por un sofá, un butacón, una mesa de comedor y un escritorio situado junto a una ventana orientada hacia el sur. En las estanterías había libros, pero pocos objetos decorativos. El salón también estaba limpio, como la cocina.

El suelo de todo el apartamento estaba enmoquetado, excepto el baño y la cocina, y la moqueta se veía desgastada a lo largo de los recorridos principales, del salón a la cocina, del baño al salón, del dormitorio a la cocina y al salón. En algunas partes estaba tan raída que se distinguía el entramado blanco.

Los policías abrieron la puerta del dormitorio y sobre una cama individual descubrieron a un hombre boca arriba con los ojos medio cerrados y las manos en los costados. Vestía camisa, pantalones y calcetines, y toda la escena daba la sensación de que de pronto hubiera decidido acostarse en mitad de sus quehaceres diarios sin volver a levantarse jamás. Así tumbado no aparentaba tener noventa años. El agente de más edad se acercó hasta la cama y le tomó el pulso en el cuello y en la muñeca. «Difícil imaginarse morir de una forma más educada», fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Está muerto? —preguntó el policía delgado.

—Eso parece —respondió su compañero.

Sin poder contenerse, Birgitta abandonó el rellano disimuladamente y se asomó al dormitorio donde yacía su vecino, envuelto en paz y soledad.

—¿Está...?

—Me temo que no cabe pensar otra cosa —le comunicó el agente de más edad.

—Bendito sea, descanse en paz —suspiró ella en voz baja.

Ese mismo día trasladaron al fallecido al depósito de cadáveres del Hospital Nacional, donde una forense lo recibió y registró. Tal y como estipulaban las normas, un médico regional acudió al domicilio para dictaminar la defunción. Se consideró

que no existían motivos para que la policía la investigara a no ser que se detectara alguna irregularidad en el transcurso de la autopsia. El apartamento se mantendría cerrado y sus puertas precintadas hasta que se conocieran sus resultados.

La forense, llamada Svanhildur, decidió aplazar el examen del cadáver. El caso no era urgente y estaba bastante ocupada; debía terminar algunos trabajos pendientes antes de iniciar sus tres semanas de vacaciones, que pretendía pasar en un idílico campo de golf en Florida.

Dos días después, extrajo el cuerpo de un refrigerador y lo dispuso sobre la mesa de operaciones. Un pequeño grupo de estudiantes de medicina presenciaba la autopsia, por lo que fue realizándola paso a paso para ellos. Antes les detalló las circunstancias del deceso: el hombre había sido hallado después de que una vecina alertara a la policía y todo indicaba que el deceso obedecía a causas naturales. Consiguió despertar el interés de los alumnos, incluso uno de ellos tuvo el detalle de retirarse el iPod de la oreja durante la disección.

Svanhildur daba por supuesto que la muerte se debió a un paro cardíaco y no tardó en confirmar que se hallaba en lo cierto. Sin embargo, no logró encontrar las causas que lo produjeron.

Examinó los ojos del anciano.

Observó con detenimiento el interior de su garganta.

—Ajá —murmuró, y todos sus alumnos se inclinaron sobre la mesa de operaciones.

Apresuraron el paso ante el refugio de sacos de arena situado frente al Teatro Nacional. Ella intentaba evitar que se les viera juntos, y más todavía cuando caminaban por las calles más concurridas de la ciudad. Sus padres se habían enfurecido al enterarse de su relación y le exigieron ponerle fin cuanto antes. Su padre la amenazó con echarla de casa, y ella sabía que cumpliría con su palabra. No llegaba a comprender por qué su reacción era tan violenta y hostil. Y, aunque no quería contrariarles en nada, se resistía con todas sus fuerzas a terminar la relación. Dejó de hablar de él, se comportaba como si todo hubiera acabado, pero continuaba manteniendo encuentros furtivos con él, como el de aquella tarde.

Contaban con pocos recursos para gozar el uno del otro. Cuando comenzaron a salir, a finales de otoño, iban en ocasiones a Öskjuhlíð si hacía buen tiempo. Pero ahora, en pleno invierno, escaseaban oportunidades propicias para disfrutar de su amor. Ni se les pasaba por la cabeza ir a un hotel, y las barracas del ejército tampoco suponían una alternativa. En una ocasión, al atardecer, hallaron amparo detrás del Teatro Nacional. El imponente edificio, planteado para dar cobijo al arte dramático islandés, se erguía como un peñasco sobre la calle Hverfisgata. La construcción, enmarcada por columnas de basalto, era un proyecto ambicioso, pero solo se llegó a levantar su estructura externa, ya que las obras llevaban paralizadas diez años debido a la crisis. Al estallar la guerra, las tropas de ocupación británicas comenzaron a utilizarlo como centro de aprovisionamiento, y unos años más tarde, cuando los norteamericanos tomaron el relevo de la ocupación, mantuvieron su función. En aquellos días, sin embargo, no era más que un punto de encuentros secretos para amantes en apuros.

«¡Jamás volverás a ver a ese hombre!», recordó a su padre, que le gritaba fuera de sí. Y después, por primera vez desde que tenía uso de razón, intentó ponerle la mano encima.

Su madre lo impidió.

Pero, tan pronto como prometía cambiar, incumplía su promesa. Se llamaba Frank, era de Illinois, siempre pulcro y bien vestido, olía bien, cuando sonreía mostraba unos dientes blancos relucientes y la trataba con especial cortesía y educación. Planeaban trasladarse a Estados Unidos en cuanto terminara la guerra. Ella estaba convencida de que su padre acabaría formándose una buena opinión de él, si el muy carcamal se dignara a conocerlo.

Aunque tampoco era la única. Al iniciarse la guerra, Reikiavik contaba con cuarenta mil habitantes y, durante los primeros años de la contienda, acudieron decenas de miles de hombres pertenecientes a las tropas de ocupación. Las relaciones con las mujeres islandesas fueron inevitables, primero con la llegada de los ingleses y, después, más frecuentes e intensas incluso tras el relevo de los norteamericanos, más gallardos y con mejor presencia, más ricos y menos patanes. Parecían estrellas de

cine. El idioma no suponía ningún obstáculo; el lenguaje de la cama era universal. Se designó una comisión al respecto. Una sola palabra englobaba todo aquel descontrol: la «situación».

A ella, sin embargo, le traían sin cuidado la comisión y la «situación» mientras caminaba con Frank de Illinois por la calle Hverfisgata. Estaban a mediados de febrero y hacía frío, el viento rugía y se enroscaba en los filos de aquel enorme bloque de piedra erigido a modo de farallón artificial con la intención de recordar las moradas donde, según los cuentos populares, habitaban los elfos. Su diseño obedecía a la pretensión de crear la sensación en el público de que, al entrar en aquel gran teatro, se adentraba en realidad en los aposentos de los elfos para, una vez en su esplendorosa sala de aventuras, presenciar un espectáculo mágico que nunca parecía llegar a suceder, que traía completamente sin cuidado a los militares que trataban de resguardarse del frío rodeados de sacos terreros y que apenas prestaron atención a la pareja que giró rápidamente por la esquina del edificio, buscando la zona umbría que no alcanzaba a iluminar el alumbrado público. La muchacha llevaba un abrigo recio que le habían regalado en Navidad y él vestía su chaqueta militar y, bajo esta, el uniforme que a ella tanto le gustaba. Era sargento, y tenía facultad de mando a pesar de que ella no sabía exactamente en qué consistía eso ni cuáles eran las funciones de un sargento. Su manejo del inglés se reducía principalmente a *yes*, *no* y *darling*, y él poseía un nivel similar de islandés. Con todo, conseguían entenderse muy bien.

Cuando se cobijaron del viento ella quiso hablar con él sobre algo que le preocupaba, pero Frank la besó apasionadamente. Sintió su mano buscando a tientas bajo el abrigo y pensó en su padre. ¡Si la viera en ese momento! Frank le susurraba palabras de amor al oído. «Oh, *darling*». Notó sus manos frías sobre la blusa que se había comprado en Jacobsen a comienzos de año. Acariciaban sus pechos a través de la blusa, la desabrochaban y tocaban su piel. Ella no contaba con gran experiencia en juegos amorosos y se mostraba pasiva. Le gustaba besarlo y sentía que descendía por ella un cálido hormigueo cada vez que él la tocaba, pero, en aquel momento, hacía frío y no estaba de humor, no podía quitarse de la cabeza el enfado de su padre. Lo que debía contarle a Frank tampoco la dejaba en paz.

—Frank, tengo que decirte algo...

—*My darling*.

Él mostraba tanto ímpetu que la hizo perder el equilibrio, trastabillar y pisar algo que estuvo a punto de provocar su caída. Frank la sostuvo con la intención de proseguir, pero ella le pidió que se detuviera. Se refugiaban en el pequeño vano de un portal y en el suelo permanecía el objeto que la había hecho tropezar. Se fijó en él, era parte de una gran caja de cartón y supuso que procedería del centro de aprovisionamiento. No reparó en ella cuando se refugiaron en aquel rincón, pero ahora podía ver que, por debajo de los cartones, asomaban dos escuálidas piernas.

—*God!* —exclamó Frank.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

Las piernas estaban calzadas, unas cintas de los zapatos cruzaban el empeine, bajo ellos, unos calcetines cubrían la piel hasta las pantorrillas y más arriba esta, desnuda, se mostraba pálida, de un blanco azulado. No distinguieron nada más. Frank vaciló un momento antes de agacharse y levantar los cartones.

—¿Qué haces? —le susurró.

Una joven de apenas veinte años yacía de costado junto al muro del Teatro Nacional. Ambos comprendieron de inmediato que estaba muerta.

—¡Virgen santísima! —jadeó ella agarrándose a Frank, que no podía apartar los ojos de aquel cuerpo.

—*What the hell?* —masculló mientras se arrodillaba sobre la muchacha.

Buscó su muñeca y no le encontró el pulso, a continuación puso los dedos en su cuello aun sabiendo que no serviría de nada. Sintió un escalofrío, era militar, pero todavía no había entrado en batalla y no estaba acostumbrado a ver cadáveres. No tardó en asimilar que no podían prestarle ninguna ayuda y comenzó a buscar indicios de las posibles causas de su muerte. No encontró ninguno.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —dijo su novia.

Frank se puso en pie y la abrazó. Le gustaba y entendía muy bien por qué nunca lo invitaba a su casa para presentarle a su familia. Los militares no eran bien recibidos en todas partes.

—*Let's get the hell out of here* —propuso mientras escudriñaba los alrededores para comprobar si pasaba alguien.

—¿No deberíamos acudir a la policía? —sugirió ella—. *Get police.*

No vislumbró a nadie en las proximidades. Se asomó a la esquina y constató que los vigilantes del refugio continuaban en su puesto.

—*No police, no. Let's go. Go!*

—*Yes, police* —insistió ella intentando oponer resistencia.

No le sirvió de nada, él la agarró y la hizo salir de su mano en dirección a la calle Lindargata, desde donde se dirigieron al oeste, hacia Arnarhóll. Frank iba más rápido y tiraba de ella, lo que llamó la atención de una mujer que se disponía a subir hacia Hverfisgata bordeando el Teatro Nacional. Ninguno de los dos se percató de su presencia, pero ella sí distinguió con toda claridad cómo ambos salían corriendo de un rincón oscuro del teatro. «Lo de estas muchachas es inexplicable», se lamentó. Precisamente conocía a aquella en concreto, recordaba haberle dado clases alguna vez. No sabía que también ella se encontraba en la «situación».

La mujer continuó su camino junto al teatro, miró hacia el lugar de donde vio surgir a la pareja y descubrió los restos de la caja de cartón. Se detuvo y reparó en las piernas. Se acercó un poco más y descubrió el cuerpo de la joven, que a todas luces alguien había pretendido esconder entre los cartones de la basura y otros desperdicios del centro; enseguida le llamó la atención lo poco abrigada que iba para aquella época del año, con tan solo un vestido corto.

El viento bramaba sobre los muros de piedra.

La chica era guapa, incluso muerta. Sus ojos vacíos contemplaban fijamente las alturas del siniestro edificio, como si se hubieran adentrado en el acantilado de los elfos labrado en las paredes del Teatro Nacional.

Marta sudaba de tal manera en el restaurante tailandés que por sus mejillas caían regueros de sudor. Había elegido el plato con carne de cerdo, el número siete, el más picante del menú. Dejó a Konráð que probara un poco, pero este no le encontró ningún sabor, únicamente notó un ardor molesto en la boca y en los labios que le hizo tragar agua con limón con la avidez de un pez de acuario. Él optó por el pollo, que sí se podía saborear y, de hecho, le pareció que estaba bastante bueno.

El restaurante se hallaba en un barrio industrial de las afueras de Reikiavik y mostraba un aspecto nada atrayente, la fachada se parecía más a la de un taller mecánico que a la de un restaurante. Marta sentía predilección por locales como aquel, eran baratos y el servicio diligente, la comida estaba buena y no corría el riesgo de toparse con ningún grupo de esnobs.

Telefonó a Konráð desde la comisaría para preguntarle si le apetecía acompañarla a comer allí y a él le pareció un buen plan; hacía mucho que no sabía nada de Marta y no tenía nada mejor que hacer tras su jubilación. A pesar de la considerable diferencia de edad, se compenetraban bien cuando trabajaban juntos en la Policía Judicial, pero desde la jubilación de Konráð la relación se había enfriado y ahora era diferente. De alguna manera, ya no era lo mismo cuando se veían, como si no formaran parte del mismo equipo. Konráð ya no trabajaba para la policía y Marta continuaba ajetreada con asuntos policiales, más liada que nunca.

—¿No pica un poco? —aventuró Konráð mientras observaba como descendía el sudor por sus mejillas.

—Para mí no; está bueno, aunque he probado platos más picantes.

—Sí, seguro —comentó él absteniéndose de hacer ningún comentario impertinente.

Marta lo ponía a veces demasiado fácil. Jamás se rendía, no daba su brazo a torcer hasta que no era del todo inevitable y se jactaba de saberlo todo mejor que los demás.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Tirando, ¿y tú?

—Sobrevivo.

Marta terminó de comer y se secó el sudor de la cara. Estaba entrada en carnes, sus dedos eran rechonchos, su papada voluminosa y sus pesados párpados tendían a caer sobre los ojos, sobre todo después de una comilona. Solía llevar el pelo alborotado, blusas anchas y pantalones. Le daba pereza arreglarse; no sabía para quién debía hacerlo. Con el humor sarcástico que caracteriza a los policías había sido bautizada, mucho tiempo atrás, como Marta «la elegante». Una vez vivió con una mujer de las islas Vestmann pero esta, tras abandonarla, regresó a las islas. Desde entonces seguía sola.

—¿Sabes algo de Svanhildur? —le preguntó Marta, y luego comenzó a escarbarse los dientes en busca de restos de comida.

Se trataba de una mala costumbre que sacaba de quicio a Konráð, sobre todo cuando aspiraba aire entre los dientes emitiendo chasquidos y resoplidos.

—No —contestó él, que hacía tiempo que no veía a su vieja amiga, la forense del Hospital Nacional.

—Ya tenemos su informe sobre el hombre que encontraron muerto, un anciano del que nadie se acordaba que falleció en su apartamento mientras dormía. Se llamaba Stefán Þórðarson. ¿Has oído hablar del caso?

Konráð asintió. Recordaba vagamente la noticia, aparecida días atrás en los periódicos.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó.

—¿Es que Svanhildur no te informa cuando sucede algo emocionante?

—Habrás oído mal.

—Ha descubierto algo interesante que le pasó inadvertido al médico que enviamos a la vivienda.

—No se le escapa una.

—Cree que murió asfixiado, probablemente con su propia almohada.

—¿Ah, sí? —dijo Konráð.

—Cree que lo asesinaron.

—¿Por qué demonios? ¿No era muy mayor?

—¿Por qué demonios lo han asesinado o por qué demonios piensa Svanhildur que lo han asesinado? —repitió Marta.

Miró a Konráð con satisfacción y sorbió aire entre los dientes. Él sonrió y se arrepintió de no haber aprovechado para burlarse de ella cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

—Está bien —aceptó—. Empecemos por la primera pregunta: ¿por qué tendrían que haberlo asesinado?

—No lo sabemos.

—¿Y por qué sostiene Svanhildur que lo han asesinado?

—Por la presencia de fibras en la garganta y en las vías respiratorias —respondió Marta—. También pequeñas venas rotas en los ojos. Todo ese rollo.

—¿Qué tipo de fibras? ¿De su almohada?

—Sí. Según Svanhildur, alguien le puso la almohada sobre la cara hasta que dio el último suspiro. Literalmente. Apenas opuso resistencia. Tenía más de noventa años. No debió de costar ni un segundo y, aun así, ella ha encontrado esos indicios.

—¿Tan mayor era?

—Sí, asfixiarlo no debió de suponer mucho esfuerzo. Los policías no sospecharon nada cuando lo encontraron. Hallaron dos almohadas, una estaba bajo su cabeza y la otra junto al cabezal de la cama. Era como si hubiera muerto mientras dormía.

—Así que alguien ha querido hacer que lo pareciera. Que murió de viejo.

—Eso es.

—¿Y caísteis en la trampa? —Konráð no pudo resistir la tentación—. ¿Acudiste

tú al domicilio?

Marta sorbió aire entre los dientes.

—El doctor al que llamaron para que examinara el cadáver no vio nada llamativo, y nosotros no somos médicos. Los agentes no le abrieron la boca para examinarle la garganta con un microscopio.

—¿Y por qué lo hizo Svanhildur?

—¿Por qué no hablas con ella y se lo preguntas?

—Quizá lo haga. ¿Quién era el hombre? ¿Lo conocíais?

—¿Te refieres a si se trataba de un habitual de la comisaría? No. Simplemente era solitario, como te acabo de decir. No hay ningún dato sobre él en la policía o, al menos, no en las últimas décadas. Tampoco hemos dado con nadie que lo conociera, salvo la vecina que dio el aviso.

—¿Ningún amigo o pariente?

—No sabemos de nadie. Todavía. Pero tal vez tengamos novedades a partir de ahora: la noticia se colgará en Internet esta noche y mañana saldrá en los periódicos. Ya veremos qué pasa.

—Quizá fue un robo. ¿Forzaron la vivienda?

—No hay indicios para pensarlo. Hemos registrado el piso a fondo. El equipo pericial se ha pasado allí todo el día.

—Entonces conocía al asesino, le abrió la puerta, lo invitó a pasar.

—¿No decías que ya no eras policía? —preguntó Marta.

—Sí —contestó Konráð—. Menos mal.

Cuando Konráð regresó a su casa por la tarde puso un disco de grandes éxitos islandeses de los años sesenta, abrió una botella de The Dead Arm, un vino tinto que era de su agrado, y se sentó junto a la mesa de la cocina. La estancia estaba orientada hacia el oeste y por la ventana se filtraba el arrebol de la tarde. Solía escuchar con frecuencia viejos éxitos, se los sabía de memoria, asaltaban su pensamiento inesperadamente y los asociaba con recuerdos que le complacía evocar a través de la música, como cada vez que escuchaba a Ingimar Eydal y su banda tocar el inicio de *La primavera en Vaglaskógur* y su memoria se remontaba al verano de 1966, cuando se escuchó por primera vez esa canción. El teléfono del salón interrumpió sus recuerdos y salió de la cocina para contestar. Acababan de dar las doce y pensó que solo podía tratarse de Marta, era capaz de llamar a cualquier hora del día por la cuestión más insignificante, a menudo únicamente para hablar. Se sentía sola desde la marcha de la mujer de las islas Vestmann.

—¿Estabas en la cama? —preguntó ella, en efecto, sin que se detectara en su voz la más mínima preocupación por si así hubiera sido.

—No.

—¿Qué haces?

—Nada. ¿Alguna noticia sobre el caso del anciano?

—Hemos terminado de registrar su apartamento. No hemos encontrado nada. Vivía solo y aún no hemos averiguado si tiene algún pariente vivo. No hay ni fotos de familia en las paredes ni ningún álbum. Solo guardaba la foto de un joven en un cajón, junto a la cama. Tenía algunos libros pero, aparte de eso, no atesoraba muchos objetos personales. Lo único relevante que hemos encontrado son unos recortes de periódico que debe de haber guardado durante bastante tiempo.

—¿Y eso?

—No dicen mucho y, de hecho, no recuerdo haber oído hablar del caso.

—¿Qué caso?

—El que citan los recortes. Son tres, probablemente del mismo periódico, pero están sin fechar. No hay manera de saber si el caso se resolvió o si pasó a manos del ejército norteamericano. La última noticia hace referencia a los progresos de la investigación y a que la policía no lograba avanzar gran cosa.

—¿De qué estás hablando? ¿El ejército norteamericano?

—Los artículos dan cuenta de la investigación de un homicidio —aclaró Marta—. Durante la Segunda Guerra Mundial. Una muchacha fue hallada estrangulada detrás del Teatro Nacional en 1944. ¿No es el año en que naciste?

—Sí.

—Es como si el caso se hubiera desvanecido —continuó Marta—. No he encontrado nada sobre él en nuestros archivos.

—¿El cadáver de una muchacha detrás del Teatro Nacional?

—Sí, ¿te suena?

Konráð dudó un momento.

—No, no sé —respondió.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanto misterio?

—Nada. Tengo sueño —contestó distraído—. Es de mala educación llamar a la gente tan tarde. Será mejor que dejemos la conversación para otro momento.

Se despidió de su amiga, terminó la botella y se preparó para dormir. No podía conciliar el sueño. Los recuerdos de su padre y la muchacha del Teatro Nacional lo mantuvieron despierto hasta bien entrada la noche. Tuvo la duda de si contárselo o no a Marta; pero conocía el caso porque guardaba relación con su padre. A Konráð no le gustaba hablar de él. La joven falleció el año en que nació Konráð y existía un extraño nexo entre aquel asunto y su padre, que en aquella época flirteaba con temas esotéricos y estaba en contacto con videntes que no gozaban de muy buena fama. Un día, los padres de la joven acudieron a un médium y le preguntaron si podía organizar una sesión de espiritismo para contactar con su difunta hija. El padre de Konráð era el ayudante del vidente, y lo sucedido en aquella sesión causó gran revuelo en la prensa.

Konráð se acarició el brazo izquierdo y se preguntó si debía hacerle una visita a Marta o pasar todo aquello por alto. Sufría una atrofia muscular en el brazo, era un defecto de nacimiento que casi nunca le molestaba y del que los demás apenas se percataban a pesar de tener el brazo izquierdo más pequeño que el derecho y de que su mano izquierda era más débil. Se dio la vuelta en la cama y, desde el vacío que separa la vigilia del sopor, las notas de *La primavera en Vaglaskógur* poblaron su mente y se sumergió en el sueño. Se vio envuelto en bonitos recuerdos sobre la arena dorada de la playa de Nauthólsvík. Unos niños jugaban en la orilla. Sintió un beso perfumado de flores.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta de abajo. Era noche cerrada y tuvo el presentimiento de que se trataba de la policía.

Frank y ella habían cruzado corriendo la colina de Arnarhóll bajo el abominable viento del norte, después bajaron hasta Kalkofnsvegur y desde allí continuaron en dirección a Lækjargata intentando aparentar que no ocurría nada. Pero ella no podía apartar de la mente la visión de la muchacha tirada en aquel rincón de la parte trasera del Teatro Nacional y sabía que nunca podría hacerlo. No entendía la reacción de Frank y le sorprendía aquella huida sin sentido. Él decidió que debían salir corriendo. Ella habría preferido llamar a la policía. Cuando por fin aminoraron la marcha a la altura de Hverfisgata, él trató de exponerle sus razones: no era su *business*. La chica estaba muerta. No podían hacer nada por ella. Otra persona la encontraría y asunto resuelto.

El viento helado soplaba y la gente se apresuraba en llegar al cine, a un café o a casa de algún amigo. Por Lækjargata pasaban militares en jeeps que después subían por Bankastræti. Frank consideró que lo mejor era despedirse cuanto antes; volverían a verse pasados unos días, donde siempre, detrás de la catedral. Para entonces ya habría pasado todo. Le dio un beso de despedida y ella se apresuró en regresar a casa cruzando el centro de la ciudad.

Ella sabía que no estaba bien dejar allí a la chica, de esa manera. Pero, por otra parte, se sentía aliviada. Tal vez, al fin y al cabo, era lo más sensato. No hubiera resultado muy agradable explicarle a la policía lo que andaba haciendo con Frank al amparo de los muros del Teatro Nacional, lo que se traía entre manos con un soldado norteamericano en aquel rincón. Si llegara a oídos de su padre, se pondría hecho una fiera.

Llamaron de nuevo a la puerta, esta vez con más fuerza. Sus padres estaban ya acostados y sus dos hermanos pequeños dormían. Pero, tras lo sucedido aquella noche, ella no conseguía conciliar el sueño. Al llegar a casa subió pronto a su habitación y se metió en la cama procurando pasar desapercibida. Luego intentó leer una novela romántica sin conseguir dejar de pensar en la chica del teatro, en Frank y en su decisión de salir corriendo.

«Maldita muchacha», se decía, como si aquella pobre desgraciada tuviera la culpa de todos sus problemas.

Oyó a su padre levantarse y bajar por la escalera haciendo crujir cada peldaño. Apoyó la oreja contra la puerta del dormitorio para intentar escuchar lo que sucedía fuera. Tal vez no fuera la policía. Quizá se tratara de otra persona.

Falsa esperanza. Se asustó al oír la voz de su padre y retrocedió unos pasos.

—¡Ingiborg! —gritó él por segunda vez.

Y luego una tercera. Percibió cómo perdía la paciencia a medida que gritaba de nuevo su nombre.

La puerta del dormitorio se abrió y su madre asomó la cabeza.

—Tu padre te está llamando, niña. ¿Es que no lo oyes? La policía quiere hablar contigo. ¿Se puede saber qué has hecho?

—Nada —contestó a sabiendas de que no sonaba muy convincente.

—Baja —le ordenó—. Venga, sal. ¡Menudo escándalo!

Siguió a su madre y, tras descender un par de escalones, descubrió que, desde la puerta, junto a su padre, dos hombres la miraban.

—Hombre, ahí estás —anunció su padre indignado—. Aquí hay dos agentes de policía... —Se giró hacia uno de ellos—. Disculpenme, ¿cómo ha dicho que se llaman?

—Flóvent —respondió uno—. Y este es Thorson —añadió señalando al agente que le acompañaba—. Trabaja para el departamento de policía del ejército norteamericano, pero pertenece al ejército canadiense. Habla islandés mejor que yo.

—Soy hijo de inmigrantes islandeses en Canadá —dijo Thorson a modo de explicación—. De Manitoba.

Ninguno de ellos llevaba uniforme. El agente islandés tendría entre treinta y cuarenta años, era delgado y alto, aunque de complexión fuerte. Thorson era más bajo, robusto y unos diez años más joven. Ambos llevaban sendos abrigos largos de invierno y se habían quitado el sombrero al entrar.

—Claro, de Manitoba —comentó su padre—. De dónde si no. Quieren hablar contigo, Ingiborg —continuó enfadado—. Sobre algo que ha pasado detrás del Teatro Nacional. No me quieren decir de qué se trata, prefieren hablar contigo primero. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué hacías allí?

Apenas se atrevía a mirar a su padre, no sabía qué responderle. Los agentes se dieron cuenta de que lo estaba pasando mal.

—Si no les importa, nos gustaría hablar a solas con ella —indicó Flóvent.

—¿A solas? —retumbó la voz del padre—. ¿Para qué?

—Si fueran tan amables. Si lo desean, podemos hablar más tarde con ustedes en presencia de su hija.

—¿Qué significa esto, muchacha? ¿Es que no sabes responder? —gruñó su padre levantando la voz—. ¿Por qué razón se presenta aquí un policía del ejército norteamericano? ¿Me lo puedes explicar? ¿Es que todavía andas pendoneando con ese soldado tuyo? ¿No te lo tenía estrictamente prohibido?

—Sí —reconoció sin saber qué más responder.

—¿Y aun así lo sigues viendo? ¿Aun así?

Dio la impresión de que se disponía a agarrarla y hacerla bajar hacia la puerta.

—Compórtate, Ísleifur —le ordenó su mujer alzando la voz desde la escalera, junto a su hija—. Tenemos invitados. No hables así delante de ellos.

El hombre de la casa se calmó un poco, observó fijamente a su esposa y después a los dos agentes, que sostenían sus sombreros bajo el dintel y pasaban calor dentro de sus gruesos abrigos de invierno. Había comenzado a nevar y sus hombros estaban

salpicados de agua.

—Disculpen ustedes —se excusó.

—No se preocupe —respondió Thorson—. No es agradable recibir visita a estas horas de la noche. Y menos, nuestra.

—Le prohibí tajantemente tener contacto con los militares, pero, por lo visto, no me ha hecho ningún caso. Es como si no escuchara nada de lo que digo. Toda esa desobediencia se la inculca su madre.

—¿Podríamos...? Si nos facilitaran un lugar apartado donde poder hablar con Ingiborg se lo agradeceríamos —pidió Flóvent—. No nos llevará mucho tiempo. Y disculpen de nuevo las inconveniencias a estas horas, pero el asunto no podía esperar hasta mañana.

—Pueden usar el salón —sugirió la madre mientras bajaba la escalera.

Ingiborg la acompañó y miró a su padre, todavía muerta de miedo. Lo último que quería era hacerlo enfadar porque, al fin y al cabo, le tenía respeto. Sabía que lo había traicionado al no querer dejar de verse con Frank y ahora, por su culpa, aquellos dos policías estaban en casa.

Su madre acompañó a los hombres hasta el salón e instó a Ingiborg a ir con ellos. Ísleifur quería seguirlos, pero su esposa lo detuvo.

—Hablaremos con ellos después —le aseguró mientras cerraba la puerta del salón.

—Y con ella —puntualizó Ísleifur—. ¡Tiene que ser responsable de lo que hace, la muy insensata!

—No digas eso —le regañó su esposa enfadada—. No quiero oírte hablar así de nuestra hija.

—¡Es intolerable, mujer! —gritó él—. ¿Lo entiendes? ¡Se ha metido hasta el cuello en la «situación»! La policía está en nuestra casa. ¿Por qué me hace esto? ¿Qué piensas que dirán por ahí? ¿Es que te crees que la gente no se va a regodear cuando se entere? Debo velar por mi reputación. ¿Entiendes lo que es eso? ¡No parece importarte mucho! ¡Mi reputación!

Agradecieron poder quitarse los abrigos, que dejaron apoyados sobre el respaldo de una silla del salón. Flóvent se acomodó después de que Ingiborg hubiera tomado asiento, en tanto Thorson permanecía de pie, detrás de su compañero. Apenas dos horas antes Flóvent había recibido un aviso sobre el hallazgo de un cadáver: una mujer que paseaba por el barrio de las Sombras decía haber encontrado el cuerpo de una joven en la parte trasera del Teatro Nacional. Flóvent se puso en contacto con Thorson en cuanto supo que la mujer pudo distinguir a dos personas que salían corriendo de allí y se dirigían a toda prisa hacia Arnarhóll y que una de ellas era, sin lugar a dudas, un soldado norteamericano. No era la primera vez que colaboraban en casos que competían tanto a la policía islandesa como a las tropas norteamericanas.

Thorson tomó la decisión de alistarse en el servicio militar en Canadá al estallar la guerra y enseguida fue destinado a Islandia como intérprete tras la ocupación británica del país. Trabajó para su Policía Militar y, más adelante, cuando el ejército estadounidense desembarcó en la isla, para la norteamericana. Debido a su origen, hablaba islandés con fluidez y servía de enlace entre la policía de las tropas de ocupación y las nativas y, a pesar de que contaba con poca experiencia en asuntos policiales, mostraba un gran interés por ellos. Por esa razón, él y Flóvent colaboraban en todos los casos de importancia que concernían tanto a las tropas como a los ciudadanos. Ambos congeniaban muy bien y se preocupaban de realizar sus pesquisas sin complicarlas con trámites burocráticos o con procedimientos oficiales que pudieran retrasarlos.

Cuando se le comunicó el hallazgo del cadáver, Flóvent estaba solo en la oficina de la Policía Judicial, en la mansión de Fríkirkjuvegur, 11. A Flóvent le agradaba trabajar allí. La casa parecía una villa italiana: situada cerca del lago Tjörnin; antiguamente fue propiedad de la familia más acaudalada del país y estaba adornada con columnas jónicas y un tejado con balcón. La Asociación de Abstemios pudo adquirirla antes de la guerra y ahora alquilaba sus oficinas a la Policía Judicial, entre otros, que apenas contaba con casos asignados, ya que la mayoría de los investigadores estaban ocupados con otras tareas más urgentes relacionadas con la contienda.

Cuando sonó el teléfono, acababa de regresar de visitar a su padre y tenía intención de dedicarle un tiempo al archivo de huellas dactilares. Una vez más, volvieron a hablar sobre la fosa común del cementerio de Suðurgata. Flóvent se mostraba reticente ante la idea de su padre de que indagara cuanto pudiera acerca del paradero de los restos de su madre y su hermana para trasladarlos a un nuevo sepulcro del que ellos también podrían hacer uso cuando llegara la hora. A Flóvent le parecía mejor dejar las cosas como estaban, pero prometió, a regañadientes, estudiar la posibilidad de abrir la fosa, excavada en 1918 durante el brote más virulento de gripe española.

Tras el aviso, Flóvent caminó con paso vivo por la desierta calle Lækjargata, bajo el gélido viento del norte, y pasó por delante de la estatua de Jónas Hallgrímsson. Tenía por costumbre saludar a Jónas cada vez que pasaba por delante. Con el tiempo había adquirido la manía de saludarlo levantando la mano o, en su defecto, recitar mentalmente unos versos del poeta, como si no hacerlo pudiera traerle mala suerte: «Nadie llora a un islandés, muerto en soledad...».

En la parte trasera del Teatro Nacional se congregaba un reducido grupo de personas: la mujer que descubrió el cadáver, dos o tres transeúntes y los guardas del refugio, a los que al fin no les quedó más opción que salir.

Por su parte Thorson recibió la llamada que le comunicaba el hallazgo cuando se encontraba en el barrio de barracas perteneciente a las fuerzas aéreas de la armada estadounidense, al sur de Nauthólsvík. Disponía de un jeep militar que condujo rápidamente hasta el centro. Llegó justo cuando iban a trasladar el cuerpo de la joven. Saludó a Flóvent y se arrodilló junto al cadáver.

—¿Esto no son contusiones en el cuello? —preguntó.

—Sí, todo apunta a que ha sido estrangulada —respondió Flóvent.

A juzgar por la ropa ligera de la víctima, dedujeron que el fallecimiento habría tenido lugar en otra parte y luego alguien la trasladó hasta aquel rincón. Con tan mal tiempo difícilmente la muchacha se habría aventurado a salir con solo aquel vestido corto y fino. Además, parecía como si hubieran intentado ocultar el cadáver entre los cartones y la basura.

—No es un escondite muy bueno, que digamos —comentó Thorson alzando la vista hacia el siniestro edificio del teatro.

—No, en absoluto.

—Hay guardas cerca, en el refugio.

—Se puede acceder en coche a la parte trasera, donde deshacerse del cadáver no supone ninguna dificultad.

—Pero ¿por qué el Teatro Nacional?

Flóvent, sin respuesta, se encogió de hombros.

—Tal vez el asesino lo encontrara teatral —apuntó Thorson—. Me refiero al hecho de dejarla aquí.

—¿Y los militares del centro de aprovisionamiento? —preguntó Flóvent—. ¿Estuvo ella dentro? ¿Conocería a alguien que trabajara en él?

—Tendremos que comprobarlo —sugirió Thorson y luego, mirando a la mujer que dio el aviso, que se hallaba junto a dos agentes de policía y protestaba porque ya no podía perder más tiempo y debía irse a casa, preguntó—: ¿Por qué cree que el hombre que huía era norteamericano? Todavía quedan algunos soldados británicos. Y canadienses. Y noruegos.

—Dice que está completamente segura. Y también conocía a la joven que iba con él. Es profesora en un instituto de secundaria. Dice que le ha dado clases.

—No es un trabajo muy duro —comentó Thorson ajustándose el abrigo para

protegerse del frío.

—¿A qué te refieres?

—A ser policía en Reikiavik.

—Probablemente no —admitió Flóvent—. Voy a ordenar que venga un fotógrafo. Necesitamos imágenes del lugar de los hechos.

Sentada en su silla, cabizbaja, Ingiborg se sentía acobardada y pensaba en su padre, que aguardaba tras la puerta. Thorson y Flóvent comprendieron que debían ser cuidadosos si no querían que se viniera abajo.

—Usted no es la única que se ve con militares a escondidas —comenzó Thorson amistosamente—. Ni la primera ni la última.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Flóvent—. Me refiero al militar con el que se encontraba.

—¿No nos podríamos tutear? —pidió ella.

—Naturalmente.

—Se llama Frank —respondió ella entonces—. ¿Habéis hablado con él?

—No. Frank... ¿Qué más? ¿Sabes su apellido? —preguntó Thorson.

—Por supuesto, Frank Carroll. Es *sergeant*. ¿Cómo habéis averiguado que yo estaba allí? ¿Me vio alguien?

—Esta es una ciudad muy pequeña —le recordó Thorson.

—Os vio una mujer que te conoce —aclaró Flóvent—. Su identidad es lo de menos, pero presencié cómo tú y un militar norteamericano salíais corriendo y pensó que huíais del lugar tras agredir a la víctima. ¿Es eso cierto? ¿Fue lo que pasó?

—¡No! —exclamó Ingiborg—. No había visto nunca a aquella muchacha. Nunca. Frank y yo estábamos... Fuimos ahí solo para... Ya sabéis...

—¿Hacer manitas? —preguntó Thorson.

—Mi padre no quiere que me vea con él, ya lo habéis oído. Me prohibió encontrarme con Frank, y tenemos tan pocas opciones... No quiero ir donde los militares, y tampoco quiero pedirle a mi amiga que me eche una mano y me deje su habitación, así que no nos queda otra que estar a la intemperie. Era la segunda vez que íbamos allí.

—¿A qué unidad pertenece Frank? ¿Infantería? ¿Artillería?

—Sé que es *sergeant*, pero no hablamos mucho del ejército. Se aburre siendo militar, y le da miedo que lo envíen a Europa.

—¿Dónde os conocisteis?

—En la sala de baile del hotel Borg. Fue durante el otoño pasado, o más bien a comienzos del invierno. Es un hombre adorable. Educado, atento.

—Entonces, os conocisteis bailando, ¿no?

—Sí. Él es... Baila muy bien.

—¿Te divierte bailar con él? —preguntó Thorson tratando de distender un poco el ambiente.

—Sí.

—¿Y qué más sabes de él?

—Es de Illinois y tiene cinco años más que yo. Cuando se libre del ejército va a comprar un concesionario de coches. En América todos van en coche. Le gusta ir al cine, pero yo no he querido ir con él después de que mi padre me prohibiera verlo. Tiene dos hermanos y vive con su madre; su padre murió.

—¿Estranguló a la joven del portal del Teatro Nacional? —preguntó Flóvent bruscamente.

Ingiborg dio un respingo. La pregunta la había cogido desprevenida.

—¡Dios mío, no! No le hizo nada, no sé quién era esa chica. Por el amor de Dios, no digas eso. ¿Fue estrangulada?

—¿Viste cómo lo hacía?

—¿Yo? No, yo... No, eso no es verdad.

—Y luego os la llevasteis y la tirasteis como si fuera basura detrás del Teatro Nacional.

—Virgen santa..., no digas eso... —comenzó a sollozar en voz baja.

—¿Por qué salisteis corriendo?

—Porque eso es lo que él me pidió que hiciéramos. Frank creía que era lo más sensato. Dijo que no era nuestro *business*. Y... era cierto. No teníamos nada que ver con ella. Nada. Es algo horrible. Espantoso. Por supuesto que no debimos huir, pero...

—¿Frank sabe que tu padre es un alto cargo del Consejo de Ministros, que es el máximo consejero del Gobierno en lo concerniente a la proclamación de la República que tendrá lugar este verano?

—No. —Ingiborg miró a Flóvent—. Lo único que sabe es que mi padre lo desprecia y no quiere tener nada que ver con él.

—¿Estás segura de que no conocías a aquella chica?

—Sí, lo estoy, no tengo ni idea de quién es. ¿Lo sabéis? ¿Sabéis quién es?

—¿Por qué pensó Frank que lo más sensato era salir huyendo de allí? —insistió Thorson sin responderle.

—Porque no nos incumbía —explicó Ingiborg—. Y es toda la verdad, simplemente nos la encontramos. No le hicimos nada. Nada de nada.

—¿Y cómo puedes asegurar que no os incumbía?

—Porque no sé quién era.

—¿Y tu amigo Frank?

—¿Qué pasa con él?

—¿La había visto antes?

—¿Frank? No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque... porque lo sé. ¿Por qué lo dices? ¿Por qué crees que la conocía?

—Porque salió corriendo —afirmó Thorson—. Eso podría explicar por qué decidió huir. Porque la conocía.

Ingiborg lo miraba con estupor mientras asimilaba sus palabras.

—No, no la conocía de nada —insistió, pero su tono de voz ya no sonaba tan convincente como antes. Realmente, no sabía mucho de su amante, Frank Carroll, de Illinois.

—Muy bien, Ingiborg, creo que de momento ya es suficiente. Tal vez necesitemos hablar contigo de nuevo, probablemente mañana. Si no tienes inconveniente.

Ella asintió.

—Quizá deberías ir a buscar a sus padres —le indicó Thorson y, tras decirlo, vio aparecer una nueva expresión de espanto en el rostro de la muchacha.

Al día siguiente por la tarde, después de que Thorson revisara los registros de todos los soldados del ejército norteamericano en Islandia, realizara varias llamadas para asegurarse y examinara los registros de los otros ejércitos extranjeros, llamó a Fríkirkjuvegur para hablar con Flóvent.

—Miente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no damos con ese *sergeant* suyo. No hemos encontrado ningún sargento llamado Frank Carroll. Ese nombre no existe.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces tampoco será de Illinois.

—Sí, seguramente eso es también mentira.

Marta estaba desbordada de trabajo cuando Konráð se acercó hasta su despacho de la Policía Judicial. Raramente se dejaba caer por allí desde su jubilación y únicamente se mantenía al corriente de los sucesos a través de las noticias.

—He venido para ver si necesitas ayuda con el caso del anciano —dijo cuando ella pudo librarse del teléfono.

Estaban sentados en su despacho, que no era más que una enorme montaña de papeles, carpetas, periódicos y todo tipo de trastos que Marta llevaba años acumulando. Casi ninguno tenía utilidad en la oficina. Uno de ellos era una bonita espada militar danesa hallada por la agente en una tienda de antigüedades, forjada a principios del siglo xx; reposaba en su funda sobre una pila de papeles junto a la ventana. Konráð nunca le preguntó qué impulso le llevó a comprarla, pero recordaba vagamente que su abuelo fue oficial en el servicio de guardacostas.

—¿Cómo es que te ofreces a ayudarme? —se extrañó Marta.

—¿No andáis siempre necesitados de personal?

—Creía que lo habías dejado.

—Sí, del todo, y no tengo intención de retomarlo, no te preocupes. Solo quería echarte una mano con ese asesinato.

—¿Por qué?

—Me aburro —respondió Konráð—. Ni siquiera hace falta que se lo comentas a nadie. Me mantendría en contacto contigo y, si descubriera algo relevante, te lo haría saber de inmediato.

—Konráð, estás retirado. ¿No es mejor dejar las cosas como están? No puedes hacer un acuerdo así conmigo; vaya cosas se te ocurren.

—Mandarías tú, claro está —recalcó Konráð.

—Faltaría más.

—Ya.

—Vale, estamos en contacto —concluyó Marta mientras cogía su móvil.

—Es solo que...

—¿Qué?

—Me crie allí —explicó Konráð—. En el barrio de las Sombras. Oí hablar de esa chica cuando era pequeño, así que...

—Te pica la curiosidad.

—Me gustaría saber por qué ese hombre guardaba recortes sobre ella. Creo recordar que ese caso no llegó a resolverse nunca.

—Konráð...

—Me harías un gran favor, Marta. No necesito más que tener acceso a su domicilio. El equipo pericial ya ha registrado el apartamento y no alteraré nada. De todo lo demás me encargo yo solo. —Hizo una pausa—. No puedes impedirme que

me dedique a reunir información sobre un antiguo homicidio de hace sesenta y cinco años.

—Siempre nos hace falta gente —repitió Marta tras un largo silencio—. ¿De verdad vas a ponerte a investigar ese caso tan antiguo?

—Sí.

—Pero tienes que prometerme una cosa.

—Dime.

—Si averiguas algo, me lo haces saber. En cuanto lo descubras.

Dos días más tarde, Konráð tuvo acceso al piso del difunto. El equipo pericial lo había registrado exhaustivamente y, por tanto, no se consideraba necesario que la puerta continuara precintada. Konráð abrió con la llave que recogió en el despacho de Marta, en Hverfisgata, y, tras entrar, cerró con cuidado.

No sabía exactamente qué andaba buscando. Llevaba consigo los tres recortes de periódico que su compañera le había dejado junto con la llave y que había leído en el coche. Según le explicó Marta, aparecieron en el interior de un libro que encontraron en el escritorio del salón. Los recortes no estaban fechados y todos parecían haberse publicado en el mismo periódico, *Tíminn*. Cada recorte correspondía a un artículo: la primera noticia relataba el hallazgo del cadáver de una joven junto al Teatro Nacional; supuestamente la estrangularon y después la trasladaron al portal una vez perpetrado el crimen. El artículo recogía las declaraciones del agente de la Policía Judicial encargado del caso, Flóvent, que afirmaba que se trataba de un asesinato escalofriante, planificado y claramente premeditado. En la siguiente noticia se comunicaba que la investigación avanzaba con éxito, la autopsia constató que la asfixia era la causa de la muerte y que las contusiones en el cuello indicaban que el asesino estranguló a la víctima con sus propias manos. Se desconocía tanto el móvil del homicidio como la identidad de la joven, y, por tanto, la policía solicitaba la ayuda de todos aquellos que pudieran facilitar la más mínima información en relación con el caso. El tercer artículo hablaba de la búsqueda de un soldado norteamericano llamado Frank Carroll, que decía ser sargento del ejército estadounidense, si bien nadie figuraba con ese nombre en los registros de las tropas norteamericanas. Según el artículo, el soldado habría estado paseando la noche en que se halló el cadáver por la parte trasera del Teatro Nacional con una amiga islandesa hija de un alto cargo del Consejo de Ministros; al parecer, dicha muchacha prestó a la policía toda la ayuda que estaba en sus manos y, por otra parte, no parecía estar involucrada en el crimen.

Ahora Konráð recorría con calma el apartamento preguntándose por qué ese hombre tenía en su casa, guardadas con tanto celo, tres noticias relacionadas con un asesinato cometido hacía una generación mientras intentaba deducir el modo de vida de aquel individuo solitario a partir de lo que podía observar en su domicilio. Lo último que había preparado para comer eran unas gachas de avena que se comió junto

con una morcilla de hígado. No fregó la cazuela. Dentro del frigorífico quedaba media morcilla y en el fregadero un plato ofrecía muestras de haber contenido alguna guarnición. A juzgar por el interior del frigorífico, el hombre sentía predilección por la comida tradicional islandesa. La panera contenía pan plano y una hogaza de centeno enmohecido. Las alacenas estaban prácticamente vacías, con solo unas cuantas tazas y platos. Sobre la mesa de la cocina dormía una radio. La encendió. Estaba sintonizada en la cadena nacional.

En el dormitorio encontró la vieja cama individual sobre la que parecía reposar el difunto cuando lo encontraron y, junto a ella, una mesilla de noche con una lámpara. Sobre la mesilla reposaba una novela en su idioma original, *Las uvas de la ira*. Revisó el armario; dentro encontró prendas de diario, pantalones y camisas y un traje negro que no parecía muy usado. En el baño descubrió una pequeña lavadora y una cesta con ropa sucia. De un vaso sobresalía un cepillo de dientes.

El salón estaba limpio y ordenado. Las paredes estaban revestidas por estanterías llenas de libros, tanto originales en islandés como traducciones, ninguno de ellos muy reciente. Algunos, sobre ingeniería de puentes. En una esquina estaba el televisor. De las paredes colgaban dos reproducciones baratas. Un sofá viejo y dos sillas rodeaban una mesita. Localizó el escritorio, en cuyos cajones se guardaban varias facturas a nombre del difunto.

Konráð se sentó ante el escritorio. Le resultaba evidente que en los últimos años el anciano llevaba una existencia sencilla y monótona, pues difícilmente su avanzada edad le hubiera permitido hacer otro tipo de vida. Aun así, le sorprendía la ausencia de cualquier objeto personal que evidenciara alguna relación con parientes o amigos: ni cartas, ni fotos de familiares, ni un ordenador con correos electrónicos o enlaces a las redes sociales. Una silenciosa rutina de ermitaño emanaba de cada objeto del apartamento y, en particular, de todo aquello que no lograba encontrar en él.

Konráð no conseguía detectar ningún indicio de lo que le interesaba averiguar: por qué aquel hombre había fallecido de una forma tan espantosa y por qué guardaba aquellos tres recortes. Sin embargo, sí dio con el libro donde estos se ocultaban: según las indicaciones de Marta, se hallaba abierto sobre el escritorio de la víctima, tal como lo encontraron. Se trataba de una recopilación de artículos sobre cuestiones sobrenaturales, cuentos y leyendas populares islandesas.

No resultaba extraño que Konráð sintiera tanto asombro al oír mencionar los recortes, se crio en la calle Lindargata, en el barrio de las Sombras, a escasa distancia del Teatro Nacional, y de muy joven escuchó en innumerables ocasiones la historia de la chica asesinada de labios de su padre, quien estaba convencido de que fueron los soldados norteamericanos los culpables de su muerte. Le aseguraba haber conocido a muchos de ellos y que no resultaba increíble que alguno pudiera tratar así a las chicas islandesas, seduciéndolas y arrojándolas detrás de cualquier casa. Sostenía, asimismo, que las autoridades militares silenciaron el caso porque algún oficial norteamericano de alto rango estaba involucrado en el homicidio y, para

protegerlo, lo habían enviado fuera del país.

Konráð nunca llegó a saber en qué basaba su padre aquellas afirmaciones, y hasta escasos días antes de su muerte este no le contó lo sucedido en la sesión de espiritismo que los padres de la muchacha asesinada requirieron celebrar con el médium. No se mostraba orgulloso de ello, pero tampoco se arrepentía, como de costumbre. El padre de Konráð no era espiritista y su único cometido consistía en engañar a los asistentes y sacar con ello algo de dinero, un ejercicio que practicaba reiteradamente. No obstante, tampoco era un neófito en cuestiones del más allá, ya que su hermana creía en todo aquello que la gente corriente llamaba superstición, como hechizos y maldiciones, la vida de ultratumba, fantasmas, criaturas monstruosas y elfos. Conocía un sinfín de historias de las que luego su hermano se aprovechaba en sus farsas y estaba convencida de que siempre existía una razón legítima para que los muertos se aparecieran, por lo que era imprescindible dar con el problema y resolverlo para que el difunto pudiera descansar en paz. La tía de Konráð, que vivía en la finca de sus padres, en el norte, era muy anticuada y afirmaba tener la desgracia de ser clarividente. Siempre mantuvo que el brazo atrofiado de su sobrino era la consecuencia de una maldición que pesaba sobre la familia.

Sumido en sus recuerdos, Konráð decidió dar una última vuelta por el apartamento. Recorrió las estanterías, se dirigió a la cocina y a continuación entró en el dormitorio. Abrió un cajón de la mesilla de noche contigua a la cama y halló una gran fotografía en blanco y negro sobre una edición vieja y arrugada de la Biblia. Mostraba a un hombre de rostro atractivo, de unos treinta años, y supuso que databa de los años cincuenta. La estudió con atención. No mostraba ninguna identificación y estaba sin enmarcar. El dorso se veía amarillento debido al paso del tiempo pero, por lo demás, se conservaba en muy buen estado a excepción de unas manchas en una esquina. El hombre desconocido miraba de frente, era moreno y delgado, de cejas gruesas, y sus labios dibujaban una leve sonrisa inescrutable.

Konráð salió al salón con la fotografía y se sentó en la silla junto al escritorio. Con los recortes en una mano, observaba alternativamente la fotografía y el libro abierto ante sí. Pensó en su padre, y en la joven asesinada, y en la ocupación militar y en las sesiones de espiritismo, en las almas atormentadas de los difuntos y el viejo anciano solitario que yacía en su habitación como si estuviera dormido y que, sin embargo, había sido asesinado.

Konráð salió bruscamente de sus cavilaciones al oír que alguien daba tres golpes en la puerta. Se levantó de la silla y se dirigió dubitativo hacia la entrada sin tener muy claro cómo reaccionar. Volvieron a llamar, esta vez con más decisión.

—¿Hola? —Escuchó—. ¿Hay alguien ahí dentro?

Comprendió que debía aclarar la situación y abrió la puerta. Ante él apareció una mujer de mediana edad, más bien alta, con el pelo oscuro y espeso.

—Te he visto entrar. ¿Eres algún familiar de Stefán?

—No —respondió Konráð—, soy de la policía.

—Ah, antes no te vi por aquí.

—No, ya estaba a punto de marcharme —comentó Konráð sin querer dar muchas explicaciones sobre sus entradas y salidas.

—Me llamo Þorbjörg —explicó la mujer—. Vivo justo encima de Stefán. Ya he hablado con vosotros, con una tal Marta.

—La conozco —contestó Konráð.

—¿Sabéis algo más sobre lo que ha pasado? —preguntó, probablemente intrigada por el sorprendente destino de su vecino. La causa de su muerte ya se había publicado en todos los medios del país.

—No —respondió Konráð.

—¿Quién puede ser capaz de agredir de esa manera a un pobre anciano? Ya no le quedaba mucho de vida. ¿Para qué?

—¿Manteníais una relación estrecha?

—No, la verdad es que iba bastante a lo suyo. Llevamos aquí ¿cuánto?... ocho años, pero apenas lo conocía.

—¿Te fijaste si recibía visitas últimamente?

—No, ya me lo preguntaron. No recibía muchas visitas. Pero tampoco es que estuviera muy al tanto.

—¿Quién vive en esta planta, en la puerta de enfrente?

—Birgitta. Es viuda. Quizá lo conociera mejor, lleva más tiempo en el edificio. — La mujer se inclinó hacia Konráð y bajó el tono de voz—: Deberías hablar con ella, me parece que se trataban bastante, sobre todo después de la muerte de su marido, hace unos tres años. No me extrañaría que hubieran sido algo más que amigos. Pero, vaya, no quisiera chismorrear, ya me entiendes. A mí qué más me da.

Poco después Konráð llamó al apartamento de Birgitta. Era baja, de pelo plateado y semblante tranquilo, con un rostro afable teñido de tristeza. No mostró mucho entusiasmo en atenderle; dijo haber hablado ya con la policía y que no se le ocurría mucho más que añadir.

—Perdona si te molesto —se disculpó Konráð intentando convencerla—. Solo

serán unos minutos.

—Bueno —aceptó al fin por no parecer desagradable—. ¿Quieres pasar?

Tomaron asiento en el salón y Konráð le preguntó si hacía mucho que conocía a Stefán.

—Desde el mismo día en que llegó, hará unos veinticinco años —explicó—. Venía de Hveragerði, donde vivió mucho tiempo. Mi marido y él se conocían de hablar en el rellano. Charlaban de esto y aquello. Cuando Eyjólfur murió, Stefán fue muy amable, se ofreció a ayudarme con todo y se pasaba a tomar café cuando salía a la tienda de aquí al lado. Solo hacía la compra en la tienda del barrio.

—¿Tenía familia?

—No, no se casó nunca y prefería no hablar mucho del tema.

—¿Podía arreglárselas siendo tan mayor?

—Sí, era muy vital y conservaba una salud de hierro a pesar de haberse hecho tan mayor. Decía que él no pintaba nada en una residencia.

—¿Observaste si últimamente recibía visitas o se encontraba con alguien? Por lo que parece, llevaba una vida bastante solitaria.

—Sí, no frecuentaba a mucha gente, hablaba poco de sus parientes y amigos. No recuerdo que recibiera muchas visitas, pero puede ser que no me hubiera enterado.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Konráð—. Me refiero a antes de jubilarse.

—Era ingeniero, trabajaba en la construcción de puentes por todo el país. Claro que hacía mucho que estaba retirado. ¿Qué creéis que ocurrió?

—Es difícil aventurarlo.

—Dicen que lo asfixiaron, que le pusieron una almohada sobre la cara y él no tuvo fuerza suficiente para oponer resistencia.

—Algo así —contestó Konráð.

—Qué horror —susurró Birgitta como para sí misma.

—¿Y los vecinos? ¿Discutía con ellos?

—¿Con los vecinos? No. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple ocurrencia.

—Yo creo que los de la policía ya habéis hablado con todo el mundo y a estas alturas deberíais saber que ningún vecino ha tenido nada que ver con todo esto. Aquí solo vive gente encantadora. Nunca podría ocurrir nada semejante.

La Policía Judicial había interrogado a los inquilinos del inmueble, de tres plantas y ocho apartamentos. Casi todos eran personas mayores que prefirieron no mudarse a una vivienda más pequeña después de que sus hijos se independizaran, ya que, en su mayor parte, los pisos no eran muy grandes. La policía también había hablado con los vecinos de los edificios adyacentes. Casi ninguno sabía de la existencia de Stefán.

—¿Alguna vez habló contigo, o con tu marido, sobre el Teatro Nacional? —preguntó Konráð.

—¿El Teatro Nacional? Creo que no iba nunca al teatro.

—Me refiero a algún suceso relacionado con el Teatro Nacional, no a una función

determinada.

—¿Qué tipo de suceso?

—Por ejemplo, alguno de la época de la guerra.

—¿La guerra?

—La Segunda Guerra Mundial —especificó midiendo sus palabras.

No quería revelar demasiado, sobre todo porque tampoco contaba con mucha información.

—¿Qué suceso de la guerra? —preguntó Birgitta con curiosidad.

—¿Era creyente? —preguntó Konráð cambiando de tema.

—Nunca dijo nada al respecto. Yo creo que no.

—¿Y creía en lo sobrenatural?

—No, me parece que no. Tampoco hablaba de eso. ¿A qué te refieres?

—A si creía en la vida después de la muerte o si acudía a algún médium.

Birgitta miró a Konráð fijamente.

—¿Qué has encontrado en su casa? —preguntó.

—No mucho —contestó este sonriendo—. He visto que leía cuentos populares islandeses. ¿Sabes si le interesaba ese tema?

—No.

—¿Y las leyendas islandesas?

—Nunca me mencionó nada. Pero...

—¿Sí?

—Has dicho algo de la guerra y de si recibía invitados o iba él de visita. Hace poco me contó que había ido a un geriátrico de por aquí. Quería recordar algo de la guerra. Le pregunté de qué se trataba pero ignoró la cuestión, como si no quisiera hablar de eso. Yo no quise presionarlo, sabía que me lo contaría cuando tuviera razones para hacerlo.

—¿Así que no sabes por qué fue hasta allí?

—No.

—¿Manteníais buena relación?

—Sí, éramos buenos amigos.

—¿Conoces algún otro amigo suyo? ¿Alguien que pudiera hablar conmigo? —Konráð pensaba en la fotografía de la mesilla de noche.

—No, no conozco a nadie.

—Has dicho que se había mudado aquí desde Hveragerði, ¿era del sur?

—No, era de Canadá —aclaró Birgitta—. Era hijo de inmigrantes islandeses. Nació en Manitoba. Lo destinaron aquí durante la guerra.

—¿Y tenía nombre islandés? ¿Stefán Þórðarson?

—No, o sí, más tarde, sí. Los primeros años usaba su nombre canadiense y luego lo islandizó.

—¿Nombre canadiense? —repitió sorprendido.

—Sí. Al principio usaba su nombre originario —explicó Birgitta pacientemente

- . Pero cuando se asentó aquí, en Islandia, lo cambió y pasó a ser Stefán Þórðarson.
- ¿Cómo se llamaba cuando vivía en Canadá?
- Thorson. Stephan Thorson.

A la vista de cuanto Konráð pudo averiguar, en el Colegio de Ingenieros no sabían mucho acerca de Stefán Þórðarson ni de alguien llamado Thorson. Hacía mucho desde que se jubilara y, aparte de que hasta su muerte cobraba regularmente su pensión del Fondo de Ingenieros, poco más pudieron añadir los empleados del colegio, que no lo conocían. Marta se sorprendió cuando Konráð le comunicó los antecedentes islandeses del difunto. Birgitta evitó comentárselo a la policía cuando la interrogaron. Por lo que sabía, Stefán nunca contrajo matrimonio y no se tenía constancia de ningún hijo. Nadie acudió al depósito de cadáveres para identificarlo; ni siquiera habían preguntado por él. Todo ello hacía muy difícil recabar información sobre aquel hombre, lo que ponía a Marta de un humor de perros.

—No se explica que no haya familiares —espetó a Konráð por teléfono.

—No es tan raro —rebatíó este, que acababa de salir de casa de Birgitta y se disponía a acercarse a la residencia que el anciano visitó poco antes de morir—. Es de suponer que toda su familia seguía en Canadá y, seguramente, sus más allegados fallecieron hace tiempo. Tomó la decisión de comenzar una nueva vida aquí sin fundar una familia, pero contaba con algún amigo, como la tal Birgitta, y puede que consigas localizar a alguno más.

—Ojalá —dijo Marta—. Creo que lo más probable es que fuera alguien cercano a él.

—¿El agresor?

—Sí, ya sabes, el viejo le abre la puerta a un conocido, le invita a pasar... De lo contrario habría indicios de robo o de enfrentamiento, y no se han llevado nada.

—No puedes darlo por sentado —discrepó Konráð—. No sabemos si conocía a la persona a la que abrió la puerta. En realidad, todos abrimos al primero que llama al timbre o golpea la puerta de nuestra casa. Hay que ser muy precavido para no hacerlo. Él no tenía por qué conocer a la persona o personas que lo agredieron.

—Aun así es lo más probable. Voy a ponerme en contacto con la policía de Manitoba para ver si pueden desempolvar algo de información sobre ese... ¿Stephen Thorson, has dicho?

—Stephan Thorson. No Stephen.

—¿Qué más? ¿Algo sobre los recortes?

—No, nada salvo...

—¿Sí?

—Es una muerte extrañamente silenciosa, allí, en su dormitorio, pero a pesar de todo...

—¿Qué?

—A pesar de todo encaja con el resto de su vida. No llama la atención. Nadie sabe de él. Ningún tipo de altercados a su alrededor. Simplemente, vivía. Y, simplemente, murió.

El director del centro geriátrico estaba tan atareado que apenas pudo atender a Konráð. Era alto y dicharachero. Konráð llegó hasta él guiándose por las voces. Ya desde el pasillo se le oía hablar a gritos por teléfono con alguien que, como pudo deducir, debía de ser un proveedor. Al alcanzar su despacho vio que no estaba solo. El director finalizó la conversación telefónica con palabras no muy agradables, comunicó algo a los dos hombres que lo acompañaban, que abandonaron el despacho a toda prisa, y dirigió una mirada a Konráð.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó justo cuando el teléfono del escritorio volvía a sonar.

Descolgó, pronunció tres veces «No» a intervalos regulares y colgó.

Konráð se presentó.

—Estoy haciendo indagaciones acerca de un hombre que vino aquí hace poco, probablemente para preguntar sobre las posibilidades de ingresar en esta institución o quizá para visitar a algún residente.

—¿De quién se trata?

—Se llamaba Stefán Þórðarson. Era muy mayor, más de noventa.

—Ya no hay edad —comentó el director—. La gente mayor ha dejado de morir.

—Bueno, de todos modos pensé que habría acudido a ti o a tu personal.

—¿Stefán Þórðarson? Me suena el nombre. ¿No es el que han encontrado asesinado en su casa? Lo recuerdo. Estuvo aquí hace pocos días, vino para preguntar por nuestra Vigga.

—¿Vigga?

—Una paciente ingresada aquí —aclaró el director—. Permanece en cama la mayor parte del tiempo y normalmente está en otro mundo. Vivía en el barrio de las Sombras.

Konráð miró al hombre fijamente.

—¿Sabes qué quería de ella? —preguntó.

—No; si no recuerdo mal comentó que era un viejo amigo suyo.

—Conozco a una mujer llamada Vigga que es de ese barrio —le informó Konráð—. Pero ahora sería muy mayor. ¿Podría tratarse de la paciente que vino a visitar Þórðarson?

—Aquí solo tenemos una Vigga. ¿Te gustaría verla? ¿Quién decías que eras, de la policía?

Sonó el teléfono otra vez y el director respondió a la llamada.

—Muchas gracias —dijo Konráð mientras él seguía al teléfono—. Ya la encontraré yo —añadió, y salió del despacho.

Cuando recorría el pasillo comenzó a recordar que, en su infancia en el barrio de las Sombras, nada lo atemorizaba más que una mujer de la calle Lindargata llamada Vigga. En el pasado había averiguado que nació en 1915, pero tiempo atrás las

personas envejecían más rápido a causa del duro trabajo y las fatigas diarias, por lo que la recordaba siempre como una anciana aunque solo rozara los cuarenta cuando él empezaba a tener uso de razón.

Vigga vivía sola, sin familia, y llamaba la atención de los niños por su extravagante indumentaria y su peculiar modo de ser. La llamaban Vigga «la enemiga», le tenían pánico y la rehuían, excepto cuando se juntaban unos cuantos y se armaban del valor suficiente como para burlarse de ella. Aquello ocurría en alguna ocasión, no muy a menudo, y a la mujer se la llevaban los demonios, lo que incrementaba la tensión. Si la veían salir a la puerta de su casa con intención de ir tras ellos, echaban a correr gritando. Alguna vez arremetió contra los niños, alcanzó a uno o dos y los zarandeó profiriendo la sarta de improperios más espantosos que jamás habían oído. Sentía predilección por el plomo al rojo vivo y amenazaba a los mocosos con echárselo por encima. En una ocasión consiguió ponerle las manos encima a Konráð, cuando este acababa de cumplir seis años, por haber lanzado una bola de nieve a su casa. Salió a la calle furiosa y ataviada con un chaleco de lana, tres jerséis rotos, uno encima del otro, varias faldas y unas grandes botas de goma que le llegaban hasta la rodilla. Konráð, que era un inconsciente y un bobo, habría escapado de no haberse caído de culo por culpa de un resbalón. Ella lo agarró y lo abofeteó en una de sus heladas mejillas de tal manera que le saltaron las lágrimas. Después lo arrojó al suelo y le advirtió que si no se largaba a su casa lo encerraría en el sótano.

Konráð nunca pisó su sótano, aunque oía con frecuencia hablar de él, pues corrían espeluznantes historias sobre niños del barrio y de Þingholt desaparecidos de los que nunca más se supo y que seguramente habrían perecido en el sótano de Vigga «la enemiga». La mujer vivía en la periferia del barrio en una casita de chapa ondulada cuyas paredes resonaban cuando se lanzaba una piedra contra ellas. Las ventanas eran de cristal simple y se cubrían de escarcha cuando helaba. No parecía tener muchas amistades. Al menos no recibía nunca visitas relevantes, a excepción del repartidor de carbón, que llamaba a su puerta cada dos semanas, hasta que Vigga decidió poner fin a su odio contra la innegable modernidad y aceptó instalar en su hogar la calefacción geotermal municipal. Según contaba la madre de Konráð, trabajaba lavando ropa, y ya tenía bastantes problemas como para que una panda de críos le dieran más preocupaciones, por lo que le prohibió terminantemente a su hijo que se riera de ella.

Konráð entró en la habitación y la halló durmiendo bajo un edredón blanco. Mientras la observaba pensó en cómo el barrio de las Sombras se las había ingeniado para perseguirlo dando tan asombrosos rodeos. Pensó en la joven hallada tras el Teatro Nacional, en los recortes guardados dentro de un libro y en la sesión del médium en la que su padre colaboró. Pensó también en Vigga, que descansaba bajo el edredón que la cubría dejando asomar tan solo sus canas y su frente arrugada, y se preguntó qué habría querido el anciano de aquella mujer que tanto le asustaba de niño y que la muerte todavía no había logrado derrotar.

El forense rondaba los sesenta años, se llamaba Baldur y era un hombre corpulento, oriundo de Hornstrandir, de rasgos grandes y voz grave. Cuando Flóvent entró en la sala de autopsias, estaba al lado del cuerpo de la joven y se empleaba a fondo con el rapé; confeccionó una generosa raya sobre el dorso de la mano y esnifó primero por una fosa y seguidamente por la otra. Después sacó un pañuelo rojo del bolsillo de la bata y se limpió la nariz.

—Hola, Flóvent —saludó mientras guardaba el pañuelo en el bolsillo—. Menudo caso lamentable te ha caído entre manos. Una muchacha tan joven. Qué desgracia.

—¿Has podido examinarla?

—Hasta ahora solo en parte. Creo que el asesino la estranguló con sus propias manos —informó mientras deslizaba los dedos por el largo y esbelto cuello de la joven, donde se apreciaban diversos hematomas que lo circundaban, como gruesas huellas de dedos—. Supongo que se trata de un hombre, no le resultó difícil obstruir las vías respiratorias. La joven se resistió, trató de defenderse y luchar. La golpeó en la cara, fíjate, observa este hematoma de aquí. Como puedes comprobar, tiene las uñas rotas —indicó el forense levantando una mano de la chica para mostrársela a Flóvent.

—¿Fue agredida allí mismo, junto al Teatro Nacional?

—No, creo que no ocurrió en el exterior. De lo contrario se apreciarían en su cuerpo rasguños o arañazos dejados por la grava. Creo que no fue agredida a cielo abierto.

—Entonces la dejaron junto al Teatro Nacional tras asesinarla.

—Me parece lo más probable, sí, seguramente ya estaba muerta. Hay algo más que debes saber, aunque todavía tengo que estudiarlo más a fondo. Creo que a la chica se le había practicado un aborto no hace mucho. Y no se realizó de manera profesional. A decir verdad, fue una auténtica chapuza.

—Explícate.

—Me cuesta creer que lo practicara un médico profesional. Aun así, cabe esa posibilidad, no es ningún secreto que también hay chapuceros en mi gremio, como en cualquier otro. ¿Tenía novio?

—Quién sabe. Ni siquiera conocemos aún su identidad —respondió Flóvent.

—¿Tal vez un militar?

—Estamos tras la pista del hombre que la encontró, un soldado norteamericano que se largó corriendo del lugar de los hechos en cuanto descubrió el cadáver. Iba del brazo de una muchacha islandesa. Hemos hablado con ella, pero no nos ha servido de mucha ayuda. Consideramos posible que el militar conociera a la joven. ¿Sabes a quién podría haber acudido con su... su problema?

—¿Te refieres al aborto? No, no conozco a nadie. Aquí está permitido desde hace unos años, pero bajo estrictas restricciones: si la vida de la madre corre peligro, si la

mujer ha sido violada, si ha habido incesto y ese tipo de casos. Para que un médico practique un aborto debe cumplirse alguna de esas circunstancias, no basta simplemente con haber estado con un militar.

—Sin duda es una cuestión delicada para muchos —comentó Flóvent.

—Doy por hecho que hoy en día es fácil encontrar ese servicio si uno quiere —aclaró Baldur—. Clandestinamente, claro está. En estos tiempos de locos hay todo un hervidero de actividades encubiertas, tanto en esto como en otras cosas.

La búsqueda del sargento Frank Carroll del ejército norteamericano no tuvo ningún éxito. Thorson estaba convencido de que el sargento había mentido a Ingiborg. No era raro que los militares buscaran una diversión momentánea y que fingieran ser más importantes de lo que les correspondía; prometían el oro y el moro, pero, en especial, que al terminar la guerra regresarían a casa con sus chicas del brazo para mostrarles un hermoso mundo nuevo al otro lado del Atlántico. Flóvent y él volvieron a visitar a Ingiborg con el fin de obtener más información sobre aquel que se hacía llamar Frank Carroll. Tal y como estaban las cosas, no vieron ninguna razón para detener a la muchacha y someterla a un interrogatorio formal.

Todavía se desconocía la identidad de la muchacha hallada bajo los lúgubres muros del Teatro Nacional. Hasta donde llegaban las investigaciones policiales, nadie había denunciado su desaparición ni preguntado por ella. La noticia sobre el hallazgo del cadáver fue difundida en los periódicos y también en la radio. Flóvent quería suponer que las personas que conocieran a la joven y la echaran en falta no tardarían en ponerse en contacto con ellos. Informó a Thorson de que la chica había abortado poco antes de morir.

Hallaron a la joven bastante más calmada cuando Thorson y él regresaron para preguntarle más detalles sobre su novio norteamericano. Estaba sola en casa con su madre. Su padre la había regañado tras la primera visita y era como si su ausencia le hiciera estar algo menos tensa. No permitieron que su madre estuviera presente durante el interrogatorio y la invitaron amablemente a que abandonara el salón donde ya habían conversado la vez anterior.

—Ingiborg, la verdad es que no hemos encontrado a ningún Frank Carroll en el ejército norteamericano —anunció Flóvent.

—Lo cual significa —prosiguió Thorson— que uno de los dos miente. Tú a nosotros o él a ti.

—Si descubrimos que nos has mentido, Ingiborg —advirtió Flóvent—, te llevaremos a comisaría y luego a la cárcel de Skólavörðustígur. Hasta ahora te hemos tratado bien y nos hemos mostrado comprensivos, pero si no nos dices la verdad, se acabó todo.

—No estoy mintiendo —aseguró Ingiborg—. No os mentaría nunca. No he hecho nada. Simplemente nos encontramos aquel cuerpo y...

—¿Y qué, Ingiborg? —preguntó Thorson.

—De modo que me ha mentado —dijo Ingiborg en voz baja—. Decía que se llamaba Frank Carroll. Estoy segura.

—¿Habías estado antes con algún otro militar? —preguntó Flóvent.

—No, no soy ninguna golfa.

—¿Te prometió que te llevaría a América?

Ingiborg guardó silencio.

—¿Te aseguró que se casaría contigo?

—Era algo que solíamos comentar.

—¿La boda sería dentro de poco o después de la guerra?

—Después de la guerra. Frank tiene un miedo horrible a que lo envíen a combatir a Europa. A mí también me parecía lo más razonable.

—Entonces tenía la intención de venir a buscarte después —aventuró Thorson.

Ingiborg asintió.

—Aunque lo penséis no soy tonta —se defendió—. No soy ninguna ramera del ejército. Frank me ha tratado siempre con respeto. Sabía que mi padre se oponía a que nos viéramos y eso le dolía y lo entristecía. Asumía que mi familia nunca nos reconocería. Que estaríamos siempre solos.

—¿Y tú? ¿Llegaste a resignarte como él?

—No sabes lo que es vivir con mi padre —afirmó Ingiborg con frialdad.

—¿Qué más sabes de Frank? —preguntó Flóvent—. ¿Reparaste en alguna insignia que llevara en su uniforme? ¿Te habló alguna vez de la división a la que pertenecía? ¿De sus amigos?

—No sé nada. No conocí nunca a ninguno de sus amigos, excepto en el Borg, y no me fijé en ninguna insignia.

—¿Recuerdas sus nombres?

—No.

—¿Tienes alguna carta suya? ¿Alguna foto?

—No.

—¿Te has parado a pensar en que, desde que encontrasteis el cuerpo, todo lo que te contó sobre él ha resultado ser mentira? —preguntó Thorson.

Por supuesto que había pensado en ello, insomne y con los nervios crispados. Frank nunca se mostró muy prolijo a la hora de hablar de sí mismo y la barrera del idioma entre ellos hacía que sus conversaciones fueran casi telegráficas. Sabía que le interesaban los coches, pero apenas tenía datos sobre su familia. Solo se conocían desde hacía unos meses y ella se imaginaba que cuanto más mejorara su inglés —puesto que él no se esforzaba por aprender islandés— mejor se conocerían y más detalles aprendería de él.

—Al menos sé que se llama Frank —aseguró—. Lo llamaban Frank en el Borg los muchachos con quien se encontraba, sus amigos.

—Muy bien, yo creo que es suficiente por el momento —resolvió Flóvent—.

Ponte en contacto con nosotros si se te ocurre algo más que contarnos.

—¿Sabéis ya quién era la muchacha? —preguntó Ingiborg.

—No, todavía no —respondió Thorson.

—¿Se veía con un militar, igual que yo? ¿Alguien como Frank que la llevó a la parte de atrás del Teatro Nacional?

—No lo descartamos, por ahora seguimos pendientes de averiguarlo —respondió Thorson procurando evitar hacerle daño—. ¿Hay alguna razón en especial por la que Frank y tú escogierais aquel lugar?

—Fue idea suya —contestó Ingiborg—. Decía que a veces iban allí. Los militares.

—¿Con sus chicas?

—Sí.

Los guardas del refugio hecho con sacos de arena frente al Teatro Nacional no habían advertido ningún movimiento relacionado con la joven fallecida y no resultaron de ninguna ayuda a la policía. En el caso de que, además de la profesora, alguna otra persona hubiera transitado por el barrio de las Sombras aquella tarde y poseyera alguna información, no llegó a presentarse ante la policía. Nadie parecía haber reparado en cuándo llegó la muchacha a la parte trasera del teatro, ni de qué manera, ni con quién. Se intentó localizar en los alrededores a cualquier persona que pudiera aportar algún indicio sobre el destino fatal de la joven, pero no se halló nada digno de efectuar mayores indagaciones.

Thorson dirigía los interrogatorios con los militares que trabajaban en el centro de aprovisionamiento del Teatro Nacional. El lugar no guardaba ni el más mínimo parecido con un teatro, el escenario estaba por construir y, en la platea, los montones formados por provisiones y utensilios militares alcanzaban el techo. Flóvent sugirió que se acondicionara el sótano donde se almacenaba el carbón. Inicialmente su uso estaba destinado a la calefacción central, pero, posteriormente, se había decidido hacer de él una sala de fiestas, ya que la calefacción geotermal estaba comenzando a tomar el relevo de la de carbón por toda la ciudad. Debido a que se estaba procediendo a trasladar el centro de aprovisionamiento a una nueva ubicación, un intenso ajetreo alteraba a todo el edificio. Cuando este concluyera, las obras para acabar la construcción del teatro se reiniciarían. La continuación ya estaba aprobada.

Ninguno de los militares con los que hablaron dijo conocer a la joven. Solo dos soldados admitieron tener amistad con chicas islandesas.

—Hay muchos militares en la zona de Reikiavik con Frank como nombre de pila —comentó Thorson mientras caminaba con Flóvent de vuelta a Fríkirkjuvegur—. Lo he comprobado. Le ha mentado hasta la saciedad, aunque eso no es nada nuevo.

Flóvent llevaba su abrigo largo de invierno, el único que tenía, y un sombrero; Thorson llevaba una chaqueta militar por encima del uniforme de la Policía Militar y

una gorra. Hacía frío y bajaban apresurados por la calle Hverfisgata con las manos hundidas en los bolsillos. Oyeron cómo el campanario de la catedral daba las dos.

—No, lo cierto es que no es nada nuevo —admitió Flóvent.

—Si solo ha mentido respecto a su apellido, pero no sobre su nombre de pila, deberíamos poder dar con él —apuntó Thorson.

—Reúne a todos aquellos que encajen con la descripción de Ingiborg y veamos si reconoce a su hombre. Y mejor si son de Illinois.

—Ninguno de ellos es *sergeant*.

—No esperaba que lo fueran.

Se despidieron. Thorson siguió su camino hasta la Jefatura de la Policía Militar, en la zona de barracas de Laugarnes, y Flóvent continuó a buen paso en dirección sur, hacia Fríkirkjuvegur. Cuando llegó, un matrimonio de edad avanzada estaba esperándole. El hombre y la mujer aguardaban sentados en un banco de la entrada y Flóvent pasó por delante sin reparar en ellos. Se levantaron y lo vieron dirigirse a su despacho. La secretaria oficial de la Policía Judicial lo agarró del brazo para detenerlo.

—Desean hablar con usted —le anunció señalando con un gesto con la cabeza a la pareja.

—¿Quiénes?

—Esas dos personas —especificó la secretaria—. Con relación a su hija.

Pronunció las dos últimas palabras de tal modo que él entendió enseguida a quién se refería. Se volvió hacia el pasillo, donde el hombre y la mujer continuaban arrimados el uno junto al otro, los ojos fijos en la puerta del despacho.

—Pero si son muy mayores —susurró Flóvent.

—Era hija adoptiva —aclaró la secretaria en voz baja—. Albergan la esperanza de que no sea la misma de la que han oído hablar en las noticias, pero llevan unos días sin verla y no saben dónde puede estar.

Flóvent desanduvo sus pasos y los saludó. El hombre le estrechó la mano y se presentó, y lo mismo hizo la mujer; se les veía de temperamento tranquilo, aunque no podían ocultar su preocupación. Llevaban sendos gabanes recios, Flóvent estimó que tendrían cerca de setenta años. La mujer poseía un rostro amable, el hombre era esbelto y delgado y, a juzgar por sus manos, estaba acostumbrado a llevar a cabo duras tareas físicas.

—No queríamos importunarle sin necesidad —comenzó—. Hemos oído hablar de la joven del Teatro Nacional, de unos veinte años, y...

—Le dije que habláramos con la policía pero él prefería esperar y ver si regresaba —interrumpió la mujer—. ¿Saben ustedes quién es la muchacha que han encontrado?

—No, todavía no —respondió Flóvent—. Ustedes son los primeros en preguntar por ella.

—No es la primera vez que desaparece así —agregó la mujer.

—¿No?

—Pero en aquella ocasión terminó regresando.

—Puedo acompañarles al depósito de cadáveres si se sienten con fuerzas para ello.

Ambos se miraron.

—Deben identificarla —prosiguió Flóvent—. De lo contrario no podremos estar seguros.

—Nunca he ido allí —reparó la mujer.

—Comprendo —dijo Flóvent—, no es un sitio que nadie quiera visitar.

Llamó al forense del Hospital Nacional y le pidió que acudiera al depósito. Seguidamente guio al matrimonio hasta el coche de la Policía Judicial y los condujo durante un corto trayecto hasta el hospital, que era uno de los edificios más grandes del país. Baldur les esperaba a la entrada y los saludó. Ya había preparado el cadáver de la joven, que reposaba sobre la mesa de autopsias bajo una fina sábana blanca. Ambos se arrimaron el uno al otro y se cogieron de la mano mientras el doctor la retiraba y se apartaba para permitir que observaran a la muchacha.

Flóvent se dio cuenta en el acto de que la habían reconocido. Lo supo nada más percibir cómo se desvanecía de sus ojos cualquier atisbo de esperanza tras comprobar que era la hija que estaban buscando.

Baldur volvió a colocar la sábana sobre el cuerpo.

—¿Quién ha podido ser capaz de hacerle esto? —gimió la mujer mirando a su marido—. Hija de mi vida.

—Debemos interrogarles —interrumpió Flóvent—. Les agradecería que me acompañaran de nuevo hasta Fríkirkjuvegur.

—¿Podríamos...? —Los ojos de la madre contenían una súplica—. ¿Podríamos quedarnos un poco más con ella? Solo un momento.

—Faltaría más. —Flóvent hizo una señal al forense para que saliera con él al pasillo.

—¿Alguna novedad en cuanto a la identidad del norteamericano? —preguntó Baldur cuando estuvieron a solas.

—Por el momento no es más que un testigo que huyó del lugar de los hechos. Creo que no debemos sacar mayores conclusiones. Thorson nos ayuda con el caso. ¿Lo conoces?

—No.

—Un hombre extraordinario. Canadiense, hijo de inmigrantes islandeses. Nos ha prestado un gran servicio en la comunicación con las tropas.

—Está visto que de todo hay en la viña del Señor —comentó el forense.

—Sí. ¿No sería más procedente que sea el forense quien comunique a los padres los detalles del caso? Ya sabes, la causa de la muerte, la práctica del aborto...

—Si lo prefieres me encargo yo.

—Tal vez sea más conveniente que lo oigan de boca de un médico.

Baldur asintió y volvió a entrar en la sala. Transcurrió un largo rato mientras Flóvent esperaba en el pasillo intentando hacerse a la idea de cómo se sentiría el matrimonio en aquel momento. Le resultaba imposible.

El matrimonio abrió la puerta de la sala de autopsias, Baldur les acompañaba. La mujer se secaba los ojos con un pañuelo que guardó en su bolso. El hombre la abrazaba y ella se apoyaba en él mientras avanzaban por el pasillo. Flóvent se despidió del forense, condujo de nuevo a la pareja hasta Fríkirkjuvegur y una vez allí los llevó a su despacho. Les ofreció una taza de café auténtico procedente del ejército norteamericano que Thorson le había proporcionado y dejó que se recuperaran, evitando atosigarles o acrecentar su dolor.

—¿Tienen alguna pista sobre quién ha podido hacerle esto? —preguntó el hombre.

—Desgraciadamente no hemos atrapado a nadie todavía, tenemos la esperanza de que ustedes puedan ayudarnos al respecto, ahora que conocemos la identidad de su hija.

—No me cabe en la cabeza quién ha podido querer hacerle esto —repitió el padre—. Es tan ajeno a toda... a toda realidad. Que a una criatura bendita le haya ocurrido

semejante desgracia.

—Tengo entendido que su hija era adoptada.

—Sí —confirmó el hombre—. La adoptamos con un año y medio. Nosotros no teníamos hijos. Siempre quisimos uno, pero no podíamos.

—¿De dónde era?

—Del norte, de la provincia de Húnavatnssýsla —concretó la mujer—. Mi hermana trabajaba en una granja de la zona. Al fallecer la dueña de la finca dejó tras ella a un gran número de niños sin edad de trabajar y, por mediación de mi hermana, el padre nos dio a la chiquilla en adopción.

El hombre le explicó a Flóvent que su mujer y él se habían resignado y comenzado a considerar la adopción para conseguir tener un niño. Su edad avanzaba y no podían demorarse mucho más. Fue justo entonces cuando la hermana de la mujer les envió una carta donde explicaba que necesitaba imperiosamente reducir el número de niños en la granja del norte. Iban a enviar a tres a la granja vecina y el dueño de la finca no tendría ninguna objeción en enviar otro a gente decente de Reikiavik. El matrimonio viajó al norte, atravesó el altiplano y habló con el padre de la niña, un granjero pobre que vivía con estrecheces. Abrazaron a la niña por primera vez. Se llamaba Rósamunda y se encontraba en su segundo año de vida. Era una niña sana y alegre. Su madre había fallecido durante el alumbramiento del octavo hijo, el más joven.

—Así de injusta es la vida —se lamentó la mujer mirando a Flóvent.

Adoptaron a la pequeña Rósamunda, se encontraba bien en la ciudad, fue a la escuela privada de Austurbær y completó la enseñanza secundaria. Estudiar no se le daba bien, pero era trabajadora y laboriosa. Hablaron con ella sobre la posibilidad de continuar sus estudios pero le aburría estudiar y, además, había encontrado un trabajo al inicio de la guerra en un taller de costura del centro, cerca de Austurvöllur. Le divertía coser y le interesaba todo lo relacionado con la moda; se puso muy contenta cuando consiguió aquel trabajo en el taller, cuya dueña era una mujer encantadora. Quería aprender a coser vestidos y otras prendas y ponía todo su empeño en ello. De hecho, cosió un vestido precioso a su madre.

—Nos contaba que algún día quería abrir su propio taller —explicó la mujer con evidentes muestras de orgullo.

—Ahora eso ya no ocurrirá —dijo el hombre.

—Era un vestido precioso —describió su mujer—. Bonito de verdad, y muy bien cosido. Sepa usted que no he tenido en mi vida otro vestido que me sentara tan bien.

—Han mencionado que no era la primera vez que desaparecía —comentó Flóvent.

—Sí —confirmó el hombre—. Ocurrió hace unos tres meses.

—¿Qué pasó?

El hombre miró a su mujer con cierta incomodidad.

—Tardó dos días en regresar —detalló.

—Apenas nos dio explicaciones —añadió su mujer.

—¿No?

—No, pobre. Seguro que estuvo con algún chico. No quería contarnos nada y nosotros insistimos. Pensándolo mejor, quizás hubiese convenido sonsacárselo. No sé.

—¿Qué les contó?

—Dijo que necesitaba un poco de tiempo para estar sola, eso fue todo. No regresó hasta dos días después y nunca supimos nada más.

—¿Le preocupaba algo?

—No, que nosotros supiéramos.

—¿Y no dio mayores razones? —Se miraron el uno al otro, sin responder—. ¿Era la primera vez que le sucedía algo así? —preguntó Flóvent.

—No, nunca —respondió el hombre—. Esa fue la única vez. No queríamos ser severos con ella. Si le había ocurrido algo y no nos lo quería contar, era asunto suyo. Pensamos que tal vez nos lo contaría más adelante. Cuando se hubiera recuperado.

—¿Y lo hizo?

—No, todavía no parecía repuesta cuando...

El hombre guardó silencio. Al verlos allí delante, cabizbajos en sus sillas, Flóvent tuvo la impresión de que ahora deseaban haber reaccionado de otro modo. Pero ya era demasiado tarde.

—Nos dijo que no nos preocupáramos —continuó la mujer—. Que no teníamos por qué inquietarnos.

—¿Salía por aquel entonces con alguien?

—No que supiéramos.

—¿Y sus amistades? ¿Sabían qué le pudo suceder?

—No frecuentaba muchos amigos. Tampoco tenía novio, aunque bien habría podido, con lo guapa que era. Eso sí, era muy amiga de una muchacha que trabajaba con ella en el taller.

—¿Mantenía contacto con su familia del norte? —preguntó Flóvent.

—No, no mucho —respondió el hombre—, y no comenzó a mostrar un interés creciente por su origen hasta los últimos semestres. Empezó a entablar contacto por correspondencia con su... padre, creo que lo tendré que llamar así, y sé que pensaba realizar un viaje al norte dentro de poco.

—¿Desde cuándo conocía la existencia de su familia del norte?

—Desde el principio —afirmó la mujer—. Nunca fue un secreto, si se refiere usted a eso. No le escondimos nada. Nuestra relación no era así. Era nuestra hija.

—¿Aun así no les contó por qué se ausentó dos días de casa?

La pareja guardó silencio.

—Tenía sus razones —concluyó finalmente el hombre.

—¿Saben si frecuentaba a militares norteamericanos?

—¿A militares? —La mujer se sorprendió—. No. Ninguno. Imposible.

—¿Por qué está tan segura? —preguntó Flóvent.

—No quería saber nada de ellos —aseguró la mujer—. Créame, no conocía a ningún militar. Personalmente, quiero decir. Bien puede ser que algunos fueran al taller de costura, pero eso es todo. Otro tipo de contacto no creo que tuviera. No hablaba nunca de ellos. Nunca.

—¿Cuándo la vieron por última vez?

—El mismo día en que la encontraron —concretó el hombre—. Se marchó a trabajar y desde entonces ya no la volvimos a ver. Pasamos la noche fuera de la ciudad, en casa de nuestros amigos de Selfoss, no muy lejos de Tryggvaskáli.

—No era más que un viaje corto y pensamos que ella estaría bien —explicó la mujer—. Oímos hablar en las noticias de la chica del Teatro Nacional pero, naturalmente, nunca la asociamos con nuestra Rósamunda. Cuando volvimos a casa ayer por la tarde ella no estaba y no volvió durante la noche, y hoy, por la mañana temprano, hemos llamado a la dueña del taller de costura, pero no nos ha podido dar ninguna noticia de ella salvo que ayer no fue a trabajar y que supuso que estaba enferma. Entonces hemos comenzado a sospechar...

—¿Por qué piensa que se relacionaba con un soldado norteamericano? —El padre, inclinándose hacia delante en su asiento, volvió sobre el tema.

—El forense les ha comunicado los resultados de la autopsia —explicó Flóvent—. De qué manera se produjo el fallecimiento y también que necesitó recurrir a alguien para...

—Nos ha informado de que hace poco le habían practicado un aborto. —La mujer completó la frase.

—Exacto, ¿sabían ustedes algo del aborto?

—No, no teníamos ni idea —confesó ella con dificultades—. Pobre criatura. Pienso en eso y se me cae el alma a los pies. No nos lo contó nunca y yo... yo no me percaté de nada. Debería haberme dado cuenta pero... lo ocultó tan bien.

—¿Fue un soldado norteamericano? —preguntó su marido—. ¿El que la mató?

—No sé nada al respecto —admitió Flóvent—. Creo que es una posibilidad a tener en cuenta dada la situación que se vive en Reikiavik estos días.

—¿Podría ser el mismo que la dejó preñada?

—No queda descartado —señaló Flóvent—. Aún no podemos sacar ninguna conclusión a partir de las pruebas de que disponemos.

El viejo matrimonio permaneció en silencio en sus asientos, con las manos sobre el regazo, y Flóvent se compadeció de ellos; percibía su pena silenciosa, su escepticismo y su desamparo ante aquel suceso incomprensible.

—Una muchacha tan guapa y tan buena como ella —se lamentó la madre—. No entiendo cómo puede ocurrir algo así. No me lo explico. No me cabe en la cabeza.

Konráð permaneció sentado junto a Vigga un largo rato, esperando que despertara mientras rememoraba su infancia en el barrio de las Sombras. A pesar de que la guerra había concluido años antes de su niñez, todavía se respiraba el auge que trajo consigo. Más tarde llegaría la época de los racionamientos. En sus recuerdos, el barrio de las Sombras era como un mundo diminuto separado del resto, con sus comercios y sus pequeñas y grandes empresas. La calle Lindargata lo seccionaba en dos, de oeste a este, flanqueada de un lado por los eruditos del arte y del otro por la industria alimentaria. En el extremo oeste, el Teatro Nacional enseñaba el trasero a la acera, como si fuera demasiado elegante para el barrio. Al este, los corderos lechales guardaban silencio en el patio del Matadero del Sur de Islandia. En aquella zona se erigían también la Biblioteca Nacional, para los sedientos de conocimiento, y el Tribunal Supremo, para los infractores de la ley. Entre ambos extremos se extendían casas de madera revestidas de chapa ondulada, o casas de piedra de dos o hasta tres plantas. Algunas se conservaban en buen estado, otras eran cochambrosas y estaban deterioradas. Casi todas disponían de pequeños jardines traseros orientados al sur, hacia el sol. En uno de los sótanos más miserables se había criado Konráð.

La gente del barrio se conformaba con lo que tenía, sin problemas, bien fueran obreros, profesionales de artes y oficios o algún que otro hombre rico. Unos bebían y otros eran abstemios. Unos iban a misa los domingos y celebraban la palabra del Señor, herrumbrosos y con cierto remordimiento tras la noche del sábado, y acompañaban de todo corazón al sacerdote cuando rezaba: «... y perdona nuestras deudas», otros se ponían el sombrero y paseaban por el centro con sus esposas, que quizás acababan de comprarse un abrigo nuevo, y se quitaban el sombrero para saludar distinguidamente. Las mujeres miraban los escaparates y admiraban los hermosos vestidos o las elegantes pamelas traídas de Copenhague o Londres. Los hombres aguzaban la vista hacia el mar para contemplar cómo llegaban los barcos, o tal vez veían pasar un flamante automóvil nuevo, como un sueño resplandeciente que recorría Austurstræti. Al mediodía, el olor a cordero asado invadía cada calle y cada rincón y después la gente se acostaba para hacer la digestión hasta la hora del café. Algún que otro hombre desaliñado se asomaba a la ventana de su casa en camiseta interior y le pedía a alguno de los chavales que jugaban en la calle que se acercara a la tienda para traerle una cerveza fría sin alcohol: «¡Puedes quedarte con la vuelta!», voceaba.

Konráð guardaba esos recuerdos muy vivos en su memoria y pensaba a menudo en aquellos tiempos en el barrio. Peculiarmente era su madre la encargada de salir a trabajar y llevar los garbanzos a casa. Por lo general, su padre no tenía trabajo fijo. Siempre estaba metido en todo tipo de trapicheos, en buena parte ilegales. Conforme Konráð se fue haciendo mayor, se dio cuenta de que los delitos y crímenes de poca monta eran su pan de cada día. Sus padres no debían cuidar de muchos hijos, tan solo

de Konráð y de su hermana Elísabet. Konráð recordaba un continuo trajín de invitados, parientes del norte, amigas de su madre y ciertos amigos de su padre un tanto dudosos. No había nacido todavía cuando la farsa del médium se encontraba en pleno apogeo, pero sí recordaba las historias de su padre sobre las sesiones que se celebraban en su pequeño apartamento. Según decía nunca representó el papel de médium, aseguraba ser mal actor. Unas veces, el médium era hombre, otras mujer. El vidente preparaba el terreno preguntando si alguno de los presentes conocía a una tal Guðrún o, en su defecto, a un hombre llamado Sigurður, o si alguien reconocía un cuadro del monte Esja o si a alguno de los presentes le resultaba familiar el olor a bolitas de alcanfor que repentinamente llegaba al olfato del espiritista.

Lo más espectacular se producía cuando, como por arte de magia, se movían las mesas del salón y en ocasiones hasta las sillas, por doquier sonoros golpes retumbaban y hacían aparición los detalles más fascinantes de tiempos pasados que los asistentes recordaban de la vida de los fallecidos o bien identificaban por otros motivos. Aquello los llenaba de alegría y lo consideraban un claro signo de la verdad y la vida —y de que la vida había vencido a la muerte y esta no era más que un portal a un mundo distinto y mejor—. Se trataba de meros engaños instigados por su padre y sus compañeros. Jugaban con los sentimientos de las personas, algunas sumidas en una profunda aflicción, con el único fin de sacar unas míseras coronas. Cuando tiempo después hablaba de aquel fraude descarado, no podía vislumbrarse ni el más leve atisbo de remordimiento en las palabras del padre de Konráð. Decía haber visto la oportunidad durante el apogeo de la Sociedad de Estudios Espiritualistas en la época de la guerra. En aquellos años, dicha organización ocupaba un lugar destacado en la vida urbana de Reikiavik tras el reentierro del fantasma de Miklabæjar-Solveig en Skagafjörður, y el peculiar periplo de los restos mortales del poeta Jónas Hallgrímsson desde Copenhague hasta Þingvellir. Tras la aparición de sus espíritus en sendas reuniones de la sociedad no quedó más alternativa que acceder a sus peticiones de traslado. En aquel entorno prosperó el negocio espiritista del padre de Konráð, especialmente dotado para este tipo de actividades. Había quienes se consideraban con cualidades de médium pero necesitaban una pequeña ayuda para poner las cosas en marcha. Otros, en cambio, eran buenos actores, perceptivos ante las expresiones y el comportamiento de los más crédulos y habilidosos para sonsacarles información.

Konráð oyó un débil suspiro procedente del lecho y se tomó la libertad de apartar el edredón del rostro de Vigga. Allí estaba, desdentada, con las mejillas hundidas, la piel arrugada y seca como un desierto de arena y unos mechones de canas adheridos a su cabeza. Abrió los ojos, apenas una rendija.

—¿Vigga? —susurró Konráð—. ¿Puedes oírme?

No obtuvo ninguna reacción.

—¿Vigga? —preguntó de nuevo alzando la voz.

La anciana no movía ni un solo miembro ni articulación, su mirada débil

apuntaba al infinito y no parecía oír nada.

—No sé si se me recuerdas, me llamo Konráð, vivía cerca de tu casa, en el barrio de las Sombras.

Ella no mostró reacción alguna y él permaneció en silencio junto a la cama. El enfermero que cuidaba de ella le había comentado que solo estaba consciente de tanto en tanto. No estimaba que le quedara mucho de vida, aunque añadió que desde hacía varios años venía diciendo lo mismo y todavía le sorprendía su tenacidad.

—Me gustaría saber si hace poco vino a verte un hombre llamado Stefán —explicó Konráð—. Stefán Þórðarson.

Vigga parpadeó.

—¿Recuerdas algo?

Konráð esperó algún tipo de reacción, pero no fue así.

—Cabe la posibilidad de que dijera llamarse Thorson —dijo con la esperanza incierta de que lo pudiera escuchar.

Pareció funcionar. Vigga giró la cabeza lentamente hacia él y lo miró con ojos apagados.

—¿Thorson? —repitió Konráð—. ¿Lo conoces?

Ella lo miraba fijamente en silencio.

—¿Vino aquí hace unos días para visitarte?

Vigga no reaccionó pero no apartó la mirada de Konráð.

—Thorson está muerto —le anunció Konráð—. Pensé que desearías saberlo en caso de que lo conocieras. Quizá lo hayas oído ya. Tengo entendido que vino hace poco a visitarte.

Vigga continuaba mirándolo.

—No sé si te acuerdas de mí. De pequeño vivía en el barrio de las Sombras, no muy lejos de tu casa. Me llamo Konráð.

—¿Có...?

Vigga trató de susurrar algo pero su voz era tan débil que Konráð no logró escucharlo.

—¿Perdón?

—¿Có... mo?

—¿Cómo? ¿Quieres decir que cómo murió? Una tragedia. Murió asfixiado. Probablemente asesinado.

Vigga hizo un gesto.

—¿Ase... sinado? —musitó débilmente, prácticamente sin voz.

—No sabemos quién lo hizo —explicó Konráð—. Vivía solo y lo encontraron muerto. Tengo entendido que vino aquí poco antes de morir y me gustaría preguntarte de qué lo conoces.

—Él... vino...

Vigga cerró los ojos.

—Encontré en su casa unos artículos sobre una joven hallada muerta junto al

Teatro Nacional durante la Segunda Guerra Mundial —continuó Konráð—. La estrangularon. ¿Sabes por qué guardaba esos recortes? ¿Vino a verte por ese caso? ¿O por alguna otra razón? ¿Y de qué os conocíais? ¿De qué conoces a Stefán Þórðarson?

Las preguntas salían disparadas de la boca de Konráð, pero Vigga ya no parecía escucharlo.

—¿Por qué vino a verte, Vigga? ¿Por qué te visitó justo antes de morir?

La anciana se había quedado dormida. Konráð refrenó su impulso de querer despertarla y permaneció sentado junto a la cama, con calma y paciencia, mientras recordaba que no siempre fue una mujer malhumorada que soltaba blasfemias a los niños. Una vez, cuando Konráð tenía siete años, se atrevió a llamar a su casa temprano una mañana de domingo. Estaba vendiendo chapas de los *Scouts* y apenas le quedaban casas que visitar en el barrio excepto la suya. Hasta el momento la recaudación era escasa, solo logró vender una chapa, probablemente porque, lleno de entusiasmo, comenzó demasiado temprano y despertó a todos los vecinos que, fastidiados por las molestias, no dudaron en mandarlo a paseo. No entraba en sus planes atreverse a ir a casa de Vigga, pues siempre la evitaba como al diablo, pero por alguna razón dejó a un lado su falta de valor y, antes de poder darse cuenta, estaba llamando a su puerta. Dejó pasar un buen rato y, cuando estaba a punto de salir corriendo antes de que fuera demasiado tarde la puerta se abrió y Vigga lo miró fijamente agachando la cabeza.

—¿Qué quieres de mí, muchacho? —preguntó mientras buscaba con la mirada a otros mequetrefes que pudieran estar escondidos para burlarse de ella.

No divisó a nadie.

—Yo... Estoy vendiendo chapas —tartamudeó.

—¿Chapas? Pero ¿qué tontería es esa?

—Chapas... Chapas de los *Scouts*.

—¿Pretendes que te las compre? ¿Un renacuajo como tú? ¿Quieres pasar?

Konráð vaciló y dijo la verdad:

—No.

Vigga le lanzó una mirada asesina y él pensó que tal vez debería haber respondido «no, gracias». Cuando se disponía a rectificar, comenzó a retumbar algo dentro de ella y, de repente, soltó una carcajada de caballo; se reía tanto que tuvo que apoyarse en la puerta.

En el momento en que Konráð comenzaba a darse la vuelta para bajar la escalera, ella dejó de reírse.

—Venga, está bien, te compraré unas chapas, chiquillo. Espera mientras voy a buscar el dinero.

Le compró tres chapas y él le prometió que nunca más llamaría a su puerta, bajo ningún concepto, y que no volvería a verle el pelo.

Konráð contemplaba a la anciana bajo el edredón y todavía podía escuchar su risa en aquella remota mañana de domingo. De pronto, ella abrió los ojos y lo miró.

—¿Th... orson?

Su susurro era casi imperceptible.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Konráð.

—¿Eres... tú..., Thorson?

Konráð no sabía qué responder.

—No soy Thorson, si...

Vigga cerró los ojos.

—¿Por qué Thorson guardó durante años unos recortes relacionados con el caso de la chica muerta junto al Teatro Nacional? —probó de nuevo Konráð.

No obtuvo respuesta.

No servía de nada preguntar. Vigga estaba dormida de nuevo. Continuó sentado junto a ella un buen rato y después se levantó con la intención de marcharse. Se atrevió a acariciar suavemente su mejilla. En otros tiempos le había causado miedo y temor, pero ya no. Descansaba envuelta en serenidad. Konráð se dirigía hacia la puerta cuando le pareció oír su voz.

Se giró.

—¿Qué has dicho?

Vigga abrió la boca, parecía como si no fuera capaz de articular las palabras.

—¿Thorson? ¿Eres... tú otra vez? ¿Has venido... a preguntar por la chica?

—Sí —dijo Konráð por decir algo.

—No fue... solo ella... Hubo... otra más —susurró Vigga bajo el edredón, ronca y afónica a causa de la edad—. Otra que desapareció... Y los elfos... los elfos...

—¿Otra chica? —Se inclinó sobre ella para escuchar mejor—. ¿De quién hablas?

—No... la encontraron nunca... No encontraron los huesos...

Un grupo de doce soldados norteamericanos se aglomeraba en una sala de la comisaría del ejército, en el campamento de barracas de Laugarnes. La Policía Militar había recorrido el área de Reikiavik para reunirlos y llevarlos hasta allí sin darles ninguna explicación. Se contaban entre ellos nueve soldados rasos, un teniente y dos empleados de cantina, uno de los cuales trabajaba en la base estadounidense de Hvalfjörður. Aún no sabían que el nombre de pila de todos era Frank cuando se abrió la puerta y Thorson los saludó. Cuatro policías militares armados vigilaban a los hombres. Flóvent había telefoneado a Thorson tras su encuentro con los padres de Rósamunda para informarle de que, además de reconocer a la joven, descartaban que hubiera estado con un militar norteamericano o que conociera a alguno.

Se dispuso a los hombres en fila de a uno y mirando al frente. Dos o tres exigieron explicaciones sobre aquel procedimiento, pero Thorson les rogó que mostraran paciencia, les agradeció su colaboración con la policía en un caso complicado y les informó de que les permitirían marcharse enseguida. En ese momento entró Flóvent en la sala acompañado de Ingiborg, que reconoció a su Frank de inmediato.

La joven se dirigió hasta él y este le sonrió con frialdad e incomodidad mientras el resto de los hombres los contemplaban sin comprender todavía qué hacían en manos de la policía ni de qué tipo de juego estaban siendo partícipes.

Thorson se colocó junto a Ingiborg.

—¿Es él?

—Sí. Este es Frank Carroll. Si es que se llama así.

Frank miró a Thorson y asintió.

—*I'm Frank Carroll* —dijo en voz baja.

—¿Por qué me mentiste? —preguntó Ingiborg a Frank lanzándole una mirada herida. Él no entendió lo que decía, pero sí el dolor en sus palabras—. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

—*Sorry. I...*

—¿Eran embustes todo lo que me contaste? —susurró ella—. ¿Sobre nosotros? ¿Sobre todo lo demás?

Frank evitaba mirarla a los ojos. Thorson se dirigió a los otros militares, les agradeció de nuevo su ayuda y les dio permiso para marcharse, anunciándoles que quedaban libres de cualquier obligación. Los hombres se miraron estupefactos y comenzaron a mascullar entre dientes mientras salían de la sala. Ingiborg se giró hacia Flóvent.

—¿Puedo irme yo también?

—Sí —respondió él—. ¿Quieres que te llevemos a casa en coche?

—No, ya me las apañaré —respondió, y se apresuró a salir sin mirar a Frank.

El militar se quedó contemplando cómo se marchaba; era difícil leer en su rostro

lo que pasaba por su cabeza. Pese a todo, Thorson sí advirtió la ausencia de cualquier gesto que evidenciara su pesadumbre.

Los tres hombres se sentaron en cuanto se quedaron a solas y Frank encendió un cigarrillo mientras miraba alternativamente a Flóvent y Thorson.

—¿Es por la chica que encontramos?

—Sí —respondió Thorson.

—Ese asunto no tiene nada que ver conmigo —dijo él.

—¿Por qué saliste corriendo entonces? —preguntó Thorson.

—Porque no tenía nada que ver conmigo —insistió Frank—. No sé nada al respecto. No conocía a esa chica. No os puedo ayudar. Lo supe en cuanto la vi y decidí hacer lo más adecuado, irme de allí. ¿Se puso Ingiborg en contacto con vosotros? ¿Perdió los nervios?

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó Thorson sin responder a sus preguntas.

—Frank Ruddy.

—¿Por qué usabas un nombre falso?

El norteamericano se encogió de hombros como si, de algún modo, fuera obvio.

—Tampoco eres sargento —continuó Thorson—. También en eso le mentiste a la muchacha. ¿Es que ser soldado raso no bastaba para impresionarla?

—Les gusta más si tienes algún grado —explicó Frank—. No reconocen los uniformes. No entienden las insignias.

—Ya, y no pasa nada por mentirles —intervino Flóvent.

Sabía que no era necesario traducirle sus palabras a Flóvent, su compañero hablaba un inglés excelente, con un ligero acento escocés, debido a que durante un tiempo trabajó para la Policía Judicial de Edimburgo. Frank guardó silencio.

—Aquí consta que estás casado y tienes dos hijos —afirmó Thorson tras hojear unos documentos—. ¿Estás separado?

—No —respondió Frank, quien no veía ningún motivo para continuar mintiendo, sospechaba que no tardarían en comprobar cualquiera de sus respuestas y averiguar la verdad—. No quería que Ingiborg se enterara de que estaba casado. Por eso salí corriendo.

—¿No querías que supiera que eres padre de dos hijos y tienes una esposa en el oeste de Illinois? —preguntó Flóvent.

—Exacto —confirmó Frank—. Pensé que, si nos convocaban como testigos, se averiguaría todo y no quería hacerle daño a Ingiborg.

—Un caballero en toda regla —se admiró Thorson—. ¿Tienes más mujeres aparte de ella?

—¿Más?

—Más mujeres islandesas, quiero decir. ¿Te ves con otras? ¿Además de con Ingiborg?

Frank dudó un instante.

—De acuerdo, os lo contaré para que no penséis que miento —admitió—. Digo la verdad: he tenido algunos encuentros con otra. Eso es todo. No hay más mujeres.

—¿Sabe Ingiborg algo de ella? —preguntó Flóvent.

—No. Y ella no sabe nada de Ingiborg.

—Así que en realidad tenías más de un motivo para huir del lugar de los hechos —concluyó Thorson contrariado.

—No quiero buscarme problemas.

—¿Estás seguro de que los líos de faldas son la única razón?

—¿Qué quieres decir?

—¿No será que no dices más que burdas patrañas? Como el nombre que te inventaste, ¿de dónde te lo has sacado? ¿Quién es ese Carroll?

—Un actor de Hollywood. Ponían una película suya aquí cuando conocí a Ingiborg. *The Flying Tigers*.

—*Los tigres voladores*, de John Wayne —aclaró Flóvent a Thorson en islandés—. La he visto. El actor se llama John Carroll. En esto no miente.

—Eso es —insistió Frank avergonzado—. John Carroll. Estábamos en el cine y ella me preguntó que cómo me llamaba además de Frank y entonces vi el nombre de John Carroll en la pantalla y todo salió espontáneamente, no me lo pensé mucho.

—¿Por qué saliste corriendo del Teatro Nacional, Frank? —contraatacó Thorson inesperadamente.

—Ya he...

—¿Fue porque reconociste a la chica en cuanto la viste?

—No. No nunca la había visto.

—¿Has oído alguna vez el nombre Rósamunda?

—No. ¿Quién es?

—La chica asesinada.

—Jamás oí ese nombre —aseguró Frank—. Lo juro. No conocía a esa chica de nada. Jamás la he visto, nunca. ¿Habéis hablado ya con el hombre que estaba de pie en la esquina?

—¿Qué hombre? —preguntó Thorson.

—El que estaba en la esquina, allí, detrás del teatro.

—¿La esquina? ¿Dónde?

—¿Dónde? No sé cómo se llama esa calle. Cuando llegamos a la parte de atrás del teatro él estaba fumando en la esquina, pero cuando volví a mirar ya se había ido.

—¿Cómo era ese hombre?

—No lo sé. No era militar, no llevaba uniforme, sería seguramente islandés. De todos modos no lo vi bien. Estaba oscuro. Simplemente reparé en que estaba cerca y me pareció que fumaba un cigarrillo, pero cuando quise comprobar si continuaba allí, se había esfumado.

—¿Quedaba a tu derecha o a tu izquierda de la parte trasera del teatro?

—En la siguiente esquina a la derecha, al otro lado de la calle —matizó Frank

dándose una palmada en el brazo derecho para enfatizar su respuesta.

—¿Qué calle hay ahí? —preguntó Thorson girándose hacia Flóvent.

—El Pasaje de las Sombras. Está hablando de la esquina de Lindargata con el Pasaje de las Sombras.

—Ingiborg no mencionó a ese hombre.

—Será que no lo vio. Yo me fijé apenas un segundo. Pero estaba allí, de pie. No me lo estoy inventando.

—¿Y qué hacía?

—Nada. Fumaba junto a la esquina. Y, luego, desapareció.

Thorson quiso bajar al Pasaje de las Sombras a pesar del tiempo transcurrido desde que Frank divisara al hombre. Flóvent y él aparcaron el vehículo junto a Lindargata, caminaron hasta la esquina con el Pasaje de las Sombras y buscaron rastros del fumador. Salvo una luz mortecina procedente del pasaje, el lugar se encontraba prácticamente sumido en la oscuridad ya que la farola de la esquina estaba estropeada y la siguiente quedaba demasiado lejos. Thorson llevaba consigo una linterna e iluminó exhaustivamente todo el perímetro. No sabían lo que estaban buscando y no encontraron más que dos colillas pisadas en la acera, de la marca estadounidense más popular.

—¿De qué marca son? —preguntó Flóvent.

—Lucky Strike —respondió Thorson.

Por la tarde, Konráð recibió la visita de su hermana. Estaba soltera, trabajaba en una biblioteca y llevaba una vida sencilla. Era el empleo más idóneo para ella, ya que desde muy joven su mayor afición era la lectura. Coleccionaba libros con avidez, y había reunido una envidiable biblioteca. Elísabet, o Beta, como la solían llamar, era una comunista de la vieja escuela y pocas cosas se libraban de que no las considerara pequeñoburguesas. Nada le causaba mayor aversión que el capitalismo, para ella presente en casi todas partes.

—¿Te molesto? —preguntó por mera formalidad, como siempre.

Si realmente molestaba, fingía no darse cuenta de ello.

—No, pasa. ¿Quieres una copa de vino tinto? —le preguntó Konráð mostrándole una botella de The Dead Arm.

—No, gracias. ¿No estás bebiendo mucho últimamente?

—No creo. El vino tinto es bueno para la salud.

—Venga, hombre, no te tragues esos rollos capitalistas sobre el vino —dijo Beta al entrar en la cocina.

Se dio cuenta de que su hermano estaba distraído.

—¿Por qué andas así de cabizbajo? —le preguntó—. ¿Te he interrumpido?

—No. Pensaba en papá y las sesiones con el médium que celebraban en casa.

—¿Por qué te acuerdas ahora de eso?

—Por un caso que estoy investigando. ¿Te suena la historia de una joven que encontraron muerta junto al Teatro Nacional durante la guerra?

—Solo sé que papá hablaba de esa malograda sesión sobre ella. ¿En qué andas metido? ¿Algo que tenga que ver con él?

—No, no directamente —contestó Konráð—. Un anciano llamado Thorson que se trasladó aquí durante la guerra fue hallado muerto en su casa. Cuando la registraron, se descubrió que guardaba unos recortes sobre aquel homicidio y puede ser que antes de morir visitara a Vigga para preguntarle sobre ese caso.

—¿La vieja Vigga? ¿Aún vive?

—Le queda poco. Me acerqué a la residencia donde está y, efectivamente, parecía casi en el otro mundo. Habló de otra chica más aparte de la que encontraron junto al Teatro Nacional. ¿Tú recuerdas algún otro caso similar?

—No. Todo ocurrió antes de que tú y yo nacióéramos. ¿Y también la encontraron en el barrio de las Sombras?

—Nunca oí hablar de ese asunto cuando trabajaba en la policía. La cuestión es si se mencionó algo al respecto en los periódicos de aquel entonces.

—No debería resultar muy difícil consultarlo.

—Vigga se encontraba muy débil, la pobre mujer. Creo que pensó que yo era Thorson, y que buscaba información sobre las dos chicas.

—¿Cómo se llamaba la chica del Teatro Nacional? ¿Rósamunda?

—Sí. No alcanzo a entender por qué Thorson seguía investigando el caso tanto tiempo después. ¿Por qué lo haría? Han pasado casi setenta años desde entonces, y él tenía más de noventa. ¿Por qué fue a visitar a Vigga? ¿Cómo es que la conocía y qué podía saber ella sobre el caso?

—Bueno, la chica fue hallada en el barrio y Vigga sabía casi todo lo que ocurría en él. Pasó allí toda su miserable vida. En cuanto a Thorson, quizás ese caso tenía que ver con algo que lo hubiera carcomido toda su vida —aventuró Beta—. O a lo mejor había descubierto nueva información.

—Aún tengo que hacer unas cuantas averiguaciones. Vigga no hablaba de manera muy clara, pero me pareció entender que jamás encontraron los restos mortales de la otra chica. La verdad es que no sé lo que eso significa y tampoco conseguí que me dijera nada más al respecto.

—Así que hay dos chicas, Rósamunda, la del Teatro Nacional, y luego otra que no sabes quién era, a la que le ocurrió algo parecido pero cuyo cadáver nunca apareció —resumió Beta.

—Eso concuerda con lo que papá me contó cuando me habló de la sesión con el médium, aunque fuera de un modo muy vago y confuso. Pero no sé si puede sacarse alguna conclusión válida de las palabras de Vigga. ¿No será que Thorson la había estado buscando todos estos años y por eso visitó a Vigga? Pero lo que no tiene ningún sentido es lo de los elfos.

—¿Elfos?

—Cuando habló de la otra chica, la que no apareció, Vigga mencionó a los elfos.

—¿Y eso qué significa?

—No sé qué quería decir. Pero cuando oí aquello fue cuando se me ocurrió pensar si no sería la misma chica que el médium le mencionó a papá.

—¿Qué insinúas?

—El vidente dijo que...

—Aquello fue un timo —interrumpió Beta enfadada—. Los dos eran unos farsantes. No puedes tomarte en serio nada que saliera de aquella sesión. ¿Cuándo se te va a meter en la cabeza? Todavía intentas... Papá era un cabrón de mierda y seguramente se merecía lo que le pasó. No era buena persona, engañó e hizo daño a mucha gente y trató mal a mamá hasta que ella decidió dejarlo, gracias a Dios.

—Y de paso abandonarme a mí.

—No te abandonó, Konráð, él no permitió que te marcharas con ella —remarcó Beta—. Nos repartió entre ellos. Así era él. Ya hemos hablado de esto otras veces. ¿Cómo crees que se sintió mamá cuando se vio obligada a dejarte? No lo hizo más que para vengarse de ella. Destrozó a la familia. Mamá ya no aguantaba más viviendo con él, y él se vengó así de ella. Era de esa calaña y ya eres lo bastante mayor como para dejar de defenderlo. Nuestro padre era un cabrón y un miserable.

—Sé perfectamente cómo era —se defendió Konráð—. No hace falta que te alteres. Ya sé cómo se portaba con mamá. Lo sé todo y no hace falta que me lo

recuerdes cada vez que hablamos de él. Pero a pesar de todo, no era tan malo como tú dices.

—Era un cabrón de mierda. Ni más ni menos.

—¿Por qué dices ahora que se merecía lo que le pasó? No sabes nada de eso. Dices esas cosas sin saber de lo que hablas.

—Quien siembra vientos, recoge tempestades —proclamó Beta levantándose para irse, como solía hacer cada vez se alteraba con Konráð—. Quien siembra vientos, recoge tempestades.

Tras interrogar a Frank Ruddy, Flóvent y Thorson se sentaron en una taberna de la calle Hafnarstræti llamada Heitt og kalt. El local había abierto sus puertas tras comenzar la guerra y era muy popular entre los militares. Servían *fish and chips* en combinación con especialidades islandesas como costillas empanadas, gachas de ruibarbo con azúcar —*rhubarb pudding*— y *skyr* con nata, que tenía una muy buena acogida entre las tropas del ejército. Cuando llegaron, el local ya estaba medio vacío y el tabernero, un hombre bajito y de pelo rizado, con zapatos con alzas, estaba recogiendo las mesas. Frank Ruddy continuaría en manos de la Policía Militar mientras se comprobaban sus declaraciones y sus antecedentes penales, si es que encontraban alguno en Estados Unidos. Terminó por revelar el nombre de la otra chica islandesa con la que se veía y Flóvent albergaba la intención de hablar con ella por la tarde.

Degustaron un bacalao con patatas cocidas y sebo de oveja derretido mientras hablaban de Frank y el hombre que decía haber visto en la esquina del Pasaje de las Sombras con Lindargata. Ambos sospecharon lo mismo, que no era más que un invento de Frank, que trataba de llevarlos por otros derroteros y desviar la atención de sí mismo. Ese fue su plan desde el principio. Del mismo modo que había sido un traidor y un embustero con las chicas islandesas.

—Menos mal que no todos son como él —comentó Thorson.

—No, las chicas merecen algo mejor que idiotas así.

—¿John Carroll? ¿No era el que hacía del Zorro?

—Sí —confirmó Flóvent mientras soplaba sobre un trozo de sebo.

Disfrutaba viendo proyecciones cinematográficas y sentía especial admiración por dos estrellas: Clark Gable y un nuevo actor llamado Humphrey Bogart.

—Tal vez Frank se tenga por el Zorro —comentó Thorson—. Un aventurero y un donjuán.

—Menudo héroe.

—¿Crees que tiene algo que ver con la muerte de la muchacha?

—No alcanzo a ver la relación —respondió Flóvent—. Es un don nadie y un mentecato, pero no creo que conociera a la joven. ¿Por qué tendría que ir con su nueva novia al lugar donde se encontraba el cadáver si él lo había dejado allí? Lo encuentro bastante rebuscado.

—Si lo que afirman sus padres es cierto, Rósamunda no mantenía relaciones con ningún militar americano —apuntó Thorson.

—Eso no nos dice gran cosa. Ingiborg ocultaba su relación a sus padres, es un problema muy común en familias islandesas que no pueden concebir que sus hijas tengan tratos con un militar. Por eso muchas jóvenes prefieren mantener su relación en secreto.

—Este sebo de oveja está bastante bueno.

—¿Nunca lo probaste en Canadá?

—No. Será algo típico islandés.

—Seguramente. ¿Cómo te va en el ejército?

—Estupendamente. No obstante, espero que la guerra termine pronto para poder regresar a casa cuanto antes.

—¿Te espera alguien allí?

Flóvent nunca hablaba de cuestiones personales con Thorson y no quería ser un entrometido, pero ya no había vuelta atrás.

—No —dijo Thorson sonriendo—. Nadie.

Flóvent vio que se tomaba bien la pregunta y decidió continuar. No sabía mucho de Thorson, salvo que era un buen compañero de trabajo, sagaz, diligente y dispuesto. También tenía una actitud campechana.

—¿Y aquí? —se atrevió a preguntar.

—No, tampoco.

—Claro, no tienes más que ¿cuántos?, ¿veintitantos? Te queda mucho por delante para pensar en esas cosas.

—Sí, supongo. Tengo veinticuatro. ¿Y tú?, ¿piensas en esas cosas?

—Estoy soltero —respondió Flóvent—. De alguna manera nunca he tenido tiempo para... ocuparme de esos quehaceres.

—Pero tendrá que haber alguien...

—De momento, no —contestó Flóvent, y cambió de tema—. Así que quieres regresar a casa cuando termine la guerra.

—Sí, a Manitoba. Quiero continuar mis estudios de ingeniería. Hacer algo de provecho. Me gustaría ser ingeniero de puentes. Vivía tranquilamente estudiando capacidades portantes cuando, de pronto, estalló la guerra y me destinaron aquí.

—¿Y en la policía? ¿Es que no hay nada que puedas hacer de provecho en el cuerpo?

—No me refería a eso —aclaró Thorson levantando la mirada del plato de bacalao—. El trabajo es ciertamente interesante, delitos e investigaciones criminales, pero dudo que me dedique a ello en un futuro. Lo ideal sería librarse de las actividades policiales cuando termine la guerra.

—¿Has visto a alguno de los tuyos desde que llegaste?

—Sí, una vez estuve en el norte, en Akureyri, y descubrí que tenía muchos parientes en la región. ¿Y tú? ¿Por qué te metiste en la Policía Judicial?

—Faltaba personal cuando se fundó, no hace mucho —explicó Flóvent—. Y conocimiento. Yo ya llevaba unos años en la policía, y me enviaron a Escocia y a Dinamarca para formarme en investigación criminal. Me apetecía salir al extranjero. El trabajo estaba hecho a mi medida, aprendí muchísimo. Ahora estamos levantando la unidad prácticamente de la nada. Recogemos huellas dactilares, fotos de culpables. Todo es nuevo para nosotros. Las operaciones se han paralizado en gran parte desde que estalló la guerra. De momento soy el único que está en activo.

Flóvent aprovechaba cualquier rato libre para ocuparse del archivo de huellas dactilares que la policía quería elaborar, pero apenas disponía de tiempo para encargarse de ello. El archivo se inauguró cuando comenzaron a tomarse huellas dactilares de delincuentes en 1935, que se registraron y clasificaron siguiendo un sistema determinado. Por aquella época comenzaron también a tomarse fotografías de delincuentes y para ello se empleaba una enorme cámara estereoscópica situada en la calle Pósthússtræti, en el lugar donde se encontraba la Jefatura de Policía. Así nació el archivo de huellas y fotografías cuyo cuidado Flóvent consideraba esencial. Sin embargo, todo había quedado en punto muerto, como la propia institución. Unas décadas atrás se creó la unidad especial de la Policía Judicial de Reikiavik y en ella trabajaban unos cuantos agentes, de los cuales uno estaba a cargo del departamento técnico. Portaban placas especiales: un escudo de plata en forma de disco con la estrella de la policía y una inscripción en la que se leía «Policía Judicial» en lugar de «Con las leyes se levantará el país», como figuraba en el resto de placas policiales. El escudo estaba engarzado en una cadena de plata y se guardaba en el bolsillo de los pantalones. Flóvent nunca halló ninguna razón para sacarlo.

—¿Y qué te divierte de este trabajo? —preguntó Thorson.

—¿Divertirme? Creo que esa no es la palabra adecuada. Uno debe tener interés. Y fe en que puede resolver el caso.

—No será muy complicado en una sociedad tan sencilla como esta.

—Se volverá más compleja cada día que pase —respondió Flóvent sonriendo—. No sé cómo puede terminar todo cuando una sociedad pobre y granjera rompe con sus raíces de esta forma y se inyecta en la vorágine de los acontecimientos mundiales. Será muy raro que acabe bien.

Terminaron el bacalao.

—¿Y qué haces tú en tus ratos libres? —preguntó Flóvent—. ¿Alguna afición?

—No —dijo Thorson—. Salgo alguna vez a la montaña. Me gusta estar solo y en contacto con la naturaleza. He subido el monte Esja, y también a Keilir. Este es un país espectacular. Resulta fácil sentirte en paz cuando caminas al aire libre, respirando aire puro, tumbado en la hierba mirando el cielo despejado.

Flóvent sonrió. Thorson le cayó bien en cuanto se conocieron.

—Si Frank Ruddy dice la verdad y había un hombre en la esquina del Pasaje de las Sombras, ¿crees que pudo presenciar el momento en que llevaron allí a la joven?

—Es probable.

—¿Tenemos posibilidades de dar con ese hombre?

—Podemos intentarlo.

—Quizá se ponga en contacto con nosotros.

—Tal vez no vio nada.

—Y quizá no exista —apuntó Flóvent—. Frank Ruddy es un mentiroso compulsivo.

—Lo es. Creo que no deberíamos descartar que existan militares involucrados en

el caso —sugirió Thorson.

—Hay algo sobre lo que he pensado pero no sé hasta qué punto es relevante —dijo Flóvent tras un breve silencio—. Me refiero a la desaparición de Rósamunda hace unos meses. Si guarda o no relación con que abortara más tarde. Tendría que habérselo preguntado a sus padres.

—¿Insinúas que Rósamunda estaba con el padre de su hijo durante su desaparición?

—Es una idea. No me parece descabellado relacionar ambas cosas.

—¿Quieres decir que se acostó con alguien pero lo guardó en secreto?

—Sí, podría ser.

—Pero ¿por qué? ¿Qué razones tendría para ello?

—Quizá se tratara de un romance que no salió bien —conjeturó Flóvent—. Tal vez con un militar. O con un islandés.

—¿Por qué no quería tener el hijo? —preguntó Thorson.

—Pueden existir muchos motivos para decidir algo así.

—Estaba soltera. Quería aprender —recordó Thorson—. Llevar una vida independiente.

—¿Una mujer moderna?

—Sí, una mujer moderna.

Cuando terminaron de comer fueron a visitar a los padres de Rósamunda y tuvieron oportunidad de echar una ojeada a su habitación. El matrimonio quiso saber sobre las novedades del caso y les ofrecieron café y rosquillas, pero los agentes les rogaron que no se tomaran la molestia. Preguntaron a la pareja si alguna vez Rósamunda había mencionado el Teatro Nacional o si mostraba algún interés por él. No lo recordaban.

—Pensábamos comprarle una máquina de coser —contó la mujer, allí de pie, en el cuarto de Rósamunda, entre retales de toda clase, revistas de moda extranjeras, patrones de faldas y blusas y vestidos por terminar.

—Una de segunda mano —matizó su marido—. Las nuevas son caras.

—Ella siempre decía que una buena máquina de coser se amortizaba enseguida —continuó la mujer—. La habitación está tal y como la dejó. Disculpen el desbarajuste, no era muy ordenada, la pobrecita —añadió echándose a llorar.

—Muchas jóvenes escriben en un diario —dijo Flóvent—. ¿Saben si ella guardaba alguno?

—No, ni idea —contestó el hombre mientras trataba de consolar a su mujer.

—¿Les importa si buscamos?

—No, ustedes mismos —contestó la mujer—. Se estaba haciendo un vestido de terciopelo con ribete. Era su vestido de Lana Turner. Se fijó en uno así en una película de Lana Turner.

La habitación parecía un taller de costura en miniatura. Rósamunda utilizaba una

pequeña mesa de cocina para cortar los patrones y coser. Junto a una pared había una cama individual y, enfrente, un armario ropero. En un rincón encontraron un baúl abierto con telas, latas con botones, cintas y volantes. Registraron la habitación y comprobaron que se trataba del cuarto de una muchacha dedicada a su pasión y que tenía claro lo que quería ser.

Flóvent se aclaró la garganta.

—Cuando Rósamunda regresó a casa hace tres meses, ¿fue como si nada hubiera pasado? ¿Se encontraba bien de salud? ¿Era la de siempre?

—Yo no me percaté de ningún cambio —respondió la mujer—. Trabajaba sin cesar. Casi no estaba en casa. Salía de aquí temprano por la mañana y volvía a última hora del día para dormir.

Flóvent echó un último vistazo por la habitación. No hallaron ningún diario que relatara la vida cotidiana de Rósamunda, sus sueños, deseos y anhelos, ni nada que pudiera explicar por qué le esperaba un final tan desdichado.

Por la tarde, Flóvent mantuvo un breve encuentro con la segunda novia islandesa de Frank Ruddy. La chica se sorprendió al enterarse de que este estaba casado en Boston. Le extrañó menos el hecho de no ser su única novia en Reikiavik.

—Es de Illinois —informó Flóvent.

—Eso es, en Boston —dijo la joven.

—Boston no está en Illinois.

—Ah, ¿no? Y, entonces, ¿qué es ese *Illi* que no he oído nunca antes?

—Illinois es un estado de Estados Unidos. Boston es una gran ciudad de otro estado.

Los padres de la chica se miraron. Su hija tenía diecinueve años y estaba sentada en el salón en el sótano de una casa en Skerjafjörður con ellos y su hermano pequeño. Frank les había facilitado su nombre y domicilio, que conocía porque una vez la acompañó hasta la puerta. Sus padres se asomaron disimuladamente a la ventana y vieron cómo la besaba. Él les saludó con la mano y ellos le devolvieron el saludo. Eran del este del país.

La chica no les sirvió de mucha ayuda. No sabía apenas nada del tal Frank salvo que era todo un caballero, nunca le faltaban cigarrillos y chicles, la sacaba a bailar y, por lo que pudo entender a pesar de no saber mucho inglés, en una ocasión hasta barajó la posibilidad de casarse con ella y llevarla al oeste del Atlántico.

Al día siguiente, Flóvent y Thorson visitaron el taller de costura donde Rósamunda trabajaba. La dueña del taller decía haber estado esperando la llegada de la policía en relación con «aquel drama de Rósamunda», tal y como ella lo expresó. Rondaba los cuarenta años, era delgada y un tanto inquieta, hablaba rápido y parecía tensa; dijo que no concebía lo sucedido, una muchacha tan brillante como Rósamunda. Y con tanta destreza con las manos. Porque de eso no le faltaba.

—Una costurera sin igual —aseguró la mujer—. Se le daba de maravilla. Podía arreglar las prendas sin dejar ni una sola señal de que hubieran sido remendadas. Ni la más mínima marca. Y también cosía unos vestidos que eran una delicia.

—¿Sabe usted de alguien que hubiera querido hacerle daño? —preguntó Flóvent mientras echaba una mirada por el taller—. ¿Estaba enfrentada con alguien?

Flóvent no entendía de aquellas prendas de mujer, vestidos y faldas, sombreros y ropa interior que los clientes enviaban al taller para hacerles arreglos. Era el final de la jornada y solo quedaba la dueña en el local. Sobre unas mesas contó cuatro máquinas de coser eléctricas dispuestas en fila, rodeadas de tijeras, agujas y alfileres. Un pequeño cuarto anexo al taller tenía dos máquinas de coser más, viejas, de pedal. Entre revistas de moda y patrones de vestidos se amontonaban por doquier rollos de tela, cintas y enseres de costura junto con retales de algodón y género para cortinas.

—No, nadie —respondió la costurera—. Era una muchacha encantadora, me cuesta creer que alguien le tuviera ojeriza.

—Supongo que aquí son, en su mayoría, mujeres —dijo Flóvent.

—Sin duda.

—¿Vienen militares alguna vez? —preguntó Thorson.

—¿A mi taller? No, claro que no.

—¿No tienen nada que hacer aquí?

—Los veo con sus novias, pero aquí no vienen para contratar ningún servicio, si es eso lo que quiere decir. Entran con ellas por casualidad.

—¿Algún cliente fijo entre los islandeses?

—Sí, y tanto. Muchos. Durante años han tratado conmigo las mismas clientas. Aquí ofrecemos un servicio de primera clase, siempre he insistido mucho en que así fuera y le puedo asegurar que, dentro de su categoría, este taller se encuentra a la cabeza en toda el área de Reikiavik.

—¿Sabe usted si Rósamunda se relacionaba con algún militar? —preguntó Thorson.

—No, que yo supiera.

—¿O con otros hombres?

—No, no creo. No hablaba nunca de esas cosas. No conocía tanto su vida privada. Estuvo conmigo los últimos años y he de decir que su trabajo fue siempre excelente. Tengo al cargo varias costureras y otra aprendiz más y, sin duda alguna, Rósamunda

promete... prometía mucho más que ella. Ni punto de comparación.

Flóvent apuntó el nombre de la otra muchacha y obtuvieron permiso para echar un vistazo al taller. Rósamunda se había presentado por iniciativa propia ante la dueña del taller para solicitarle trabajo sin conocerla de nada. La mujer tenía una vacante debido a la marcha reciente de una chica, así que decidió tener a Rósamunda a prueba con extraordinarios resultados. El último día en que la vieron en el trabajo estuvo volcada en rematar un vestido de gala para una clienta fija, la mujer de un director de banco que hacía compras con frecuencia en el Magasin du Nord cuando viajaba en barco hasta Copenhague, antes de que estallara la guerra. Según ella, su taller de costura no tenía nada que envidiar al Magasin.

—Impresionante —comentó Flóvent mientras apuntaba también el nombre de la señora.

—Sí, trato de..., digamos que mi *clientèle* es bastante selecta. Al menos eso intento. Ahora, claro está, hay escasez de productos —suspiró la modista mientras Flóvent asentía comprensivo—. Hacemos lo posible por aprovechar la tela al máximo, hasta usamos prendas viejas, y todo es negro o en gris. Hace una eternidad que no veo un rollo de seda.

Al registrar la sala no repararon en ningún objeto personal que Rósamunda hubiera llevado al trabajo. Siempre se sentaba junto a una de las máquinas de pedal y el vestido de gala de la mujer del director de banco, negro y de corte sencillo, colgaba de una barra situada al lado.

—¿Sabe hacia dónde se dirigía después de trabajar el último día que estuvo aquí? —preguntó Flóvent.

—Di por supuesto que iba a su casa, no mencionó que fuera a otro sitio.

—¿Es lo que solía hacer?

—Sí, eso creo. No hablábamos mucho de esas cuestiones. Cuestiones personales, vaya. Prefiero los formalismos, los considero necesarios, y más en estos tiempos.

—¿La trataba de usted?

—Por descontado.

—Entonces, ¿no conoce muchos detalles de su vida privada?

—Muy pocos.

—¿La oyó hablar alguna vez del Teatro Nacional? —preguntó Thorson.

—No. ¿Por qué debería haberlo hecho? ¿Porque la encontraron allí?

—Por la razón que fuera. ¿Nunca la oyó mencionar nada acerca del Teatro Nacional?

—No. Jamás.

—¿Recuerda si hace unos meses faltó al trabajo durante unos días? —preguntó Flóvent.

—No, no lo recuerdo —contestó la modista.

Thorson acompañó a Flóvent cuando este fue a visitar por la tarde a la otra aprendiz del taller de costura. Tenía la misma edad que Rósamunda y la conocía mejor que la dueña. La chica era delgada y guapa, su melena azabache le caía hasta los hombros y sus cejas negras y gruesas casi se fundían en una por encima de sus ojos marrón oscuro. Su piel era muy pálida y hacía resaltar todavía más su pelo negro. Alquilaba una habitación pequeña en un sótano cerca del centro y estaba remendando una carrera en unas medias cuando llamaron a la puerta. Rósamunda y ella eran amigas íntimas y la joven les contó que se había quedado consternada al oír la noticia de su muerte y las circunstancias de la misma. Explicó que se disponía a acudir a la policía para proporcionarle cuanta información fuera necesaria sobre Rósamunda.

—Es algo horroroso —dijo—. No puedo dejar de pensar en ella. En cómo... cómo se sentía y lo que le ha sucedido. ¿Cómo puede haberle ocurrido algo semejante?

—Estamos tratando de averiguarlo —contestó Flóvent con tono tranquilizador.

—¿Han ido a ver a la vieja del taller de costura? —preguntó la muchacha. Flóvent hizo un gesto afirmativo—. Tenía a la pobre Rósamunda esclavizada, a menudo se quedaba hasta mucho después de la hora de salir y no le pagaba horas extra.

—Tenemos entendido que Rósamunda demostraba mucho talento.

—Sí —confirmó la joven—. Y la vieja lo sabía muy bien. Rósamunda no quería trabajar para ella mucho más tiempo. Pretendía abrir su propio taller de costura y una tienda de vestidos y estoy segura de que la vieja sospechaba algo. Pondría una mano en el fuego a que había empezado a temerse esa posibilidad.

—¿Hubo alguna disputa entre ellas por ese motivo?

—No, Rósamunda nunca comentó nada, al menos que yo sepa. De haberlo hecho, habría sido hace poco. Soñaba con ser una modista como la de Haraldarbúð. Hasta pensaba irse al extranjero después de la guerra para aprender el oficio.

—¿Conoces a sus padres? —preguntó Thorson.

—Los vi una vez, parecían sacados de la Edad Media. Ella hablaba bien de ellos. Ya saben que era hija adoptada.

—¿Por qué dices que parecían de la Edad Media?

—Creo que Rósamunda tuvo una educación un tanto estricta y, además, creían en cosas de espiritismo.

—¿Espiritismo? —preguntó Thorson.

—Sí, eso decía Rósamunda. Estaban muy metidos en temas de espiritismo. Asistían a sesiones con médiums y tenían un sinfín de material sobre apariciones y contactos de personas con el más allá.

—¿Le interesaban esas cosas a Rósamunda?

—No. No creía en nada de eso. Le parecían un disparate. Y cuando él le dijo que... Maldito cerdo.

—¿Qué?

—Yo iba a ponerme en contacto con ustedes para contarles algo que le ocurrió a Rósamunda, pero ella quería hablar lo menos posible de ello y me rogó que no se lo dijera a nadie.

—¿El qué? ¿Qué le sucedió?

—No me quiso contar quién era él ni tampoco lo que había pasado. Solamente que pasó, y que fue espantoso. Abominable. No tenía otra alternativa que abortar cuando descubrió que estaba embarazada de él. No sé... —La joven titubeó—. La violó —continuó—. Rósamunda vino a mi casa después de que ocurriera y se quedó aquí dos días antes de volver con sus padres. Se encontraba tan mal...

—¿Sucedio hace unos tres meses? —preguntó Flóvent. La chica asintió—. ¿Quién la violó?

—Dijo que fue un maldito monstruo. No se sentía capaz de ir a su casa y se quedó en la mía para recuperarse.

—¿Mencionó de quién se trataba? —preguntó Thorson.

—No. Solo me contó que era un perturbado. Me estaba esperando aquí fuera cuando llegué a casa. Mostraba un aspecto desolador, con la ropa rasgada y rota. Él le ordenó que culpaba a los elfos. Le exigió que mintiera y contara que había estado en Öskjuhlíð y que los elfos la atacaron. Para que veáis lo enfermo que estaba.

—¿Los elfos?

—Yo quería que lo denunciara —explicó la joven—. Que dijera quién era, que lo gritara por la calle y lo señalara y contara lo que le hizo y que no lo dejara en paz.

—¿Por qué los elfos? —preguntó Flóvent—. ¿Mostraba ella algún interés por esas criaturas? ¿Creía Rósamunda en historias de elfos?

—No. En absoluto.

—¿Qué querría decir con todo aquello? —quiso saber Thorson.

—No lo sé. No volvió a explicarme nada más. Solo repetía que aquel hombre estaba loco de atar.

Flóvent y Thorson intercambiaron una mirada.

—¿Sabes si mantenía algún contacto con su familia del norte? —preguntó Flóvent.

—Muy poco, casi nada. Algunos hermanos suyos se trasladaron al sur, creo que dos. Me parece que trabajaban para el ejército. En Hvalfjörður o algún sitio de por ahí.

—¿Qué hacía por las tardes después del trabajo? —preguntó Thorson.

—Se iba directamente a casa, creo —contestó la chica—. A veces se quedaba a trabajar hasta más tarde, demasiadas veces. En alguna ocasión íbamos al cine o de fiesta al Borg y cosas así, pero ella pasaba la mayor parte del tiempo esclavizada por la vieja. Tras lo ocurrido no volvió a divertirse más.

—¿Sabes si conocía a alguien del centro de aprovisionamiento en el Teatro Nacional?

—No, seguramente no.

—¿Mencionó alguna vez a un militar de nombre Frank Carroll? —preguntó Flóvent.

—No, nunca habló de ningún Frank.

—Podría llamarse también Frank Ruddy.

La chica volvió a negar con la cabeza.

—¿Estaba envuelta en la «situación»? —preguntó Thorson.

—No. En absoluto.

—¿Tenía novio? —quiso saber Flóvent.

—No. De tenerlo, sería algo muy reciente.

—¿No flirteaba con nadie?

—No. Rósamunda no era de esa clase de chicas.

—Has dicho que para ella no existía otra alternativa que abortar. ¿Sabes quién se encargó de eso?

—Nunca me lo contó. Se avergonzaba de haberlo hecho y no quería ni hablar de ello. Yo evitaba mencionarlo.

—Pero tú hablaste con ella después de que se le practicara el aborto.

—Sí. Estaba muy afligida. Se sentía desolada. De hecho, yo...

—¿Qué?

—No sé quiénes se encargan de eso aquí, en la ciudad, pero mi madre conoce a una mujer que elabora toda clase de medicinas a base de hierbas. Yo le hablé a Rósamunda de ella y sé que quería ir a verla.

—¿Quién es?

—Se llama Vigga y vive en el barrio de las Sombras. Creo que había ido a su casa.

Thorson apuntó el nombre.

—¿Y no te dijo quién la había violado? —preguntó Flóvent.

—No —respondió la chica del pelo azabache frunciendo el ceño—. No sé por qué protegía a aquella bestia inmunda. No me lo explico.

Konráð abría sin cesar las páginas de los periódicos en la pantalla de su ordenador y leía noticias sobre accidentes aéreos en Berlín y treguas en Italia. Por lo general, los artículos sobre la guerra ocupaban la mayor parte del espacio. No eran pocos, precisamente. El resto de noticias archivadas en las hemerotecas digitales hacían referencia a discusiones políticas y accidentes de barco. El buque *Óðinn*, desaparecido con cinco hombres a bordo. La celebración de la República en Þingvellir se hallaba en plenos preparativos. Todo estaba disponible en Internet y él, minucioso, no se cansaba de leer. Su búsqueda abarcaba hasta mucho después del hallazgo de Rósamunda, pero no encontró muchas noticias relativas al caso salvo las que Thorson atesoraba y que no aportaban nada nuevo a la información que ya poseía. Recordó que en la época de la guerra se decidió establecer medidas de censura cuyo objetivo era, entre otras cosas, que no apareciera publicado nada que pudiera favorecer a los alemanes, aunque consideró que dichas medidas no afectarían al caso de la joven.

También había buscado información en antiguos informes de la Policía Judicial, pero apenas encontró nada. Parecía como si se hubieran extraviado y no pudo constatar que el caso se hubiera remitido alguna vez a los tribunales. Lo único que descubrió en los archivos fue el fragmento de un informe sobre el interrogatorio a una testigo, la mujer que halló el cadáver, una maestra que identificó a una muchacha que salió corriendo de la parte trasera del Teatro Nacional. En un margen del informe figuraba un nombre que él se apresuró a apuntar.

Konráð no descartaba que el caso hubiera terminado en manos de las autoridades militares. Por aquel entonces ocupaban el país hombres de Noruega, Canadá, Brasil y Estados Unidos, aunque los estadounidenses integraban con diferencia la mayor parte de las tropas. De haberse revelado que el asesino de la joven respondía a autoridades militares extranjeras, eso explicaría la escasa información aparecida en los periódicos islandeses o en los documentos de la policía.

Pese a todo, siguió buscando otros artículos además de los referentes al homicidio de Rósamunda, como accidentes de barco y noticias sobre la guerra durante los primeros meses de la República acaecidos en 1944, su año de nacimiento. Intentaba dar con algo relativo a esa sesión de espiritismo de la que su padre formara parte. Tenía entendido que hubo noticias sobre ella en los diarios y, como nunca llegó a comprobarlo, quería ahora aprovechar la situación para buscar en los principales periódicos noticias sobre un médium fraudulento, su secuaz y unos padres crédulos afligidos.

La primera vez que Konráð oyó hablar del asunto fue cuando Kristjana, su tía, llegó como un huracán desde el norte del país y comenzó a dar a su hermano una extraña reprimenda acerca de «aquella sesión» y a echarle en cara que más le hubiera valido no meterse donde no lo llamaban. Habían transcurrido unos años desde lo

ocurrido y la conversación giraba en torno a la aparición de una esquila en uno de los periódicos matinales sobre el fallecimiento del padre adoptivo de Rósamunda tras una breve enfermedad. Kristjana se mostraba implacable, su actitud era ruda y refunfuñaba sin cesar acerca del honor y la deshonra y sobre lo sinvergüenza e inútil que era su hermano por tratar así a la gente. Al final, el padre de Konráð no aguantó más y le pidió que hiciera el favor de cerrar el pico y, si no se sentía capaz, se largara de nuevo al norte.

Tras aquel suceso su padre nunca más volvió a participar en ninguna sesión de espiritismo. Abandonó cualquier colaboración con videntes y médiums y dejó de ser miembro de la Sociedad de Estudios Espiritualistas, donde solía seleccionar a sus víctimas para las sesiones. Cuando recibió la visita de Kristjana, la marcha de la madre de Konráð, asqueada por la convivencia con él, sus maquinaciones, sus embustes y su amistad con delincuentes de pacotilla, ya era un hecho. A su marido le costaba conservar un trabajo remunerado, además era impredecible, se juntaba con gentuza para empinar el codo y hasta llegó a maltratarla en alguna ocasión. La ridiculizaba constantemente delante de sus amigos. Un día ella le anunció que estaba harta, quería separarse y llevarse a los niños. «Haz lo que te dé la gana —le gritó el padre de Konráð—. Puedes largarte de aquí y llevarte a la niña ¡pero no me quitarás al chaval!». Ella no permitió que aquello la detuviera y esperó dolorida a que con el tiempo cambiara de opinión y le devolviera a Konráð. Pero eso nunca sucedió y mantuvieron eternas disputas por la custodia del niño.

Cuando la tía Kristjana se marchó, Konráð le preguntó a su padre a qué se refería ella al hablar de la sesión del médium.

—Déjate de preguntas —le respondió acariciándole la cabeza—. No te preocupes. Mi hermana Kristjana siempre ha estado como una cabra.

Konráð continuó abriendo páginas a partir de 1944 hasta que sus ojos dieron por fin con una noticia que llamó su atención. El titular decía: «Desconcierto en sesión de espiritismo». Se trataba de un artículo bastante extenso que relataba que en una sesión de espiritismo, celebrada recientemente en el barrio de las Sombras, se había destapado el engaño con que se agraviaba reiteradamente a los asistentes, especialmente a un matrimonio mayor afligido por la pérdida de un ser querido. En la noticia no se mencionaba ningún nombre, se hablaba de un médium con amplia experiencia y su ayudante, un padre de familia que prestaba su hogar para celebrar las sesiones, y se detallaba cómo ambos estaban compinchados con el fin de sonsacar información a sus víctimas y, posteriormente, aparentar que el médium recibían esos datos del más allá. Según la noticia, se trataba de un juego sucio y deleznable. El matrimonio agraviado se mostraba consternado tras conocerse las circunstancias y...

Konráð decidió que ya era suficiente y cerró la página. No quiso buscar más noticias sobre la sesión. De pronto no quería saber lo que decía la prensa. Se levantó del ordenador, se dirigió a la cocina y preparó café. Sacó del bolsillo el papel con el nombre de mujer que aparecía anotado en el informe hallado en los archivos de la

policía. No lo había oído antes y supuso que sería poco frecuente en Islandia. De hecho, sospechaba que se habría tomado del danés. Se sentó de nuevo frente al ordenador, entró en la web del listín telefónico y lo buscó. En el listín aparecía una sola mujer con aquel nombre de pila.

—No se pierde nada por intentarlo —se dijo mientras cogía el móvil y marcaba el número.

Sonaron unos tonos.

—¿Sí? —alguien contestó por fin al otro lado de la línea con voz de persona mayor.

—¿Hablo con Ingiborg? —preguntó Konráð.

—Sí, soy yo.

—¿Ingiborg Ísleifsdóttir?

—Sí, la misma. Disculpe, ¿quién llama?

Flóvent encontró bastante pronto el lugar que buscaba, se trataba de una casa de una planta revestida de chapa ondulada, con sótano y una pequeña buhardilla, situada en la periferia del barrio de las Sombras. Subió unos escalones y llamó a la puerta. No salió nadie. Junto a la casa había un pequeño jardín; Flóvent entró y vio que el dueño cultivaba un huerto. Estaba a punto de regresar a la calle cuando se abrió la puerta del sótano y apareció una mujer con un jersey roto, pantalones de lona y unas botas de goma por las que asomaban unos calcetines largos de lana. Lucía una densa maraña de pelo que hacía parecer su cabeza gigantesca y llevaba en la mano un cubo vacío.

—¿Quién eres? —le preguntó, y de un portazo cerró el sótano y aseguró la puerta con candado.

—Disculpe, ¿se llama Vigga? —preguntó Flóvent.

—¿Y a ti qué te importa?

—Soy de la policía de Reikiavik, estoy investigando el caso de la muchacha que encontraron muerta junto al Teatro Nacional, probablemente haya oído hablar del caso. Se llamaba Rósamunda.

—No sé qué caso es ese —respondió la mujer.

—¿Es usted Vigga?

—Sí, lo soy.

—Me gustaría saber si podría intercambiar unas palabras con usted un momento —solicitó Flóvent con amabilidad.

—No tengo nada que hablar contigo —contestó Vigga, y comenzó a subir la escalera de su casa. No parecía dispuesta a permitir que Flóvent interrumpiera su ajetreo diario.

—Tengo entendido que es buena conocedora de las hierbas islandesas —dijo él.

—¿Acaso es de tu incumbencia?

—Que conoce su poder curativo.

—No podría afirmar tal cosa.

—Y su poder destructivo.

—No tengo tiempo para esto —espetó Vigga—. Mejor será que te largues de mi jardín.

Se metió en la casa y cerró la puerta dejando a Flóvent con un palmo de narices. Pero no estaba dispuesto a darse por vencido hasta no haberlo intentado del todo, así que subió la escalera y golpeó la puerta con insistencia. Al cabo de un largo rato, Vigga apareció en el umbral.

—Creí haberte pedido que te fueras.

—Tengo entendido que Rósamunda acudió a usted —empezó a decir Flóvent—. Me gustaría saber, si así fue, qué ocurrió entre ustedes. —Sacó una fotografía de Rósamunda facilitada por sus padres y se la mostró—. Esta era ella —informó.

Vigga permaneció un buen rato observando la fotografía, seguidamente miró a

Flóvent con sus pequeños ojos felinos, inexpresiva, con la frente ancha bajo su maraña de pelo, delgada y de labios estrechos, casi invisibles, y con un rostro curtido que daba muestras de que su vida no había sido un camino de rosas.

—Vino a verme —admitió.

—¿Qué quería de usted?

—Daba lástima, la pobre. Yo creo que ni ella sabía lo que quería. —Vigga miró a Flóvent—. Pasa —dijo abriendo la puerta y entrando en casa—. Está claro que no me voy a librar de ti. Pero no te voy a ofrecer nada. No tengo café y de nada te valdrá pedirme aguardiente.

—No necesito nada —aseguró Flóvent mientras la seguía hacia el interior de la casa.

Desde la entrada se accedía a la cocina, donde Vigga entró y le indicó que tomara asiento junto a la mesa. Flóvent no vio ninguna otra estancia de la casa. Se sentó y Vigga se quedó de pie junto a un viejo fogón de carbón. A Flóvent le pareció que trajinaba con liquen de Islandia, liquen de los renos y serpol. Atardecía. La ventana daba a la calle y desde ella vio pasar a una mujer con un carrito de bebé.

—Estoy experimentando con los colores —explicó Vigga cuando se percató de que Flóvent mostraba curiosidad por las hierbas—. Para un pintor de aquí, de la ciudad. No lo conocerás. No es nadie importante.

—¿Elabora medicinas?

—En ocasiones. Si me las encargan.

—¿Le pidió Rósamunda que la ayudara?

—Me explicó su problema, pero se tomó su tiempo para hacerlo. Le dije inmediatamente que no podía hacer nada por ella. Cuando llegó estaba un poco trastornada, la pobre, aunque se tranquilizó enseguida. Estaba sentada ahí, donde estás tú ahora. Le ofrecí un té que hago yo misma. Me daba pena. A veces recibo visitas de jóvenes como ella porque se creen que soy alguna vieja bruja que puede solucionar sus problemas. Siempre tienen que ver con los militares, ya sabes lo que quiero decir. Le hablé de una mujer que conozco, pero no sé si la llegó a visitar.

—¿Qué mujer?

—No pienso decírtelo. No me vas a sonsacar su nombre, así que más vale que no me lo preguntes.

—¿De qué hablaron Rósamunda y usted?

—De elfos, sobre todo. Por alguna razón se puso a hablar de los elfos y yo le hablé de la chica aquella del norte, de Öxarfjörður.

—¿Qué chica?

—La muchacha que había desaparecido.

—¿Quién era?

—Una muchacha que desapareció, una joven que vivía en el campo —explicó Vigga—. Yo trabajaba como cocinera para la Administración de Carreteras y la vi una vez. Hrund, se llamaba, si no recuerdo mal.

—¿Qué ocurría con ella?

Vigga se metió en la boca un trocito de serpol y añadió liquen de los renos a la mezcla que hervía en la cazuela sobre la cocinilla. Entonces comenzó a relatar la triste historia de una joven de unos veinte años que vivía en el campo, en el norte. Se había criado en una granja pobre, con una familia numerosa, y tuvo una buena educación cristiana. Luego comenzó a salir con un joven de los alrededores. Un día fue a hacer un recado a casa de su hermana mayor, que estaba casada y vivía en una granja a cinco kilómetros de distancia. Llegó caminando a la hora convenida, hizo su recado y se marchó de vuelta a su hogar. No regresó hasta un día después y parecía estar bajo alguna clase de trauma, lloraba a lágrima viva pero al mismo tiempo guardaba silencio y no hubo manera de hacerle contar lo que le había ocurrido, cómo perdió parte de su ropa interior y por qué tenía una manga del jersey rota y heridas en el cuello y en la cara. Le daba miedo estar sola y se encerraba en casa, decía que se había extraviado y no recordaba exactamente lo ocurrido. Estuvo durmiendo a la intemperie y al día siguiente pudo encontrar el camino a casa.

Dos días después parecía estar bastante recuperada, pero todavía se mostraba reticente a dar detalles sobre lo sucedido. No se hallaba en disposición de ser presionada, ni con palabras cariñosas ni con reprimendas. El tiempo tendría que revelar la verdad, pero a nadie le pasaba desapercibido que había sufrido una desgracia.

—Probablemente tendrían que haber vigilado mejor a la pobre por las noches —concluyó Vigga—, porque llegó un día en que su camastro amaneció vacío. Huyó durante la noche y jamás la volvieron a encontrar. Hicieron batidas para buscarla, pero no sirvió de nada. Rastrearón las granjas vecinas, pero no dieron con ella por ninguna parte.

—¿Eso pasó cuando el ejército británico ya estaba en Islandia?

—Sí.

—¿Y sabe si frecuentaban los militares aquella zona?

—Estaban por allí, en Kópasker. Aparecían de vez en cuando.

—¿Tenía la chica alguna relación con ellos?

—No lo creo, nunca oí nada de eso.

—Pero podía haberla tenido.

—No puedo decirte nada sobre eso, no lo sé.

—¿Qué conclusiones sacó la gente acerca de lo sucedido?

—Se oían toda clase de historias sobre si ella se habría vuelto loca. Incluso decían que ella mintió sobre lo que le pasó, que lo inventó todo para desviar la atención de otra cosa, algo que no quería que saliera a la luz.

—¿Como qué?

—No lo sé —respondió Vigga removiendo el contenido de la cazuela—. Nadie lo supo nunca.

—¿Usted qué cree que sucedió?

—No lo sé. Unos decían que se mató tirándose a la cascada Dettifoss, pero no eran más que figuraciones. En realidad nadie sabe qué fue de ella.

—¿No sospechó nadie que los militares tenían algo que ver con lo ocurrido?

—Que yo sepa no. Se decía que la desdichada se había suicidado y fin de la historia. Supongo que a la gente se le pasaban muchas cosas por la cabeza. Ni que decir tiene que se consideró una desgracia, pero nunca se hizo ninguna investigación oficial. Por eso tu interés me tiene un tanto sorprendida.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba la muchacha?

—Se llamaba Hrund.

—¿Estaba pasando por algún momento difícil?

—No. Seguro que no. Yo... ella creía ciertamente en mitos paganos, se creía a ciegas las historias de elfos, que para ella eran como una verdad sagrada. Era un poco simple, la chiquilla. O eso decían.

—¿Así que a la gente le vino todo por sorpresa?

—Eso creo yo. Lo único que llegó a decir...

Los líquenes estaban a punto de salirse de la cazuela y Vigga los removía sin cesar con un cucharón de madera.

—¿Sí? —azuzó Flóvent.

—Qué alto está el fuego —comentó Vigga antes de soplar por encima de la cazuela—. Lo único que dijo la pobre se supo por su hermana pequeña.

—¿Y qué era?

—Estaban bastante unidas y ella le había contado algo sobre lo que le había ocurrido aquella noche y mencionó algún disparate de que los elfos se habían cruzado en su camino.

—¿Los elfos?

—Hrund le aseguró a su hermana menor que un elfo la atacó y maltrató. Incluso llegó a forzarla. Tuve que repetírselo tres veces a Rósamunda. Se negaba a creer lo que estaba oyendo y, de repente, se marchó. Salió corriendo sin decir adiós, la pobre.

Al ver que Flóvent no reaccionaba, Vigga dejó de remover la cazuela y, cuando se volvió, vio que Flóvent estaba de pie y la miraba fijamente, como si fuera un ser de otro planeta.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Te encuentras bien? —preguntó Vigga.

La cocina de carbón crepitaba. La mujer con el carrito de bebé volvió a pasar por delante de la ventana, de regreso a casa.

—¿Hablaba de unos elfos? —preguntó Flóvent—. ¿De que unos elfos la atacaron?

—Eso le contó a su hermana. Que un elfo se cruzó en su camino. Aun así resultaba todo muy confuso e increíble, a menos que uno crea en esas cosas, claro. Yo no. No creo en elfos ni en seres sobrenaturales ocultos.

—¿Y la tomaron en serio?

—Creo que no.

Flóvent no sabía qué debía pensar. Dos jóvenes, cada una en una región, contaban historias semejantes: una fue hallada muerta detrás del Teatro Nacional; la otra, posiblemente, se suicidó. Ambas mencionaban a los elfos, cada una a su modo. ¿Podría ser mera coincidencia? Nadie, excepto Thorson, él mismo y la amiga de Rósamunda conocían su relato acerca del hombre que tras agredirla le dio órdenes de culpar a unos elfos. Thorson y él no habían mencionado en ninguna parte ni una sola palabra del asunto a lo largo de la investigación.

—¿Cuándo se supone que ocurrió?

—Hace tres años.

—¿Y qué explicación le dio la gente?

—Unos decían simplemente que se volvió loca. A muchos otros toda esa clase de historias de fantasmas y elfos les sonaban y no vieron nada extraño. Son creencias muy arraigadas.

—¿Qué creencias?

—Hay infinidad de leyendas populares que hablan de seres ocultos sobrenaturales, lugares encantados y palacios reales enteros excavados en acantilados y montañas por los elfos y cómo las personas desaparecen en ellos. Me parece que la pobre chica estaba prendada de ese tipo de leyendas, como tanta otra gente, pero me permito poner en duda que fuera torturada por seres ocultos.

—¿Y dice que ella creía en todo eso? ¿Creía en elfos y seres ocultos?

—Sí, eso cuenta la historia. Sabía de la existencia de rocas donde habitaban elfos y conocía cuentos locales sobre seres ocultos. No cabe duda de que se cuentan en cada granja, crea o no crea la gente en ellos.

—A juzgar por lo que ha oído, ¿qué cree que ocurrió? —preguntó Flóvent.

—No puedes hacerme esa pregunta, no tengo ni idea de lo que ocurrió —respondió Vigga, irritada—. La gente del campo se imaginaba que andaba tonteando con un militar y que, de alguna manera, sintió la necesidad de inventarse lo de los elfos. Ya sabes cómo se habla de la «situación». Pero el caso es que, si hubo algún militar, este no se presentó nunca. Un joven de la zona, con el que también se la

relacionaba, negó rotundamente haber tenido algo que ver con lo ocurrido. Juró y perjuró que nunca le hizo nada de nada.

—Antes ha dicho que un elfo la forzó, ¿se refiere a una violación?

—Eso decían. Pero no sé qué hay de cierto en ello.

—¿Y cómo reaccionó al oír esta historia?

—Muy mal. Le dije que a mi parecer alguien había agredido a la chica y le había dicho que se inventara lo de los elfos. No sería la primera vez que hubiera ocurrido. Se puso pálida y se marchó de repente.

Flóvent pensó en Rósamunda. Si el suceso de Öxarfjörður se había producido tres años atrás, ¿podría ser que el hombre que violó a Rósamunda hubiera oído hablar antes del caso? ¿Qué fue lo que ocultó aquella joven del norte? ¿Es que acaso era posible que aquellos dos casos estuvieran relacionados? ¿Acaso no era lo que se desprendía de la reacción de Rósamunda? Flóvent no daba ninguna credibilidad a las explicaciones de la joven del norte. Lo que le hicieron solo podía responder a la agresión de un hombre, los elfos no tenían nada que ver. Pero ¿era el mismo individuo el agresor de ambas? ¿Sucedio que Hrund, la chica del norte, estaba más dispuesta a dejarse engañar por la mentira de los elfos mientras que a Rósamunda le pareció un disparate que nunca creyó?

—¿No salta a la vista que habían agredido a la chica, le habían causado lesiones y le habían rasgado la ropa? —preguntó Flóvent.

—Evidentemente —dijo Vigga—, pero no dio tiempo de averiguar lo que en realidad había sucedido.

—Decía que en la zona había militares británicos. ¿Sabe si había más foráneos, alguien que estuviera de paso, alguien que...?

—¿Por qué sospechas que la agredió un forastero?

—Yo no sospecho nada —negó Flóvent—. Simplemente no me parece descabellado considerar esa posibilidad.

—Es cierto que los militares británicos andaban por la zona —explicó Vigga—. Yo no los conocía y no sé si la gente de las granjas trataba asiduamente con los soldados. Ahora bien, allí también estábamos nosotros, construyendo carreteras, y éramos un grupo bastante numeroso. Todos eran hombres salvo las que nos encargábamos de la comida, seríamos unas treinta o cuarenta personas. Si pasaba más gente por allí ya no lo sé, me figuro que en las granjas alojarían a muchos huéspedes, como es costumbre en verano.

—¿También lo hacían en la granja donde vivía la chica?

—Seguro —contestó Vigga.

—¿Andaba por allí alguien de aquí, de Reikiavik?

—¿Quiere decir alguien más aparte de mí? Nuestro jefe de obra era de aquí. Y dos o tres más, pero la mayoría de la plantilla eran de la localidad, jóvenes de Húsavík y Kópasker, y hasta dos o tres fanfarrones de Akureyri.

De camino a casa, Flóvent pasó por Fríkirkjuvegur y apuntó toda la información obtenida aquel día. Llamó a la oficina de Thorson y le informaron de que lo habían llamado para acudir a una emergencia y no sabían cuándo volvería. Flóvent continuó hacia su casa cruzando el puente del lago. Pasó por el cementerio en Suðurgata, como cada vez que regresaba del centro, y se detuvo ante la fosa común, rezó una pequeña plegaria y prosiguió hacia el oeste, en dirección a Framnesvegur.

Vivía con su padre en un pequeño apartamento dentro de una casa de madera reformada para alojar dos viviendas individuales. Desde la fachada, orientada hacia el golfo de Faxaflói, Flóvent pudo observar una mañana de mayo de 1940 cómo las tropas de ocupación británica accedían al puerto. Para él la ocupación militar no era ninguna sorpresa, pensaba que, ya que era necesario ocupar el país dados los acontecimientos mundiales, prefería que lo hicieran los británicos antes que los nazis del Tercer Reich.

Su padre era un veterano obrero del puerto y todavía trabajaba allí, a cargo de un pequeño almacén de herramientas. Podía cobrar más trabajando para los militares, pero decía que no quería tener tratos con el ejército. Cuando Flóvent entró en el apartamento lo despertó, se había quedado dormido en el banco de la cocina.

—¿Ya estás de vuelta, hijo? —dijo incorporándose—. Creo que me he quedado dormido. ¿Has comido algo? He preparado arroz con leche y he cortado un poco de morcilla de hígado.

Se sentaron a la mesa y, puesto que su padre sentía curiosidad por aquel asunto que llevaba entre manos, Flóvent le contó por encima las novedades sobre el caso de Rósamunda. Tenía la certeza de que su padre no diría nada a nadie, confiaba plenamente en su discreción. A decir verdad, confiaba en él en todos los aspectos.

—¿Elfos? —preguntó el anciano—. Qué raro que los mencionara siendo del norte.

—Puede que exista algún vínculo entre ambas —aventuró Flóvent—. Difícilmente dos muchachas, cada una de una región del país, pueden contar historias similares sin que exista ninguna relación entre ellas.

—¿Existe alguna otra historia semejante sobre violaciones parecidas a esa?

—Lo desconozco. Pero seguro que si buscáramos encontraríamos alguna similar entre los cuentos populares, incluso en antiguos archivos de juicios. Puedo investigar si alguien llegó a utilizar una estrategia tan estúpida como esa.

—Hay que ir con cautela antes de descartar nada —le recomendó su padre—. ¿Y dices que la chica se habría arrojado a la cascada? ¿A Dettifoss?

—Nadie sabe qué fue de ella.

—Puede que su mente la engañara, que creyera ver unos elfos. Tú y yo no creemos en ellos, pero por algún motivo existen en este país todos esos cuentos populares sobre elfos, troles y fantasmas. Yo no la menospreciaría ni la juzgaría como si fuera una idiota.

—No lo hago.

—No, ya lo sé, hijo —le tranquilizó—. Tu difunta madre sentía mucho aprecio por todas esas historias. Seguro que ella hubiera creído a la muchacha. ¿Pasaste por el cementerio?

—Sí.

—Que Dios las tenga en su seno —dijo su padre, como solía repetir cada vez que el tema del cementerio salía en la conversación.

Antes vivían en un pequeño cuchitril mal aislado, en el sótano de una casa situada en un jardín trasero de la calle Hverfisgata. El invierno era el más frío que se recordaba y se le llamó «la gran helada». La banquisa de hielo marino llegaba hasta tierra firme, los puertos estaban congelados, se podía acceder caminando hasta la isla de Viðey y las temperaturas bajaban a menudo por debajo de los treinta grados bajo cero. Flóvent, sus padres y su hermana pequeña se sentaban día tras día junto a la cocinilla de carbón, envueltos en toda la ropa que era posible encontrar en la casa mientras su padre quemaba cualquier cosa que caía en sus manos.

Pero aquello no era más que el inicio del catastrófico 1918. Tras un efímero verano llegó el otoño y con él la pandemia que, según decían, se extendía por todo el mundo causando la muerte de millones de personas. El sótano los podía refugiar del frío, aunque fuera de forma precaria, pero no los podía mantener aislados de la peste española. La madre de Flóvent y su hermana murieron poco después de enfermar y las enterraron en el cementerio. El propio Flóvent también se contagió, pero sobrevivió. Su padre se libró de ella y dio gracias por haber padecido la gripe que asoló el país en 1894.

La mayoría de los fallecidos a causa de la peste española residían en Reikiavik. Los depósitos de cadáveres de la ciudad no tardaron en llenarse y se tomó la decisión de cavar fosas comunes en el cementerio. Un aciago día en que estalló un brote devastador se enterraron casi veinte cuerpos en dos de aquellas fosas, entre ellos la madre y la hermana de Flóvent. Este se encontraba tan falto de fuerzas que no se sintió capaz de acompañarlas hasta la tumba. Hasta seis ataúdes se acumulaban junto al altar de la catedral.

Se estableció un plan de urgencia. La ciudad se dividió en trece sectores y se concedió a los estudiantes de medicina un permiso temporal para ejercer como médicos. Se recorrían las casas para asistir a los indefensos. Cuando la epidemia alcanzó su mayor magnitud, la situación adquirió el estado de emergencia. Los habitantes morían desvalidos en sus camas pocos días después de contraer la peste. Había casos de niños que se quedaban solos junto a los cuerpos de sus padres. Otros afectados yacían moribundos sin poder moverse.

A pesar de haber perdido a su esposa y su hija pequeña, o quizá por esa razón, el padre de Flóvent se volcó en las labores de ayuda. Tras haber cuidado de su hijo enfermo, se encargaba día y noche de ayudar a médicos y enfermeros mientras los campanarios sonaban incesantemente lamentando la pérdida de seres queridos y los llantos de dolor se extendían de casa en casa bajo el viento helado.

—Que Dios las tenga en su seno —volvió a decir su padre con la mirada clavada en Flóvent—. Que Dios las tenga siempre en su seno.

Konráð aparcó el coche frente a la mansión. Fue construida después de la guerra en la zona oeste de la ciudad, cuando comenzaba a hacerse visible la prosperidad que acompañó a los nuevos tiempos, y constaba de dos plantas y un sótano. La casa denotaba ostentación, estaba revestida de arena de conchas, como tantos edificios de la época, y contaba con un amplio jardín trasero con un hermoso arce bordeado por altos serbales.

Ingiborg, la mujer cuyo nombre aparecía anotado en el margen de un informe sobre la muerte de Rósamunda, le había indicado sus señas por teléfono explicándole que su hijo era el propietario de la casa, pero ella estaba instalada en un pequeño sótano que él se encargó de habilitar especialmente para ella. En aquellos momentos vivía allí sola porque su hijo estaba de vacaciones con su familia en Europa. No se encontraba con fuerzas para ir con ellos ya que estaba muy mayor y cansada y ya no sentía el cuerpo para viajes.

Lo recibió en la puerta y le invitó a pasar. Dijo que estaba escuchando un audiolibro, que prácticamente ya no podía leer más que con dificultad, y señaló hacia la mesa de la cocina, donde Konráð vio una lámpara de lectura y bajo ella una lupa junto a un periódico. Tenía el pelo canoso y caminaba lentamente, un poco encorvada, apoyándose en un bastón. Le preguntó si le apetecía café. Él aceptó agradecido. En la casa hacía un calor abrasador y se veía el jardín a través de la ventana del salón. Un andador con dos ruedas ocupaba una parte del recibidor.

—Me quedé boquiabierta cuando dijiste que eras de la policía —comentó Ingiborg—. No había vuelto a recibir visitas de ese tipo desde que era muy joven, pero también guardaban relación con el caso por el que tú preguntas. El de la chica del Teatro Nacional.

—No tuvo que resultarte muy agradable verte envuelta en una investigación así.

—Lo peor de todo fue encontrar el cadáver. Te aseguro que es una experiencia espantosa.

—Me lo imagino —reconoció Konráð.

—Lo hice todo mal, me dejé engañar y luego salí corriendo de allí como una tonta. Pero bueno, aprendí la lección. Uno tiene que aprender de sus errores. Si no, no servirían para nada.

Ingiborg dejó el bastón para ocuparse de la jarra de café.

—¿Te ayudó? —se ofreció Konráð.

—No. Todavía puedo hacerlo sola.

Konráð procedió con calma y estuvo un buen rato charlando con ella sobre el tiempo y la política, así como sobre varios programas de televisión por los que Ingiborg sentía especial predilección. Decía que veía mucho la televisión, le encantaban las teleseries. Él se percató de que era habladora y alegre, de que estaba al corriente de lo que ocurría en la sociedad y de que le agradaba recibir la visita de

alguien que se interesaba por lo que decía. A pesar de ello, podía percibir que aun así se mostraba intranquila y recelaba de él. El pasado estaba allí otra vez para visitarla y quería ir con precaución. Al hablar con ella por teléfono, enseguida dedujo de la conversación que ella era la chica que, según la noticia, había encontrado el cadáver junto al Teatro Nacional, la hija del alto cargo.

—¿Recuerdas bien aquellos días? —preguntó Konráð una vez terminada su primera taza de café y mientras ella le decía que no dudara en servirse otra.

—No he podido ir a ninguna función en el Teatro Nacional sin que todo me viniera a la memoria —confesó Ingiborg—. No podré olvidar mientras viva el momento en que la encontramos. Es algo que le acompaña a uno hasta el final. Yacía en la calle con los ojos medio cerrados, bajo un frío que calaba los huesos. ¿Por qué preguntas ahora sobre ella, después de todos estos años?

—Como te comenté por teléfono, estoy investigando un fallecimiento reciente que parece guardar relación con ese caso. Quizá lo hayas leído en el periódico, un hombre con algunos años más que tú al que encontraron muerto en su domicilio.

—Sí, me suena.

—Al revisar su apartamento descubrimos que guardaba unos antiguos recortes de periódico que trataban del asesinato de aquella joven y luego descubrimos que, justo antes de morir, estuvo buscando información sobre ella y me gustaría saber por qué. Tu nombre aparecía en un antiguo informe de la policía.

—No me extraña.

—¿Sabes si alguna vez se dio el caso por concluido? —preguntó Konráð—. ¿Sabes si dieron con su agresor?

—Hubiera dicho que tú lo sabrías.

—Lamentablemente no sabemos nada al respecto, apenas hemos encontrado documentos sobre el suceso y es como si el caso no se hubiera llevado nunca a los tribunales.

—No le seguí la pista a ese asunto, poco tiempo después de aquello, pasadas solo unas semanas, yo... me mudé al campo y permanecí allí unos años. Después regresé a casa y me prometí con mi marido.

Ingiborg sonrió a Konráð. Su llamada la había sobresaltado porque lo último que esperaba era oír mencionar a Rósamunda después de todos aquellos años. El hombre del teléfono la trató con extrema cortesía y eso le trajo a la memoria a Flóvent y Thorson, que tan comprensivos se mostraron siempre con ella. Siempre deseó no tener que volver a hablar de aquella historia. De hacerlo, ahora tendría que verse obligada a explicarle a él, a un desconocido, las razones por las que su padre, Ísleifur, tomó la decisión de enviarla fuera de Reikiavik tras su relación con Frank Ruddy. No hubo persuasión, llanto ni maldición capaz de dar su brazo a torcer y ni siquiera su madre pudo hacer mucho contra su autoridad imperiosa. Estaba obcecado con la idea de que se recuperaría mejor en casa de sus parientes, en los fiordos del este, y que, además, se originarían menos habladurías si simplemente desaparecía. Su hermano

era un rico granjero de la región y se encontraría a gusto apartada en aquel lugar remoto. Cuando regresó, la ocupación militar había llegado a su fin, no quedaba rastro de la mayoría de los militares. Pero Ísleifur, que consideraba haber evitado una catástrofe, se superó al presentarle a un joven prometedor con quien trabajara en los preparativos de la celebración de la República, y que venía respaldado por las opiniones de gente influyente perteneciente al círculo de oficiales públicos. Le habían concedido un valioso permiso de importación y acceso a capital prestado, y estaba bien encaminado hacia la fundación de una potente empresa de venta al por mayor de productos americanos. «Un futuro asegurado —decía su padre—. Tenlo en cuenta, cariño».

—Él construyó esta casa —explicó Ingiborg a Konráð—. Mi marido. Falleció hace unos años. Era mayorista.

—Una casa impresionante —contestó él por decir algo.

—Sí, demasiado grande para nosotros tres. No tuvimos más que un hijo. Me cuida como a una reina aquí abajo, así que no puedo quejarme. No me falta de nada. Nunca en la vida me ha faltado nada de lo que se considera importante.

A Konráð le pareció que sus palabras destilaban amargura, como si ocultaran otro significado más profundo. Se preguntó si Ingiborg habría disfrutado de una buena vida desde aquella noche lejana en que encontró el cadáver.

—Cuando hallaste el cadáver no ibas sola, ¿verdad?

Por primera vez en su conversación, Ingiborg no respondió a sus preguntas.

—Es lógico que te resulte duro recordarlo, después de todo este tiempo —insistió Konráð tras un momento de silencio.

—No, no es agradable hablar de ello.

De nuevo permanecieron callados y Konráð no se atrevió a romper de nuevo el silencio.

—Era militar —dijo Ingiborg de repente.

—¿Quién?

—Es cierto, no estaba sola cuando encontré el cadáver. Decía que se llamaba Frank Carroll, pero era mentira, como todo lo que salía de su boca. Se llamaba Frank Ruddy, era militar norteamericano y no era de fiar. Un hombre deshonesto. Hasta su nombre era falso. Después resultó que estaba casado en Estados Unidos. Tenía hijos. Y también se veía con otra chica más aquí, en Reikiavik.

Las palabras le salían a borbotones, casi las escupía, y Konráð volvió a percibir su amargura acompañada de una vieja ira.

—Un embustero —sentenció Ingiborg—. De la peor calaña. Los policías me explicaron cómo era. Fueron encantadores. Sabían que me había tomado por... —De pronto calló—. No pretendía contarte nada de esto cuando llamaste para hablar del caso —aseguró a modo de disculpa—. No pretendía recordar todo aquello.

—No te preocupes —le aseguró Konráð—. Haz lo que creas conveniente.

—Me quedé absolutamente consternada al escuchar la verdad sobre Frank, la

clase de hombre que era. Flóvent, el policía, me citó para explicármelo todo. Me disculparás pero es que... me resulta duro recordarlo. Tal vez lo mejor sea que te marches. No sé en qué más puedo ayudarte.

—Faltaría más —contestó Konráð—. No era mi intención disgustarte.

Ingiborg se puso en pie para despedirse.

—¿Qué me puedes decir de Flóvent? —preguntó Konráð mientras también se levantaba. Recordaba el nombre porque aparecía en uno de los recortes—. ¿Era quien dirigía la investigación?

—Sí, llevaba la investigación del caso de la muchacha. También había otro, del ejército. Se llamaba Thorson. Un joven encantador, amable a más no poder.

—¿Has dicho Thorson? —Konráð no pudo ocultar su asombro—. ¿Él también investigaba la muerte de Rósamunda?

—Sí. Eran dos, Flóvent y Thorson.

—¿Sabes qué fue de él?

—No. Era de Canadá, supongo que regresó allí después de la guerra.

—¿Y aquí ejercía de policía?

—Sí, en la Policía Militar.

—¿E investigaba la muerte de Rósamunda?

—Sí.

Konráð tardó un momento en asimilar las palabras de Ingiborg. Al final, ella perdió la paciencia.

—¿Por qué te sorprendes tanto?

—¿Es que no lo sabes? Thorson es el anciano que falleció hace poco, el que encontraron asesinado en su domicilio. Se hacía llamar Stefán Þórðarson. Era él quien guardaba en su domicilio los recortes y hace poco había vuelto a preguntar por ella, después de tantos años.

Ingiborg se quedó de piedra.

—¿Era Thorson? ¿Quién querría hacerle daño? —Noqueada, se sentó en el sillón.

—Quizá quieras saber cómo murió —sugirió Konráð—. Lo asfixiaron. En la cama, en su casa. Le pusieron la almohada en la cara y...

—Por favor, ahórrame los detalles.

—Necesitamos tu ayuda, ¿hay algo más que puedas decirme sobre él? —preguntó Konráð volviéndose a sentar.

—No debería... mi hijo... No puedo contártelo. Eres un completo desconocido.

—Te aseguro que no saldrá de aquí.

—No, sigo pensando que lo mejor es que te marches. Yo... Estoy cansada.

—De acuerdo.

Pero Konráð no daba muestras de marcharse. Notó que Ingiborg estaba angustiada y le pareció que, por mucho que ella dijera lo contrario, no había terminado de hablar.

—Fue... es una de esas cosas que ocurren y uno debe enfrentarse a ello, solo e

indefenso —dijo ella inesperadamente—. Y los años pasan, pero no desaparece. Le sigue a uno todo el tiempo.

—Dime solo una cosa más, por favor: ¿te suena la historia de otra chica que viviera la misma tragedia que Rósamunda?

—¿Otra chica?

—Cabe la posibilidad de que Thorson estuviera investigando también ese caso antes de morir, el de una muchacha que desapareció en el mismo período de tiempo que la otra. Según tengo entendido, nunca encontraron sus restos. ¿Conoces la historia?

—No —reconoció Ingiborg pensativa—. Thorson me contó que la chica del Teatro Nacional llegó a comentar algo sobre unos elfos, ahora no recuerdo qué. Era una historia muy parecida a la que le oí contar a aquella mujer a la que acudí. Sin embargo... No sé si tiene alguna importancia o si guarda relación con el caso...

—¿A qué te refieres? —Konráð se mostró confuso.

Ingiborg suspiró, rendida.

—Si te lo cuento, lo hago únicamente por Thorson, por si te sirve de ayuda en la investigación sobre su muerte. Se portó bien conmigo, me dio todo su apoyo. A decir verdad, fue mi respaldo y mi soporte en aquellos momentos tan difíciles. —Ingiborg guardó silencio una vez más, después de un rato, volvió a hablar, vacilante—. Quizá no debería... No he hablado nunca con nadie sobre esto.

—¿Sobre qué?

—Le hablé a Thorson de ella y de lo que hacía y sé que Flóvent y él fueron a visitarla. Thorson pensaba que Rósamunda también había acudido a ella con los mismos fines que yo. Me estoy refiriendo a una mujer que vivía en una colina. Fue algo que... Algo que no olvidaré jamás.

Un frío día de invierno, poco después de haber identificado a Frank en la Jefatura de la Policía Militar, Ingiborg se puso su mejor abrigo y un sombrero elegante y caminó hacia Fríkirkjuvegur, 11, donde solicitó hablar con Flóvent. Era la primera vez que acudía a aquella enorme mansión que albergaba la incipiente Policía Judicial de Reikiavik. Una oficinista la recibió en la entrada y le pidió que esperara un momento.

Poco después salió Flóvent y llevó a Ingiborg a su despacho.

—No sabía a quién más acudir —admitió la muchacha mientras se sentaba frente al escritorio de Flóvent y dejaba vagar su mirada por la estancia.

El despacho no era muy grande. Por una ventana que daba al jardín, donde antes se levantaba un establo, se distinguía la penumbra de los cortos días de invierno. La única iluminación procedía de la lámpara del escritorio, que proyectaba una luz tenue sobre los documentos que Flóvent estaba revisando antes de su llegada, una ficha con huellas dactilares y unas fotografías de Rósamunda tomadas detrás del Teatro Nacional.

Frank estaba en manos de la Policía Militar norteamericana. Ingiborg no lo había vuelto a ver desde su encarcelamiento. Flóvent le explicó que permanecería en prisión mientras continuara la búsqueda de pruebas que confirmaran su versión de los hechos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Flóvent.

—¿Qué va a ser de Frank? —preguntó ella.

—No lo puedo saber con certeza. Si se demuestra que no estaba involucrado en la muerte de Rósamunda y no hay ninguna otra razón para mantenerlo encerrado, saldrá libre.

—¿Y continuará en el ejército?

—Es de esperar.

—¿Aquí, en Reikiavik?

—Lo ignoro. Tal vez sea un hombre sin palabra y un embustero pero, lamentablemente, eso no es ningún crimen. Se habla de una invasión inminente en la Europa continental, del traslado del ejército a Gran Bretaña. Posiblemente lo destinen allí con su unidad.

—Tengo que hablar con él —anunció Ingiborg—. Es urgente.

—Creía que no querías saber nada más de él —se sorprendió Flóvent.

—Y no quiero, no quiero verlo ni en pintura, pero necesito hablar con él. Pensé que tal vez podrías hacer que fuera posible. Si es que va a seguir encerrado en la prisión del ejército.

—Podría hablar con Thorson —sopesó Flóvent—. ¿Puedo preguntarte por qué tienes que hablar con Frank?

—Es... personal.

—Me refiero a que no se trata de nada relacionado con el caso.

—Por supuesto que no. En absoluto. Son... Cosas nuestras.

Ingiborg no se atrevía a mirar a Flóvent a los ojos. Observaba las fotografías de la joven que el agente tenía delante, sobre la mesa. No quería contarle por qué sentía la necesidad imperiosa de hablar con Frank Ruddy, aunque sentía tal aversión ante ello que la mera idea le hacía sentirse mal. Desde varias mañanas atrás la asaltaban náuseas, malestar y debilidad y pronto comenzó a sospechar a qué se debía su malestar. No se debía solo a haber sido defraudada por un norteamericano tan vil como para apropiarse del nombre de una estrella de cine con el fin de embaucarla. Sin duda alguna eso hacía flaquear sus fuerzas y que se sintiera desgraciada, pero no explicaba su malestar físico. De hecho, sus síntomas se remontaban a antes de todo aquello y en las últimas semanas cada vez se angustiaba más a causa de su estado. Lo que más deseaba era hablar de ello con su madre, pero era imposible tal y como estaban las cosas. Bastante tenían encima sus padres. Aquella espantosa tarde en que salieron corriendo de la parte trasera del Teatro Nacional, ella pensaba contarle a Frank sus preocupaciones, pero no le dio tiempo a hacerlo. Ahora le parecía que debía saberlo. A pesar de todo.

Si tomó la decisión de acudir a Flóvent fue porque este, unos días atrás, la había citado para exponerle lo que la policía sabía con certeza acerca de Frank. No formaba parte de su cometido, pero a Ingiborg le pareció que el agente se preocupaba por ella y le tentaba la idea de contarle su problema. La trató con delicadeza, se mostró comprensivo, con empatía, tratando de que no le afectaran demasiado las mentiras del norteamericano. Cuando se despidieron, Flóvent le aseguró que podía acudir a él para cuanto necesitara, que la apoyaría tanto como le fuera posible. Y ahora allí estaba ella. Ante su escritorio.

—Está bien —concedió Flóvent—. Hablaré con Thorson para ver qué opina.

Dos horas después, Thorson la recibió en el campamento de barracas de Laugarnes, uno de los barrios de barracas militares más grandes del país, y la acompañó hasta la prisión del ejército. Igual que Flóvent, ignoraba con qué propósito quería la muchacha hablar con Frank. Flóvent solo le comentó por teléfono que se trataba de un asunto personal entre ambos que no guardaba relación con la investigación. Thorson no lo puso en duda. Le preguntó a Ingiborg si quería que hiciera de intérprete, pero ella le respondió que no hacía falta.

La acompañó hasta una pequeña sala y le pidió que esperara. La prisión estaba situada en el interior de una barraca del campamento. Era tan grande que en él podían encontrarse dormitorios de militares, oficinas, cantinas, una tienda, un centro médico, una comisaría y una prisión. Esa clase de campamentos militares, con sus barracas de estructura arqueada, habían proliferado en el área urbana y cada barrio era como una pequeña aldea en campo abierto, en los confines del mundo.

Llevaron a Frank hasta la sala. Puso cara de asombro al ver quién quería visitarle.

—*You?* —preguntó como si no contara con volver a ver a Ingiborg en su vida. La puerta se cerró tras él y se sentó—. *Let me tell you, I was never going to lie to you* —dijo—. *It was just... I just...*

—No importa —respondió Ingiborg en un inglés rudimentario.

No quería escuchar más mentiras suyas. Debía comunicarle por qué estaba allí, consideraba que tenía derecho a saber cuál era la situación. Lo que ella hiciera a continuación dependería de la reacción de Frank. Naturalmente, durante largas noches de insomnio sopesó no contarle nada, pero le parecía que no sería justo para él.

—*I have... baby* —explicó ella posando la mano sobre su vientre para dejar claro lo que quería decir.

Frank no mostró ninguna reacción.

—*Tu... your* —aclaró ella.

—*My what?* —preguntó Frank.

—*Baby* —respondió Ingiborg.

Frank la miró fijamente.

—*No way* —zanjó—. *Hell, no way!*

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ingiborg con cara de desconcierto.

—*You come to me with that shit...* Yo no tengo nada que ver —rechazó—. Es mentira. ¡Una maldita mentira! *That's a lie!*

—Es tuyo —aseguró Ingiborg acariciándose el vientre.

—*No. I am not doing this! This is not my problem!*

Frank se levantó de un salto y aporreó la puerta. El vigilante abrió y lo dejó salir. Thorson apareció detrás de él y entró en la sala después de que se llevaran a Frank.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, será mejor que me vaya —decidió Ingiborg levantándose.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Todo va bien.

Ingiborg había estado preocupada por la posible reacción de Frank, pero ahora sabía lo que ya sospechaba, que no la apoyaría en absoluto. La conclusión no le disgustaba del todo. En dos ocasiones se citaron en Öskjuhlíð para disfrutar del amor sobre una manta de lana. Él juró ir con cuidado. A ella le dolió en ambas ocasiones.

—Permíteme que te lleve a casa en coche —se ofreció Thorson.

—Muchas gracias, no hace falta, puedo ir caminando. Gracias por dejarme verlo. Ya no tengo que volver a hacerlo.

Luchaba por contener el llanto y Thorson la cogió de una mano e intentó confortarla.

—No eres la primera a la que engaña un militar. Has tenido mala suerte. Frank es un mentiroso de pacotilla. Gracias a Dios, no todos son así.

—No sé qué debo hacer. Él...

—¿Para qué querías ver a ese idiota? Creía que sería lo último que querrías hacer

en la vida.

—Necesitaba hablar con él.

—¿Con qué motivo? ¿Por la investigación?

Ingiborg negó con la cabeza.

—Por otra cosa —dijo ella.

—¿Por qué estás tan apenada?

—No lo puedo contar. Tengo que irme a casa.

—¿No puedes...? ¿Estás...?

Ingiborg se echó a llorar.

—¿Estás embarazada de él?

Ella asintió con la cabeza.

No albergaba la intención de revelarlo, quería llevarse el secreto de nuevo a casa, subir a su habitación y encerrarse. No tenía ni idea de cómo debía actuar. No contaba con nadie a quien pedir consejo. Con el tiempo no le quedaría más remedio que confesarle a su madre su situación y eso la atemorizaba terriblemente. Por no hablar del revuelo que se produciría cuando su padre se enterara de que su hija esperaba un niño cuyo padre era un militar norteamericano. Miró a Thorson. Sus palabras brotaron de golpe, casi involuntariamente, pero se sintió más aliviada después de haberlas pronunciado. Flóvent y Thorson la habían apoyado enormemente y confiaba en ellos.

—¿Te ha examinado algún médico? —preguntó Thorson.

—No hace falta; estoy segura.

—¿Lo saben tus padres?

—¡Dios santo, no!

—Deberías contar con su opinión.

—No me atrevo. No sé qué tengo que hacer.

—Por lo menos deberías hacerte una revisión médica —sugirió Thorson—. Para confirmar que estás embarazada. Luego deberías hablar con alguien de confianza. A Frank no le ha gustado nada la situación, ¿me equivoco?

—Creía que le estaba mintiendo. No lo hago. Él es el único que... puede ser.

—Supongo que habrás contemplado todas las opciones.

—No intentaré deshacerme del bebé —afirmó Ingiborg—. No pienso hacerlo.

Konráð escuchaba a Ingiborg sin atreverse a preguntarle si mantuvo su palabra. No la conocía en absoluto pero sabía que él sí se enfadaría si le hicieran semejante pregunta, así que la pasó por alto.

—Thorson te apoyó enormemente —se limitó a decir.

—Era un hombre encantador —recordó Ingiborg—. Encantador de la cabeza a los pies. Así que se quedó aquí, en Islandia.

—¿Tuviste algún contacto con él cuando terminó la guerra?

—Ninguno. Me fui de la ciudad, como te he dicho. Tras mi regreso no volví a verlo. Por aquel entonces me figuré que habría regresado a Canadá.

—De hecho, vivió en Hveragerði un tiempo, me parece, antes de mudarse a Reikiavik hace unos veinticinco años.

—¿Tenía familia? ¿Hijos?

—Creo que no.

—¿Y Flóvent?

—De él no sé casi nada. Solo que fue uno de los primeros agentes de la Policía Judicial de Reikiavik. Nunca lo conocí personalmente, él trabajó en la policía mucho antes de que yo empezara. —Konráð hizo una pausa—. ¿Puedo preguntarte qué pasó con tu... problema?

—No sabía qué hacer. Sabía que existía gente que prestaba ayuda con esas cosas, algunas chicas que conocía hablaban de ello, pero yo no conocía a nadie. Entonces recibí un mensaje de Frank, un amigo suyo vino a verme. Frank sabía lo que quería. En el recado que me dio a través de su amigo decía que nada que tuviera que ver con el niño era asunto suyo y me daba las referencias de una mujer para que hablara con ella si decidía optar por aquel camino. No sé de qué la conocía. Esperé que no fuera por alguna experiencia anterior.

—Entonces, ¿cambiaste de opinión?

—No vi otra solución. Y el tiempo era escaso si quería...

—Pero ¿no decías que querías tener el niño?

Ingiborg lo miró ofendida.

—Perdona, no pretendía... —se excusó Konráð.

—¿Tú qué crees?

La mujer que le recomendara Frank vivía en una granja de piedra de poca altura situada al este del río Elliðaár, en las afueras de la ciudad. El camino era bastante largo desde casa de Ingiborg y llevaba recorrido ya un buen trecho sin estar completamente segura de lo que se proponía hacer. No había hablado con sus padres de su situación ni confesado a nadie sus miedos, su desasosiego e indecisión; ni a ellos ni a otras amigas o parientes. Se sentía avergonzada por lo ocurrido y quería

mantenerlo en secreto, y más después de ver el trato profesado por Frank, cómo le mintió, cómo se burló de ella.

Continuó su camino hacia el puente del río Elliðaár con mal sabor de boca. Se sentó sobre una piedra para tomar aliento. ¿De qué conocía él a la mujer de la colina? ¿Habría enviado allí a más chicas antes? ¿La conocían todos militares? ¿Acaso podía seguir sus consejos? ¿De Frank? ¿Podía ella caer tan bajo?

Se levantó y recorrió el último tramo con la duda en cada paso. La granja era modesta, construida con mampostería y frontal de madera. Algunas manchas aquí y allá daban muestras de que alguna vez fuera encalada. Junto a ella se erguía una vaqueriza con tejado de hierba, en estado precario y en desuso. Cerca vio un corral de gallinas, que vagaban por dentro y fuera de la vaqueriza mientras un gallo altivo no les quitaba el ojo de encima. Sobre el tejado de la vaqueriza dos niños jugaban y al ver a Ingiborg se le quedaron mirando a en silencio. El tiempo era templado y en calma; hacia el norte se abría una bonita vista del monte Esja, cubierto de nieve.

Ingiborg evitó mirar a los niños y llamó a la puerta. Una mujer cuarentona abrió la hoja hasta la mitad.

—Buenos días —saludó Ingiborg.

—¿Qué quieres? —preguntó la mujer.

—Me han pedido que hable con usted —explicó Ingiborg.

—¿Usted? Qué finolis. Yo no trato a nadie de usted y tú tampoco deberías hacerlo. Maldita vanidad.

—No, perdona..., yo... No sé cómo explicarlo... Me han dicho que puedes ayudar a mujeres como... En mi situación.

La mujer la observó a través de la puerta medio abierta.

—¿Te has quedado preñada? —dijo.

Preguntaba sin rodeos y con familiaridad, sin recriminaciones ni escándalos, y antes de que Ingiborg pudiera darse cuenta ya había asentido y, con ello, confesado a una mujer desconocida ambas cosas a la vez: su error y el crimen que quería cometer.

—¿Cómo has dado conmigo? —quiso saber la mujer.

—Me dieron tus referencias.

—Eso ya me lo imagino, pero ¿quién? ¿Quién te ha hablado de mí? ¿Tus padres? Dudo que haya sido un médico. ¿A lo mejor algún amigo tuyo?

Ingiborg asintió con la cabeza.

—¿Un militar?

—Sí —susurró.

—Pasa. —La mujer abrió más la puerta—. Veamos qué tenemos aquí.

La mujer invitó a Ingiborg a una cocina pequeña y destartada que daba acceso a una despensa y le ofreció un refrigerio, café, té o leche. Ingiborg negó con la cabeza. La mujer se puso a lavar huevos de gallina en el fregadero y a meterlos en una caja.

—¿De cuánto estás? —preguntó mientras escurría los huevos con sumo cuidado.

Era baja y llevaba el pelo recogido en un moño. Sus manos eran

desmesuradamente grandes y parecía sufrir artritis. Los meñiques y anulares estaban doblados hacia la palma y apenas podía utilizarlos. Ingiborg evitaba mirar aquellas manos de uñas largas y sucias. Le recordaban a las garras de un pájaro.

—No lo sé exactamente —respondió.

—¿Crees que de más de doce semanas?

—No, de tanto no. Serán más bien unas ocho o diez.

—Muy bien —dijo la mujer girándose hacia ella y secándose las manos—. Eso está muy bien.

Ingiborg permaneció inmóvil.

—No te quedes pasmada —la espabiló la mujer—. Es una intervención muy sencilla. Tengo buena mano.

Ingiborg miró fijamente sus dedos y deseó no haber entrado nunca en aquella casa.

—Yo... No sé cuánto cobras... No sabía cuánto dinero debía traer.

—¿Te parece que hago esto por dinero? —La mujer escudriñó su rostro.

—No. No sé.

La mujer la miró un largo rato.

—Quizá quieras pensártelo mejor.

Ingiborg asintió.

—Tengo la sensación de estar cometiendo un error.

—Tú decides. No deberías quedarte aquí a menos que estés segura de que lo quieres hacer. No puedes permitirte la más mínima duda. Hace poco vino a verme una chica como tú, asustada y disgustada, con unas explicaciones un tanto peculiares de su situación, aunque he oído cosas peores.

—¿Explicaciones?

—Era como tú, decía que trabajaba en un taller de costura. Intentaba hacer creer que no conocía a ningún militar. Apenas estaba en sus cabales cuando me ocupé de lo suyo, hablaba de un monstruo que la había agredido y que decía disparates sobre elfos.

Ingiborg evitaba mirar las manos de la mujer y sus dedos doblados hacia la palma.

—Deberías irte a casa —repitió la mujer, y se puso de nuevo a lavar huevos—. Vete a casa y piénsatelo bien; puedes volver otro día y veremos qué puedo hacer por ti. Todavía te queda tiempo.

Las palabras de Ingiborg se extinguieron y les siguió un prolongado silencio mientras ella permanecía absorta en sus recuerdos de la mujer de la granja de piedra con dedos retorcidos.

—¿Y regresaste? —preguntó Konráð cuando por fin se atrevió a romper el silencio.

—No, no lo hice, jamás volví a ver a esa mujer. Mis padres lo descubrieron todo cuando se me empezó a notar y tuve que confesar los pecados cometidos con Frank. Me enviaron al campo. Tuve el niño, me lo arrebataron y lo entregaron. A quién, no lo sé. Nunca lo pregunté.

—Tendrías que haber podido decir algo al respecto.

—Consentí que lo hicieran, les dejé decidir. Permití que me manipularan en lugar de hacer lo que yo quería. Lo peor de todo era no distinguir acerca de en qué lado ponerme. No sabía ni qué debía hacer ni qué quería. De algún modo me parecía más fácil dejarlo todo en manos de otros y esperar que el tiempo curara las heridas. Tal vez aquello fuera peor que abortar. No lo sé. He procurado no pensar mucho en ello. Mi padre me lo exigió. Hice lo que me dijo que hiciera. Y punto. Por lo menos, la mujer de la granja de piedra fue franca conmigo. Lo que vino después no era más que jugar al escondite una y otra vez. Mi marido nunca supo nada. Mi hijo tampoco. Confío en que lo mantengas en secreto.

—Por supuesto —le aseguró Konráð—. No fuiste la primera que se vio en una situación así.

—Sí, desde luego que no fui la única.

—¿Volviste a ver a Frank alguna vez?

—No. Nunca.

—¿Qué crees que quiso decir la mujer cuando mencionó aquello de los elfos?

—No lo sé. Thorson me explicó que Rósamunda trabajaba en un taller de costura y cosía unos vestidos preciosos. Como la mujer habló de una chica que cosía pensé que debía contárselo y lo llamé. Me dijo que sabían que Rósamunda había abortado pero desconocían dónde.

—¿Es posible que lo hubiera hecho en casa de esa mujer?

—Imagino que sí —concedió Ingiborg—. Pero nunca más volví a oír hablar del asunto.

El jeep militar recorría sin dificultad la abrupta carretera que accedía a la casa de piedra, en la colina situada al este del río Elliðaár. Flóvent se fijó en que alguien los observaba mientras renqueaban en dirección a la granja, dos caras curiosas en la ventana que desaparecieron rápidamente en cuanto bajaron del jeep.

Por el camino fue dándole a Thorson todos los detalles sobre la visita que realizara a Vigga, y este no pudo ocultar su sorpresa al conocer la información obtenida de Ingiborg en relación con otra joven que vivía lejos de Reikiavik, que posiblemente también fue violada y que mencionó haber sido atacada por elfos, al igual que Rósamunda, para luego desaparecer de repente ya que, con toda probabilidad, se había suicidado.

—¿Hablamos entonces de dos casos relacionados, cada uno en una región distinta del país? ¿Es posible? —dijo tras la conclusión del relato.

—Eso parece —respondió Flóvent—. Cuesta pensar que ambas no fueran agredidas por el mismo hombre.

—Y los elfos son el vínculo.

—Sí. Quizá Rósamunda descubrió al acudir a la casa de Vigga que ella no era la única víctima del individuo. Según parece, el agresor pretendía que ambas explicaran su estado del mismo modo.

—Una se deja engañar y repite la historia, pero a la otra le parece un disparate absurdo.

—Con todo, la conclusión es la misma: ninguna quiere delatarlo. Ninguna quiere decir quién las agredió. O bien lo protegen, o bien le tienen miedo.

—¿Cómo puede ser?

—Por algún motivo, la chica del norte estaba predispuesta a echar mano de la mentira para explicar lo sucedido —dijo Flóvent—. Creía en los elfos y en las rocas donde estos habitan. Sin duda conocía historias sobre relaciones entre humanos y elfos, existen incontables narraciones similares recopiladas en libros. Cabe pensar que conociera ese tipo de cuentos populares y leyendas y se creyera algunos de ellos, si no todos.

—Aun así tampoco podemos descartar del todo que se trate de una casualidad —apuntó Thorson.

—No, evidentemente, no podemos descartar nada —corroboró Flóvent—, pero creo que es altamente improbable que no exista una relación. No obstante, ahora sabemos algo que antes desconocíamos.

—¿Qué?

—Que estamos buscando a un islandés. Me extrañaría mucho que los militares extranjeros supieran algo sobre los elfos.

La mujer abrió la puerta antes de que les diera tiempo a llamar y los miró alternativamente.

—Qué señoritos tan elegantes tenemos aquí.

—Somos de la policía —constató Flóvent.

—La policía, qué honor. ¿Y qué queréis de mí?

—Nos gustaría preguntarle sobre una joven que recurrió a sus servicios. Tenemos entendido que ofrece cierta ayuda encubierta —añadió Flóvent, moderando sus palabras al pensar en los niños asomados a la ventana.

—¿Servicio? ¿De qué estás hablando? Vendo huevos de vez en cuando. Eso no es ningún crimen.

—No estamos hablando de eso, creo que ya sabe a lo que me refiero. Es un asunto que no incumbe a nuestra investigación. Ya se encargarán otros de eso. Vendrán a visitarla a lo largo del día. Nosotros estamos haciendo indagaciones sobre una joven que vino a verla hace muy poco y solicitó su ayuda.

—¿Una joven?

—Sí, le habló de unos elfos —detalló Thorson—. ¿La recuerda?

La mujer les miró fijamente.

—¿Os lo ha contado ella? ¿La que se echó atrás? —preguntó.

—No sé de qué habla —repuso Flóvent.

—Una finolis. Frágil como la porcelana. ¿Ha sido ella? —La mujer salió de la casa y cerró la puerta tras de sí—. No me avergüenzo en absoluto de lo que hago —aseguró—. Vosotros, los hombres del demonio, no tenéis que preocuparos de nada. Lo dejáis todo en manos de las mujeres. ¿Qué hay de malo en que ayude a esas pobres muchachas? Que sepáis que no le he hecho daño a nadie. Yo he...

—Como le ha aclarado mi compañero, ese asunto no nos concierne —interrumpió Thorson a la mujer y reparó en sus dedos doblados hacia la palma, tal y como Ingiborg la había descrito—. Deberá dar cuenta a otros de qué tipo de institución benéfica dirige aquí. Nos interesa la muchacha. ¿Qué puede decirnos de ella? ¿Le dijo su nombre?

—No.

—¿Sabe al menos a qué se dedicaba?

—Me contó que trabajaba en un taller de costura sin que yo se lo preguntara.

—¿Es esta? —preguntó Flóvent mostrándole una fotografía de Rósamunda.

La mujer miró la fotografía.

—Sí, es ella.

—¿Sabía que hace poco la hallaron asesinada junto al Teatro Nacional?

—¿Asesinada? No. Sabía que encontraron allí a una muchacha... ¿Era ella?

—¿Le dio algún dato sobre quién era el padre? —intervino Thorson.

—No.

—¿No comentó nada que pudiera hacerle sospechar algo?

—¿Qué quieres decir? ¿Sospechar qué? No sé quién era.

—Si era militar, por ejemplo —sugirió Thorson.

—No, no lo sé. ¿Fue un militar el que la asesinó?

—Sabemos que los militares le envían mujeres —dijo Flóvent.

—Yo de eso no sé nada.

—Volvamos al tema de los elfos —inquirió Thorson—. ¿Qué quería decir?

—Pobre niña, se encontraba tan confusa cuando vino aquí. Hablaba sin ton ni son, no quería nada más que librarse de... que la ayudara con su problema. No podía ni oír hablar de otra cosa. No podía imaginarse teniendo ese bebé. No podía imaginárselo.

—¿Por qué no? —preguntó Flóvent.

—Decía que no tenía ninguna responsabilidad sobre el niño...

—¿En qué sentido?

—Por lo que pude entender, el que la forzó quería que ella le echara las culpas a unos elfos. Lloraba desconsoladamente y quería justificar a toda costa que no era culpa suya, que no tenía ninguna responsabilidad y que no podía imaginarse teniendo el niño. Me dio mucha pena esa pobre muchacha. Alguien la maltrató y ese alguien era un hombre. Un hombre, lo que yo os diga.

El ejército norteamericano había hecho grandes mejoras en la carretera que conectaba Reikiavik con Hvalfjörður tras la construcción de un depósito de petróleo en el margen norte del fiordo. A medida que la guerra avanzaba, el tráfico de barcos se intensificaba en la zona, tanto debido a los barcos militares como a los barcos residencia. El centro logístico de la flota se encontraba en Miðsandur y Litlisandur. Allí se asentaban barracas militares e inmensos tanques de combustible, además de centros de aprovisionamiento que, junto con otras infraestructuras, suministraban el material necesario para la reparación de los barcos. Aquella zona daba trabajo a un gran número de islandeses, entre los que se encontraban dos hermanos de Rósamunda.

Flóvent y Thorson pusieron rumbo hacia el fiordo inmediatamente después de su visita a la mujer de la colina. Era un frío día de febrero, pero el cielo estaba despejado y hacía buen tiempo. Conducían con precaución por la carretera, ya que el trayecto se hacía difícil en algunos tramos resbaladizos. Thorson llevaba consigo unas cadenas por si acaso se les presentaba algún problema, pues la vía estaba salpicada de zonas nevadas.

Flóvent iba explicando a Thorson los lugares de interés de camino a Hvalfjörður y se detuvieron en tres ocasiones para que este último pudiera echar un vistazo a los puentes que encontraban a lo largo del recorrido, todos de un solo carril, hormigonados y con suelo de madera. Thorson deslizaba la mano por los cimientos del hormigón y luego saltaba sobre el suelo del puente y escribía anotaciones en una libreta. A Flóvent le parecía que avanzaban a un ritmo bastante lento, pero no hizo comentario alguno al respecto.

—En el interior de este valle está Glymur, la cascada más alta de Islandia —

explicó Flóvent cuando hicieron una parada junto al puente sobre el río Botnsá, al fondo del fiordo—. Algún día tendrías que subir a verla, es una excursión sencilla y entretenida, y no muy larga.

—¿Por qué hay islandeses que no quieren separarse de los daneses? —preguntó Thorson mientras se estiraba por encima de la barandilla del puente—. ¿Creen que aún no ha llegado la hora?

Thorson sabía que la proclamación de la República en Þingvellir, prevista para aquel verano, suponía el fin de seiscientos años de soberanía danesa sobre Islandia. A pesar de que dicha soberanía se había atenuado considerablemente desde la lucha por la independencia en los siglos XIX y XX, todavía faltaba dar el último paso hacia la secesión absoluta del país. La República de Islandia se instauraría el 17 de junio, coincidiendo con la fecha de nacimiento del héroe de la independencia, Jón Sigurðsson, a pesar de que los críticos proclamaban que debían esperar a que los daneses pudieran quitarse de encima a los nazis.

—Diría que todos quieren romper las relaciones —aventuró Flóvent—. Pero a muchos no les parece que sea el momento adecuado. Los daneses están en guerra, por eso algunos consideran que se debería esperar. No quieren ofender al rey.

—¿Acaso a los islandeses os importa el rey?

—A mí no, en absoluto —contestó Flóvent.

—Peor es que se baraje la posibilidad de que el ejército norteamericano no se marche cuando termine la guerra —dijo Flóvent de vuelta en el asiento del coche.

—Pero os hace falta defensa militar. No tenéis ejército.

—Lo que necesitamos es neutralidad —afirmó Flóvent poniendo el coche en marcha—. Aquí un ejército no pinta nada.

—¿Preferirías ser neutral en esta guerra?

—Otros lo han conseguido.

—Lo que quieres decir es que estáis sustituyendo a los daneses por los norteamericanos.

—Supongo. Corren tiempos extraños.

Se detuvieron en la barrera de seguridad del desvío que accedía al área militar. Thorson mostró su placa y les dejaron pasar sin problemas. Los hermanos de Rósamunda trabajaban en el centro de aprovisionamiento; antes de su llegada, Thorson había llamado al supervisor del centro, un coronel llamado Stone, para pedirle que les echara una mano. Stone habló a su vez con el jefe del contratista islandés que trabajaba allí y este dio el recado a sus subordinados. Cuando llegaron Thorson y Flóvent, los hermanos los esperaban en el despacho del contratista. En el mar se divisaban barcos militares británicos y estadounidenses y un gran petrolero que repostaba en Hvalfjörður para transportar el petróleo a la flota en mar abierto. Sobre la cuesta que ascendía desde la orilla se alzaba el denso complejo de barracas de tejados arqueados pintados de verde con dos ventanas a cada lado. Por encima de aquella aglomeración se alzaban monumentales tanques de petróleo.

Los hermanos rondaban los veinte años, uno era moreno y el otro pelirrojo, ambos delgados, aunque uno estaba más entrado en carnes. Se llamaba Jakob, mostraba más seguridad en sí mismo y habló por los dos. El otro, Egill, era algo más joven y se mostraba tímido y retraído en presencia de su hermano. Tan solo les habían comunicado que la policía deseaba hablar con ellos con relación a su hermana. Ambos vestían pantalones militares verdes, botas negras y un cárdigan islandés de lana.

—¿Estamos arrestados? —preguntó Jakob.

—No —contestó Flóvent—. En absoluto. ¿Eso os han dicho?

—Eso deben de pensar todos —refunfuñó Jakob.

—Nos gustaría que nos facilitarais alguna información, nada más.

—¿No sería más adecuado hablar con ellos por separado? —propuso Thorson a Flóvent.

—¿Por qué? —preguntó Jakob enseguida.

—Podemos empezar contigo —decidió Flóvent—. Si eres tan amable de esperar fuera, Egill, muchas gracias.

Egill miró a su hermano y este le hizo un gesto para que hiciera lo que le pedían y saliera. Una vez se hubo ido, Thorson, Flóvent y Jakob se sentaron y este sacó un paquete de tabaco norteamericano. Les ofreció un pitillo, pero rechazaron su oferta y, a continuación, él se encendió uno con un mechero nuevo americano de gasolina cuya tapa levantó con un chasquido.

—¿Mantenía tu familia contacto regular con Rósamunda? —preguntó Flóvent—. ¿Recibíais noticias de ella cuando erais pequeños?

—No muchas —respondió Jakob exhalando el humo del cigarrillo.

—¿Por qué no? —preguntó Thorson.

—La dieron en adopción. No se hablaba mucho de ella. A Egill y a mí nos mandaron fuera unos años. Éramos muchos en casa.

—Igualmente, era vuestra hermana.

—No la conocíamos en absoluto. No me acuerdo para nada de ella. Egill tampoco. No sirve de mucho preguntarnos.

—¿Qué crees que le pudo haber ocurrido? —preguntó Flóvent.

—Quién sabe, pasan tantas cosas en Reikiavik con todos esos militares —dijo mirando a Thorson.

—¿Crees que trataba con militares?

—No lo sé. No la conocía de nada.

—¿Cuándo visteis a vuestra hermana por última vez?

—No me acuerdo de ella. Egill tampoco.

—Tenemos entendido que se carteaba con vuestro padre.

—Ella le escribió. Decía que quería hacernos una visita. Pero nunca lo hizo.

—¿Por qué crees que quería mantenerse en contacto con vosotros? —preguntó Thorson. Al ver que Jakob negaba con la cabeza, prosiguió—: Quizá le hacía ilusión

conocer a su familia.

—Podría ser.

—¿Tú nunca tuviste ganas de conocerla?

Jakob se lo pensó un instante. Seguidamente negó con la cabeza.

—¿Sabes si se encontraba bien en casa de sus padres adoptivos? A lo mejor quería abandonarlos, volver a casa de tu padre, tal vez le escribió por eso.

—Mi padre no mencionó nada al respecto. Solo fue una carta. Mi padre le contestó diciendo que sería bien recibida en el norte.

Continuaron interrogándolo a fondo pero Jakob parecía extraordinariamente desinteresado por la muerte de su hermana y las circunstancias en que esta se produjo. Su frialdad no les pasó desapercibida.

—Parece que la muerte de tu hermana no tiene ninguna importancia para ti —sugirió Thorson.

—Me trae sin cuidado —contestó Jakob.

—Pero era tu hermana —afirmó Flóvent.

—Probablemente le iba mejor que a nosotros. No sé por qué quería estar en contacto.

—¿Para conocerlos? ¿Conocer a su familia?

—Bueno, eso nunca llegó a ocurrir.

—Es probable que la violaran.

El rostro de Jakob no se inmutó.

Flóvent le preguntó si estaba en Reikiavik la tarde en que encontraron a Rósamunda junto al Teatro Nacional. Jakob aseguró que su hermano y él pasaron aquel día en Hvalfjörður, trabajando, y que por la tarde estuvieron jugando al billar con los militares norteamericanos en un barracón que se utilizaba como cervecería.

El hermano menor de Jakob no fue tan antipático. Egill se sentó frente a ellos, se sorbió la nariz y se la frotó con una manga del jersey. Le hicieron muchas de las preguntas que acababan de formularle a su hermano y corroboró la versión de Jakob, es decir, que estaban en Hvalfjörður cuando Rósamunda murió.

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Flóvent.

—No la vi —dijo Egill—. No la había visto nunca.

—¿No existía ningún contacto entre vuestra familia, en el norte, y Rósamunda, en Reikiavik?

—No.

—¿Nunca?

Egill negó con la cabeza.

—Le envió una carta a mi padre.

—¿Viste la carta?

—No, nos lo dijo.

—¿De qué trataba la carta?

—Tenía ganas de conocernos. Algo así.

—¿Tenía vuestro padre alguna relación con el matrimonio, con los padres de Rósamunda?

—No. Nunca. Decían que...

—¿Sí?

—Decían que era mejor para todos no mantener ningún contacto. Rósamunda era suya y no había más que hablar. Siempre supimos que teníamos una hermana en Reikiavik. Sabíamos perfectamente que se la tuvieron que llevar de nosotros. Mi padre no podía con la casa después de la muerte de mi madre. A Jakob y a mí también nos enviaron a otra granja. La familia se desperdigó. No éramos los únicos.

—¿No le hicisteis nada?

Egill se sorbió la nariz de nuevo y se la frotó con la manga del jersey.

—Por qué —dijo—. No la conocíamos. No la conocíamos en absoluto.

Konráð entró a comer algo en un asador medio decente de Skeifan. Había llegado temprano tras su encuentro con Ingiborg, había pocos clientes en el restaurante y se sentó en una esquina. Mientras esperaba la comida pensó en Vigga, ingresada en la residencia. Había mencionado a otra chica desaparecida cuyos huesos nunca se habían hallado y en cuya historia aparecían unos elfos. No podía tratarse de Rósamunda. A ella la encontraron junto al Teatro Nacional, y según Ingiborg, Thorson investigó su caso durante la guerra. Algo había pasado para que retomara las indagaciones después de tantos años. Thorson había hablado con Vigga. Y presumiblemente con más personas. ¿Qué fue lo que lo impulsó a hacerlo? ¿Por qué tendría motivos para hablar con Vigga sobre el caso? ¿Qué conexión guardaba ella con él? Cuando Konráð visitó a Vigga, esta creyó que hablaba con Thorson. Se conocían por alguna razón. ¿Tal vez por algo relacionado con la investigación? ¿Corrió la chica mencionada por Vigga la misma suerte que Rósamunda? ¿Tenían historias similares? ¿Había descubierto Thorson algo nuevo en la vejez?

Konráð salió sobresaltado de sus reflexiones cuando a un cliente del restaurante se le cayó un vaso al suelo y se rompió en pedazos. Miró al dueño del vaso, que estaba de pie sin saber qué hacer, rodeado de fragmentos de vidrio. El camarero acudió en su ayuda y Konráð decidió marcharse.

Comprendió que hasta ese momento había estado aparcando la cuestión y finalmente había decidido ocuparse de ella. Se le ocurrió hablar con la persona que en su momento había vendido el piso a Thorson. Había encontrado el contrato de compraventa entre unos documentos que encontró en el apartamento y había apuntado el nombre.

Cuando Konráð preguntó por él, en una elegante casa adosada del este de Reikiavik, le indicaron que se dirigiera al garaje, donde trabajaba reparando automóviles. Era mecánico y se dio un susto de muerte al ver aparecer a Konráð, ya que pensó que se trataba de un inspector de Hacienda dispuesto a echarle el guante por las actividades laborales que realizaba sin declarar. Cuando quedó claro que no era el caso, se relajó y se comportó con suma amabilidad. Recordaba bastante bien el momento en que vendió el apartamento a Stefán Þórðarson y estaba al tanto de su fallecimiento. No lo conocía lo más mínimo; recordaba que, evidentemente, había conseguido reunir algunos ahorros, pues pagó el piso al contado. A quien recordaba con más nitidez era a Birgitta, su vieja vecina, y no tardó en sacar a colación un tema peculiar por el que ella mostraba un interés peculiar.

—Birgitta y yo hablábamos mucho de esas cuestiones —aseguró el mecánico, de complexión ancha y manos fuertes curtidas por las labores de reparación—. Nunca logró convencerme. Ella estaba totalmente a favor de esas cosas.

—¿De qué cosas?

—Ya sabéis que era enfermera —dijo el hombre mientras quitaba la batería del

coche que tenía a su lado.

—Sí —mintió Konráð, que desconocía ese dato.

—Seguramente hablaba por experiencia. Decía que había visto de todo en su trabajo.

—¿Hablabas por experiencia? ¿De qué? ¿A qué te refieres?

—Eutanasia —dijo el hombre dejando la batería—. Quería que la legalizaran en Islandia.

—¿Eutanasia?! —exclamó Konráð sin poder reprimir su sorpresa—. ¿Qué quieres decir?

—Reivindicaba que se permitiera la eutanasia en casos especiales y difíciles. En aquel entonces tenía una fuerte postura al respecto. En parte pensé en llamar a la policía cuando me enteré de que aquel hombre había sido asesinado, pero no se empleó ningún tipo de violencia, por así decirlo. No sé por qué pero me vino a la cabeza Birgitta.

—¿Porque podría haber asfixiado al hombre?

—No estoy diciendo que ocurriera. No lo digo en absoluto. Simplemente pensé en ella cuando oí hablar del anciano. Recordé lo que pensaba del asunto. Tuve la impresión de que su muerte había sido de ese tipo.

Konráð charló un buen rato con el mecánico de automóviles, pero no obtuvo de él más que aquella extraña idea. Se despidieron y Konráð llamó a Marta de camino a casa.

—¿Has pensado alguna vez en la eutanasia? —preguntó a bocajarro y a continuación escuchó un sorbido y un chasquido.

Marta acababa de comer.

—¿Eutanasia? ¿De qué hablas?

—¿Has pensado en ello alguna vez?

—No especialmente —dijo Marta—. ¿Quieres decir si yo elegiría esa vía?

—No, no tú —dijo Konráð—. ¿Estabas comiendo?

—Sí, estoy en una hamburguesería echándome porquería al cuerpo. ¿A qué viene esa pregunta de la eutanasia?

—Ya sabes en qué consiste, alguien te ayuda a morir porque padeces una enfermedad incurable y tu sufrimiento es insoportable y sabes que igualmente te queda poco de vida.

—Ya sé lo que es la eutanasia —replicó Marta.

—¿Se te había ocurrido asociarla con Thorson? Estaba acostado en su cama. No hay ninguna evidencia de enfrentamiento. Ningún tipo de resistencia. Todo parece como si se hubiera acostado y se hubiera quedado dormido. Pero alguien lo asfixió.

—¿Y?

—Dos cosas: hemos averiguado que Birgitta y Stefán, o Thorson, eran más que simples vecinos. Eso es lo que dicen otros inquilinos del inmueble; por otro lado, ha llegado a mis oídos que Birgitta se mostraba a favor de la eutanasia y tenía mucho

interés por ese tema. Es enfermera. ¿Te lo había dicho?

—No. ¿Cómo te has enterado de lo de la eutanasia?

—Me lo dijo el hombre que le vendió su apartamento a Thorson. Recordaba a Birgitta por eso.

—¿Eutanasia? Thorson no estaba enfermo. La autopsia no reveló nada parecido. ¿Qué tipo de relación tenían? Quizá deberías indagar más al respecto.

—¿Quieres que la llame?

—Sí, hazlo —dijo Marta—. Tenemos poco personal. Intenta sonsacarle algo y mantenme informada.

El médium los esperaba en el salón, al anochecer. Sobre la mesa ardían unas cuantas velas y las ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas. El médium tenía unos cuarenta años, era bajo, simpático, con manos suaves y finas y una sonrisa cálida. Estaba un poco encorvado, llevaba un traje oscuro desgastado y por su aspecto parecía tener resaca. El matrimonio creía que desprendía cierto halo místico y les sorprendió lo campechano que se mostraba. Les esperaban dos sillas dispuestas por el padre de Konráð y tomaron asiento en ellas. En la sesión también estaban presentes otros tres hombres, todos ellos vestidos pobremente, un hombre mayor duro de oído y un padre con su hijo. La esposa y madre había pasado a mejor vida tras una dura enfermedad y su marido y su hijo querían asegurarse de que le iba bien en su nuevo paradero. El anciano no asistía por ninguna razón en particular, pero le interesaba saber en qué idioma se manifestaban los mensajes de ultratumba. El médium no necesitaba sentarse. Permanecía de pie delante de todos y deambulaba por el salón captando las corrientes que le llegaban, pues él no era más que un intermediario, tal y como les explicó. «Yo únicamente les transmito mensajes», dijo.

—Entonces, ¿no entra en trance? —quiso saber la mujer. El matrimonio estaba familiarizado con ese tipo de sesiones, pero era la primera vez que visitaban a aquel médium.

—No —contestó el médium—, no es el caso. Es más como si me atravesaran las corrientes.

El anciano se llevó una mano al oído para escuchar mejor.

—¿Cómo dice?

—Estoy explicando cómo funciona todo.

—Contactará en islandés, ¿no? —atronó la voz del hombre.

El médium asintió y comenzó la sesión interrogando a fondo a los presentes sobre diversas cuestiones. Surcaban el salón distintos nombres de persona, unos conocidos por los asistentes y otros no. Si no reconocían alguno, el médium pasaba rápidamente a otro. Si obtenía una reacción positiva, continuaba preguntando sobre dicha persona y describiendo tanto su aspecto físico como algún rasgo de su carácter hasta que comenzaba a vislumbrar de quién podía tratarse. Todo ello venía acompañado de recados que aclaraban que todo iba bien, incluso agradecimientos, en ocasiones aromas, en otras muebles, cuadros o prendas de vestir. El padre y el hijo reconocían algunas cosas y el anciano otras. Tras dedicarles un tiempo generoso, pasó a los padres de Rósamunda.

—Yo... Aquí hace frío y está oscuro —declamó el médium colocándose frente a ellos, con los ojos medio abiertos e inclinando la cabeza—. Frío y oscuro, y aquí hay un hombre que está de pie... de pie en medio del frío y yo... me parece como si llevara unas manoplas, es como si llevara puestas unas manoplas, y tiene frío. Unas manoplas hechas con lana hilada de dos colores. ¿Lo reconocen?

El matrimonio no respondió.

—Es... ¿puede ser que esté empapado de agua de mar? —preguntó el médium—. ¿Qué esté totalmente empapado de agua de mar?

—Sí —respondió la mujer dudando—. Si se trata de él. ¿Ha dicho usted lana hilada de dos colores?

—¿Las manoplas? —aclaró su marido.

—Dice que ustedes siempre lo apoyaron y le gustaría darles las gracias por todos los cafés a los que lo invitaron —prosiguió el médium sin inmutarse—. Me parece que se llama Vilmundur o Vilhjálmur o algo parecido.

—¿No será Mundi? —preguntó la mujer mirando a su marido.

—Siento como si se hubiera ahogado —reveló el médium—. Siento como si hubiera fallecido. ¿Es eso cierto?

—Se hundió en el golfo de Faxaflói —contestó el hombre—. En Skagi. Tres hombres en total.

—Le tejí unas manoplas de lana —añadió la mujer—. Que Dios lo bendiga.

—Veo... me parece que hay un cuadro, o igual una vista desde una casa luminosa, y flota ese intenso aroma a café. Una casa muy bonita. Y rosquillas. Noto ese aroma intenso a café, y hay algo más, como rosquillas o bizcochos recién hechos o algo parecido.

—Mundi decía muchas veces que yo hacía unas rosquillas riquísimas —comentó la mujer mientras asentía con la cabeza, en señal de corroboración, hacia el padre y el hijo, que no perdían detalle, en silencio, desde sus sillas.

—Siento como si él estuviera en una iglesia y me parece como si... oigo música. ¿Puede ser? ¿Sonaba mucha música a su alrededor?

—Es posible, tocaba el órgano —informó el padre de Rósamunda.

—Gracias —contestó el médium—. Les dice que no se preocupen de...

El médium enmudeció. Parecía escuchar con renovada atención un mensaje procedente del más allá. Guardó un prolongado silencio sepulcral, como si tuviera dificultades para captar el mensaje. Finalmente, dio de pronto un paso hacia atrás y se quedó petrificado, todavía con los ojos medio cerrados.

—Dice que ella lo acompaña. Ella... ustedes ya saben quién.

La mujer comenzó a jadear.

—Pobre niña.

—¿Puede verla? —preguntó su marido, entusiasmado.

—Él no quiere... dice que ustedes ya saben a quién se refiere y que no deben preocuparse.

—Pobrecita —dijo la mujer echándose a llorar mientras su marido la consolaba.

El médium calló. Pensaron que estaba escuchando en lo más profundo de la eternidad y no se atrevieron a hablar hasta que el padre de Rósamunda no pudo aguantar más.

—¿Está dispuesta a decirnos quién fue? —susurró.

El médium permanecía de pie sin mover ni un dedo y así transcurrió un largo rato. Los invitados no osaban moverse. El padre y el hijo miraban fijamente al médium y el viejo sordo no parecía perder detalle. Los padres de Rósamunda se cogieron de la mano.

—¿Está dispuesta a decirnos quién fue? —volvió a preguntar el padre.

El médium no respondió, pero comenzó a agitar la cabeza y dar zancadas por el salón y anunció que la conexión estaba rota y que ya no le quedaba más energía.

La sesión se dio por concluida. El médium se desplomó sobre una silla, extenuado, y el padre de Konráð le acercó un vaso de agua. Los padres de Rósamunda permanecieron sentados, aturridos, como si apenas pudieran creer lo ocurrido.

Así transcurrió un buen rato, mientras todos se recuperaban. Los allí presentes estaban convencidos de que había sucedido algo grande y milagroso.

El padre de Konráð descorrió las gruesas cortinas y fue a la cocina para traer café a los asistentes, que sirvió en tazas, acompañado de terrones de azúcar cande. El hombre sordo derramó el café por el plato y lo sorbió ruidosamente.

—Qué raro lo de las manoplas —comentó el padre de Rósamunda—. Que lo mencionara.

—Precisamente ayer le contaba al dueño de esta casa que Mundi se volvía loco por mis rosquillas —dijo la mujer—. Y le conté lo de las manoplas. Que se las hice con lana hilada de dos colores.

El padre y el hijo miraron al matrimonio.

—¿Llegó a contárselo usted? —preguntó el más mayor sin dejar de mirar al padre de Konráð.

—¿El qué? ¿Qué le contó? —preguntó el anciano.

—Ya lo creo —confirmó la mujer—. Le hablé de mi Mundi y de cómo murió ahogado.

—¿Y le parece acertado?

—¿Acertado? ¿Qué quiere decir?

Sentado a la mesa de la cocina, Konráð contemplaba la puesta de sol por la ventana que daba al oeste mientras rememoraba el relato de su padre sobre la sesión con el médium. Konráð lo recordaba a la perfección. Contaba dieciocho años cuando su padre le habló de aquella sesión con el matrimonio que perdió a su hija y de cómo se sacaba unos céntimos aprovechándose de gente ingenua que se sentía afligida. Nunca le había hablado antes de ello, así como tampoco de otros trabajos dudosos que llevó entre manos a lo largo de esa época. En aquella ocasión estaba más borracho que de costumbre y se mostraba más sentimental y dispuesto a conversar con su hijo sobre ciertos aspectos oscuros de su vida pasada.

—Era todo coser y cantar —le dijo con su voz ronca mientras fumaba sin parar—.

La gente estaba dispuesta a dejarse engañar sin descanso y cuanto más pagaba, más parecían querer tragarse según qué mentiras. ¡Al diablo si no era todo un juego de niños!

Konráð no pudo percibir ni rastro de arrepentimiento en la actitud de su padre. Nunca se disculpó por lo que era o lo que hacía a los demás, pero en esa ocasión Konráð no pudo evitar preguntarle cómo era capaz de jugar con las desgracias de los otros y estafarlos.

—Si la gente se quiere dejar engañar, allá ella —fue la respuesta que obtuvo—. Aunque ciertos poderes sí tenía aquel médium. No era la primera sesión que hacíamos y si nadie descubrió nunca el pastel fue porque el tipo poseía algún don, o eso me parecía a mí, a pesar de ser un puñetero chapucero. Algunas cosas no me las había dicho la mujer, como lo del órgano, pero quizá tuvo suerte y ya está. Hacía falta un poco de suerte para hacerlo bien. Otras cosas, como lo de las manoplas y lo de cómo murió ahogado el tal Mundi se lo dije yo por lo bajini antes de que llegaran. En cuanto el padre y el hijo se enteraron de que la mujer estuvo hablando conmigo antes de la sesión se pusieron como locos, llamaron a la policía y se acabó la historia. El timo del falso médium se destapó del todo. A mí me consideraron su secuaz —recordó el padre de Konráð soltando una carcajada—. ¡Su secuaz!

—¿Solíais hacerlo así? —preguntó Konráð—. ¿Hablabas primero con la gente y luego le contabas la conversación al médium?

—No seguíamos ningún método —contestó su padre—. Ese vidente en concreto celebraba todas las sesiones en nuestra casa y yo me encargaba de reunir información sobre los asistentes. A veces se presentaban las mismas personas una y otra vez y él las conocía bien. Como el padre y el hijo. Era la tercera vez que acudían. En otras ocasiones no las conocía de nada y entonces explicaba que le venía bien tener algo en las manos para entrar en calor, como él decía. —Guardó silencio unos instantes—. Seguramente nunca debió haber descrito las manoplas de esa manera —concluyó—. De todas formas, lo curioso es que el muy idiota sí llegó a sentir una presencia. Me confesó, en medio del jaleo que se armó con la policía tras la maldita sesión, que estaba convencido de haber percibido la presencia de su hija y también de otra chica que estaba con ella, y que tenía la sensación de que le había ocurrido una desgracia.

—¿Estaba otra joven con ella?

—Eso insinuaba.

—¿Y qué pasaba con esa chica? ¿Qué desgracia?

—Eso no lo mencionó. No habló con nadie del tema. Ni de nada más de lo sucedido en aquella sesión; total, ya nos habían desenmascarado y nadie le hacía caso.

—¿No describió nada acerca de ella?

—No. Excepto lo del frío. Decía que la envolvía un frío amenazante. Pero mira, Konráð, aquel tipo era un maldito chapucero. Un maldito chapucero, y casi todo lo que salía de su boca se lo chivaba yo.

La historia de la sesión con el médium se había anclado en la memoria de Konráð porque aquella fue la última vez en que tuvo una conversación parecida con su padre. Al poco tiempo, una tarde de invierno a finales de febrero, Konráð regresaba a casa a medianoche y vio un coche de policía frente al sótano donde vivían y dos agentes deambulando fuera de su apartamento. No se asustó especialmente, pues se decía de su padre que era un «buen conocido» de la policía; en ocasiones, si ocurría algo, se cometía algún robo, se arrestaba a algún bullicioso fabricante clandestino de bebidas alcohólicas o se destapaba una gran operación de contrabando, la policía acudía a su domicilio y lo interrogaba, e incluso lo trasladaban a la comisaría de Pósthússtræti. Corría el año 1963 y Konráð había abandonado la escuela de formación profesional, donde hacía un curso de impresión, y había comenzado a beber sin moderación. Su padre no se entrometía mucho en sus asuntos y raramente sabía algo de su madre, que se había mudado con Beta al este, a Seyðisfjörður. Sus compañeros de borrachera eran otros desgraciados echados a perder, sobre todo su padre, a quien divertía contarle «historias del mundillo», como él decía, y entre otras cosas le hablaba de los tiempos en que andaba con el falso médium. Konráð trabajaba sin contrato y de manera intermitente montando armaduras de hierro para hormigón, robaba en las tiendas, forzaba coches y le hacía recados a su padre a cambio de una mísera parte de las ganancias que obtenía en cada ocasión. Nunca lo atraparon en sus actividades y nunca tuvo problemas con la justicia.

Uno de los agentes se dirigió hacia él y le preguntó si vivía allí y si conocía al dueño de la casa. Konráð había aprendido a desconfiar de la policía y se disponía a inventarse algo pero no se le ocurrió nada en especial. Contestó que vivía con su padre en el sótano, y preguntó si lo estaban buscando.

—No, no lo estamos buscando —dijo uno de los agentes—. ¿Estabas con él esta tarde?

—No —respondió Konráð—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Sabes con quién iba a verse?

—¿Por qué lo quieres saber? —preguntó Konráð.

—¿Había tenido alguna disputa recientemente? ¿Alguien iba tras él? ¿Sabes algo al respecto?

—¿Tras él? ¿A qué te refieres?

—Tu padre ha fallecido, muchacho —dijo el otro agente—. ¿Sabes si pretendía entrar a la fuerza en el matadero de aquí abajo, en Skúlagata?

Konráð no estaba seguro de haber escuchado bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿De qué estás hablando?

—Lo han encontrado tirado en el patio del matadero —informó el agente—. Apuñalado. ¿Sabes con qué propósito fue hasta allí?

—Pero ¡¿qué estás diciendo?! ¡¿Apuñalado?! ¡¿Que lo han apuñalado?! ¡¿

—Sí, herido de muerte.

Konráð miró fijamente a los agentes. Los habían enviado para hablar con los parientes del difunto. Conocían bien a su padre y les parecía innecesario mostrar consideración alguna a borrachos y ladrones de poca monta. En aquel momento llegó un coche, aparcó junto a la casa y de él bajó un agente de policía. No llevaba uniforme, como los otros, y resultó ser de la Policía Judicial.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Konráð enfurecido dando un empujón a uno de los agentes que habían llegado primero.

Lo que más deseaba era golpearle pero el compañero del policía agarró inmediatamente a Konráð, lo arrojó contra la calzada y lo cogió del cuello. Konráð luchaba con uñas y dientes e hicieron falta los dos agentes para reducirlo. Cuando hubieron conseguido calmarlo un poco, lo volvieron a poner en pie.

—Soltadlo —dijo con voz cansada el agente de la Policía Judicial—. Dejadlo tranquilo.

Los dos agentes pusieron objeciones pero soltaron a Konráð.

—¿Te han explicado lo ocurrido?

—Sí.

—¿Eres su hijo? —preguntó el hombre.

—Sí —contestó Konráð—. Me han dicho que lo han apuñalado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué lo preguntan? ¿Está muerto?

—¿Estás seguro de que no sabes lo que ha ocurrido?

—Sí, yo... no me lo puedo creer.

—¿No sabes quién le ha agredido?

—¿Agredido? ¿Yo? No, yo estaba en el centro. ¿Se puede saber qué ha pasado? Está... ¿Está muerto?!

El hombre de la Policía Judicial asintió. A diferencia de los otros agentes, se dirigía a Konráð con calma y sencillez y le explicó que un transeúnte se encontró a su padre en el suelo, ensangrentado, a poca distancia de la entrada al Matadero del Sur de Islandia, en Skúlagata. Le asestaron dos puñaladas y después lo dejaron tirado en la calle. Nadie vio al agresor y se desconocía quién era. Konráð no les pudo dar muchos detalles sobre las idas y venidas de su padre. No sabía con qué fin había ido al matadero o había bajado hasta la calle Skúlagata y no tenía ni idea de con quién se habría visto allí o a quién podría haberse encontrado. En sus tiempos, su padre había mantenido enfrentamientos y conflictos con muchas personas y frecuentaba malas compañías. Konráð supo enseguida que todo aquello tenía algo que ver con la causa de su muerte.

—Te acompaño en el sentimiento, hijo —dijo el agente—. Lamento que tengas que escuchar algo así. Si hay algo que pueda hacer por ti o hay algo que te inquiete, que necesites saber, lo que sea, ponte en contacto conmigo.

Nunca se descubrió quién asesinó al padre de Konráð. Se llevó a cabo una investigación exhaustiva del homicidio, pero no arrojó ningún resultado y el caso se

convirtió en uno de los rompecabezas sin resolver de la policía. Sin embargo, la muerte de su padre hizo que Konráð saliera poco a poco de la mala vida que había llevado hasta entonces, se volvió a matricular en la escuela de formación profesional y terminó el curso de impresión. El destino quiso que al cabo de unos años ingresara en el cuerpo de policía y de ahí se trasladó a la Policía Judicial. Después de acceder al cargo, algunos de sus compañeros cuchicheaban a veces sobre su padre y en algunas ocasiones le preguntaron por el caso, pero Konráð se mostraba ofendido y no quería hablar de aquello. Lo que nunca olvidó fue la cercanía y la cordialidad que el agente del departamento judicial le mostró en un momento tan difícil de su vida.

El día después de su viaje a Hvalfjörður, Thorson y Flóvent se citaron en Friðkirkjuvegur. Pretendían conversar con el antiguo jefe de obra de la Administración de Carreteras. Vigga citó su nombre a Flóvent y este pudo averiguar después de varias llamadas que, tras dejar la administración ahora trabajaba como encargado para el ejército norteamericano en el aeropuerto Patterson, en Suðurnes.

Condujeron por Suðurnesjavegur. Hacía un día espléndido. El cielo estaba encapotado en su mayor parte, aunque en algunas zonas el sol se abría paso entre la cubierta de nubes y su luz brillante incidía sobre la superficie del océano al oeste de la península de Reykjanes. Flóvent instruyó a Thorson sobre la rica tradición islandesa de cuentos populares que el pueblo mantenía vivos a lo largo de los siglos, transmitiéndolos de generación en generación durante los largos y oscuros inviernos, cuando cada sonido que aullaba en el viento podía ser la aparición de un fantasma con heridas mortales abiertas, cada colina era morada de elfos y cada roca un palacio oculto. Todo ello se entremezclaba con historias de ogros y troles que se convertían en piedra al llegar el día; cuentos de *nykrar*, criaturas que se hundían bajo el agua gélida de los lagos y asemejaban caballos, pero con los cascos del revés; o relatos sobre *tilberar*, que succionaban la sangre de los muslos de las mujeres. Las historias más fantásticas surgían de la relación entre el hombre y la naturaleza, de las penurias con que se vivía en granjas miserables y del miedo a la oscuridad del invierno. Si además se narraban con verdadero ingenio y una imaginación portentosa, nacían mundos legendarios que la gente podía considerar tan auténticos como la vida misma.

—Pero eso son cosas de los viejos tiempos —comentó Thorson mientras llegaban al aeropuerto—. Suena como sacado de épocas ancestrales.

—Supongo que la modernidad se está llevando todas esas historias por delante —dijo Flóvent—. Aunque no deja de sorprender cuántos creen todavía en elfos y seres ocultos. Muchas de esas historias, por increíble que parezca, todavía perviven hoy en día.

Aparcó el coche junto a una barraca situada detrás de un gran hangar y miró a Thorson. Había pasado la mayor parte del trayecto en silencio, como ensimismado.

Les indicaron dónde encontrar al encargado, un islandés llamado Brandur que estaba al mando de un pequeño grupo de trabajadores que se ocupaba del mantenimiento del aeropuerto. El recinto se había construido en Sviðningar, cerca de Njarðvík, y había comenzado a operar dos años atrás. Allí se habían levantado bases de aviones de combate norteamericanos cuya misión era la defensa aérea del extremo suroeste del país. El aeropuerto recibía su nombre de un joven piloto fallecido en el cumplimiento de su deber en Islandia. Era uno de los dos aeropuertos de la zona. El otro se llamaba Meeks en honor a otro joven piloto caído en la costa islandesa.

Cuando llegaron Flóvent y Thorson, les dijeron que Brandur y su equipo estaban colocando nuevas balizas en la pista de aterrizaje. Flóvent preguntó por el encargado.

—¿Para qué lo buscas? —inquirió un hombre barrigudo que llevaba un gorro sucio con visera y sostenía un cigarrillo entre sus cortos dedos.

Estaba apoyado contra un camión verde del ejército y observaba cómo trabajaban sus hombres. Al ver que no trataba de usted a Flóvent, este le pagó con la misma moneda.

—¿Eres Brandur? —preguntó Flóvent.

—¿Y qué si lo soy? —quiso saber quitándose la gorra y rascándose la calva.

—Nos gustaría hablar contigo sobre la época en que dirigías a un grupo de trabajadores en Öxarfjörður. Sería más conveniente que pudiéramos charlar en un sitio tranquilo.

El hombre los miró alternativamente, uno iba vestido de civil y el otro, más joven, llevaba el uniforme de la Policía Militar. Los trabajadores interrumpieron su labor y también observaron fijamente a los invitados.

—¿En Öxarfjörður? ¿A qué te refieres?

—¿Te importa acompañarnos al hangar? —insistió Flóvent—. Te lo explicaremos en un sitio más tranquilo.

Brandur vaciló, no tenía claro qué se estaba cociendo allí, pero le picaba bastante la curiosidad. Finalmente ordenó a sus hombres que dejaran de hacer el gandul y continuaran trabajando e invitó a Flóvent y Thorson a subirse con él al camión, en el que recorrieron el corto trecho que los distanciaba del hangar, donde los llevó a un pequeño despacho. Brandur se repanchigó en la única silla de la oficina. Flóvent fue directo al grano.

—¿Recuerdas a una joven que desapareció de una granja de la zona de Öxarfjörður cuando trabajabas allí construyendo una carretera?

—¿Te refieres a la que se tiró a la cascada?

—¿Lo hizo?

—Eso creían algunos.

—Entonces conoces el caso.

—Lo recuerdo bien. Una historia desoladora. Una tragedia —añadió mientras sacaba un cigarrillo de un paquete de Camel con sus dedos gruesos amarilleados por el tabaco—. ¿Se puede saber qué tiene eso que ver conmigo?

—¿La conocías?

—No.

—¿La conocía algún miembro de tu equipo?

—No, que yo sepa. ¿Me estás preguntando si alguno de mis hombres la mató?

—¿Por qué crees que la mataron?

—Se contaban toda clase de historias allá en el norte.

—¿Como cuáles?

—Como que sufría de mal de amores y se arrojó a la cascada Dettifoss. Nadie supo lo que pasó. De alguna manera, la gente necesitaba completar las lagunas de la historia.

—¿Oíste alguna vez si alguno de tus hombres hablaba de ella antes o después de su desaparición? —quiso saber Flóvent.

—Todos estaban impactados y afectados y recuerdo que participamos en su búsqueda, pero si estás tratando de insinuar que alguno de mis chicos le hizo daño, lo niego rotundamente.

—¿No oíste comentar nada sobre ella a alguno de tus hombres que te resultara extraño o que en su momento te llamara la atención? ¿Recuerdas haber escuchado alguna palabra que te pareciera fuera de lugar?

—No sé a qué te refieres —respondió Brandur y seguidamente dio una calada a su Camel—. ¿La habéis encontrado? ¿A la chica aquella?

Flóvent negó con la cabeza.

—¿Recuerdas haber oído allí algo relacionado con creencias populares? —continuó—. ¿Algo sobre los elfos?

—No —contestó Brandur con una expresión en el rostro que indicaba claramente que no entendía adónde iba a parar aquella conversación.

—Esos hombres que tienes ahora en el aeropuerto, ¿son los mismos que estaban contigo en el norte?

—No, son todos del suroeste, de Suðurnes. Los del norte eran casi todos de por allí.

—Tenemos entendido que en las cercanías había militares británicos —añadió Thorson.

—Sí, sus bases estaban en Kópasker —dijo Brandur—. Buenos chavales, jovencitos, en general sorprendidos de encontrarse en aquella zona, en los confines del mundo.

—¿Conocían a chicas islandesas?

—Seguramente. Yo no estaba al tanto de eso.

—¿Sabes si la joven en cuestión mantenía algún contacto con ellos?

—No, tendríais que preguntarle a sus familiares. ¿Por qué me lo preguntáis a mí?

—¿Y tú? ¿Conoces a su familia?

—No. Yo solo sé que eran muy buena gente —aseguró Brandur—. Gente que cuidaba de su reputación. Me dio mucha pena ver cuánto les afectó lo ocurrido.

—¿Te acuerdas de alguien que estuviera de paso por la zona en aquel entonces? Las granjas debían de recibir a bastantes invitados —supuso Flóvent.

—Sí, sí, se movía bastante tráfico por allí, no nos pasaba por alto.

—¿Recuerdas algo peculiar en ese aspecto?

—No... ¿Peculiar...?

Flóvent miró a Thorson como si no fueran a obtener mucha información del hombre.

—No sé a qué te refieres con peculiar. Evidentemente estuvieron por la zona algunas personas de autoridad durante todo el verano, como era costumbre. Ricachones que supieron hacer de la guerra un negocio y que venían de Reikiavik

para pescar salmón. También gente de Akureyri, el presidente de la asociación, esa gentuza que se pasa el día chupándoles la sangre a los granjeros. Los capitalistas de la cooperativa. Porque vaya si lo son. Mi querido Stalin se sacudiría de un plumazo a semejantes caballeros. Y algunos políticos se los querían meter en el bolsillo. Hasta dos o tres diputados andaban por allí.

—¿Los capitalistas de la cooperativa?

—Sí, esa clase de hombres.

—¿Y había diputados en el norte?

—No sé muy bien de dónde venían. Por allí se comentaban sus peripecias, borracheras en cabañas de pesca y esas cosas. Esos excesos de los que nosotros, los del pueblo llano, no podemos disfrutar pero que, sin embargo, financiamos hasta el último céntimo.

—¿Tú no le hiciste nada a la chica? —preguntó Thorson.

—No —respondió Brandur.

—¿Eres aficionado a los cuentos populares islandeses? —preguntó Flóvent.

—¿Qué quieres decir?

—Elfos, seres ocultos... ¿Te interesan esos temas?

—¿A mí? En absoluto. No creo en ninguna de esas cosas.

—Muy bien —concluyó Flóvent mirando a Thorson—. Me parece que esto es todo. No pretendemos retenerte aquí todo el día. Gracias por tu ayuda.

Brandur se levantó y los acompañó hacia el camión cruzando el hangar. Todos los aviones se encontraban fuera, realizando vuelos de control, por lo que la nave estaba en calma. Sentados a una mesa unos mecánicos fumaban y jugaban al póquer sin prestarles la menor atención. En la radio sonaba música de Glenn Miller.

—Ahora caigo en que sí había un chaval en mi equipo al que le interesaban mucho los elfos y esas cosas —explicó Brandur mientras trepaba al camión—. Hacía el bachillerato en Akureyri, era un ratón de biblioteca, un poco rarito. Siempre iba solo. Los hombres le tomaban el pelo, lo llamaban «señor catedrático» y cosas así, sin malicia. Pero trabajaba duro. Ya lo creo que sí.

—¿Y tenía interés en los elfos?

—Sí, bueno, en cuentos y leyendas populares. Parecía conocer una zona encantada junto a la carretera. Era raro en ese sentido, ya me entiendes, pero muy buen chaval.

—¿Sabes dónde lo podemos localizar? —preguntó Flóvent.

—Me parece recordar que quería ir a Reikiavik para estudiar en la universidad —dijo Brandur y, a continuación, puso en marcha el vehículo con un estruendo, dio marcha atrás, cerró de un portazo la puerta del conductor y se asomó por la ventanilla bajada—. Pero no sé qué fue de él.

Birgitta recibió a Konráð con cordialidad, no parecía en absoluto sorprendida de volverlo a ver. Él tomó asiento en el salón y ella le preguntó por la investigación y si había novedades acerca de la muerte de Thorson. Él confesó no poder responder mucho al respecto; más que nada, andaba haciendo pesquisas por su cuenta ya que el caso también afectaba a su propio pasado, aunque de forma casi insignificante. Ella sintió curiosidad de inmediato y Konráð le contó por encima el caso de Rósamunda. Se ahorró los detalles sobre su padre, tan solo dijo que había conocido a los padres de Rósamunda. El caso no parecía haberse resuelto en su momento, no figuraba nada sobre él en los archivos de la policía, aunque teóricamente deberían poder encontrarse documentos relacionados con la investigación en las bases de datos del ejército norteamericano, en caso de que se hubiera adjudicado a este su resolución. Konráð sabía que Marta pretendía solicitar tales documentos al otro lado del Atlántico.

—¿Alguna vez oyó hablar a Stefán sobre el caso de Rósamunda? —preguntó Konráð.

—No, nunca. ¿Es que se conocían?

—¿Sabes a qué se dedicaba Stefán mientras estuvo aquí durante la guerra?

—No muy bien. Sé que estaba en las tropas de ocupación, aquí en Reikiavik.

—Parece ser que trabajaba en la Policía Militar estadounidense —detalló Konráð—. Uno de los casos que investigaba era la muerte de Rósamunda. ¿Nunca te lo contó?

Birgitta respondió que no, nunca le mencionó haber trabajado en la Policía Militar. A decir verdad, no hablaba mucho sobre su vida en aquellos tiempos.

—¿Y creéis que...? ¿Creéis que quizás ese caso guarde alguna relación con lo que le ha ocurrido? —preguntó.

—No puedo hablar sobre la investigación del caso, pero se están estudiando todas las posibilidades a partir de una serie de elementos como, por ejemplo, el modo en que lo encontramos: en la cama, acostado plácidamente —dijo Konráð con intención.

—Sí; lo habían asfixiado, ¿no?

—Todo indica que así fue. Una posibilidad que estamos estudiando, uno de esos elementos que mencionaba, es su estado anímico. Otro es su avanzada edad. También los asuntos de los que se ocupaba los últimos días antes de su fallecimiento. Incluso su visión de la muerte. ¿Sabes cuál era? ¿Habló contigo alguna vez sobre cómo dejaría este mundo?

—No sé a qué te refieres —dijo Birgitta.

—¿Sabes, por ejemplo, si quería que lo incineraran o lo enterraran?

—Nunca tocó el tema —contestó Birgitta—. No conmigo.

—No hemos hallado ningún testamento en su casa, ¿sabes si tenía alguno?

—No, no lo sé.

—¿Y alguna vez habló contigo sobre cuestiones como la eutanasia?

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo finalmente Birgitta tras un breve silencio.

—Porque sabemos que no te posicionas en contra —contestó Konráð—. Nos han llegado noticias de que apoyas o apoyaste en su momento la eutanasia. Eres enfermera, debiste conocer a pacientes agonizantes que no soportaban sus padecimientos. ¿Te gustaría que esos enfermos pudieran optar por la eutanasia?

—Estoy a favor de la eutanasia practicada legalmente, como en Holanda y otros países —afirmó la mujer.

—Y tú...

—Yo no he asistido a nadie para acortarle su vida, si eso es lo que insinúas. Hay un largo camino entre apoyar una opción y practicarla.

—No sostengo que lo hayas hecho.

—Entonces, ¿por qué me preguntas por la eutanasia?

—¿Qué grado de intimidad teníais Stefán y tú?

—¿Intimidad?

—Sí, cuando murió. ¿Cómo evolucionó vuestra relación con el tiempo mientras tu marido, Eyjólfur, estaba vivo?

Birgitta se levantó.

—Creo que deberías marcharte ahora mismo —dijo.

—¿Por qué?

—No tengo nada más de que hablar contigo.

Konráð no se movió. Ya contaba con aquella reacción.

—Disculpa, no pretendía alterarte. Forma parte de la investigación policial.

—No puedes presentarte aquí por las buenas y culparme de esas cosas —espetó Birgitta—. ¡Eutanasia! Yo no le hice nada a Stefán, nada de nada. No la necesitaba.

—¿Se declaraba él a favor de la eutanasia?

—Creo que no estaba en contra. Nunca hablamos del tema.

—Habías perdido a tu marido...

—¿Por qué lo metes en medio? ¿Es que piensas que también lo maté?

—No —reculó Konráð—. No era mi intención alterarte.

Durante su primera visita a Birgitta, ella le habló de Eyjólfur, su marido, y de que él y Stefán, o Thorson, como se llamaba antes, eran buenos conocidos. Luego, tras la muerte de su marido, ellos mantuvieron el contacto. Durante años vivieron uno frente al otro en el mismo edificio y se trataban con frecuencia, pero no dio más detalles acerca de hasta qué punto era profunda su relación. Uno de los agentes que hallaron el cuerpo comentó haberle oído decir que seguramente Stefán estaba al fin en paz.

—¿Erais Stefán y tú algo más que simples vecinos?

Birgitta asintió con la cabeza.

—Era muy reservado —explicó—. No fue hasta después de morir mi querido Eyjólfur cuando... quiero decir que rara vez hablaba de sí mismo con Eyjólfur y conmigo..., Cuando me quedé sola y lo fui conociendo mejor, empecé a acercarme más a él. Comenzó a visitarme asiduamente y, de alguna manera, el resultado fue que

nosotros... —De pronto Birgitta miró a Flóvent con una expresión sorprendida—. ¿No pensarás que...?

—Solo trato de entender bien cómo era vuestra relación.

—No es lo que estás pensando. Éramos amigos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Estás segura?

—¡Pero bueno! ¡Pues claro que estoy segura! Stefán no era así.

—¿Así cómo?

Miró enojada a Konráð.

—Me preguntaste sobre sus amigos —dijo tras guardar un largo silencio—. Pues bien, supongo que habrás visto la fotografía que guardaba en la mesilla de noche.

—Sí. —Konráð visualizó al hombre elegante de la fotografía.

—Ese era su amigo. Un amigo muy querido.

—¿Quieres decir que Stefán era...? ¿Estás diciendo que ese hombre era su amante?

—Sí. Por eso nunca podría haber habido nada entre nosotros más que amistad.

—¿Qué fue de ese hombre?

—Falleció por insuficiencia cardíaca después de varios años de relación. Lo llevaban con la máxima discreción, como era normal en aquellos tiempos. Al poco de su muerte, Stefán se mudó al este, a Hveragerði. A partir de entonces vivió siempre solo, nunca llamaba la atención, vivía aislado del resto del mundo, con pocas amistades.

—Pero la fotografía no estaba en un lugar visible. La guardaba en la mesita de noche.

—Ya. Seguramente sería una vieja costumbre, de cuando era necesario esconder esas cosas.

—Si te lo contó, es que tu relación con él era realmente buena.

—A lo largo de los últimos años llegamos a tenernos mucho cariño y lo echo de menos. Pero no le fui infiel a Eyjólfur mientras vivió, si es lo que piensas. Y eso de que yo haya podido intervenir en su muerte no tiene ningún sentido. ¡Ninguno!

—¿El hombre de la fotografía tiene parientes? ¿Alguien con el que yo pudiera hablar? ¿Alguien con quien Stefán estuviera en contacto?

—Tenía un hermano que falleció. No sé de nadie más.

—¿Por qué crees que Stefán nunca te contó que fue policía en Reikiavik durante la guerra para el ejército norteamericano?

—No mostraba especial interés por aquellos tiempos. Me daba la sensación de que se mostraba reticente a recordar aquellos años. Y nunca le oí mencionar a la tal Rósamunda.

—¿Te dijo con qué andaba ocupado las semanas y meses antes de su muerte? —preguntó Konráð.

—¿No hemos hablado ya de eso? —respondió Birgitta, cansada.

La visita de Konráð la estaba poniendo a prueba y él notó que quería quitárselo de encima, librarse de sus preguntas y de su fisgoneo sobre su vida privada. Decidió que ya era suficiente y se puso en pie para despedirse.

—La otra vez me preguntaste sobre las visitas que Stefán recibió antes de morir —añadió Birgitta— pero yo no recordaba ninguna en especial. Luego le di más vueltas y caí en que, poco antes de morir, me comentó que se encontró con una mujer que le contó algo y él no sabía bien qué hacer con aquella información. Decía que había pasado tanto tiempo... No sé si esto guarda alguna relación con el caso.

—¿Qué mujer era esa?

—Una que le dijo algo sobre un antiguo taller de costura.

—¿Un antiguo taller de costura?

—Sí, Stefán dijo que ya no existía. Me refiero al taller. Tuvo su mejor época durante la guerra.

—¿Sabes qué le contó esa mujer?

—No entró en muchos detalles, solo comentó que era algo que probablemente ya daba igual. Lo siento, pero no tengo ni idea de quién era esa mujer. De hecho, ahora creo recordar que eran dos, me parece, y que una de ellas se llamaba Geirlaug o algo parecido.

—¿Cuándo pudo haber sucedido ese encuentro?

—Pues hará unas dos semanas, me parece.

—¿No sabes por qué las fue a visitar?

—Me temo que no.

Konráð se entretuvo hasta bien entrada la tarde buscando información en Internet sobre antiguos talleres de costura y *boutiques*. Según sus indagaciones, en Reikiavik funcionaban unos cuantos talleres de costura en torno a la Segunda Guerra Mundial. En aquella época desempeñaban una función indispensable en la vida urbana ya que en las tiendas existía una menor oferta de prendas ya confeccionadas. La gente compraba la tela y la llevaba a los talleres para hacerse vestidos y abrigos, edredones, cortinas o todo aquello que se deseara o hiciera falta en el hogar. Las grandes tiendas contaban con su propio taller y cosían las prendas con la misma tela que podía adquirirse en ellas. Aquella práctica había quedado relegada al olvido con el paso del tiempo.

Dio un trago largo de The Dead Arm, le embargó la sensación de que le subía el ánimo y dejó vagar el pensamiento entre recuerdos de su padre y el más allá, unos restos mortales trasladados gracias a investigaciones espiritualistas y unos huesos que jamás fueron hallados.

Luego se terminó la botella y pensó en Birgitta y en lo que reveló sobre Thorson y su amante y en las pequeñas manchas que mostraba aquella fotografía oculta en su

mesilla de noche. A primera vista creyó que estaba sucia, pero ahora tenía la impresión de que eran lágrimas de los ojos empañados de Thorson vertidas sobre aquel rostro de la imagen en algún instante de emoción.

Konráð pensó en consultar el listín telefónico en Internet, llamar a todas las mujeres registradas bajo el nombre de Geirlaug y preguntarles si guardaban algún vínculo con algún antiguo taller de costura de Reikiavik, si conocían a Thorson y si por casualidad hablaron con él poco antes de su muerte, pero no encontró a ninguna Geirlaug que figurara como modista, lo que le hizo constatar que el gremio había quedado obsoleto hacía tiempo. Si la mujer que buscaba no tenía un número registrado a su nombre, debería recurrir a otras vías más complicadas para dar con ella.

El día después de su visita a Birgitta comenzó a telefonear a todas las mujeres llamadas Geirlaug, hacia el mediodía. Se había levantado tarde, algo poco habitual en él. La noche pasada había tenido problemas para conciliar el sueño a pesar de todo el vino tinto ingerido y no pudo pegar ojo pensando en el caso que estaba investigando y en el destino de Thorson. Pensó en su amado y en que parecía haber vivido solo toda su vida desde su fallecimiento. Pensó en la amistad entre él y Birgitta y la posibilidad de que ella le hubiera practicado la eutanasia a pesar de que lo negara rotundamente.

Se despertó con resaca, sin mucho apetito, y tomó abundante café acompañándolo de agua de vez en cuando. Permaneció sentado mirando al infinito hasta que comenzó a telefonear a todas las Geirlaug del listín. Decía ser un conocido de Stefán —no utilizaba el nombre de Thorson— y explicaba que necesitaba ponerse en contacto con una mujer llamada Geirlaug que habría hablado con él recientemente. Pudo contactar con la mayoría. Una mujer que inicialmente no respondió al teléfono lo llamó más tarde. Ninguna reconocía el nombre de Stefán Þórðarson salvo dos que recordaban vagamente alguna noticia sobre un hombre llamado así. Las conversaciones eran breves y muy pocas mostraban interés. «Te has equivocado de número» era la respuesta más frecuente. Solo un par de mujeres que, por la voz, le parecieron mayores, querían conocer más detalles. Pero Konráð no les dedicó mucho tiempo. Si no conocían a Stefán, se despedía enseguida y cortaba la comunicación.

Continuó así todo el día mientras escuchaba las noticias o leía los periódicos. Navegó por Internet y perdió el tiempo con tonterías hasta que sonó el teléfono.

—¿Sí? —respondió.

—¿Me ha llamado alguien desde este número? —preguntó una mujer mayor.

—Es posible. ¿Te llamas Geirlaug?

—Sí, ¿quién eres?

—Me llamo Konráð, disculpa que te moleste, pero soy un conocido de Stefán Þórðarson, un anciano que ha fallecido recientemente, quizá lo hayas visto en las noticias. Tengo entendido que hablaste con él poco antes de que muriera.

—Así es —respondió la mujer—. Me llamó por teléfono. Igual que tú ahora.

—¿Ah, sí?

—Sí, no sé cómo dio con mi nombre y tampoco me lo explicó, tan solo dijo que se había enterado de que yo conocía a una mujer con la que él necesitaba ponerse en contacto.

—¿No os visteis?

—No, solo hablé con él por teléfono.

—¿Y qué podías hacer tú por él?

—¿Quién has dicho que eres?

—Me llamo Konráð y soy un conocido de Stefán. Colaboro con la policía, que lleva la investigación del caso.

—¿Habéis averiguado lo que ocurrió?

—Todavía no. ¿Podrías decirme cuál fue el motivo de su llamada?

—Buscaba a una vieja amiga mía —explicó Geirlaug—. Me costó bastante entender qué quería y luego resultó que alguien le comentó que yo podía ayudarle a encontrarla. Él ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—¿Y cómo se llama?

—¿Mi amiga? Se llama Petra. La buscaba por un asunto que tenía que ver con su madre, eso me contó Petra luego. Por lo visto quería indagar sobre ella.

Geirlaug guardó silencio como si hubiera dado por concluida la conversación.

—¿Por qué ese interés por su madre? —preguntó Konráð.

—¿Por la madre de Petra?

—Sí.

—Llevaba un taller de costura durante la guerra y Stefán tenía mucho interés en él.

—¿En el taller de costura?

—Sí, sobre todo en una chica que había trabajado allí y se llamaba Rósa... no sé qué, me parece que dijo Petra. Ella me llamó después de hablar con él. Sabía que yo le había dado su número.

—¿Puede que se llamara Rósamunda?

—Sí, Rósamunda, es posible.

—¿Y qué ocurrió con aquella chica, Rósamunda?

—La encontraron muerta junto al Teatro Nacional durante la guerra. ¿Te suena la historia?

—Sí. ¿Por qué Stefán estaba tan interesado en ella?

—Quería saberlo todo de ella, pero para saber qué dijo exactamente deberías hablar con Petra. ¿Quieres que te dé su número? Lo tengo por aquí, un momento...

Petra no siguió el mismo camino que su madre y no quiso convertirse en una modista con negocio propio. A juzgar por las prendas tan dispares que llevaba puestas, no parecía manifestar ningún interés por la costura ni por vestir con elegancia. Por su aspecto daba la impresión de que ella, una mujer hecha y derecha, todavía se rebelara contra todo lo que su madre representaba. Konráð no se atrevió a preguntarle al respecto, pero no detectó el más mínimo rastro de que albergara ninguna afición por la costura. Era algo mayor que Konráð y «estaba formada», como se decía en sus tiempos cuando alguien terminaba el bachillerato. Sin embargo, no llegó a cursar estudios universitarios. En su lugar viajó en barco hasta Europa y estuvo dando vueltas por el continente. Al regresar a Islandia encontró trabajo como secretaria en el Hospital Nacional y allí pasó casi toda su vida laboral o, más exactamente, hasta poco antes del colapso bancario. Entonces la despidieron debido a los recortes. Estaba separada, tenía cuatro hijos y un montón de nietos encantadores, tal como ella lo expresó.

Konráð se dio cuenta enseguida de que a Petra no le aburría hablar de sí misma y él no quería interrumpirla, acuciarla o precipitarse. Vivía en un bloque de pisos en el este de la ciudad ya que tras su separación no le quedó más salida que vender su gran casa unifamiliar en Garðabær; su marido y ella acabaron por cansarse el uno del otro en cuanto los hijos se independizaron.

Konráð la había telefoneado la tarde anterior. Petra recordaba bien a Stefán Þórðarson —no conocía el nombre de Thorson— y le dijo a Konráð que sería bien recibido en su casa. Geirlaug ya se había puesto en contacto con ella para contarle su conversación telefónica y que él mostraba mucho interés en verse con ella.

Cuando Konráð pudo por fin comenzar a hablar sobre las razones que le hacían estar allí, resultó que Petra mostraba una considerable curiosidad por la muerte de Stefán. Le hizo toda una serie de preguntas al respecto que Konráð trató de responder lo mejor que supo sin revelar ningún dato significativo para el caso. Sin lugar a dudas, su muerte estaba rodeada de circunstancias muy extrañas y la investigación iba por buen camino. Él mismo no gozaba de acceso directo a ella, admitió, pero debía encargarse de algunas cuestiones a petición de la agente responsable del caso. Petra no se mostraba menos interesada en el propio Konráð y también lo avasalló a preguntas. Él trató de salvar la situación como buenamente pudo, pues consideraba que no podía quejarse ya que, a su vez, si estaba allí era para obtener información de la mujer.

Finalmente consiguió encauzar la conversación hacia la visita de Stefán. Petra creía recordar haber hablado con el anciano dos semanas antes de leer en la prensa la noticia de su muerte. Al ver las fotos que aparecían en los medios de comunicación lo reconoció de inmediato, pero no se le ocurrió que ella podría resultar de alguna ayuda para la policía.

Su madre dirigió un taller de costura hasta mediados de los años sesenta, cuando decidió venderlo. Por entonces se empezaba a importar ropa más barata, las tiendas proliferaban y el número de grandes talleres de costura menguaba a pasos agigantados. Su madre falleció en 1980. Su padre algo después. Petra tenía dos hermanos, ambos todavía vivos.

Geirlaug y ella eran viejas amigas desde el bachillerato y, por lo que Petra pudo entender al hablar con Stefán, este charló un buen rato con un ingeniero que conocía bien a Geirlaug y, por algún motivo, en la conversación salió a la luz que esta conocía precisamente a la modista dueña de un taller de costura —es decir, la madre de Petra— que interesaba a Stefán por algo sucedido durante la guerra. Stefán parecía conocer muchos detalles sobre el taller y aseguraba haber hablado en su momento con ella.

—¿Sabes dónde habló Stefán con ese ingeniero? —preguntó Konráð.

—Me dijo que en un entierro —contestó Petra—. El tal Stefán leyó casualmente una esquila sobre una mujer que trabajó en el taller de mi madre, se presentó en el entierro y allí se encontró con el ingeniero, a quien conocía por su trabajo.

—Esa mujer, la difunta, ¿trabajó para tu madre durante la guerra?

—Sí, y después unos años más, creo. Toda esa información aparecía en la esquila. Stefán recordaba su nombre porque era muy amiga de Rósamunda, la muchacha asesinada, y Stefán también la conocía. En su momento la interrogó en relación con el caso, o al menos eso me explicó. Cuando leyó la esquila en la que se explicaba lo del taller de costura sintió la necesidad de indagar acerca de ella, quizá porque la recordaba de los viejos tiempos. En todo caso, decidió ir al entierro y allí se encontró con aquel ingeniero que conocía y comenzaron a hablar sobre la difunta y qué relación guardaba con el taller de mi madre y entonces el ingeniero mencionó a Geirlaug, y que éramos amigas... Esa es toda la historia o, al menos, lo que el anciano me contó. No sé si habrá algo de verdad en todo esto.

—No creo que se inventara nada —aventuró Konráð—. Por lo que he averiguado hasta ahora, Stefán era un hombre extraordinariamente honesto.

—Al menos esa impresión me dio —aseguró Petra—. Me habló de mi madre, de que entonces acudió a verla acompañado de otro hombre, un agente de policía cuyo nombre no recuerdo. Estaban investigando aquel asesinato.

—¿Fue a verte por alguna razón en particular? —preguntó Konráð—. ¿Por algo directamente relacionado con el caso?

—No, creo que no. Al menos, no al principio. Me dijo que se acordaba de Rósamunda de tanto en tanto, y que le gustaría poder hacerme una visita. Tenía unos modales impecables y no aparentaba que fuera tan mayor, no noté que se moviera con rigidez ni nada parecido. Dijo que siempre había llevado una vida sana.

—Parecía estar en forma para su edad.

—Eso es, por eso me arrepentí un poco de haberle causado semejante disgusto —admitió Petra.

—¿Disgusto?

—A mí me parecía muy inocente pero él le dio otra interpretación y se puso muy nervioso. Aseguró que no podía entender a mi madre. Que cómo podía haber hecho una cosa semejante. Se refería a que no les había avisado.

—¿Qué es lo que hizo? ¿Avisado de qué?

—Hay algo que mi madre me contó mucho tiempo atrás, hace décadas. Cuando me lo explicó, yo era ya adulta y no le di ninguna importancia.

—¿Y eso le provocó un disgusto a Stefán?

—Tienes que entender cómo era mi madre, traté de explicárselo a él —se justificó Petra—. Tenía un carácter muy especial. Deberías haberla conocido bien para comprender de verdad qué pensaba de sus clientes, y más todavía en los viejos tiempos. Era una esnob, lo reconozco. Una esnob de arriba abajo. Como la gente de aquella época, que lo era más que ahora. Quizá trataba con mayor desprecio a los demás, los llamaba sirvientes y cosas así. Poco antes de morir todavía seguía tratando de usted a los dependientes de las tiendas cuando hacía mucho tiempo que ya nadie lo hacía. Ella no abandonó nunca esa costumbre. Adulaba a la gente de clase alta, siempre hablaba sobre cuánto conocía a fulano o a mengano y que si estos o aquellos fueron clientes suyos y que la trataban como a una más de ellos y todo eso, ya me entiendes. «Ella siempre hacía negocios conmigo», decía si salía en la conversación alguna de aquellas estiradas.

Konráð no estaba seguro de entender muy bien los argumentos de Petra, pero sí percibió que hablaba de su madre con frialdad. Ella, entretanto, seguía hablando:

—Por ejemplo, prefería unos clientes antes que a otros. Con muchos de ellos conservaba una relación de confianza que respetó hasta su muerte. Ella era así. No se iba de la lengua en nada relacionado con ellos, los consideraba casi como parte de su vida privada y por eso ellos confiaban en ella, iban a su taller y querían que se ocupara de sus cosas, por así decirlo.

—¿Y eso qué tiene que ver con Stefán? ¿Por qué le causó un disgusto?

—No, no fue por eso, no por su manera de ser, sino por lo que no les contó a él y a su compañero cuando la entrevistaron, algo sobre la tal Rósamunda. Realmente, no sé ni por qué saqué el tema cuando hablé con él. Con Stefán. No sé qué importancia tenía.

—¿Puedes decirme de qué se trataba?

—Mi madre me contó que una vez se encontró a Rósamunda en el patio trasero del taller de costura, llorando y con la ropa hecha un cisco, tal como ella lo expresó. Pensó que la habían agredido y, cuando se dispuso a ayudarla, Rósamunda le pidió que la dejara en paz y mi madre obedeció. Creo que se arrepintió de no haber hecho algo más por la chica. Por mucho que insistió, ella no quiso decirle qué le había pasado y, visto el estado en que se encontraba la pobre, la mandó a casa. Lo único que sabía mi madre era que ese mismo día Rósamunda tuvo que llevar un vestido a un domicilio determinado, aquí en el centro, y venía de allí cuando la vio en el patio.

La chica no volvió a hablar de ello jamás, pero se negó a llevar más encargos a esa casa. Mi madre no se lo comentó nunca a nadie porque tampoco sabía qué ocurrió exactamente allí. Le dije a Stefán que mi madre era así. Ella jamás habría contribuido a que aquella gente pudiera parecer sospechosa. Nunca.

—¿Por qué podría haber parecido sospechosa?

—Por lo que sucedió más tarde. Por lo que le ocurrió a la chica.

Konráð miraba fijamente a Petra conforme iba asimilando su relato poco a poco y con él su sentido y su significado para Thorson. ¿Cómo debió de reaccionar al oír aquello? Petra dijo que le había causado un disgusto. Quizás era una manera comedida de expresarlo.

—¿Tu madre pensaba que aquel suceso y su muerte estaban relacionados?

—Creía que tal vez le hicieron algo en aquella casa, ¿sabes lo que quiero decir? Todo aquello no dejó de incordiarla con el paso del tiempo.

—Cuando tu madre encontró a Rósamunda llorando en el patio ¿fue poco antes de que hallaran su cadáver?

—Dos o tres meses antes —recordó Petra—. No pretendía contarme nada. Se le escapó. Aun así, tuve la impresión de que llevaba mucho tiempo dándole vueltas y de que le incomodaba hablar de ello, así que tampoco iba a ponerme a torturarla.

—¿Nunca averiguó qué le pudo pasar exactamente a Rósamunda en ese domicilio?

—No. La chica nunca habló de ello. Los dueños de esa casa eran viejos conocidos de mi madre, buenos clientes, y ella se negaba a creer que le pudieran haber hecho algo a la muchacha. No quería que el asunto llamara la atención de nadie, ya me entiendes. Lo comprenderías mejor si la hubieras conocido. A sus ojos, los clientes eran sagrados.

—¿Y tu madre era la única que lo sabía?

—Sí, seguramente. Y la propia Rósamunda, claro.

—¿Y dices que tantos años después, cuando te lo contó, aún no estaba del todo tranquila?

—No, era evidente. Seguía pensando en aquello incluso poco antes de morir.

El joven apodado «señor catedrático» durante la construcción de la carretera en el norte no se encontraba en casa cuando Flóvent y Thorson llegaron en coche a su domicilio, una ratonera metida en un sótano de la calle Öldugata. Habían regresado rápidamente por Suðurnesjavegur tras su encuentro con el jefe de obra con el nombre del muchacho en el bolsillo. El antiguo jefe de obra les contó que el joven tenía pensado ir a la universidad, así que se dirigieron directamente al nuevo edificio universitario de la barriada de Melarnir. Allí descubrieron que estaba matriculado en estudios nórdicos y cursaba segundo de carrera. Consultaron sus horarios y concluyeron que probablemente habría salido ya de clase. No tardaron mucho en conseguir su dirección.

La tarde avanzaba sobre ellos. Flóvent y Thorson estaban sentados en el interior del coche, a poca distancia del sótano, y observaban a la gente que pasaba por Öldugata. El estudiante se hizo esperar, y ellos aprovecharon ese tiempo para hablar con los vecinos del edificio, pero estos poco pudieron contarles sobre él. Vivía en el sótano desde las últimas navidades y no causaba ningún jaleo ni alboroto, todo lo contrario. Parecía tranquilo, cordial en el trato diario y apacible en todos los aspectos. No, en general, no creían que anduviera mucho de ligoteo o que se viera con chicas. Seguramente no tenía tiempo para esas cosas. Estaba centrado sobre todo en su carrera, aunque sí se sabía al menos otra afición al margen de los estudios: la ornitología. En ocasiones lo veían salir pertrechado de unos buenos prismáticos que llevaba colgados por una correa de cuero y sabían que recorría la península de Seltjarnarnes y otras zonas para observar la avifauna.

Flóvent empezaba a sospechar que el joven tardaría mucho en llegar a casa y ya estaba pergeñando otras maneras de dar con él. La calefacción del coche era infame, la tarde refrescaba y comenzaban a sentir hambre y frío allí sentados. Poca gente caminaba por la calle a aquella hora del día, todos estaban en sus casas sentados a la mesa, cenando. Flóvent recordó a su padre, que siempre lo esperaba en casa para comer por mucho que él insistiera en que no lo hiciera. Se lo imaginó dormitando sobre el banco de la cocina, cansado tras una larga jornada de trabajo en el puerto.

—Si el universitario resulta ser el hombre que estamos buscando ya no tendrás que preocuparte más por este asunto —dijo Flóvent tras un largo silencio—. En ese caso el ejército no tendrá nada que ver con la investigación.

—¿No deberíamos esperar y ver qué pasa? —preguntó Thorson.

—Sí, claro, pero creo que este problema empieza a alejarse de tus representados. Del ejército, quiero decir.

—Eso parece —comentó Thorson—. Aunque si no te importa, me gustaría continuar con el caso hasta que se resuelva del todo. Si te parece.

—No tengo nada que objetar —dijo Flóvent—. Cualquier ayuda será bien recibida.

—Bien.

—Pensé que quizá tendrías otras cosas de las que ocuparte. Llevas todo el día más callado de lo normal.

—Sí, perdona, hoy he tenido la cabeza en otro sitio.

—Seguro que os llegan muchos casos a la Policía Militar —aventuró Flóvent—. Y no todos serán igual de divertidos.

—No, eso está claro —respondió Thorson.

Sabía que Flóvent tenía razón, llevaba todo el día con la cabeza en otro sitio. A diario se remitían todo tipo de asuntos a la Policía Militar, como era normal al congregarse decenas de miles de militares en un lugar tan limitado. Algunos casos eran conflictos sin importancia, pero otros eran más trágicos. Se libraba una guerra mundial y los jóvenes eran enviados a continentes y océanos para combatir al enemigo. Cada uno se adaptaba a la guerra de distinta manera. A unos no les amedrentaba nada y esperaban con entusiasmo los enfrentamientos, querían llegar cuanto antes a tierra y luchar contra los nazis. Otros temían lo que les depararía el futuro lejos de sus seres queridos, lejos de la vida que conocían y que les era familiar. La noche en que se halló el cuerpo de Rósamunda, Thorson se hallaba en el sur de Reikiavik, en Nauthólsvík, en el barrio de barracas de la división aérea de la marina, no muy lejos de la granja de Nauthóll. Allí había un complejo de barracones militares y, cuando llegó en su coche, Thorson recordó que allí había visto a Winston Churchill durante una breve visita a Islandia en agosto de 1941 tras un encuentro en el océano Atlántico con Franklin D. Roosevelt, el presidente de Estados Unidos. Aquella tarde Thorson había tenido que acudir a la barraca que alojaba el taller de zapatería del ejército. Un joven militar prefirió quitarse la vida antes que arriesgarla frente a las armas enemigas. Acababa de cumplir veinte años y procedía de un pueblecito de Kentucky. Sus amigos lo describían como un muchacho jovial y simpático que temía, como tantos otros, que lo enviaran al frente. Se hablaba mucho sobre la inminencia del traslado de las tropas de Islandia a Francia, donde se decía que las fuerzas invasoras de los aliados tomarían tierra. No se encontró ninguna otra razón que explicara por qué había recurrido a aquella medida desesperada. No dejó ninguna carta y nadie entre sus amigos más cercanos pudo sospechar lo que estaba por acontecer aunque, pensándolo bien, desde varias semanas atrás se mostraba bastante apesadumbrado y preocupado por el futuro. Nadie pensaba que estuviera apenado por alguna relación amorosa. No había dejado en su pueblo a una novia a la que echara de menos y no había mantenido ningún contacto con jóvenes islandesas. En su cartera encontraron unos cuantos dólares y una fotografía de su madre y sus dos hermanas.

—Siempre es duro que suceda algo así —dijo Flóvent cuando Thorson le explicó el caso del joven militar.

—Así es. Son muchos los que están atemorizados.

—¿Te enviarán allí cuando los aliados invadan el continente?

—Cuento con ello —respondió Thorson—. No me preocupa esa posibilidad.

—¿Piensas alguna vez en ello?

—Lo cierto es que no. Hay muchas otras cosas en que pensar.

—Podrías tener que marcharte sin apenas previo aviso.

—Sí, supongo. Ya se han puesto en marcha muchos traslados militares a Gran Bretaña.

—Dicen que falta poco para la guerra.

—Es probable.

—¿Conocías al chico de Nauthólsvík, al que se mató?

—No. Me dijeron que lo pasaba muy mal en el ejército.

—¿Y eso?

—Se burlaban de él.

—¿Por qué?

—Uno de sus compañeros me contó que era porque no le gustaba ir con mujeres. Más bien parecía ir en la dirección opuesta...

—¿Será ese el universitario? —le interrumpió Flóvent dándole un codazo.

Thorson levantó la vista y vio que un joven se acercaba caminando por Öldugata en dirección al apartamento del sótano. Era rubio, bastante alto, llevaba un abrigo verde, zapatos recios y unos prismáticos en la mano. Caminaba a grandes zancadas, cabizbajo y pensativo, y tomó el sendero que daba acceso al sótano.

Flóvent y Thorson bajaron del coche y se acercaron sigilosamente. El joven acababa de abrir, pero ellos aparecieron en la puerta antes de que llegara a entrar. Se llevó un susto de muerte al verlos emerger de la penumbra del atardecer. Por lo que parecía, no esperaba visita.

—¿Es usted Jónatan? —preguntó Flóvent.

—Sí —contestó mirando con asombro a los dos visitantes.

—Somos de la policía —dijo Flóvent—. Nos gustaría hablar con usted sobre un caso que estamos investigando. ¿Podemos pasar?

—¿De la policía? —preguntó el joven, sorprendido—. ¿Qué caso?

—¿Podemos entrar un momento?

El joven alternó la mirada entre Flóvent y Thorson sin entender lo que ocurría.

—¿Qué caso? —preguntó.

—Guarda relación con una joven llamada Rósamunda —aclaró Thorson.

—Y con otra del norte del país, de Öxarfjörður, llamada Hrund —añadió Flóvent.

El joven todavía llevaba puesto el abrigo y aún sostenía los prismáticos. Los dejó y colgó el abrigo en una percha. Flóvent y Thorson esperaron.

—Sí, disculpad, pasad —les ofreció—. No sé en qué... cómo puedo ayudaros.

—¿Estaba usted avistando aves? —preguntó Flóvent señalando los prismáticos.

—Sí, salí a observar los cormoranes que hay al oeste, en Seltjarnarnes. No hace falta que me traten de usted.

—¿Te interesa la ornitología?

—Sí, bastante.

—Dime otra cosa, ¿formaste parte de un equipo de trabajo para la construcción de una carretera en el norte, en Öxarfjörður o en los alrededores, hace unos tres años?

El joven acompañó a aquellos dos invitados vespertinos inesperados hasta un pequeño salón que también hacía las veces de dormitorio. En una esquina vieron una cama hecha con un edredón y una colcha. Bajo una ventana alta había un escritorio y, en dos de las paredes, unas estanterías con libros. El cuchitril contaba también con una cocina diminuta y un cuarto de baño todavía más pequeño.

—Trabajé en la construcción de una carretera en aquella zona, así es.

—Tenemos entendido que eres de Akureyri —comentó Thorson—. ¿Cursaste allí el bachillerato?

—En efecto, en el Instituto de Enseñanza Secundaria de Akureyri.

Flóvent echó una ojeada por el reducido salón y a los libros de las estanterías. Sobre el escritorio se amontonaban documentos, material de estudio y una máquina de escribir antigua con una cuartilla blanca en la que parecía haber estado mecanografiando antes de decidir salir a avistar cormoranes en Seltjarnarnes. Junto a la máquina un cenicero contenía algunas colillas y, a su lado, reposaban un paquete de Lucky Strike y una caja de cerillas.

Flóvent echó una mirada de soslayo al paquete y miró a Thorson, pendiente del mismo detalle.

—¿Qué escribes? —preguntó Flóvent señalando la máquina de escribir.

—Estoy redactando un trabajo para la universidad —contestó el joven—. Curso estudios nórdicos. ¿Qué queréis de mí exactamente? ¿Qué..., por qué habéis venido?

—¿Conoces a una muchacha llamada Rósamunda? —preguntó Thorson.

—No —respondió el joven.

—¿Estás seguro?

—Sí, no tendría por qué dudar, no conozco a nadie con ese nombre.

—¿Y Hrund?

El joven observó a Flóvent curiosear sus documentos del escritorio, caminar hasta la estantería y leer el lomo de los libros forzando la vista.

—¿Conocías a una muchacha llamada Hrund mientras trabajabas en la construcción de la carretera, en el norte, en Öxarfjörður? —preguntó Thorson.

El estudiante no apartaba la vista de Flóvent.

—¿Qué buscas? —preguntó haciendo como si no hubiera oído a Thorson.

—Estos libros...

—¿Qué les pasa?

—¿Qué escribes? —preguntó Flóvent girándose hacia el universitario.

—Un ensayo —contestó Jónatan—. Trata de..., bueno, de varias cosas.

—¿Todos estos libros son tuyos?

—No, muchos son de bibliotecas. Los necesito para mi trabajo.

Flóvent se volvió hacia las estanterías, sacó un libro y lo abrió.

—Tu jefe no se lo ha inventado —dijo.

—¿Quién?

—Tu jefe de obra, allá en el norte. Nos contó que estabas muy interesado en los cuentos populares. Y es cierto, la mayor parte de estos libros tratan sobre cuentos y leyendas populares islandeses. —Flóvent miró a Thorson—. Historias de fantasmas. Lugares encantados. Tabúes. Elfos.

—Mi ensayo trata sobre las creencias populares islandesas desde la colonización de Islandia hasta nuestros días —explicó el joven.

—No has respondido a mi última pregunta: ¿conocías a Hrund? —quiso saber Thorson.

—Hablé con ella alguna vez —admitió finalmente tras mirar detenidamente a ambos agentes—. Os referís a la chica que se arrojó a la cascada Dettifoss, ¿no?

Flóvent asintió con la cabeza.

—Charlamos alguna vez. No la conocía bien.

—¿Sabes si le interesaban los cuentos y leyendas populares?

—¿A ella? ¿Por qué...? Yo no le hice nada, si es eso por lo que estáis aquí. No le hice nada de nada. ¿Es esa la razón por la que habéis venido?

—¿Por qué crees que alguien pudo hacerle algo? —preguntó Flóvent—. No hemos mencionado nada de eso.

El universitario volvió a mirarlos una vez más, allí, en aquella ratonera que parecía hacerse cada vez más pequeña a medida que transcurrían los minutos.

—No sé nada acerca de ella —insistió Jónatan—. Nada.

Casi imperceptiblemente, Thorson fue colocándose junto a la puerta que daba al pasillo. Flóvent observaba al joven. Este se había puesto realmente nervioso al comprender las razones de la visita de la policía. Su mirada vacilaba entre los dos agentes mientras inclinaba su cuerpo larguirucho hacia delante, como si hubiera adoptado una postura de defensa. Lo determinado y rotundo de su inesperada negación les sorprendió y despertaba sus sospechas. Todo parecía indicar que hubiera estado esperando que tarde o temprano se le preguntara acerca de Hrund, sobre la relación entre ellos dos y si él le causó algún daño.

Flóvent le preguntó si le importaba acompañarles al este de la ciudad, a Fríkirkjuvegur, ya que les gustaría hablar con él con más detenimiento acerca de su interés por los cuentos populares y su relación con Hrund. Él se negó educadamente, explicó que debía hacer otras cosas y que el caso de la joven no le incumbía en absoluto. Flóvent y Thorson insistieron y le advirtieron que si no los acompañaba por las buenas, tendría que hacerlo por las malas.

Al fin lograron que cooperara y el joven volvió a ponerse el abrigo y fue con ellos al coche. No cruzaron ni una palabra durante todo el trayecto hasta Fríkirkjuvegur. Al llegar se sentaron en el despacho de Flóvent, que cerró la puerta con cuidado.

—¿Vais a meterme en la cárcel? —dijo Jónatan cuando Thorson le preguntó si necesitaba algo o quería tomar café o agua.

—¿Tenemos motivos para hacerlo? —preguntó Thorson.

—No, esto es... Esto es un malentendido por vuestra parte.

—¿Tienes familiares aquí en el sur? —quiso saber Thorson.

—No.

—¿Amigos? ¿Alguien a quien quieras pedir consejo ahora que estás sentado aquí con nosotros?

—No, quiero volver a casa cuanto antes, si no os importa. No necesito nada. Solo quiero que esto termine. No hace falta que esto salga de aquí, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no hace falta que salga de aquí?

—Que me habéis traído hasta aquí para interrogarme.

—¿Es que te da miedo que así sea? —inquirió Flóvent.

—Lo último que quiero es que se sepa en la universidad que tengo algo que hablar con la policía. No entiendo por qué queréis que esté aquí. No he hecho nada malo.

—Está bien, perfecto. ¿Puedes decirnos de qué conocías a Hrund? —preguntó Flóvent.

—La vi algunas veces. No muy lejos de donde se encontraban nuestras bases durante la construcción de la carretera había una gasolinera a la que yo iba en ocasiones por las tardes, y ella estaba allí. Tenía una amiga que era dependienta en la tienda y, bueno, así empezamos a hablar. Decía que allí en el campo no tenía muchas

cosas que hacer y me preguntó cómo era la vida en Akureyri. También sobre el ejército y todo eso. Creo que le apetecía salir de allí. Mudarse incluso a Reikiavik.

—¿Le hablaste de los elfos?

—Se mostró muy interesada cuando le dije que pensaba ir a la universidad. Le dije que quería cursar estudios nórdicos, islandés e historia, y quizás hacerme historiador e investigar creencias populares y cosas de esas.

—¿Conoces historias en las que los elfos agreden a seres humanos? —preguntó Thorson.

—Las hay.

—¿Le contaste algunas?

—No recuerdo si... Puede ser que habláramos alguna vez del tema. No me acuerdo.

—¿Creía ella en esa clase de criaturas? ¿En elfos y seres ocultos?

—Creo que no descartaba que pudieran existir —supuso Jónatan—. Me daba la impresión de que era una hija de la naturaleza, que no estaba echada a perder por la civilización.

—¿En qué sentido?

—Sentía un fuerte vínculo con la naturaleza, se crio en íntima conexión con ella y la conocía bien, las plantas, las aves, y mostraba como... qué puedo decir, ella... sí, no lo puedo describir mejor, era una hija de la naturaleza. A lo mejor la gente así cree con mayor facilidad en toda clase de seres sobrenaturales y piensa más que el resto de los mortales en elfos, demonios y troles.

—¿Crees tú en esas cosas?

—No —afirmó Jónatan con determinación—. En todo caso, contemplo esas leyendas como una representación de la estructura social. Creo que los cuentos populares nos permiten ampliar nuestra comprensión del modo de pensar del pueblo. Pueden revelarnos muchos aspectos de la mentalidad del pueblo a lo largo del tiempo, por ejemplo, si existe el miedo a lo desconocido, el anhelo por una vida más halagüeña o el sueño por un mundo mejor. Suponen una fuente de información directa o indirecta sobre la vida de nuestros antepasados. Yo los veo desde ese punto de vista. No como si fueran la realidad o historias verídicas.

—¿Y para Hrund eran reales?

—No puedo responder a esa pregunta con certeza.

—Pero ¿no era una hija de la naturaleza?

—Sí, esa era mi impresión.

—¿En algún momento sufrió Hrund el acoso por parte de, cómo podríamos decirlo, criaturas ocultas? —preguntó Flóvent.

—¿Acoso? No, no lo creo. Quiero dejar claro que no la conocía bien. Apenas sabía su nombre. Solo nos vimos en contadas ocasiones y hablamos un poco. No podría decir que la conociera realmente y tal vez esté magnificando nuestras conversaciones. No sé qué información queréis obtener de mí. No entiendo estas

preguntas. ¿Qué tienen que ver los cuentos populares con todo esto?

—¿Mostraban otras personas de tu equipo tanto interés como tú por los cuentos y leyendas populares? —preguntó Flóvent.

—No. Nadie.

—¿Alguno de ellos mantenía contacto con Hrund?

—No, que yo sepa.

Jónatan había llevado consigo el paquete de Lucky Strike. Sacó un cigarrillo, lo encendió, le dio una calada y expulsó el humo. Flóvent le acercó un cenicero.

—Buen tabaco —comentó.

—Sí, muy bueno. Me lo proporciona un conocido mío de la universidad, su hermana sale con un americano.

—¿Seguro que no conocías a una chica que residía aquí, en Reikiavik, llamada Rósamunda? —intervino de pronto Thorson.

—Seguro —respondió Jónatan.

—Trabajaba en un taller de costura.

—No, no conozco a nadie con ese nombre... ¿Esa no era...? ¿No se llamaba así la mujer que encontraron junto al Teatro Nacional?

—Sí.

—¿Por qué me preguntáis a mí por ella?

—Rósamunda no mostraba interés ni en elfos ni en cuentos populares y, sin embargo, Hrund y ella vivieron la misma experiencia extraña y se nos ocurrió que tú nos la podrías aclarar.

—¿Qué? ¿Qué experiencia?

—Antes de su desaparición, Hrund dio a entender que un elfo la atacó —expuso Flóvent inclinándose sobre la mesa—. Y Rósamunda contó que el hombre que con toda probabilidad la violó le ordenó echar las culpas a los elfos. Sus historias se asemejan tanto que parece como si ambas hubieran caído en las garras del mismo agresor, sea cual sea su procedencia. Tres años separan sus ataques. Uno tuvo lugar en el norte, en Öxarfjörður, donde tú trabajabas construyendo una carretera. El otro sucedió aquí, en el sur, cuando comenzabas la universidad. Conocías a una de las chicas, a Hrund, y ahora te repito: ¿conocías también a Rósamunda?

Jónatan escuchaba el discurso de Flóvent y poco a poco iba entendiendo el verdadero propósito por el que le habían llevado hasta allí, el despacho de la Policía Judicial.

—¿Es que acabáis de detenerme? —preguntó estupefacto ante los dos agentes.

—¿Te parece que tenemos razones para hacerlo? —quiso saber Thorson.

—¿Me estáis..., creéis que les hice algo a aquellas dos chicas? ¿Que yo las... que... las asesiné?

—¿Lo hiciste? —preguntó Flóvent.

Su asombro no les pasó inadvertido, pero cierta teatralidad en él hacía que les pareciera falso.

—No —espetó Jónatan ofendido—. ¿Estáis locos?

—¿Le dijiste a Hrund que se inventara haber sido agredida por los elfos para ocultar lo que le hiciste? ¿Repetiste la misma estrategia con Rósamunda cuando te mudaste aquí?

—¡No!

—¿Las forzaste?

—¿Forzarlas? No puede ser, todo esto es un malentendido. Esto es... No me puedo creer que habléis en serio. No me lo creo. Esto... esto es un disparate. — Jónatan se puso en pie—. Necesito irme a casa. He de seguir redactando mi trabajo y tengo muchas cosas que hacer. Estoy demasiado ocupado para hacerme cargo de esto.

Quiso apresurarse en dirección a la puerta pero Thorson se interpuso en su camino, lo agarró, lo llevó de vuelta hasta la silla e hizo que se sentara. Jónatan no opuso resistencia alguna.

—Ahora no puedes irte —le informó con calma—. No te marcharás de aquí hasta que nos lo cuentes todo.

Frank Ruddy oyó unos pasos que se acercaban precipitadamente. Le parecieron de dos personas. Los pasos se detuvieron junto a su celda y, a continuación, unas llaves tintinearón. Frank estaba tumbado en su camastro, fumando y leyendo un relato pornográfico en una revista. Se incorporó. Esperaba que lo soltaran de un momento a otro pues lo habían detenido sin cometer ningún delito y no podían retenerlo durante mucho más tiempo. Por lo que él tenía entendido, no era ningún delito adoptar el nombre de un actor y mentir a unas cuantas jóvenes islandesas. No como para que lo tuvieran retenido tantos días por semejante tontería. Decían que estaban investigando su expediente en Estados Unidos. Pues que les aprovechara. No iban a encontrar nada. Decían que todavía era sospechoso de haberle causado la muerte a la joven que Ingiborg y él encontraron. Excusas baratas. No poseían ninguna prueba en su contra.

Ya estaba en pie cuando la puerta se abrió y apareció su carcelero. Lo acompañaba Thorson.

—¿Tú? —farfulló Frank.

—Queríamos pedirte que nos hicieras un pequeño favor —dijo Thorson.

—¿Un favor? ¿Y qué tal si me hicierais a mí el pequeño favor de sacarme de aquí? ¿Cuánto más tengo que estar aquí encerrado?

—Acompáñame a dar una vueltecita en coche —ordenó Thorson—. Luego ya veremos.

Frank le sostuvo la mirada sin contestarle. Lo último que quería era hacer cualquier cosa que Thorson le pidiera pero, por otra parte, la monotonía lo estaba sacando de quicio. No le importaría dar una vuelta en coche aunque no tuviera ni idea de lo que aquello suponía.

—Se me ha terminado el tabaco —informó mirando al carcelero.

—Ya nos haremos con unas cajetillas por el camino —resolvió Thorson.

—¿Qué clase de vuelta en coche?

A Frank le picaba la curiosidad.

—Quiero pedirte que hagas algo por mí.

—No le hice nada a aquella chica —insistió—. La encontré, eso es todo. No es ningún crimen.

—Cierto —asintió Thorson—. No es ningún crimen.

—¿Qué quieres que haga?

—Acompáñame, no nos llevará mucho rato.

Frank lo siguió por el pasillo. El carcelero cerró la celda de nuevo y los vio salir de la prisión.

—¿Es por la chica con la que iba? —preguntó Frank cuando Thorson le abrió la puerta del coche—. ¿Ingiborg?

—No.

Arrancaron y se dirigieron hacia el centro.

—Dice que la he dejado embarazada —reveló Frank tras un largo silencio.

Thorson se metió por la calle Hverfisgata y continuó hacia el Teatro Nacional.

—¿Y no es verdad?

—No, no vale de nada colgarme a mí ese muerto. No sé con qué otros podría haber andado.

—No creo que anduviera con ningún otro —comentó Thorson—. Me parece que era una joven muy honesta que creyó haber encontrado a un hombre igual de honesto. Me da la impresión de que se ha llevado un buen chasco con él.

—¿Has hablado con ella?

—Brevemente. Lo que peor le sienta son las mentiras. Cómo te portaste con ella. No creo que esperara mucho de ti cuando te contó lo del niño. Quería que lo supieras y supongo que pedirte consejo. A pesar de todo.

—Y le di un consejo, ya lo creo que sí —replicó Frank.

Thorson aparcó el coche a poca distancia del refugio situado frente al Teatro Nacional. No esperaba que Frank le diera problemas, pero necesitaba que colaborara. Optó por no esposarle; estaban ellos dos solos, sin más policías a la vista.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Ven conmigo, acompáñame a la parte de atrás del edificio, donde encontrasteis a la chica.

—¿Para qué? —titubeó Frank.

—No te preocupes, no te voy a hacer nada por sorpresa ni te voy a incriminar en nada, solo quiero que me hagas un favor. Ven.

Lleno de incertidumbre, Frank lo siguió hasta llegar al hueco del portal donde Ingiborg y él hallaron el cadáver de la joven. Thorson le pidió que se colocara más o menos en el mismo lugar donde se encontraba aquella tarde. Frank obedeció. Thorson llevaba una linterna y la encendió intermitentemente en dirección al Pasaje de las Sombras, al otro lado de Lindargata. Poco después apareció un hombre en la esquina, alto, con la cabeza gacha, fumaba un cigarrillo. La penumbra de la tarde delineaba su silueta a la perfección, recortada por la luz mortecina procedente de una farola situada en el interior del callejón. A unos metros de la esquina había otra farola, pero continuaba estropeada.

—¿Es ese el hombre que viste al otro lado de la calle? —preguntó Thorson volviéndose hacia Frank.

Ruddy observó al hombre un buen rato.

—¿Si te digo que es él me sacarás de la cárcel?

—¿Qué quieres decir?

—Si colaboro contigo en esto.

—No se trata de que digas lo que yo quiero oír. —Thorson se enojó—. No tienes que colaborar conmigo en nada. Solo tienes que decir lo que crees que recuerdes bien.

Frank negó con la cabeza.

—No te voy a sobornar con nada, no te daré nada a cambio —repitió Thorson—. Dime si crees que ese es el mismo hombre que viste en la esquina. ¿Se encontraba justo allí?

Frank miró al otro lado la calle.

—Sí, en ese mismo lugar.

—¿Y bien?

—La luz no es muy buena —respondió Frank— y, en fin, además, yo iba corriendo, pero podría creer que fuera él.

—¿Estás seguro?

—Sí, prácticamente seguro.

—Míralo bien e intenta recordar lo que viste.

Frank obedeció y permaneció un rato observando al hombre de la esquina.

—No descartaría que fuera él —dijo—. Más no puedo decir. Podría ser.

—Muy bien —asintió Thorson—. Ahora me gustaría pedirte que te dieras la vuelta. Solo un momento.

Frank obedeció de nuevo. Thorson volvió a hacer tres señales con la linterna y entonces el hombre desapareció de la esquina y apareció otro en su lugar. Thorson le pidió a Frank que se volviera de nuevo.

—¿Quizás era este el que viste?

El hombre de la esquina era bajo, con la espalda más encorvada y aspecto de ser mayor.

Frank lo observó fijamente.

—¿Qué quieres que diga?

—La verdad.

—No —decidió Frank finalmente—. El otro. El otro se parecía mucho más al hombre que vi.

Flóvent vio que Thorson hacía intermitencias con la linterna por tercera vez. Habían terminado y, a juzgar por las señales, Frank reconoció a Jónatan. Vio cómo Thorson se lo llevaba y le dio una seña a su padre, que todavía fumaba en la esquina, de que ya podía dejarlo.

—Ya está —dijo Flóvent desde el interior del callejón—. Puedes venir.

Jónatan se encontraba junto a Flóvent. Quiso acompañarlos voluntariamente, declarando su inocencia durante todo el camino. Se colocó sin protestar en la esquina frente al Teatro Nacional, encendió un cigarrillo y se lo fumó tranquilamente tal y como Flóvent le pidió. Por el camino, este pasó por su casa para pedirle a su padre que les echara una mano. El anciano accedió sin rechistar y después de que Jónatan hubiera permanecido un rato en la esquina, tomó el relevo sosteniendo un cigarrillo en una mano a pesar de que no fumaba ni lo había hecho nunca. A Flóvent le parecía buena idea que Frank pudiera comparar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jónatan—. ¿Cuál es la conclusión de todo esto?

—Ven conmigo, amigo —indicó Flóvent mientras lo llevaba de vuelta al coche y le decía que debía comunicarle que no le esperaba otra cosa más que la cárcel de Skólavörðustígur.

En un corto intervalo de tiempo, dos totales desconocidos visitaron a Petra para preguntarle acerca de su madre, la modista para la que Rósamunda había trabajado durante la guerra. Ambos escucharon la historia que tenía que contar y ambos se quedaron mirando a Petra estupefactos. Era como si ninguno de ellos diera crédito a sus palabras mientras ella les explicaba que Rósamunda había tenido problemas en una vivienda del centro y que a partir de entonces se negó a llevar allí ningún pedido. El primer sorprendido fue el anciano educado que llamó a la puerta de su casa y charló con ella de todo un poco antes de entrar en cuestión y preguntarle sobre su madre y Rósamunda. Fue como si al hablarle de la muchacha le asestara un golpe mortal. Ahora, en la misma silla, se sentaba con ella el otro hombre, que decía llamarse Konráð, y también parecía haberlo dejado boquiabierto al darle la misma información.

La propia Petra no llegaba a entender el alcance de su relato puesto que no conocía bien el caso. Les explicó a ambos que su madre casi nunca hablaba de Rósamunda, ni con ella ni con ningún otro, al menos que ella supiera. Por eso les decía que no sabía mucho sobre aquello por lo que le preguntaban con tanta insistencia. Nunca se preocupó mucho de conocer los detalles del caso de Rósamunda. En verdad, lo único que sabía era que su madre fue interrogada por la policía en relación con un crimen espeluznante cometido durante la guerra. No sabía si el caso llegó alguna vez a resolverse pero sí sabía, o al menos conservaba esa impresión, que su madre no estaba del todo satisfecha con el modo en que procedió. Albergaba esa sospecha porque su madre siempre intentaba evitar hablar de ello. Petra le preguntó en varias ocasiones sobre el caso de Rósamunda, por ejemplo, al leer noticias sobre otros grandes crímenes, dándose cuenta de lo reticente que se mostraba a hablar de ese tema. Lo que Petra no sospechaba era que, tantos años después, contaba con una información que arrojaba una nueva luz sobre la investigación.

Petra miró a Konráð. Se lo había contado todo con tanto detalle como hizo con el anciano, Stefán. Estaba más que dispuesta a echarles una mano dado su interés por su madre y Rósamunda.

—¿Es que tiene alguna importancia que la chica se hubiera negado a ir a un determinado domicilio? —preguntó.

—¿Era normal que las chicas del taller lo hicieran? —preguntó Konráð sin responder a la pregunta de Petra—. ¿Que se negaran a llevar los encargos?

—No lo sé —respondió Petra—. Pero el caso es que Rósamunda nunca más volvió a llevar ningún encargo allí, ni vestidos que hubiera hecho para la señora ni nada más porque, de hecho, también debía llevarle ropa de cama. Preciosa, decía mi madre, con el nombre del matrimonio bordado tanto en la funda del edredón como en la de las almohadas, lo recordaba muy bien. Mi madre estaba siempre muy orgullosa

de cualquier labor de costura que saliera de su taller.

—A tu madre tuvo que parecerle muy raro, ¿no?

—Sí, eso decía. Sobre todo me parecía que le resultaba inaudito que sus empleados la desobedecieran, aunque lo cierto es que, por otra parte, mi madre tenía la convicción de que le había ocurrido algo malo en aquella casa el día en que se la encontró llorando.

—¿Qué casa era esa a la que Rósamunda se negaba a ir? —preguntó Konráð—. ¿A quién pertenecía?

—Mi madre me dijo que conocía muy bien a aquella clienta y no le constaba que hubiera tratado mal a Rósamunda. Ella no le contó a la señora nada de lo ocurrido con la chica del mismo modo que no se lo contó a nadie más, así que aquella gente no supo nada. Su marido estaba metido en política, mi madre me comentó que en aquellos tiempos era diputado. Por eso prefirió no darle más relevancia de la necesaria a todo aquello.

—¿Diputado?

—Sí, murió hace mucho. Mi madre decía que en su tiempo fue un hombre bastante influyente, su esposa era miembro de toda clase de asociaciones de mujeres y clubes y ambos eran, ya sabes, *Oddfellows* o como se diga. Mi madre pensaba que él era masón. Más tarde nombraron ministro a su hijo.

—¿Sabes si Thorson, o Stefán, pretendía hacer algo con esa información?

—No, pero se quedó de piedra el pobre cuando se lo conté. Me hacía preguntas sin cesar, justo como haces tú ahora, las mismas preguntas una y otra vez como para estar seguro de que entendía bien lo que le estaba contando. Después se despidió y no volví a saber más de él.

—¿Y no te avanzó nada sobre cuál iba a ser su siguiente paso?

—No —contestó Petra—. No tengo ni idea. No volví a saber nada más de él.

—¿Llegaste a darle el nombre de esa familia?

—Sí, le mencioné el nombre de la mujer que mi madre recordaba, pero no sé si tenía la intención de localizar a aquella gente. —Petra guardó silencio, como recordando—. Me dio la impresión de que...

—¿Sí?

—Me pareció como si no estuviera satisfecho con cómo se había resuelto el caso en su momento. De lo contrario, nunca hubiera venido aquí. Creo que por eso vino a verme. Me dio la sensación de que, según él, el caso nunca quedó cerrado. Que no estaba contento con la manera en que se resolvió. Antes de contarle lo de Rósamunda, noté que algo todavía lo corroía por dentro, después de todos estos años. Era como si buscara una confirmación de que hizo todo lo que pudo o algo parecido.

—¿Todo eso te lo dijo él? —preguntó Konráð.

—No, y tampoco se lo pregunté —contestó Petra—. Esa fue la impresión que me dio. Puedo estar equivocada.

—¿Era como si tuviera remordimientos por algo relacionado con el caso?

—Eso me pareció. Todo aquello le hacía sentir mal y se sintió aún peor cuando le conté lo de Rósamunda. Cuando se marchó, murmuró algo sobre un estudiante universitario. No lo entendí muy bien, pero sí, oí algo de un universitario.

—¿Qué universitario?

—No lo sé. No sé lo que dijo, pero el pobre parecía muy afligido.

Jónatan no opuso ninguna resistencia cuando lo llevaron a la prisión de Skólavörðustígur. De camino, en el coche, se manifestó en contra de su detención y les dijo que debía regresar a casa. Tenía muchas cosas pendientes y al día siguiente quería asistir a clase a primera hora de la mañana en la universidad. Aseguró que quería colaborar con la policía, pero que en aquel momento no le venía bien. Era educado, nunca hablaba con malas maneras sino más bien en tono de súplica, como si le fueran a hacer un gran favor si le dejaban ir. Flóvent le explicó que era demasiado tarde para seguir hablando con él, pero podrían hacerlo al día siguiente por la mañana. Hasta entonces tendría que permanecer en la prisión de la policía.

—Tengo clase mañana por la mañana —repitió Jónatan.

—Tal vez sea mejor que mañana te tomes un descanso —le sugirió Flóvent.

—No puedo permitirme tomar un día libre —replicó Jónatan.

Los carceleros de Skólavörðustígur lo recibieron, lo inscribieron y lo acompañaron hasta su celda. Flóvent los siguió silenciosamente. Jónatan no dejaba de protestar. Flóvent le preguntó si quería que contactara de su parte con alguien, pero Jónatan se limitó a negar con la cabeza, como si no pudiera acabar de creerse que fueran a dejarlo encerrado.

—No quiero que nadie se entere —negó—. Esto es absurdo. Tenéis que soltarme como muy tarde mañana por la mañana.

Cuando se abrió la puerta de la celda, agarró a Flóvent.

—No me encierres aquí —le suplicó—. Te lo ruego.

—Hablamos mañana por la mañana, amigo —respondió Flóvent—. Ahora es tarde. Debemos hacerlo así, lo siento. No puedo cambiar nada.

—No voy a poder soportarlo —afirmó Jónatan a punto de echarse a llorar—. Esto tiene que ser un grave error. No comprendo por qué me hacéis esto. No he hecho nada...

—Eso lo aclararemos por la mañana —contestó Flóvent con un tono de voz conciliador—. No te preocupes. Si no has hecho nada malo podrás marcharte pronto a casa, de modo que no tienes nada que temer.

—No me hagas esto. Te lo ruego. —La puerta se cerró—. ¡No me dejéis aquí encerrado! —exclamó levantando el tono por primera vez, de forma que resonó desde el interior de la celda.

Flóvent permaneció un momento frente a la puerta y escuchó, mientras se alejaba por el pasillo, que el prisionero había comenzado a llorar.

Thorson y él consideraban ineludible detenerlo. Conoció a Hrund y mantuvo contacto con ella en el norte cuando trabajaba en la construcción de la carretera. Era un apasionado, y casi un experto, de los cuentos y las leyendas populares islandeses. A Frank Ruddy le parecía probable que hubiera sido el hombre de la esquina del Pasaje de las Sombras la tarde en que encontraron a Rósamunda. Además, Jónatan

fumaba Lucky Strike, la misma marca de tabaco hallada en esa esquina. Ciertamente eran unos cigarrillos muy populares pero, sumado a todo lo demás, el hecho de que fumara esa marca también apuntaba en su contra.

—Quizá Frank no sea el testigo más fiable que uno pueda imaginarse —sugirió Thorson mientras salían de nuevo a la calle Skólavörðustígur.

—¿Lo has dejado en libertad?

—Le he dicho que podía volver con sus compañeros, no es necesario que continuemos reteniéndolo. Al menos parece inocente en cuanto a la agresión de Rósamunda. No hemos encontrado ningún indicio que apoye que pudiera haber sido él. Todavía no sabemos nada relativo a ningún acto delictivo que cometiera en Estados Unidos.

—¿Ha afirmado con rotundidad que era Jónatan el que estaba en la esquina?

—Al menos con muchas más probabilidades a que lo fuera tu padre.

—Cuando hice el curso de la policía en Edimburgo me dijeron que algunos delincuentes demostraban una tendencia a regresar al lugar de los hechos. Sobre todo si se trataba de un homicidio u algún otro crimen grave.

—¿Te parece probable que Jónatan volviera al Teatro Nacional?

—Es difícil afirmarlo. Puede haber varias razones para que lo hagan. Una es el sentimiento de culpabilidad. Los carcome por dentro y les tienta a presentarse en el lugar de los hechos y algunos, efectivamente, llegan a hacerlo. Otra es el miedo a ser descubiertos. Temen haber dejado algún rastro que los delate y quieren asegurarse de que no es así.

—¿Y crees que el hombre de la esquina era el asesino de Rósamunda fuera Jónatan o no?

Flóvent se encogió de hombros.

—¿Le has dicho a Frank que a partir de ahora se mantenga alejado de las mujeres islandesas? —preguntó a Thorson.

—Sirve de poco decírselo.

—No es que su declaración tenga mucho peso —admitió Flóvent—. El mayor vínculo de Jónatan con las muchachas son los cuentos populares. Debemos hacer hincapié en ello cuando lo interroguemos.

—Tenemos el vínculo con Hrund —comentó Thorson—. Lo único que nos hace falta en realidad es la conexión con Rósamunda. ¿Cuándo iremos a registrar su apartamento?

Flóvent miró la hora en su reloj de pulsera.

—Se ha hecho ya un poco tarde —dijo pensando en su padre—. Quizá debamos dejarlo para mañana por la mañana y después hablar con Jónatan.

Thorson asintió, había sido un día largo y comenzaba a estar cansado. Condujeron hasta el centro y se despidieron. Flóvent expresó su intención de caminar hasta casa, tenía mucho en que pensar. Thorson se metió en el hotel Borg. Quería comer algo antes de acostarse. Debía pasar unas cuantas noches en el hotel debido a las reformas

en su alojamiento en la Policía Militar, lo cual no le suponía ninguna molestia salvo cuando aumentaba el jaleo que armaban los borrachos los fines de semana.

El hotel estaba atestado de gente, se sentó a una mesa apartada y pensó en pedir el cordero asado de la carta. El camarero se acercó a su mesa y le comunicó en un inglés un tanto peculiar que, sintiéndolo mucho, la cocina acababa de cerrar. Thorson le explicó que hablaba islandés y le preguntó si le podrían traer algo ligero. El camarero prometió ver qué podía hacer.

Thorson vio que el dueño del hotel, corpulento y de complexión ancha, hablaba con un camarero junto a la puerta de la cocina. Sabía que era un famoso campeón de lucha que de joven recorrió el mundo compitiendo contra quien se pusiera delante. Hasta Manitoba llegaron noticias sobre él. Amasó una considerable fortuna durante sus viajes y al regresar a Islandia construyó el hotel, que dirigía con mano firme.

Aquella tarde gran parte de la clientela del restaurante eran militares norteamericanos, en su mayoría de alto rango, acompañados por mujeres islandesas que no dejaban de reír a carcajadas. Thorson conocía bien la llamada «situación». A las oficinas de la Policía Militar llegaba más de un caso concerniente a ese asunto. Las autoridades islandesas intentaron abordar el problema y hasta llegaron a instaurar un tribunal de menores. No duró mucho tiempo ya que poco remedio se podía encontrar; lo mejor era enviar a las adolescentes lejos de Sodoma. No estaba permitido llevar mujeres a las barracas militares y la edad mínima para entrar en una sala de baile se estableció en dieciséis años, aunque no se cumplía ninguna de las dos reglas. En ocasiones surgían conflictos entre los hombres de la localidad y las tropas norteamericanas por asuntos de mujeres y se daban casos en que ellas querían denunciar maltratos; las ocasiones en que el militar en cuestión resultaba estar casado en su país natal eran frecuentes y eran los asuntos que causaban mayor dolor.

Su madre le preguntaba con frecuencia en sus cartas qué le parecía su tierra. Él sabía que a veces sus padres echaban de menos Islandia y siempre hablaban bien de él y de sus habitantes. Se mudaron a Canadá en su juventud, durante las primeras décadas del siglo xx, en busca de una vida mejor en un mundo lejano. Les concedieron buenas tierras cuando llegaron al oeste del océano. La madre de Thorson tenía unos parientes en Manitoba que habían huido de la miseria islandesa unas décadas atrás y los acogieron con los brazos abiertos en la «Nueva Islandia». Sus padres eran muy trabajadores, se asentaron rápidamente y fueron felices en su nuevo hogar. Nunca se arrepintieron de su decisión a pesar de que se acordaban mucho de su Islandia natal y echaban de menos a su familia y sus amigos. Thorson les escribía que la mayoría de los islandeses vivían todavía en la pobreza, aunque su economía mejoraba con creces gracias a la guerra. Había suficiente trabajo y estaba bien pagado. La población acudía en masa desde las zonas rurales y las granjas hasta Reikiavik buscando nuevos horizontes y oportunidades, un futuro más halagüeño. Él no les escribía acerca de la «situación», no quería empañar la imagen idílica que conservaban de su país, pero sí les contaba que la ocupación militar suponía un

acontecimiento de tal envergadura para la vida de la nación que probablemente terminaría transformándola tarde o temprano. La cultura rural ancestral que sus padres conocían se tambaleaba.

Thorson terminó su comida, subió a su habitación y se acostó. Escuchaba el jolgorio lejano que ascendía desde el restaurante mientras pensaba en su casa, como hacía tantas otras veces cuando estaba solo. Sus padres siempre le hablaban tan bien sobre su tierra..., siempre con un tinte de melancolía y nostalgia. Lo que él tenía ante sus ojos era bastante diferente a lo que sus padres le contaban. Desde el primer día en que pisó Islandia tuvo la impresión de que se encontraba en un país totalmente distinto a aquel que sus padres dejaron atrás.

Por la mañana temprano, Flóvent y Thorson fueron al cuchitril donde vivía Jónatan y lo registraron en pos de indicios de que hubiera conocido a Rósamunda. No tenían ni idea de lo que andaban buscando exactamente y no lo sabrían hasta haberlo encontrado. El mismo Jónatan les había entregado las llaves de su apartamento la tarde anterior diciéndoles que podían registrarlo. Lo único que le preocupaba era que le desordenaran los documentos con los que trabajaba en el escritorio y sus apuntes, referencias bibliográficas y otros papeles que guardaba bien ordenados. Él se ofreció a acompañarlos y mostrarles que no escondía nada, pero ellos denegaron su propuesta. «Quizá más adelante», dijo Flóvent.

Les pareció que aquel agujero era típico de un estudiante universitario un tanto dejado, un ratón de biblioteca desbordado por los estudios. Además de libros especializados en cuentos y leyendas populares islandeses encontraron una variedad de obras sobre historia relacionadas con su curso en el Departamento de Estudios Nórdicos así como libros y revistas sobre ornitología, su otra afición. Cuando llegaron a su casa la tarde anterior, él les explicó que venía de observar cormoranes. Flóvent encontró un texto breve escrito por Jónatan sobre ellos. Decía que era un ave de gran tamaño y vuelo majestuoso, negra, casi como una criatura ancestral, de amplia envergadura, dotada de garras para pescar y buena buceadora.

Jónatan guardaba unos dibujos suyos de cormoranes y de otras aves marinas en una carpeta que hallaron en una estantería. Los dibujos dejaban ver una destreza superior a la media, incluso cierto sentido artístico. Había coloreado algunos con acuarela hasta el más mínimo detalle.

—Están muy bien hechos —afirmó Thorson.

—El muchacho lleva un artista dentro —se admiró Flóvent sosteniendo un dibujo ante él mientras lo estudiaba con atención.

—Un alma sensible.

Flóvent dejó el dibujo y echó un vistazo a la habitación. Sentía unas molestias en el estómago que ya notara al despertarse por la mañana pero ahora volvían a aparecer.

—Aquí no hay nada que indique que asaltara a la chica y le hiciera daño —

comentó.

—No —confirmó Thorson—. Es un inocente estudiante de estudios nórdicos. Un observador de aves y un ratón de biblioteca al que le interesan las creencias populares islandesas.

—A mí me dijeron...

—Los de la policía de Edimburgo, supongo —acabó Thorson.

Flóvent sonrió.

—Me dijeron que nunca se debe hacer caso de nada que no sean pruebas directas, así que no hay que darle relevancia a lo que pensamos o dejamos de pensar sobre el muchacho o sobre su cuchitril o lo hábil que es dibujando o si es un inocente ratón de biblioteca. Nuestras impresiones no cuentan.

—¿No será eso nada más que frialdad escocesa?

—No tenían un pelo de tontos —respondió Flóvent.

Revisó con mayor atención los documentos reunidos por Jónatan para documentar su ensayo y los hojeó hasta dar con un texto que parecía sacado de un antiguo libro de registro de sentencias judiciales en el que se hablaba de elfos. La letra era casi ilegible y forzó la vista para tratar de adivinar lo que decía, pero se dio por vencido y decidió llevarse los papeles para examinarlos con detenimiento.

Thorson salió al pasillo, donde encontró un pequeño armario ropero. Dentro encontró dos camisas, un jersey doblado y calcetines. Cogió unos pantalones de traje que estaban hechos una bola en el suelo del armario, metió la mano en los bolsillos y los sacó por fuera. Detuvo la vista en el interior de la entrepierna y reparó en que estaba minuciosamente remendada.

Diez minutos más tarde encontraron la factura del taller de costura medio enterrada en un cajón de la cocina.

Aquella noche Jónatan no pegó ojo en la prisión de Skólavörðustígur. Los carceleros lo habían estado vigilando y le oyeron hablar solo y llorar en voz baja. Le llevaron el desayuno a la celda y preguntó por los dos agentes que lo encarcelaron. Quería que alguien les hiciera saber que no podía faltar a clase, que de hecho tenía que asistir, y que esperaba que lo soltaran cuanto antes. No parecía darse cuenta realmente de la situación en que estaba metido. No demostraba mucho apetito y apenas tocó el desayuno, que consistía en unas gachas de avena con dos lonchas de morcilla de hígado y un vaso de leche.

Cuando Flóvent y Thorson llegaron a la cárcel hacia el mediodía, lo encontraron dormido. Se sobresaltó al oír unas llaves girando en la cerradura y que se abría la puerta de la celda. Se incorporó en la cama y miró hacia el pasillo, a los dos policías que estaban de pie en el umbral de la puerta.

—Me debo de haber quedado dormido —dijo.

—¿Te importa salir y acompañarnos? —le pidió Flóvent—. Nos gustaría charlar contigo en una de estas salas.

—¿Me vais a dejar libre? —preguntó Jónatan levantándose.

—Ya hablaremos luego de eso —respondió Flóvent—. Ahora tenemos que hacerte algunas preguntas en relación con las dos jóvenes. Luego ya veremos.

—Les dije a los carceleros que no tengo tiempo para esto, ya he perdido muchas clases.

Los siguió por el pasillo hasta llegar a una pequeña sala con una mesa y tres sillas junto a la cafetería de los carceleros. Se sentaron y Flóvent preguntó si querían café. Jónatan declinó su oferta. Se mostraba tranquilo y sosegado. Le había sentado bien dormir, aunque solo fue una cabezada. Flóvent sacó de su bolsillo el texto sobre los cormoranes escrito por Jónatan y se lo acercó.

—Una lectura muy instructiva —comentó—. ¿Siempre has tenido ese interés por la ornitología?

—Sí, y tanto. Es mi afición. Siempre me ha interesado la naturaleza, sobre todo los pájaros.

—¿Y en especial los cormoranes?

—No, simplemente las aves marinas, en general. El cormorán... es fascinante observar su vuelo, su cuello alargado y la velocidad que alcanza. Es un ave muy interesante.

—¿Compartía Hrund ese interés?

—¿Hrund? —vaciló Jónatan—. No lo sé. Lo dudo.

—Cuéntanos de nuevo cómo la conociste —le pidió Flóvent.

—No le hice nada —respondió Jónatan—. Espero que no penséis que le hice algún daño. No lo hice.

—¿Hablasteis alguna vez de aves?

—No, creo que no. A lo mejor. No, no hablamos de aves, creo. O al menos no lo recuerdo.

Flóvent asintió con la cabeza en señal de comprensión. Thorson permanecía en silencio, sentado junto a él. Frente a ellos, al otro lado de la mesa, Jónatan comenzó a explicarles de nuevo su relación con la joven. Su versión coincidía con la del día anterior: se conocían muy poco y ella preguntaba mucho sobre Akureyri, tenía ganas de mudarse al sur, a Reikiavik, y no descartaba la existencia de elfos y seres ocultos.

—¿Y en vuestras conversaciones salían esos temas porque ella sabía que a ti te interesaban esas cuestiones? —preguntó Flóvent cuando Jónatan hubo terminado de hablar.

—Sí. Sabía que yo quería ir a la universidad. Le dije que me interesaba la carrera de estudios nórdicos.

—¿La veías a ella como algún tipo de objeto de estudio? —preguntó Thorson.

—¿Objeto de estudio? No.

—Pero sí te contó sus ideas sobre los elfos, ¿no?

—Sí.

—¿Y cuáles eran?

—La típica creencia en lugares y rocas encantadas. Conocía algunos cuentos populares. Así, sin entrar en más detalles.

—¿Conocía a algún ser de ese tipo?

—No me dijo nada de eso.

—¿No te habló de ello?

—No lo mencionó, no.

—¿No sufrió nunca la agresión de alguno de esos seres fantásticos? —preguntó Flóvent.

—Yo no sé nada al respecto.

—¿No te contó nada?

—No.

—¿Seguro?

—Sí. Yo no creo en esas cosas. Sería todo fruto de su imaginación.

—Es verdad, tú no crees en ninguna criatura de ese tipo. Pertenecen únicamente a los cuentos populares islandeses.

—Sí, sin lugar a dudas. De todos modos, no conozco mucho esa parte de crueldad que vosotros describís en las historias de elfos. En su mayoría, son mujeres las que las cuentan y se transmiten entre ellas mismas, y esa es de hecho la principal razón por la que se preservan. Las mujeres han cuidado bien esas historias ya que describen el mundo femenino y sus problemas sentimentales. Se trata de historias sobre traiciones. Nacimientos de niños. Abandono de recién nacidos.

—¿Abandono de recién nacidos? ¿Qué quieres decir? —preguntó Thorson.

Jónatan alternó la mirada entre ambos.

—A menudo, los cuentos describen el trágico destino de algunas mujeres. Como,

por ejemplo, cuando engendraban un hijo ilegítimo y se veían en la necesidad de deshacerse de él. El abandono era una especie de aborto en aquellos tiempos. No cabe duda de que suponía una dura experiencia y las historias de elfos le restaban crudeza y atenuaban el dolor. En los cuentos, las mujeres tenían hijos con elfos atractivos y afectuosos que simbolizaban la antítesis de la zafiedad humana, y abandonaban a sus hijos en la naturaleza para ofrecérselos a ellos. Los niños crecían con sus padres y recibían un buen trato, e incluso regresaban más tarde al mundo de los humanos. De ese modo, los cuentos servían, hasta cierto punto, para mitigar el dolor de una experiencia traumática.

—¿Hombres atractivos y afectuosos? —preguntó Thorson.

—Como los norteamericanos.

—Entonces, ¿son ellos los nuevos elfos?

—Solo es un comentario.

—¿Y cuál es tu opinión al respecto? —preguntó Thorson.

—¿Mi opinión? Ninguna.

—¿Tienes alguna relación con mujeres?

—¿Eso qué tiene que ver? ¿Por qué me lo preguntas?

—Puede que todo lo que te preguntemos sea relevante o puede que nada lo sea —respondió Flóvent—. Simplemente agradeceríamos que nos hicieras el favor de responder a nuestras preguntas.

—Nunca he tenido novia —afirmó Jónatan.

—¿Y Hrund? ¿Estabas enamorado de ella?

—No —negó Jónatan—. No la conocía en absoluto.

—¿Flirteaba con los militares del norte?

—Yo, al menos, no vi nada.

—¿Agrediste a Hrund?

—No. No lo hice.

—Puede ser que no accediera a tus deseos.

—¿Acceder a mis deseos?

—¿Te pareció que debías castigarla?

—¡No! ¿Por qué razón?

—Ayer hablamos un poco sobre Rósamunda —intervino Thorson—. Dices que no la conocías.

—No la conocía —aseguró Jónatan.

—¿Y no sabías quién era?

—No.

—¿Qué haces cuando necesitas arreglar alguna prenda de vestir?

—Yo... ¿que qué hago? —La pregunta dejó a Jónatan desconcertado.

—Si se te agujerean los pantalones, por ejemplo. O si quieres ponerle coderas a tus jerséis. ¿Eres bueno con aguja e hilo?

Jónatan dirigió una mirada de estupefacción a Flóvent y Thorson.

—¿A qué... a qué viene esa pregunta?

—No se te da particularmente bien la costura, ¿no? —inquirió Flóvent.

—No.

—Rósamunda trabajaba en un taller de costura de Reikiavik. En él se arreglan prendas de vestir. Se llama Sporið. ¿Te suena?

—Una vez llevé unos pantalones allí para que me los arreglaran —titubeó Jónatan.

—¿Los llevaste a ese taller, a Sporið?

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—Sí.

—Quizás esto te refresque la memoria.

Flóvent sacó la factura descubierta en el domicilio de Jónatan y la dejó sobre la mesa. En ella constaba el nombre del taller de costura, Sporið, y se hacía referencia al arreglo de unos pantalones. Jónatan se dispuso a coger la factura, pero Thorson se adelantó, agarró el papel y lo sostuvo delante de sus ojos.

—Sí, puede ser —admitió Jónatan.

—¿Sabías que Rósamunda trabajaba en ese taller de costura?

—No conozco a ninguna Rósamunda. No sé por qué me retenéis aquí. No he hecho nada malo y me gustaría quedar libre de este asunto.

—Probablemente, lo mejor será que consigas un abogado —recomendó Flóvent.

—No quiero ningún abogado. No conozco a ningún abogado. Me quiero ir a casa. No puedo permitirme andar metido en esto. Tenéis que entenderlo. No he hecho nada malo. Nada. Tenéis que creerme.

Jónatan se puso de pie.

—No podéis tenerme aquí retenido —afirmó—. No tenéis derecho a hacerlo. Me marchó.

Flóvent y Thorson también se pusieron de pie. Jónatan se dirigió hacia la puerta. No estaba cerrada con llave y la abrió con la intención de salir al pasillo, pero Thorson lo agarró.

—Suéltame —ordenó Jónatan.

—No puedes irte —ordenó Flóvent—. Lo siento.

Por un momento pareció que Jónatan iba a sacudirse a Thorson de encima y salir corriendo por el pasillo. Pero sabía que se hallaba en inferioridad de condiciones y se calmó un poco.

—No me hagáis esto —suplicó—. Dejadme marchar.

—Lo siento, amigo —dijo Flóvent—. Estás detenido como sospechoso por el asesinato de Rósamunda. No nos queda más remedio. Te recomiendo que colabores y te aconsejo encarecidamente que te procures un abogado.

Poco después, Flóvent escrutaba sentado en su despacho de Fríkirkjuvegur las hojas ilegibles que halló en el sótano donde vivía Jónatan. Se trataba de unas notas

tomadas con rapidez por el universitario en cinco páginas sin poner especial cuidado. Estaban escritas a tal velocidad que apenas podría él mismo entenderlas, aunque Flóvent pensó que podía llegar a descifrarlos. Acercó una lámpara de mesa e iluminó los papeles. No estaban numerados y tardó en entender en qué orden debía leerlos. Conocía el estilo de algunos antiguos archivos de sentencias judiciales y no tardó mucho en entrever que en aquellas hojas se hacía referencia a un caso de violación del siglo pasado. A medida que Flóvent avanzaba en su lectura y desentrañaba aquellos garabatos, más se convencía de que habían echado el guante al verdadero culpable.

Konráð cerró el cajón del archivador y a continuación abrió el siguiente. No había perdido la esperanza de encontrar algún informe policial sobre la muerte de la joven llamada Rósamunda. El fragmento del interrogatorio realizado a Ingiborg se encontraba en una carpeta que, de otra manera, estaría vacía.

La carpeta estaba identificada únicamente con un número y archivada en el año 1944. Revisó todo lo que era posible encontrar en el registro de la policía en relación con aquel año pero no obtuvo ningún resultado. Se le ocurrió ampliar la búsqueda e inspeccionar los informes de los años anteriores y posteriores por si se hubiera traspapelado algún documento. Estaba plenamente convencido de que debían existir informes sobre un caso de tal gravedad. Solo era cuestión de encontrarlos.

Pensó en las palabras de Petra, la hija de la dueña del taller de costura para el que Rósamunda trabajaba, y en el desconcierto del viejo Thorson al saber que a Rósamunda le daba miedo una casa concreta de Reikiavik. Según lo que la madre de Petra le contó a su hija, se trataba de un hogar de la alta burguesía, el domicilio de un diputado, gente prominente en la vida de la ciudad, de buenos clientes del taller a los que la modista adulaba. «*Oddfellows* y rotarios», afirmó Petra cuando se despidieron. Le había dado los nombres de aquellas personas a Thorson y era de suponer que este habría intentado contactar con ellas, después de tantas décadas.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Petra cuando Konráð se despidió de ella—. Espero haberte servido de alguna ayuda. A mi madre le atormentaba todo esto antes de fallecer. Le remordía la conciencia porque creía no haber contado todo lo que sabía.

—No tenía que haberse preocupado demasiado —respondió Konráð por decir algo.

—Mi madre creía haber causado una catástrofe —comentó Petra— y pensaba que ya era demasiado tarde para arreglarla. Ardía en deseos de quitarse el cargo de conciencia. ¿Crees que Stefán, o Thorson, como tú lo llamas, se vio perjudicado por lo que ella calló?

—No, difícilmente —aseguró Konráð con ánimo de reconfortarla.

—¿Y alguna otra persona? Mi madre sostenía que nunca se arrestó a nadie.

—Cierto, yo tampoco he encontrado nada al respecto.

—Quizá debió haber dicho toda la verdad en ese momento —dudó Petra.

—No quería andar haciendo insinuaciones sin ninguna base, como tú dices. Para ella hubiera sido una decisión difícil.

—¿Alguna vez llegarás a esclarecer lo que sucedió?

—No lo sé. Tal vez ha transcurrido demasiado tiempo.

Konráð sacaba las carpetas una por una y pasaba las hojas con la esperanza de dar con el nombre de Rósamunda, o con el de Thorson, o con el de algún estudiante universitario relacionado con el caso. Aquí y allá aparecía el agente llamado Flóvent,

aunque sin guardar ninguna relación con Rósamunda. Flóvent se ocupó de investigar asaltos, narcotráfico, robos de coches, agresiones y algún que otro crimen de mayor índole hasta que su nombre dejaba de aparecer en los informes policiales después de la guerra.

Mientras Konráð revisaba documentos y abría carpetas de los años de la ocupación militar, le vino a la cabeza la «situación». Recordaba un artículo publicado hacía poco donde se explicaba que, en la mayoría de los casos, las mujeres que se encontraban en la «situación» tenían mala reputación, pero aquella actitud fue cambiando con el tiempo gracias a la influencia de los movimientos de liberación de la mujer. El artículo decía que, durante la guerra, las mujeres habían conseguido indudablemente liberarse de la autoridad del hombre islandés, arraigada en una sociedad granjera ancestral. Se volvieron más independientes que en ninguna época anterior y ese era el principal motivo por el que la oposición contra la «situación» fuera tan férrea. La mujer que lavaba ropa para el ejército era una trabajadora autónoma con salario. Ya no estaba subyugada al patrón de la casa y no necesitaba procurarse un marido sacado de alguna granja islandesa de tejado de hierba, sino que, de repente, se le brindaba la oportunidad de ver el cielo y navegar hacia lugares remotos del brazo de un hombre extranjero. Se despertaba en ellas el anhelo de vivir aventuras. Por si fuera poco, los soldados eran generalmente educados y atractivos y, según las islandesas, los preferían con diferencia a sus compatriotas.

Konráð sonrió para sí mismo pensando en los zafios islandeses y continuó buscando, dando marcha atrás en el tiempo, a la joven que quizás había tenido que pagar por aquella liberación recién obtenida. Iba por el año 1941 cuando encontró dos hojas sueltas escritas a mano y sin numerar. No estaban archivadas con otros documentos puesto que en ellas no constaba ni fecha ni autor, y parecía que se hubieran extraviado y acabado allí durante algún traslado o labor de limpieza. Quizá simplemente se olvidaron de tirarlas con otros desechos. La letra era buena y legible y a Konráð le pareció que las hojas hacían referencia a un interrogatorio realizado a un hombre cuyo nombre no se mencionaba. No se trataba de un informe propiamente dicho sino más bien de las anotaciones de un policía. Se relataba que el hombre había sido trasladado desde su casa para interrogarlo y más tarde se le encerró en la prisión de Skólavörðustígur a pesar de sus firmes protestas. Durante el interrogatorio se reveló que llegó a conocer a «la joven del norte», tal y como se expresaba, y requirió los servicios del taller de costura Sporið, donde trabajaba Rósamunda. Según el texto, cursaba estudios nórdicos en la Universidad de Islandia, mostraba un gran interés por los cuentos y leyendas populares islandeses y estaba escribiendo un trabajo sobre esa temática. Al final de las anotaciones figuraban tres palabras escritas con otro bolígrafo que no concordaban con el tono árido del texto y parecían una coletilla salida del mismo corazón del autor de la frase: «Terminó en tragedia».

No aparecía más información en aquellas hojas. Konráð volvió a buscar otros informes mecanografiados con la firma de Flóvent y comprobó que la letra con la que

estaban escritas las dos hojas podía ser la suya. Continuó buscando en el archivador, abriendo cajones y revisando informes, pero sus esfuerzos no dieron resultado. No tenía ni idea de a quién se hacía referencia con «la joven del norte» pero, al parecer, aquel universitario llegó a ser sospechoso del asesinato de Rósamunda pese a que el caso no quedó resuelto con su detención. Nunca lo llevaron a los tribunales. No se encontró a ningún culpable. Parecía como si la investigación hubiera cesado en pleno desarrollo. ¿Guardaba aquel hombre algún vínculo con los burgueses de los que hablaba Petra? Existía un diputado de por medio. ¿Se habría suspendido la investigación a causa de algún tipo de presión política?

Un estudiante que cursaba estudios nórdicos.

Universitario.

¿Acaso aquel hombre que no se mencionaba era el universitario de quien habló Thorson en casa de Petra?

Konráð dejó de hurgar en los archivos de la policía dos horas después, cuando se hizo evidente que aquella búsqueda de información estaba siendo infructuosa. Se acercó a ver a Marta, su antigua compañera de trabajo, y esta le hizo saber que la investigación sobre la muerte de Thorson apenas progresaba. Sobre el escritorio de Marta se amontonaban una pila de grabaciones realizadas por cámaras de seguridad de las proximidades de la casa de Thorson. Llevaban la identificación de una tienda, un banco y un colegio de los alrededores.

—Estamos empezando a considerar si debemos revisarlas —dijo Marta señalando las grabaciones mientras se ponía el abrigo—. Por si vemos a algún conocido nuestro. De lo contrario, no sabremos qué andamos buscando.

—Que os divirtáis —le deseó Konráð.

—¿Tienes algo para nosotros?

—Nada definitivo por ahora.

—Creemos que el anciano se suicidó.

—¿Se asfixió a sí mismo? ¿Se puede hacer eso?

—Era mayor y estaba débil —informó Marta, que iba a toda prisa porque llegaba tarde a una reunión y no disponía de tiempo para hablar con él—. Estamos en punto muerto. No hemos encontrado a nadie que tuviera razones para hacerle daño. No se asaltó su domicilio. No han robado nada. Nos hace falta el móvil del crimen. No tiene ningún pariente aquí, no contaba con ningún grupo de amigos, que nosotros sepamos. Por otra parte, tal vez temiera acabar ingresado en una residencia de esas para inválidos, ¿sabes lo que quiero decir?

—No, él no pensaba en nada de eso —afirmó Konráð—. Precisamente estaba investigando el antiguo caso de la chica del Teatro Nacional, que ya había llevado en su momento cuando trabajaba en la Policía Militar durante la guerra. Creo que estaba haciendo progresos y que es ahí donde podemos encontrar las razones que expliquen la manera en que terminaron sus días. El móvil, como tú lo llamas.

—Muy bien. ¿Puedes enviarnos un informe al respecto? —preguntó Marta—. Y

lo miramos.

Marta respondió al teléfono que sonaba sobre su escritorio y, al mismo tiempo, comenzó a sonar su móvil.

—Ya no redacto informes para la policía —constató Konráð despidiéndose secamente—. Ya sabes dónde encontrarme.

Se preguntó si podría obtener más información de la vieja Vigga y decidió pasarse a saludarla una vez más. Se veía bastante ajeteo por los pasillos, ancianos que caminaban con torpeza, muchos de ellos con andador, y empleados que iban a la carrera con bandejas y cuencos. De fondo se escuchaba música de la radio. Vigga estaba acostada en el mismo sitio y dormía ajena al trajín de los pasillos. Konráð se sentó junto a ella. No quería despertarla. Había preguntado a un empleado y este le contó que Vigga nunca recibía visitas y que, por eso, un día le resultó bastante llamativo ver a un hombre mayor sentado junto ella, y ahora también Konráð se encontraba por segunda vez junto a su cama.

Konráð llevaba unos veinte minutos allí, pasando las hojas de una infumable revista de decoración cuando, de pronto, percibió que ella se despertaba a medias. Dejó la revista. Vigga abrió los ojos y lo miró.

—¿Vigga?

—¿Quién eres? —preguntó Vigga con voz débil.

—Me llamo Konráð, vine a verte el otro día. ¿Te acuerdas?

Vigga negó con la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo.

—Me llamo Konráð. Seguro que no te acuerdas de mí pero vivía en tu mismo barrio cuando era niño. Luego me mudé.

Vigga no mostró ningún signo de recordarle, ni del pasado ni del presente.

—Vine a verte hace poco para preguntarte sobre un hombre llamado Stefán. Era militar aquí, en Reikiavik, durante la Segunda Guerra Mundial y en aquel entonces se llamaba Thorson. Trabajaba en la Policía Militar. ¿Le recuerdas? ¿Recuerdas haber hablado con él?

—¿Lo conozco? —preguntó Vigga, de pronto, trataba de usted a Konráð.

—No, seguramente no. Ha pasado mucho tiempo. El Thorson del que te hablo quería saber si podías ayudarle con un caso que estuvo investigando durante la guerra, el de una joven hallada muerta junto al Teatro Nacional. Cuando vine a verte, mencionaste a otra...

—¿Trabaja usted para esa institución? —preguntó Vigga—. No, voy por mi cuenta. No sé si hablaste algo con Thorson, pero me dijiste que hubo otra chica más, una joven que desapareció. Me dijiste que nunca encontraron sus huesos y luego nombraste a los elfos.

—La atacaron los elfos —afirmó Vigga levantando a duras penas la cabeza de la

almohada y mirando fijamente a Konráð.

—¿A quién?

—A la joven del norte. Se llamaba Hrund. Nunca la encontraron. Se arrojó a la cascada. ¿Su padre era médium?

La pregunta le pilló desprevenido.

—No —respondió Konráð.

—¡Sí que lo era!

—No, él...

—¡Un médium estafador!

—No lo era. Pertenecía a la Sociedad de Estu...

—Sinvergüenza —masculló Vigga entre dientes, y volvió a apoyarse en la almohada—. ¡Era un maldito sinvergüenza!

—¿Vigga?

No le respondió. Sus ojos se cerraron de nuevo.

—¡Vigga!

Tres cuartos de hora más tarde Konráð se puso en pie y se marchó. Vigga seguía profundamente dormida. Había estado esperando sentado a que despertara para preguntarle más acerca de Hrund, la joven del norte. Cualquier cosa que decía Vigga era para él un rompecabezas. Los elfos atacaron a Hrund y esta se arrojó a la cascada. No sabía en absoluto de quién le estaba hablando, a no ser que se tratara de la misma chica que Vigga ya mencionara en su visita anterior, la joven desaparecida cuyos restos nunca se encontraron.

Se hallaba de nuevo en el asiento del coche y, cuando se disponía a arrancar, le vinieron a la cabeza las dos hojas halladas en los archivos de la policía escritas a mano con letra que parecía ser la de Flóvent. En ellas se decía que un universitario interrogado en sus dependencias decía conocer a «la joven del norte».

¿Se referiría a Hrund?

Recordó el relato de su padre sobre aquella fallida sesión de espiritismo. Entre tanta conmoción, nadie recordaba que el médium le confesó después haber sentido la presencia de otra chica que acompañaba a Rósamunda a la que sin duda le había ocurrido una desgracia. Ahora Konráð, que no era ningún crédulo, se preguntaba si se habría referido a la misma chica a quien Vigga llamaba Hrund.

La mujer era algo más joven que Konráð, durante la mayor parte de su vida trabajó como administrativa, la última ocasión para la Seguridad Social, y había sugerido que se encontraran en alguna cafetería del centro. Se llamaba Eygló. Konráð sabía que era hija única. Sus respectivos padres se conocían en el pasado, juntos se dedicaban a engañar a la gente. Era la primera vez que Konráð hablaba con ella y no la conocía en absoluto. Eygló era la hija del médium que celebró la sesión sobre Rósamunda en la casa donde Konráð vivía de pequeño.

Le explicó que pudo conseguir su nombre tras verlo en un obituario en memoria de su padre con el que dio en Internet. Ella le reveló que su padre siempre se mostró reacio a hablar de los tiempos en que trabajó como médium en Reikiavik transmitiendo mensajes llegados del más allá. Aun así, Eygló conocía la historia de Rósamunda y admitió que en ocasiones se preguntaba qué habría sido de la investigación de su caso. Konráð le contó que, por lo visto, este se dejó de investigar y nunca se llegó a resolver.

—Así que tú eres su hijo —fue lo primero que le dijo tras saludarle en la cafetería. Cuando Konráð quiso soltarle la mano, ella la mantuvo apretada y lo observó detenidamente antes de soltarla de repente—. Debo reconocer que después de nuestra conversación telefónica sentía curiosidad.

—¿Curiosidad? —repitió Konráð mientras se sentaban.

—Tu padre arruinó en buena medida al mío. Quería ver qué pinta tenías.

—Espero que no te hayas llevado una decepción —contestó Konráð.

—Eso ya lo veremos. La deshonestidad suele heredarse.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mi padre no hablaba mal de nadie pero decía eso del tuyo, que era deshonesto.

¿Te criaste con él?

—No veo qué... No sé a qué viene eso.

—Tú quieres interrogarme, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo contigo?

—Porque no estamos hablando de mí.

—¿Estás seguro? Entonces ¿por qué estamos aquí sentados? ¿No es por tu padre?

¿Por aquella sesión de espiritismo? ¿No me has llamado por eso?

Eygló le miró esperando una respuesta. Era de pequeña estatura, delgada, morena, vestía casi toda de negro. Se conservaba muy bien para su edad, sus ojos claros escudriñaban bajo una frente ancha, era ágil en sus movimientos, rápida de pensamiento e iba directa al grano. Sin que Konráð se lo hubiera preguntado, le contó por teléfono que, durante una temporada, también ella trabajó como médium, igual que su padre. A Konráð le picaba la curiosidad por saber si Eygló consideraba que su padre le hubiera transmitido aquel interés, pero dudó sobre si debía abordar esa cuestión. Ella le explicó que no era una vidente conocida y que mantenía en secreto su don, como ella lo llamaba.

—Te he llamado por el caso de Rósamunda —explicó Konráð—. Quería saber si tu padre te habló alguna vez sobre ella. Si antes de celebrar la sesión se había informado sobre lo que le sucedió. Si contaba con alguna información al respecto.

—¿No era esa la función de tu padre? ¿Recabar información?

—Así es. Me habló de su colaboración y de la sesión en torno a Rósamunda pero no me contó nada sobre la muchacha. Me preguntaba si tu padre habría...

—Tú no crees en nada de esto, ¿no? Médiums. Clarividencia...

—No.

—¿No crees en el más allá?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí —sonrió Konráð.

—Si me has traído hasta aquí es que tienes que creer en algo de eso. ¿Estás seguro de que no ves más allá de lo que tú crees?

—¿Habló tu padre alguna vez sobre Rósamunda? —preguntó Konráð con la intención de cambiar el rumbo de la conversación.

—No, que yo recuerde. Me contó aquella sesión de la que hablas. Me dijo que tu padre lo manipuló para que trabajaran juntos. ¿Lo sabías?

—No —contestó Konráð.

—Tu padre influía sobre el mío de alguna manera que desconozco y consiguió que participara con él en el timo. Mi padre era médium, pero eso al tuyo no le bastaba. Él quería más éxito. Decía que así la gente pagaba más. Se conocieron en la Sociedad de Estudios Espiritualistas y sé que mi padre no tenía carácter y buscaba reconocimiento. Además, estaba envuelto en problemas con la bebida. A veces cogía unas borracheras descomunales. Entonces desaparecía de casa unas semanas y ni él mismo sabía dónde se metía durante días enteros. Pero era un buen hombre. En el fondo de su corazón. No quería hacerle nada malo a nadie. Y poseía muchas cualidades como médium. Una sensibilidad que no todos demostraban. Comprendía el hecho de que la gente buscara respuestas.

—¿Tienes idea de por qué mencionó a otra chica en aquella sesión sobre Rósamunda? —preguntó Konráð—. ¿De dónde era? ¿Quién era? Mi padre nunca le dijo nada al tuyo sobre otra chica. Según decía estaba con Rósamunda y su aparición venía acompañada de un frío intenso. ¿Habló tu padre alguna vez sobre ello? ¿Sabía algo más?

—Él sabía lo que había percibido —afirmó Eygló—, pero tú no crees nada de eso, piensas que cualquier cosa que él pudiera ofrecer era mentira, así que no entiendo por qué me preguntas sobre ese asunto.

—Yo no puedo evaluar lo que pasó ni los poderes de tu padre, pero resulta sorprendente que puede ser que haya otra chica relacionada con el caso de Rósamunda. Una chica que nunca encontraron. Quería saber si tu padre sabía quién era.

Eygló lo miró.

—No sabía que tuviera algo que ver con Rósamunda —dijo—. ¿Qué relación guardaba con ella?

—Estoy tratando de averiguarlo —contestó Konráð—. Pensé que quizás ambos tenían algo preparado, como cuando fingieron saber lo de las manoplas y el accidente en el mar.

—¿Fingieron? Mi padre era un buen médium y si él sintió la presencia de otra chica en la sesión sobre Rósamunda entonces es que así fue. No era un mentiroso como...

—¿Mi padre?

—Sí.

—¿Así que percibió aquella presencia, como tú dices? ¿Quién era? ¿Te habló alguna vez de ello? Podría haberse llamado Hrund.

—Mi padre no sabía cómo se llamaba —respondió Eygló—, pero en aquella sesión sintió su presencia con mucha intensidad. No sabía ni quién era ni lo que le había ocurrido, solo sabía que se encontraba mal y que tenía frío. Él hablaba del frío que has mencionado. Lo sentía.

—¿No sabía nada más aparte de eso? ¿Tampoco cómo murió?

—No.

—¿Conoces a un hombre llamado Stefán, o tal vez Thorson? ¿No te buscó para hablar contigo?

—No.

—Y tu padre hace tiempo que murió.

—Sí —confirmó Eygló—. Él... Se suicidó. Llevaba mucho tiempo encontrándose mal. Su alma no estaba en paz, como decía mi madre. Fue poco después de saber lo de tu padre. Lo de su muerte apuñalado junto al matadero. Mi madre decía que la noticia le afectó sobremanera. No pasaron más que unos meses desde que fue asesinado hasta que él... murió.

—Pero no mantenían ningún contacto, ¿no es cierto?

—No, que yo supiera, pero tampoco lo sé todo. De hecho, no conocía tan bien a mi padre. Yo era muy joven. Mi madre me dijo que reaccionó muy mal al enterarse de lo de tu padre. Creía que era porque se conocían y trabajaron un tiempo juntos pero...

—Pero ¿qué?

—Quizás había algo más.

—¿Como qué?

—No lo sé. No sé nada de todo aquello, lo siento. Solo sé que mi padre no se encontraba bien, como te puedes imaginar. Nadie en su sano juicio es capaz de hacer una cosa así.

Se quedó unos segundos pensando en los tristes recuerdos que Konráð había removido y se levantó de repente para despedirse. Las tazas de café de ambos estaban

vacías, de modo que le aseguró que debía marcharse.

—Siento no haber podido ser de ayuda —se disculpó.

—Gracias por aceptar verme —contestó Konráð levantándose y dándole de nuevo la mano.

Esta vez el apretón fue breve y ella no quiso mirarle a los ojos.

—Espero no haberte incomodado —se excusó él—. No era mi intención.

—No... no, en absoluto —aseguró Eygló.

Él se percató de que ella se fijaba en su brazo atrofiado durante su conversación y evitaba mirarlo. «Tengo que atender otro compromiso», añadió antes de salir a toda prisa de la cafetería.

Konráð volvió a sentarse, se acarició el brazo y pensó en las palabras de Eygló y en la opinión que tenía de su padre. Para él no era ninguna sorpresa. No era la primera vez que oía cosas parecidas y él llegó a comprobar lo intransigente y lo propenso a la violencia que podía llegar a ser. Los recuerdos que guardaba de su infancia con su padre daban cuenta de ello. La madre de Konráð intentó hasta la extenuación hacerlo entrar en razón y que permitiera que el niño se fuera con ella, pero nunca obtuvo resultado. En una ocasión no la dejó entrar para hablar con Konráð y tuvo que quedarse en la puerta de acceso al sótano. Cada vez que viajaba a la ciudad desde su casa en el este del país, le hacía una visita a Konráð y se sentaba con él para charlar. En ocasiones se echaba a llorar y le rogaba a su padre que no los tuviera separados por más tiempo. Aquel día a su padre le pareció que ya había aguantado bastante aquella historia.

—Déjame al menos despedirme de él —suplicó ella con la mirada fija en su hijo.

—Cállate —le espetó su padre cerrándole la puerta en las narices.

Tras indagar una vez más en Internet, Konráð averiguó la fecha del fallecimiento del diputado que Petra había mencionado y su esposa, así como que ambos dejaban tras de sí hijos y nietos. Era una familia conocida, a él ya le sonaban sus nombres cuando Petra los mencionó y, al buscar información sobre ellos, corroboró que uno de sus hijos llegó a ser una figura notable en política, que alcanzó el cargo de ministro y destacó notablemente en la política nacional. De los cinco vástagos del matrimonio, cuatro hijos y una hija, solo dos de los varones quedaban con vida. Uno de estos había muerto en torno a los sesenta años. Konráð leyó las necrológicas que le habían dedicado y vio que había fallecido de muerte súbita en su propia casa. En una de ellas se mencionaba que tenía problemas de corazón. Su hermano y su hermana habían fallecido en su senectud, según se desprendía de sus correspondientes necrológicas. Los hijos de todos ellos estaban repartidos por todo el país, así como en Gran Bretaña y Australia.

Konráð decidió empezar visitando al más joven de los dos hermanos vivos. Residía en un bloque de pisos para ancianos en Borgarnes y, como le apetecía escaparse de Reikiavik, Konráð se subió al coche el día después de su visita a Vigga y puso rumbo a Borgarnes. Tardó cerca de dos horas en llegar porque, en lugar de meterse por el túnel subterráneo, prefirió seguir el camino más largo y bordear Hvalfjörður para disfrutar del viaje. Hacía buen día y pocos coches optaban por circular por la carretera después de que la inauguración del túnel de Hvalfjörður les evitara ese tramo. El fiordo estaba en calma y la superficie del mar se veía lisa como un espejo. Konráð hizo una parada en las viejas barracas militares cercanas a la estación ballenera, en la hondonada junto al restaurante Þyrill. Ahora que apenas circulaba tráfico por el fiordo, el restaurante parecía un negocio fantasma.

Las barracas que quedaban en pie desde el final de la guerra estaban pintadas de rojo y se encontraban en buen estado. Konráð recordó haber leído no hacía mucho que los empleados de la compañía ballenera Hvalur usaban algunas de ellas como casas de verano. Las recorrió en su coche y trató de imaginarse el aspecto que tenía la zona durante la guerra, cuando el número de barracas era mucho mayor, los buques militares armados navegaban en el fiordo y el lugar era un hervidero de vida. Ahora solo reinaba la calma, rasgada por algún que otro coche que pasaba a toda prisa hacia cualquier otro sitio. Sobrevolando la antigua estación ballenera, una gaviota solitaria planeaba en el viento, como si se dedicara a otear en busca de los desaparecidos tiempos de apogeo.

Konráð llegó a Borgarnes pasado el mediodía y no tardó en encontrar el bloque de pisos que buscaba. Bajó la cuesta que accedía al edificio y aparcó el automóvil. En el telefonillo del portal figuraba el nombre de la persona con quien quería hablar. Konráð no había avisado de su llegada y, por lo tanto, cuando llamó al timbre no sabía si el hombre estaría en casa. Esperó un buen rato antes de volver a apretar el

botón pero no contestó nadie. Llamó al timbre del apartamento de al lado y respondió una mujer. Dijo no haber visto a su vecino aquel día, pero que a esa hora iba a veces a la piscina.

Konráð le dio las gracias, se subió de nuevo al coche y condujo en dirección a la piscina. Borgarnes le gustaba desde siempre. El pueblo era bonito, la gente amable y, además, se hacían numerosas referencias de él en las sagas. Lo único que le irritaba era el continuo flujo de viajeros que abarrotaban los comercios, ya que era una de las paradas por excelencia para aquellos que se dirigían hacia el oeste o el norte del país.

No vio salir de la piscina a nadie de la edad del hombre y volvió conduciendo lentamente por la calle principal. Reparó en un hombre mayor que salía de un centro comercial con una bolsa de plástico en una mano y una pequeña bolsa de deporte en la otra. Pensó en seguirlo, pero este se metió en un vehículo que conducía una mujer y salió del pueblo.

Regresó al bloque de pisos, llamó al timbre del portal y de pronto oyó un ruido en el telefonillo.

—¿Sí?

—¿Es el domicilio de Magnús?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Konráð y me gustaría hablar contigo un momento. Se trata de tus padres.

Unos segundos después la puerta que daba acceso a los ascensores zumbó. El hombre le había abierto. Esperaba a Konráð en el umbral de su apartamento, en el tercer piso. Se dieron la mano y Magnús le invitó a pasar, dijo que acababa de llegar de la piscina. Konráð fingió que era la primera vez que oía hablar de la piscina.

—¿De qué conocías a mis padres? —preguntó el hombre mientras acompañaba a Konráð al salón—. ¿Eres un genealogista?

El apartamento era de reducidas dimensiones, contaba con un salón con cocina americana y un pequeño dormitorio. Las vistas daban a Borgarfjörður y Hafnarfjall.

Magnús se conservaba bien a pesar de su edad avanzada, tenía la espalda recta y era ágil, estaba completamente calvo, su cara era redonda y su estatura mediana. Konráð pensó que probablemente le sentaba bien nadar.

—No —respondió—, no tengo ningún interés en la genealogía. Me interesan más los antiguos casos criminales...

—¿Casos criminales? —le interrumpió Magnús.

—Sí, uno de los que he estado estudiando últimamente se remonta a la Segunda Guerra Mundial en Reikiavik —explicó Konráð.

—Vaya. ¿Y esa es la razón por la que has venido hasta aquí?

—Sí. Se trata del caso de una empleada de un taller de costura que fue hallada muerta detrás del Teatro Nacional. Se llamaba Rósamunda. Creo que la gente mayor de Reikiavik aún recuerda el caso.

—Algo me parece recordar yo también —contestó el hombre pensativo.

—¿Puedo preguntarte si has recibido recientemente la visita de otro hombre que venía de Reikiavik, como yo, y se llamaba Stefán? En otros tiempos se llamaba Thorson.

—No, no conozco al tal Stefán. O Thorson. No recibo muchas visitas. Mis dos hijas viven en Australia. Se mudaron allí durante la crisis de los sesenta y no les apetece mucho venir volando hasta aquí, al frío del norte. ¿Cuál... por qué habría querido hablar conmigo?

—Durante la guerra Thorson era policía del ejército e investigó la muerte de la chica del Teatro Nacional.

—¿Y eso en qué me concierne?

—Siguió investigando el caso hasta su muerte, acaecida hace poco. Quizás hayas oído en las noticias hablar de un anciano que encontraron muerto en su domicilio, posiblemente asesinado. Se trata del mismo Thorson.

—No sigo mucho las noticias y sigo sin entender en qué me incumbe el caso.

—Disculpa, trataré de explicártelo: la chica del Teatro Nacional fallecida durante la guerra trabajaba en un taller de costura de Reikiavik bastante importante llamado Sporið, tenía toda clase de clientes, grandes y pequeños, por así decirlo. El tal Thorson del que te hablo descubrió hace poco que la chica se había negado en una ocasión a llevar un encargo a una casa de Reikiavik. La familia que allí vivía hacía negocios con aquel taller.

—¿Thorson? —interrumpió el hombre pensativo—. ¿Dices que era policía militar?

—Lo era. Pertenecía al ejército canadiense pero, por lo que he averiguado, trabajaba para el norteamericano, para su cuerpo de policía aquí en Islandia.

El hombre no le había ofrecido asiento a Konráð y todavía estaban ambos de pie.

—A lo mejor estarías mejor sentado —sugirió Konráð.

—Pues sí. Debo reconocer que estoy cansado después de nadar —comentó mientras tomaba asiento en un sillón—. ¿Y qué decías sobre la chica? ¿Se negaba a ir a qué casa?

—Era la casa de tus padres. Probablemente tuvo alguna experiencia traumática al llevar un envío allí y a partir de entonces se negó a regresar —detalló Konráð.

El hombre no pareció darse cuenta del significado de sus palabras.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó.

—Supongo que para Thorson significaba que, por alguna razón, a la muchacha le daba miedo alguien de aquella casa. Pudo ser una de las razones por las que no quería volver.

—¿Por qué? ¿Qué le daba miedo?

—Esperaba que tú pudieras responder a esa pregunta —dijo Konráð.

—¿Yo? No sé de lo que me hablas, amigo mío. No tengo ni idea de qué podría temer.

La misma tarde del día en que arrestaron formalmente a Jónatan volvieron a llevarlo al despacho de Flóvent y Thorson. No quería comer ni ponerse en contacto con ningún amigo o familiar. Se negó a ayudar a Flóvent a localizarlos, no quiso darle sus datos. Parecía pensar que pronto le dejarían marcharse a casa. También rechazó la asistencia de un abogado, pero Flóvent se encargó de llamar a uno para que lo ayudara, e iba a encontrarse con él aquella misma tarde. Se esmeraba en crear un ambiente distendido, trataba de ganarse al muchacho y le parecía que Jónatan se había calmado algo a lo largo del día.

—¿Adónde sueles ir a observar aves? —preguntó Flóvent una vez sentados.

—Sobre todo a Seltjarnarnes, es el sitio más interesante. También al acantilado de Skarfaklettur, junto a Sund. O a Nauthólsvík.

—¿Y siempre llevas los prismáticos contigo?

—Sí.

—¿Ves algo más que aves en tus excursiones?

—¿Qué quieres decir?

—¿A personas?

—Sí, claro. A veces.

—¿Militares?

—Sí, también. Hay mucho movimiento a lo largo de toda la costa.

—¿Ves alguna vez a mujeres en tus caminatas?

—No me dedico a observarlas. No espío a la gente. No utilizo los prismáticos con ese propósito, si es a eso a lo que te refieres.

—Decías que no tienes ninguna opinión acerca de lo que llamamos la «situación», cuando las mujeres islandesas se ven con militares, salen con ellos y se casan y cosas así. ¿Qué te parece todo eso?

—No opino nada en particular, no pienso mucho en ello.

—¿No te da rabia?

—No. No tiene nada que ver conmigo. No sé por qué me lo preguntáis. Claro... claro que es una situación peculiar y hay muchos que no están nada contentos con ella, pero yo no le doy muchas vueltas. Ninguna. No entiendo por qué me preguntáis al respecto.

—¿Te encontrabas con Rósamunda en tus excursiones para avistar aves?

—Ya os he dicho cientos de veces que no la conocía.

—Poco antes de que muriera contó que alguien la agredió y violó —explicó Thorson—. El agresor le sugirió que echara la culpa a los elfos de lo sucedido. ¿Por qué crees que le ordenó algo así?

—No lo sé.

—Pero tus intereses se centran en los cuentos populares y los elfos, ¿no se te ocurre por qué motivo pudo mencionarlos?

—No lo sé. No conocía a esa chica. No sé de qué me hablas.

—¿La forzaste?

—No, no la conocía. Yo... vosotros...

—¿La presionaste para que abortara?

Jónatan se quedó callado.

—¿La agrediste? ¿La atacaste y le dijiste que se inventara historias sobre que los causantes eran los elfos o, de lo contrario, le ocurriría algo peor?

—No.

—¿No fue esa la misma táctica que empleaste con Hrund en el norte? La forzaste, la violaste y le dijiste que culpaba a los elfos.

—Eso no es cierto.

—¿Puedes decirnos dónde está Hrund? —preguntó Flóvent.

—¿Cómo lo voy a saber? No le hice nada.

—¿Tuviste algún contacto con ella después de que dijera haber sufrido la agresión?

—No. Os lo he dicho ya, apenas la conocía. Solo me encontré con ella algunas veces en la gasolinera por casualidad.

—¿Y conocías a Rósamunda, la chica del taller de costura?

—No.

—Pero fuiste allí para que te arreglaran los pantalones.

—No conozco a nadie en ese taller. Seguro que hay mucha gente más, aparte de mí, que va allí para que le arreglen la ropa.

—Puede que la conocieras sin que nadie más lo supiera, igual que conocías a Hrund. Contabas con la discreción de ambas.

—A Hrund la conocía muy poco, os lo he repetido una y otra vez. Y no conocía a Rósamunda. ¿Lo entendéis? Estáis cometiendo un grave error y mientras lo enmendáis me gustaría irme a casa.

—A su familia le sería de gran ayuda que nos dijeras dónde se encuentran los restos de Hrund —insistió Flóvent.

—Pero ¿es que no escucháis lo que os digo? No le hice nada en absoluto. Nada. Me quiero ir de aquí. No me siento bien en este sitio. No puedo pasar aquí más tiempo. Todo esto me resulta incómodo e incomprensible. No concibo que podáis pensar que soy capaz de hacer daño a alguien. Matar a alguien. Es... No me cabe en la cabeza cómo se os ha podido ocurrir semejante idea.

—Quizá deberías esperar hasta recibir asistencia legal —sugirió Flóvent—. Un abogado puede aconsejarte sobre tus siguientes pasos.

—No quiero ningún abogado. Me gustaría que terminaraís con esto. Quiero irme a casa. Tengo que asistir a clase. Esto es absurdo. Un verdadero disparate.

Flóvent sacó las hojas que había encontrado en el domicilio de Jónatan y las dejó sobre la mesa, delante de él. Thorson ya conocía su contenido. Jónatan las miró sin inmutarse.

—¿Son tuyas? —preguntó Flóvent.

Jónatan no respondió.

—¿Es esta tu letra?

—Sí —respondió Jónatan—. Es mi letra. ¿De dónde las has sacado?

—De tu apartamento. Si son tuyas, sabrás de qué se habla en ellas.

—Claro —contestó Jónatan—. Estoy recopilando información para mi trabajo. ¿Las cogiste de mi apartamento?

—Proceden de un antiguo registro de sentencias judiciales, ¿no es cierto?

—Sí.

—He revisado el juicio. Lo has copiado casi textualmente del libro.

—Desde luego. Es una fuente bibliográfica.

—¿Te importa decirnos en torno a qué gira el caso? ¿De qué trata el proceso?

—Deberías saberlo si las has leído —contestó Jónatan.

—Se trata de un caso de violación —explicó Flóvent.

—Sí.

—Sobre una joven y un trabajador.

—Sí.

—Y unas circunstancias bastante singulares en vista de lo que estamos investigando.

—Sobre eso no puedo decir nada —dijo Jónatan.

—¿Quieres que te lo recuerde? —preguntó Flóvent.

—Haz lo que te parezca —respondió Jónatan—. Me trae sin cuidado. Quiero que me dejéis marchar. No he hecho nada malo. ¡Nada!

Flóvent miró un momento a Jónatan y, a continuación, comenzó a resumir el contenido de lo que el estudiante copió del libro de sentencias. Se trataba de un caso judicial de la primera mitad del siglo XIX. Giraba en torno a una joven sirvienta de una granja del sur de Islandia criada entre historias de elfos y aleccionada para reconocer las rocas y colinas de los alrededores donde, según la gente, se hallaban sus asentamientos. Una vez la enviaron a hacer un recado entre granjas y tuvo que recorrer un largo camino. Cuando regresó a casa por la tarde, se encontró con un trabajador de una alquería vecina, estaban no muy lejos de una colina donde se decía que vivían los elfos. Ella conocía al trabajador, que ya intentara cortejarla en otras ocasiones, y cuando este comenzó a flirtear con ella, allí, a los pies de la colina, y a hacerle arrumacos y decirle que quería acostarse con ella, esta se negó en redondo. Cuando pretendió reemprender su camino, el hombre la agarró y quiso someterla a su voluntad a pesar de todo. Forcejearon duramente. Le provocó lesiones en la cara y en el cuerpo y le rasgó y arrancó la ropa antes de salirse con la suya. El trabajador la amenazó y la advirtió de que si lo delataba le pasaría algo peor, no le costaría nada acabar con ella si contaba lo ocurrido. Cuando ella le preguntó cómo iba a justificar su aspecto, él miró hacia la colina y le sugirió culpar a los elfos de lo sucedido. La mujer retomó el camino hacia su casa e hizo como le había dicho él, y unos la

creyeron y otros no, entre ellos su madre, que finalmente le sonsacó a su hija toda la verdad. La joven delató al trabajador, que confesó su crimen y recibió su castigo.

—¿Lo he dicho todo correctamente? —preguntó Flóvent tras concluir su relato.

—Ese es solo uno de los aspectos que estoy investigando en mi trabajo —matizó Jónatan—. La variedad de formas en que se manifiestan las creencias populares. Ahí se registra un caso que me pareció interesante.

—¿No quieres reconocer que tú mismo has hecho uso de esa idea?

—No, no entiendo... No sé qué se supone que tengo que decir. Esto es un sinsentido.

—¿No le sugeriste a Hrund que hiciera lo mismo que se relata en ese juicio? ¿Y no pasó lo mismo con Rósamunda tiempo después?

—¡No! ¡No son más que estupideces tuyas!

—¿Estás diciendo que la idea no ha salido de aquí? —preguntó Flóvent agitando las hojas.

—No sé de qué hablas —negó Jónatan—. No lo sé. Solo quiero que me dejéis ir.

—Se trata de un caso de idénticas características al que estamos investigando —dijo Flóvent—, y hemos encontrado estas notas en tu casa. ¿Acaso es simple casualidad?

—No sé qué se supone que tengo que pensar —respondió Jónatan—. No entiendo a qué viene todo esto. Todo lo que decís me resulta imposible de entender.

—Nos gustaría contactar con tu familia —intervino Thorson—. ¿Por qué no nos quieres decir cómo podemos localizar a tus padres? Seguramente querrán saber cómo te encuentras. Quizás hayan empezado a preocuparse por ti. ¿Sueles estar en contacto con ellos?

—Esto no tiene nada que ver con ellos. Yo... no quiero que sepan que estoy en la cárcel.

—¿Y tus hermanos? ¿Hablas con ellos?

—No tengo hermanos. ¿Os importaría dejarme marchar? ¿Podríais poner fin ya a esta locura?

—¿Por qué no quieres contarnos nada acerca de ti? —preguntó Thorson—. Quizás así te conozcamos mejor y podamos acabar antes con esto.

—No os puedo decir nada. Lo usáis todo en mi contra. Todo. Si llevo mis pantalones a arreglar, entonces me convierto en un criminal altamente peligroso que debe permanecer en la cárcel. ¿Qué creéis que os puedo contar? Lo tergiversáis todo de la peor manera.

—Está bien —cedió Flóvent amablemente—. Haz lo que creas conveniente. Averiguaremos de quién eres hijo y nos pondremos en contacto con los tuyos tanto si quieres como si no. Con suerte lo haremos esta misma tarde. Pensaba que nos facilitarías el trabajo, pero puedes actuar como te parezca.

Flóvent se levantó y llamó al carcelero, que llegó y acompañó a Jónatan de vuelta a su celda, al fondo del corredor. Escucharon el portazo de la pesada puerta antes de

salir hacia Skólavörðustígur. Sobre la entrada a la prisión ardía un farol de cristal y los agentes se detuvieron para hablar acerca de cuáles serían sus siguientes pasos. Una nieve fina caía sobre las calles y las casas mientras el pavimento se cubría de hielo.

—Quiere ponérselo difícil —afirmó Thorson.

—Tal vez porque sabe que está en apuros —conjeturó Flóvent mientras miraba pasar por su lado tres jeeps marrones del ejército.

Flóvent había reparado en que a la entrada del puerto se anclaban más buques militares que antes y se veía más actividad de lo habitual en las tropas. Thorson le dijo que pronto comenzaría el traslado de las mismas hasta Gran Bretaña, desde donde se suponía que iba a tener lugar una invasión del continente. Si los aliados lograban posicionarse allí y continuaba la retirada de los alemanes en los campos de batalla del este, sería de esperar que faltara menos para el fin de las hostilidades. Posiblemente, la guerra terminaría en el plazo de un año. Por un lado, a Flóvent le consolaba pensar que por fin remitiría la espantosa situación que vivía Europa y el mundo entero, pero también albergaba la esperanza de que las cosas volvieran a su cauce en Islandia y todo fuera como antes de estallar la guerra, aunque aquella idea no era más que un sueño. A medida que avanzaba la guerra, más se convencía de que nada volvería a ser como antes.

Parecía como si Thorson leyera sus pensamientos mientras observaba a los jeeps.

—Los traslados de las tropas ya han comenzado —confirmó.

—El comienzo del final.

—Esperemos.

—¿Te vas? ¿Sabes cuándo?

—Muy pronto. Me han dado la orden esta mañana.

—Vas a participar en los combates, no debe de ser muy agradable pensar en ello.

—No, no lo es.

—Los alemanes os recibirán con dureza.

—Sí. Pero no saben dónde vamos a tomar tierra. No lo sabe nadie, para que así...

—Les podáis pillar por sorpresa.

—Esa es la idea.

—¿Qué harás después de la guerra?

—No lo sé.

—No te hace gracia hablar de ello —aventuró Flóvent.

Thorson se encogió de hombros como si le diera igual.

—Entiendo —dijo Flóvent—. No es... No se trata de un viaje de placer.

—Dan por hecho que caerán muchos hombres mientras se toman posiciones en la costa, al menos los primeros días.

—¿No puedes hacer nada para evitar marcharte?

—¿Evitarlo? —Thorson contemplaba abstraído cómo caía la fina nieve—. Fui yo quien solicitó que me enviaran allí.

Escucharon la puerta de la cárcel abrirse a sus espaldas.

—Ajá, supuse que todavía estaríais aquí —dijo el carcelero que había acompañado a Jónatan a su celda—. Quiere hablar con vosotros. ¿Lo llevo de nuevo al despacho?

Flóvent y Thorson se miraron entre sí.

—¿Qué quiere? —preguntó Flóvent.

—No lo sé —contestó el carcelero—. Quiere hablar con vosotros y me ha preguntado si aún estabais cerca.

—Ve a buscarlo —pidió Flóvent.

Esperaron al prisionero en el despacho, sin sentarse y sin quitarse el abrigo. Enseguida trajeron a Jónatan y este se sentó junto a la mesa.

—No puedo continuar en este lugar —informó Jónatan.

Los agentes percibieron su grado de desesperación. Los miraba con ojos suplicantes.

—No hay mucho que podamos hacer, lo siento —explicó Flóvent—. Puedes hablar con un sacerdote, supongo que ya se te ha ofrecido esa posibilidad.

—No tengo nada que decirle. Vosotros tomáis las decisiones. Sois quienes estáis al mando de todo esto.

—No es que hayas colaborado mucho hasta ahora —le recordó Flóvent.

—¿Qué puedo hacer si no creéis nada de lo que digo?

—¿Querías decirnos algo más?

—Yo...

Jónatan guardó silencio.

—¿Por qué nos has llamado? —preguntó Flóvent.

Jónatan no le respondió.

—Hablares mañana, Jónatan —resolvió Thorson—. No puedo perder más tiempo con todo esto.

Abrieron la puerta y llamaron al carcelero.

—¡No os vayáis! —exclamó Jónatan.

No le respondieron. El carcelero lo agarró del brazo, lo levantó de la silla y lo sacó al pasillo en dirección a su celda. Sus llaves tintinearon mientras el carcelero abría la puerta. Cuando quiso hacer entrar a Jónatan, este se resistió haciendo fuerza con los pies.

—No puedo pasar otra noche aquí —susurró con un tono tan bajo y confuso que el carcelero no pudo entender lo que decía.

—¿Cómo dices?

—Se lo mostraré —susurró Jónatan.

—¿Qué dices? —titubeó el vigilante—. No te oigo.

—Les llevaré —murmuró Jónatan.

El carcelero se giró y llamó de nuevo a Flóvent y Thorson, que en ese instante estaban a punto de salir. Se detuvieron al ver que el carcelero agitaba la mano hacia ellos.

—¿Qué ocurre ahora? —voceó Thorson.

—Quiere deciros algo —gritó el carcelero.

Jónatan respiró hondo.

—Os mostraré dónde me encontré con ella en... en el barrio de las Sombras.

—¿Cómo dices? —preguntó Flóvent entrando seguido de Thorson.

—Os indicaré el lugar —contestó Jónatan alzando la voz.

—¿En el barrio de las Sombras? —preguntó Thorson—. ¿Te encontraste allí con Rósamunda?

Jónatan asintió con la cabeza.

—Os enseñaré dónde fue. Ahora mismo. Os llevaré hasta allí y os mostraré dónde nos vimos.

—De acuerdo —contestó Flóvent—. Si así lo deseas podemos ir ahora. ¿Estás dispuesto a contarnos lo que ocurrió?

—Primero os acompañaré hasta el barrio de las Sombras. Después hablaré con vosotros. Necesito mi abrigo. ¿Hace frío fuera?

—¿Por qué has cambiado de opinión? —quiso saber Thorson.

—¿Queréis que lo haga o no? —preguntó Jónatan enojado, sin dar muestras de vacilar.

—Por supuesto —contestó Flóvent.

—Después podéis preguntarme sobre lo ocurrido.

—Muy bien. Entonces ¿vas a confesarte autor del asesinato de Rósamunda?

—¿Queréis que os lleve o no?

Jónatan miró a Flóvent con obstinación.

—Ve a buscar su abrigo —pidió Flóvent al carcelero—. Os esperaremos aquí.

El carcelero se apresuró por el pasillo. La puerta de la celda continuaba abierta de par en par y Jónatan dirigió hacia allí la mirada.

—No soporto estar encerrado —dijo en voz baja, musitando.

Esperaron en silencio a que llegara el carcelero con el abrigo. Flóvent sentía compasión por el joven y se preguntó si debía esposarlo. Las esposas estaban en el coche y pensaba ponérselas al salir. No contaba con que fuera a haber algún problema. Supuso que Jónatan estaba dispuesto a ceder y colaborar con ellos. Flóvent deseaba mostrarse conciliador. Si quería ir con ellos en ese momento del día para mostrarles el lugar de los hechos y retrasar de esa manera el momento en que lo volvieran a encerrar, podía hacerlo así. Lo fundamental era que Jónatan había cambiado de opinión y estaba dispuesto a cooperar.

El carcelero llegó finalmente con el abrigo de Jónatan, recorrieron el pasillo y

salieron de la cárcel. El prisionero caminaba entre Flóvent y Thorson, que lo agarraba del brazo. El coche estaba aparcado a poca distancia de la penitenciaría y, en el momento en que Thorson abrió la puerta del coche para meter dentro a Jónatan, este se zafó y echó a correr.

—¡Mierda! —gritó Thorson y comenzó a perseguirlo.

Flóvent, que estaba a punto de sentarse al volante, se sobresaltó y salió del vehículo para correr tras ellos.

Jónatan dobló corriendo la esquina de la prisión y bajó Vegamótastígur siguiendo el muro del recinto penitenciario, en dirección a Laugavegur. Thorson corría a unos metros detrás de él y a la zaga les seguía Flóvent, que no llevaba el calzado más adecuado. La calzada y la acera estaban cubiertas de hielo y sus zapatos le hacían resbalar, por lo que tenía verdaderas dificultades para no caer de bruces. Thorson no consiguió acortar la distancia con Jónatan, que bajó corriendo sin mirar ni a derecha ni a izquierda hasta alcanzar Laugavegur. Llegó como un relámpago y, al cruzar la calle, un jeep militar que pasaba a toda velocidad lo atropelló.

Thorson vio a Jónatan salir disparado por los aires, aterrizar violentamente sobre el capó del jeep y, acto seguido, estrellarse de cabeza contra la acera congelada. El conductor perdió el control del vehículo, se subió a la acera y se empotró contra un muro de piedra. Un peatón se salvó por poco de ser arrollado. En el interior del jeep, dos militares sufrieron cortes en el rostro al golpearse contra el parabrisas, que se hizo añicos. Uno de ellos, medio inconsciente, salió del coche con dificultad y se desplomó en la calle. El otro aullaba de dolor. Estaba atrapado en su asiento y, al golpearse contra el volante, decía haberse roto una costilla. Además, la tibia se le había partido en dos y el hueso le sobresalía a través de los pantalones.

Thorson se precipitó hacia Jónatan y se arrodilló junto a él. Le manaba sangre de la cabeza que formaba un gran charco bajo su cuerpo. Tenía la vista clavada en el cielo. Thorson supuso que murió en el acto al golpearse contra la acera.

Flóvent se arrodilló junto a ellos. Todavía caía un poco de nieve. Un copo se posó sobre un ojo de Jónatan y se desvaneció, como una lágrima diminuta.

Konráð condujo pensativo de regreso a Reikiavik. Lentamente comenzaba a oscurecer, pero él apenas parecía darse cuenta. Violentas ráfagas de viento azotaban el coche a los pies de Hafnarfjall, aunque Konráð no les hacía caso. Tampoco se dio cuenta de que estaba pasando por delante del radar de Melasveit muy por encima del límite de velocidad. No podía dejar de pensar en su visita a Magnús, en Borgarnes. Habían hablado exhaustivamente del caso de Rósamunda, pero Magnús no lo conocía o fingía no conocerlo.

—El hecho de que aquella muchacha se negara a llevar algún envío no quiere decir nada —afirmó Magnús—. Nada en absoluto.

—No, quizá no —admitió Konráð—. Sin embargo, me parece que puede ser relevante en el contexto de lo sucedido.

—El contexto de lo sucedido —repitió Magnús—. Hablas como un político.

Pronunció esas palabras como si no sintiera mucha estima por los políticos.

—Vuestro padre era diputado, eso creo —preguntó Konráð.

—Sí, estaba metido en política.

—Y erais cinco hermanos en la familia, cuatro hermanos y una hermana.

—No me acaba de gustar este fisgoneo sobre mis asuntos familiares. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Teníais criados? ¿Había más personas en la casa?

—¿Adónde pretendes llegar con todas estas preguntas?

—Me pregunto a quién de vosotros evitaba la joven. Probablemente a tu madre o a tu hermana. ¿Recuerdas algo que pudiera indicar que fuera así?

Magnús miró un momento a Konráð.

—Mi madre podía ser un poco gruñona —reconoció—. Mi hermana era la amabilidad personificada. ¿Es eso lo que quieres oír?

—¿Y vosotros, los hermanos? ¿Conocíais a Rósamunda?

—No —contestó Magnús—. No recuerdo que ninguno de nosotros conociera a alguna chica que trabajara en un taller de costura.

—Pero ¿te acuerdas del caso de Rósamunda?

—Como ya te he dicho, me suena de algo.

—¿Recuerdas si se habló de ese asunto en tu casa? ¿Cómo se hablaba de ello?

—Seguramente como una tragedia, como supongo que se comentaría en otros hogares. No éramos distintos a otra gente. ¿Intentas implicarnos en la muerte de aquella chica? ¿No te parece que ha llovido bastante desde entonces?

—Solo intento averiguar por qué se negaba a ir a tu casa poco antes de que la hallaran muerta. Espero no incomodarte. —Magnús no le respondió—. ¿Cabe la posibilidad de que tu padre hubiera ejercido algún tipo de presión política para que no se investigara el caso?

—¿A qué te refieres?

—No sé cómo puedo expresarlo y entiendo perfectamente que esto quizá te deje un tanto desconcertado, pero es que no encuentro nada sobre el caso cuando deberían existir documentos sobre él —respondió Konráð—. Sin duda eran tiempos de gran agitación y muchos informes se perdían o no se entregaban, pero no he dado casi con nada sobre Rósamunda. Ningún informe. Nada en la prensa salvo que la encontraron muerta. Nada en los documentos judiciales. Parece como si se hubiera querido ocultar el caso y se me ocurre que quizá tu padre tuvo algo que ver como persona influyente que fue durante la guerra.

Magnús escuchaba a Konráð sin mover un solo músculo de la cara.

—No alcanzo a entender a dónde quieres ir a parar. No tengo conocimiento de que mi padre hiciera algún uso irregular de sus influencias. Por supuesto que luchaba por su distrito electoral y hacía favores a algunas personas, pero en aquella época eso se consideraba normal. Creo que mi padre no conocía el caso de esa chica. Y si lo hubiera conocido, yo no sé nada.

—Todavía tienes un hermano vivo —comentó Konráð. Magnús asintió con la cabeza—. ¿Sabes si recibió alguna visita del hombre por el que te pregunto, Thorson?

—Hace décadas que no hablo con mi hermano. O con los suyos.

—¿Y eso?

—En fin, no tengo ningún interés en hablar de eso con desconocidos. Creo que deberíamos dar por concluida esta conversación.

—Por supuesto —aceptó Konráð—, y gracias por permitirme hablar contigo sobre el caso. Solo una última pregunta: ¿conociste durante la guerra a una muchacha llamada Hrund? —Magnús negó con la cabeza—. Puede ser que sufriera una experiencia similar a la de Rósamunda, aunque no estoy seguro de ello.

—¿Durante la guerra?

—Sí.

—No, no conocí a ninguna muchacha llamada así. A no ser que...

—¿Qué?

—Alguna vez escuché algo sobre una chica que se arrojó a Dettifoss —recordó Magnús—. Era de una zona rural del norte, de Öxarfjörður. Se llamaba Hrund. Probablemente mi padre fue el primero en hablarme de ello ya que él se encontraba de viaje por el norte cuando ocurrió. El nombre se me quedó grabado. He ido varias veces a Dettifoss y siempre me viene a la memoria, pobre muchacha. Tenemos parientes allí y mi padre iba a visitarlos de vez en cuando. Sobre todo en verano.

—¿Recuerdas qué se contaba entonces acerca de lo que le ocurrió?

—No me acuerdo muy bien porque hace mucho que pasó —explicó Magnús—. Algo se rumoreaba sobre que no estaba muy bien de la cabeza. Probablemente sufría mal de amores. Creía en mitos paganos y se decía que había tenido algún encuentro con los elfos antes de su desaparición. Creo que nunca hallaron sus restos. Lo siento, pero no sé más, todo era muy confuso. Ese tipo de delirios suelen serlo.

Magnús se levantó. Quería poner fin a aquella visita.

—Necesito descansar —dijo—. Disculpa.

—Sí, por supuesto, ya te he molestado más de lo necesario —respondió Konráð poniéndose en pie.

—Rompimos nuestra relación debido a problemas con la herencia —aclaró Magnús mientras se dirigían hacia la puerta—. Mi hermano y yo. Me parecía que Hólmbert la acaparaba de forma descarada y abusiva. Nunca lo llevé a los tribunales, pero no nos hemos dirigido la palabra en muchos años, así que bien podría ser que ese hombre, el tal Thorson, se hubiera citado con él sin que yo lo supiera.

—Entiendo.

—De todos modos, no le habría servido de mucho a ese hombre.

—¿Por qué no?

—No sirve de nada preguntarle a mi hermano si ha recibido visitas. Y a mí ya se me ha hecho tarde para querer llegar a un acuerdo.

Magnús guardó silencio.

—Tengo entendido que ya está en fase terminal —explicó.

—¿Está enfermo?

—Hólmbert tiene un alzhéimer que ha evolucionado muy deprisa, por lo que he podido saber. Ahora ya está en otro planeta.

—Lamento oírlo.

—Sí, es muy triste —repuso Magnús abriendo la puerta del rellano—. Aparte de eso, creo que siempre gozó de buena salud. Siempre estuvo como un roble aunque, claro, nada importa cuando se trata de un deterioro de ese tipo.

—No, claro —contestó Konráð—. Entonces ¿crees que no me serviría de nada intentar hablar con él?

—Será mejor que lo olvides —recomendó Magnús despidiéndose con un estrecho apretón de manos.

Konráð no tuvo más remedio que reducir la velocidad al llegar a un atasco cerca de Grafarvogur. Durante todo el camino no dejó de pensar en Magnús, en Hrund y la cascada y en Rósamunda y el Teatro Nacional. Se preguntaba cuál sería el vínculo entre ambas. Thorson había visitado a la vieja Vigga en su búsqueda de respuestas sobre Rósamunda. ¿Sabía Thorson de la existencia de la otra chica, Hrund? Posiblemente conocería su caso de los tiempos en que trabajaba en la policía y con su visita a Vigga buscaba recordarlo. Ahora salía a la luz que el diputado, el padre de Magnús, estaba de viaje en el norte cuando estalló el escándalo sobre la desaparición de Hrund. Por otra parte, Rósamunda se negaba a ir a su casa. ¿Existía un nexo entre ambos hechos? ¿Sabía Magnús algo más que no estaba dispuesto a contarle?

Konráð permaneció atascado en la vía congestionada y, mientras tanto, pensaba en el diputado de Reikiavik que tenía parientes en el norte y estaba involucrado en las historias de Rósamunda y Hrund, aunque de forma indirecta. También rememoró el

relato de ambas chicas sobre los elfos y lo que le habían enseñado sobre las casualidades cuando daba sus primeros pasos en la Policía Judicial.

Que bajo ninguna circunstancia se debía hacer caso de ellas.

Nunca.

Bien avanzada la noche, Flóvent y Thorson se sentaron en el despacho de Fríkirkjuvegur. El cuerpo de Jónatan se trasladó al depósito de cadáveres del Hospital Nacional. Los militares del jeep heridos en el accidente fueron trasladados a la clínica. Su vehículo fue sido remolcado hasta el taller de las tropas de ocupación, en Skerjafjörður. Flóvent y Thorson entregaron un informe a la policía. Entregarían otro más detallado el día siguiente.

Todavía no sabían a quién debían comunicar el fallecimiento de Jónatan. Su investigación sobre él estaba en un estadio tan incipiente que desconocían los nombres de sus parientes más cercanos.

Permanecieron sentados en silencio. La única luz que iluminaba el despacho procedía de la lámpara de mesa de Flóvent. La delicada nevada inicial era ahora una copiosa nevada que se esparcía por toda la ciudad. La penumbra se cernía sobre ellos, tenebrosa como el sentimiento de culpa. Ambos pensaban lo mismo: un joven bajo su custodia había muerto. Estaba retenido, bajo su responsabilidad, y le fallaron. Eran culpables de su muerte a pesar de que solo pretendían mostrarle consideración y respeto. Su descuido le costó la vida.

—¿Crees que iba a llevarnos al lugar de los hechos? —preguntó Thorson finalmente—. ¿O era solo una excusa?

Flóvent no respondió enseguida. Pensaba en lo mal que lo pasaba Jónatan detenido y en que tal vez deberían haber previsto lo que se proponía hacer. En cambio, hicieron la vista gorda en una situación de riesgo. Debería haber estado esposado a uno de los dos cuando abandonaron la penitenciaría. Deberían haber sido más conscientes de las circunstancias. Deberían haberlo vigilado mejor.

—¿Flóvent?

—¿Qué decías?

—¿Utilizó el barrio de las Sombras como excusa? ¿Crees que en ningún momento tuvo la intención de llevarnos hasta allí?

—¿Una excusa para huir?

—Sí.

—No lo sé —contestó Flóvent— y ahora ya es imposible saberlo. Probablemente él es el único que tiene la respuesta. ¿Por qué no le pusimos las esposas? ¿Cómo fuimos tan descuidados?

—No lo vi venir —respondió Thorson—. Y tú tampoco. Yo no creo que haya sido ningún despiste, pienso que queríamos demostrarle que confiábamos en él. Importa mucho. Y lo atropelló un coche. Al final lo hubiéramos acabado alcanzando. Lo tenía a escasos metros cuando se cruzó el jeep en su camino. Era un intento absurdo de darse a la fuga. Y terminó así de mal.

Flóvent asintió con la cabeza, distraído.

—Quién iba a pensar que se iba a echar a correr —continuó Thorson—. Él

cooperaba... lo pasaba mal encerrado en la cárcel. Nosotros lo sabíamos. Pero ¿no sería porque no quería reconocer su culpa? ¿No sería porque lo habían pillado?

—Puede ser —contestó Flóvent—. Pero quizá lo acusamos en falso. ¿No llegó a decirte nada?

—No. Creo que murió en el acto. Me parece que ni siquiera alcanzó a saber lo que le estaba sucediendo.

Thorson conservaba la impresión de que los militares conducían muy por encima del límite de velocidad y supuso que el hecho suscitaría revuelo. Pudieron hablar con uno de ellos, estaba sentado en la acera, ensangrentado, junto a los escombros del jeep. Aseguró que no fueron conscientes de lo que ocurría hasta que algo se estampó contra el coche. Sucedió tan rápido que ni siquiera vieron lo que era. «No pudimos hacer nada, no lo vimos hasta que nos cayó encima», explicó el militar, consternado. Acababan de comunicarle que Jónatan estaba muerto.

A Flóvent le costaba ocultar su desesperación.

—Pobre muchacho —susurró.

—Obró de motu proprio —le recordó Thorson—. No debió hacerlo.

Flóvent no le respondió. Sabía que Thorson intentaba reconfortarlo y que podía interpretarse que el joven había trazado su propio destino, pero Flóvent también sabía que ellos no se mantuvieron a la altura de las circunstancias.

—Podríamos haberlo hecho mejor —aseguró—. Aun así podríamos haberlo hecho mejor. Deberíamos haber localizado a su familia, procurarle un abogado inmediatamente...

—Estábamos en ello —puntualizó Thorson—. Le dijiste que nos íbamos a encargar del asunto esta tarde. Quizás esa idea le agobiara. Igual por eso recurrió a esa medida desesperada. Tal vez quería verse con los suyos antes de que nosotros habláramos con ellos. ¿Quién sabe lo que pasaba por su cabeza?

—Sí, era duro de pelar —aseguró Flóvent haciendo una mueca mientras rodeaba su estómago con las manos—. Era duro de pelar, maldita sea.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no es nada. Llevo una temporada con un dolor de estómago que viene y va. Seguramente es por todo este asunto. Me... me ha resultado muy duro.

A primera hora de la mañana siguiente, Flóvent habló con un profesor de Jónatan en la universidad. Thorson no le acompañaba, habían llegado a la conclusión de que la Policía Militar ya no necesitaba seguir interviniendo en el caso. En realidad, era algo que ya sabían desde hacía tiempo, pero Thorson insistió en continuar echando una mano hasta que le comunicaron que en pocos días lo trasladarían en barco a Gran Bretaña y debía prepararse para el viaje.

El profesor quedó conmovido por el fallecimiento de Jónatan y le explicó a Flóvent que el joven era introvertido, pero un estudiante excelente. El profesor lo había invitado a su casa en dos ocasiones por cuestiones relacionadas con trabajos de clase y juntos descubrieron que tenían una afición en común, el avistamiento de aves.

De ese modo se generó una buena relación entre ellos y el profesor averiguó más tarde que Jónatan era hijo adoptivo y que nunca llegó a conocer a sus padres. Fue criado en una granja cerca de Húsavík como uno más de la familia. Al ser un estudiante prometedor, lo enviaron a hacer el bachillerato en Akureyri y, posteriormente, fue a la universidad en Reikiavik, donde vivía bajo la tutela de los parientes de su familia adoptiva. Su madre adoptiva era hermana de la dueña de la casa de Reikiavik, una mujer llamada Sigfríður.

—¿Sabe usted si mantenía algún contacto con mujeres? —preguntó Flóvent.

—No —respondió el profesor—. Nunca hablaba de ello. Al menos no conmigo. Creo que no tenía muchos amigos, era un individuo solitario.

Tras su visita al profesor, Flóvent se dirigió al domicilio de los parientes para comunicarles el fallecimiento de Jónatan. Vivían en una gran casa unifamiliar en Laufásvegur rodeada de un amplio jardín con un pequeño estanque. Flóvent bordeó el estanque y vio que estaba totalmente congelado. La criada lo recibió en la puerta y lo condujo al salón. Le preguntó cuál era su recado y este respondió que prefería comunicárselo directamente a la familia. La criada fue a avisar a los dueños de la casa y poco después apareció en la puerta del salón una mujer de unos cincuenta años.

—¿Desea usted encontrarse con mi marido? —le preguntó en un tono muy formal.

—Sí, probablemente sea conveniente que hable también con él. ¿Es usted Sigfríður?

—Sí, soy yo —dijo la mujer—. ¿Y usted se llama...?

—Flóvent. Soy de la policía y necesito hablar con ustedes acerca del estudiante Jónatan.

—Vaya, ¿qué problema hay con él?

—Lamento tener que comunicarles que ha fallecido. Ayer por la tarde lo atropelló un jeep militar en Laugavegur y murió en el acto.

La mujer miró fijamente a Flóvent.

—¿Jónatan?

—Sí, fue un accidente. Él estaba...

—¿Qué está usted diciendo? ¿Está muerto?

En ese momento llegó al salón un hombre algo más mayor. Flóvent reconoció enseguida a uno de los diputados del país. El profesor se lo había mencionado.

—Él... dice que Jónatan ha fallecido —explicó la mujer volviéndose hacia el hombre.

—¿Jónatan? —repitió el hombre—. ¿Qué... cómo puede ser?

—Dice que lo ha atropellado un coche.

El hombre se giró hacia Flóvent.

—¿Es eso cierto?

—Desgraciadamente sí —confirmó Flóvent—. Pertenezco a la Policía Judicial.

Ayer a última hora de la tarde fue atropellado por un coche en Laugavegur. Pero hay algo más...

El matrimonio miró fijamente a Flóvent.

—¿Algo más? —preguntó el diputado.

—Cuando se produjo el accidente Jónatan se encontraba detenido por la policía. No quiso comunicárselo a nadie, se negó a proporcionar nombres de familiares o amigos y rehusó recibir ayuda de un abogado. Se encontraba detenido en relación con la investigación de la muerte de una joven llamada Rósamunda que fue hallada asesinada detrás del Teatro Nacional. Se escapó mientras estábamos fuera, junto a la prisión. Bajó corriendo hasta Laugavegur y allí lo atropelló un jeep militar que pasó de improviso.

El matrimonio quedó sobrecogido por el relato de Flóvent. Este dejó que se tomaran un tiempo para asimilar la trágica noticia. Se miraron entre sí y después se volvieron al agente sin poder ocultar su incredulidad.

Flóvent había mantenido una reunión con sus superiores en la que dio cuenta de todo lo sucedido desde el momento en que fue hallado el cadáver de Rósamunda hasta el atropello de Jónatan por un jeep militar. Recibió duras críticas por haber dejado escapar a Jónatan pero, por otra parte, también le mostraron comprensión y decidieron que seguiría adelante con la investigación por un tiempo.

—No me lo puedo creer —gimió la mujer mientras buscaba a tientas una silla.

Flóvent la ayudó de inmediato a sentarse.

—¿Un asesinato? —dijo el diputado.

Flóvent asintió con la cabeza.

—Eso me temo.

—¿No se tratará de una equivocación? ¿Cómo puede ser?

—Todo apunta a que él fue el autor del crimen —contestó Flóvent—. Pretendía mostrarnos el lugar en el barrio de las Sombras donde se encontró con ella... En realidad, la agredió y la forzó. Nos disponíamos a ir con él hasta allí cuando, de pronto, se nos escapó. La verdad es que no pudimos hacer mucho. Se soltó y echó a correr.

—¿No deberían haberlo vigilado mejor? —preguntó el diputado.

—Sí, desde luego —reconoció Flóvent—. Él parecía dispuesto a cooperar y nosotros le mostramos cierta confianza. Por eso no empleamos las esposas. No pudimos imaginar ni por un momento que se le ocurriría hacer algo así. Fue un accidente. Una verdadera tragedia, pero un accidente al fin y al cabo.

—¿Y lo llevaron al hospital o...?

—Murió en el acto y fue trasladado al depósito de cadáveres del Hospital Nacional —respondió Flóvent—. Ustedes pueden...

En ese momento se abrió la puerta y entró un hombre joven en el salón.

—Aquí estáis —pronto se dio cuenta de que algo grave sucedía—. ¿Qué...?

—Hólmbert, querido —la mujer se puso en pie y caminó hacia él—. Jónatan ha

fallecido.

—¿Jónatan? —repitió el joven.

—Lo ha atropellado un coche. Pobre muchacho. Pero eso no es todo, estaba detenido por la policía y el agente dice que Jónatan asesinó a aquella muchacha, la que encontraron junto al Teatro Nacional. ¿No será un disparate? ¿Una absoluta majadería?

—Sospechoso de asesinato —puntualizó Flóvent.

—¿Jónatan? —suspiró el joven.

—¿No será más que un disparate? —repitió la mujer—. Es la primera vez que oigo algo semejante. Y estuvo con ella en el barrio de las Sombras y... le hizo daño...

El joven miró a Flóvent.

—¿Es verdad eso?

Flóvent asintió con la cabeza.

—Yo... no me lo puedo creer.

—¿Lo conocía usted bien? —preguntó Flóvent.

El joven parecía tener la cabeza en otro sitio y Flóvent repitió la pregunta.

—Yo... nos llevábamos muy bien —dijo—. ¿Está muerto? ¡Jónatan está muerto! ¿Y usted piensa que él...?

—¿... agredió a la chica? Sí —contestó Flóvent—. Desgraciadamente, existen evidencias de ello. Quería mostrarnos el lugar de los hechos cuando se nos escapó y tuvo lugar el trágico accidente.

De pie en el salón, asimilaban en silencio la inconcebible noticia que Flóvent les acababa de comunicar, que Jónatan, el joven que conocían, había fallecido, sospechoso del asesinato de Rósamunda, a quien unos meses atrás atacó y violó en el barrio de las Sombras. El diputado y su mujer parecían sumamente afectados por el suceso y el joven, su hijo, se negaba a creer todo aquello. Tras concederles un tiempo para recuperarse del golpe, Flóvent comenzó a interrogarles con detenimiento. Ellos respondieron con agilidad a sus preguntas y le ofrecieron cuanta información pudieron hasta que finalmente la mujer dijo que no podía más y le pidió a su marido que la acompañara fuera del salón.

—Hace mucho que no veía a Jónatan —comentó antes de salir—. Venía aquí de vez en cuando... Pero era un buen muchacho, eso se lo puedo asegurar, independientemente de lo que usted piense de él.

—Hable usted con Hólmbert —aconsejó el diputado mientras acompañaba fuera a su mujer—. Él era el que mejor conocía a Jónatan. Hólmbert, hijo —le pidió, girándose hacia él—, cuéntale todo lo que sepas si eso puede servir a la policía para esclarecer esta calamidad.

Hólmbert asintió con la cabeza, todavía aturdido por la noticia. Meditabundo, sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno. Le ofreció a Flóvent, pero este rechazó su oferta.

—Es increíble —se lamentó—. ¿Jónatan? Quién lo hubiera pensado.

—Duele más cuando el involucrado es alguien que uno cree conocer bien —aseguró Flóvent.

Hólmbert lo miró.

—Quizá sea...

—¿Qué?

—Quizá sea inadecuado por mi parte ponerme a hablar de ello ahora pero...

—¿Hablar de qué?

—No quería decir nada con mi madre aquí delante —Hólmbert se dirigió a la puerta del salón para comprobar que no se encontraba detrás—, pero estaba a punto de contactar con la policía por lo de Jónatan.

—¿Por qué razón?

—Él... hace tres días me pidió que nos viéramos porque quería contarme algo. Me lo encontré en la universidad, estudio Derecho allí, aunque en realidad me aburro como una ostra. Me dio la impresión de que se trataba de algo importante y le dije que contactaría pronto con él. Pues bien, fui a su casa por la tarde y lo noté intranquilo, y cuando insistí Jónatan se puso a hablar de esa chica que usted ha mencionado. Rósamunda era, ¿no? Yo había leído sobre lo que le ocurrió en la prensa. Me parecía que contestaba con evasivas. Como si le remordiera la conciencia por algo relacionado con ella.

—¿Qué le contó exactamente?

—Tampoco mucho. Se encontró con ella hace unos meses en un baile de la universidad y fueron a dar un paseo por el oeste, por Seltjarnarnes, hasta casa de ella. De hecho, no quiso contar mucho más que eso. La conocía de un taller de costura, según él.

—¿Sporið?

—No lo recuerdo.

—¿Qué ocurrió?

—Jónatan no dio muchos detalles, como digo, pero por lo que yo entendí, él intentó... forzarla. Al principio, ella se dejó hacer, pero luego le pidió que parara. Y él no lo hizo.

—¿Y dijo que se trataba de Rósamunda?

Hólmbert asistió con la cabeza.

—Entonces se enzarzaron en una pelea. A ella le quedaron marcas y él le sugirió que podía culpar a los elfos de haberla atacado. Es un terreno que Jónatan conocía muy bien, lo sabía todo sobre elfos y cosas de esas. En todo caso, la amenazó diciéndole que le ocurriría algo peor si acudía a la policía.

—¿Jónatan le contó eso?

—Bueno, más bien se lo sonsaqué. No sabía que fuera capaz de hacer algo así y lo vi desolado por lo ocurrido. Después de haberlo hecho. Si es cierto, entonces su actuación fue del todo imperdonable.

—¿Sabía Jónatan que ella quedó embarazada tras el ataque y abortó?

—Seguramente no, supongo —contestó Hólmbert—. No me contó nada de eso.

—¿Reconoció Jónatan haberla asesinado?

—Lo confesó casi abiertamente.

—¿Por qué lo hizo?

—Creo que ella había amenazado con delatarlo. Yo estaba a punto de darles a ustedes esta información, pero me invadían las dudas. Conozco muy bien a Jónatan y tener que escuchar todo esto me ha resultado duro y doloroso.

—¿Tenía él algún vínculo con la madre de usted?

—Puede que eso tuviera algo que ver —admitió Hólmbert, sintiéndose violento—. Evidentemente, animé a Jónatan a que acudiera por propia voluntad a la policía, porque la verdad es que me parecía todo bastante chocante. Como le digo, también pude comprobar, por su expresión, que no lo estaba pasando bien. No he hablado de esto con nadie, ni tampoco en casa.

—¿Ni con su padre?

—No. Con nadie.

—¿Mencionó Jónatan el nombre de otra chica, Hrund?

Hólmbert negó con la cabeza. Era delgado, su pelo rubio comenzaba a clarear, y tenía la boca pequeña y los labios finos, como una línea sobre el mentón. La nariz era afilada y fina. Todo en él conservaba un aspecto delicado.

—Vivía en Öxarfjörður —explicó Flóvent—. Cuando ella desapareció, Jónatan trabajaba en la región construyendo una carretera.

—No, no nombró a esa chica.

—¿Y qué pretendía al atacar a Rósamunda?

Hólmbert apagó el cigarrillo en un cenicero.

—Por lo que pude averiguar, Jónatan no soportaba el libertinaje. La «situación». La detestaba. La manera en que las mujeres frecuentan el trato con militares y cómo estos se rodean de ellas. Guardaba la peor opinión posible del asunto. Yo ya lo sabía porque muchas veces me habló de ello. De que era una depravación y una porquería. Se lo tomaba muy a pecho.

—¿Y castigó a Rósamunda por ello?

—Eso no lo sé, pero esa era su opinión —respondió Hólmbert—. Le estaría agradecido si pudiera evitar que mi nombre se viera involucrado en este asunto, no me siento del todo cómodo contando esto puesto que yo... debería haber hablado antes con ustedes. Éramos muy buenos amigos, ¿sabe? Jónatan y yo.

En ese momento, se abrió la puerta. El diputado apareció de nuevo y cerró con cuidado.

—Disculpe —le dijo a Flóvent—. ¿Le ha podido servir Hólmbert de alguna ayuda? Nos ha hecho usted llegar una trágica noticia. Ya he tomado medidas para contactar con su familia, en el norte. Supongo que, dadas las circunstancias, querrán que esto se mantenga en silencio, que se le entierre en privado, al pobre muchacho. ¿Hay algún impedimento para que así sea?

—Creo que no —contestó Flóvent—. Se les puede hacer entrega del cadáver cuando lo deseen, aunque la investigación seguirá adelante.

—¿Por qué seguirá adelante?

—Todavía tenemos pendiente hablar con sus más allegados, ensamblar mejor las piezas, confirmar algunos datos. Hólmbert ha resultado de gran ayuda en ese sentido.

—Comprendo que usted considere que tiene que realizar su trabajo, pero ¿no cree que los suyos tienen ya bastante que soportar sin necesidad de que ustedes les pregunten una y otra vez sobre este infortunio? Por lo que se desprende de sus palabras, todo parece estar bastante claro. Si usted lo desea, yo podría hablar con sus superiores acerca del seguimiento del caso.

—Bueno, no, es...

—Lo ocurrido atañe a mi hogar de una forma bastante directa —recalcó el diputado—. Espero que comprenda usted mi situación, no es precisamente buena y puede volverse más difícil si no se procede con la máxima cautela. El muchacho estaba aquí bajo nuestra responsabilidad por bondad de mi esposa y sus parientes, y me parecería lamentable que las consecuencias de sus acciones nos salpicaran a todos únicamente por haberle prestado nuestra ayuda. Como es evidente, sentimos una gran pena por él, por cómo se pervirtió, y por la joven que usted menciona, qué duda cabe, pero no se trata tanto de eso sino de cómo podemos procurar que el caso no cause

más sufrimiento de lo que ha hecho ya. Bastante tenemos con lo sucedido. ¿Entiende usted lo que quiero decir?

Flóvent pensó que el matrimonio había aprovechado bien el tiempo y tenía la sospecha de que esta era la razón por la que decidieron ausentarse un momento antes.

—Naturalmente, intentaré moderar mi forma de proceder —tuvo que asegurarle— y usted podrá hablar con mis superiores tanto como desee. Comprendo que para cualquiera que esté relacionado con el caso supondrá un duro trance y me dejaré guiar por ese sentimiento de comprensión, tal como he hecho hasta ahora.

—No me gustaría oír otra cosa —dijo el diputado—. Se trata de un caso sumamente delicado y la mejor manera de llevarlo es, a mi parecer, tratando con discreción todo cuanto ha ocurrido.

Sentado en su cocina en el barrio de Árbær, Konráð bebía vino tinto mientras pensaba en su visita a Magnús, en Borgarnes. Helena Eyjólfsdóttir cantaba «Borgin segur» y la melodía lo envolvía en un grato sosiego. Estaba cansado después de un largo día, tras conducir desde Borgarnes y haber hecho elucubraciones sobre el punto en el que estaba la investigación. Había hecho considerables progresos y estaba decidido a visitar al día siguiente al otro hermano, Hólmbert, el enfermo de alzhéimer, a pesar de que Magnús le advirtiera de que no le serviría de mucho. Estaba convencido de que uno de los últimos pasos que dio Thorson fue intentar ponerse en contacto con Hólmbert. Tras haber reconstruido los últimos días de la vida de Thorson, Konráð quería saber si llegó a conseguirlo.

Rósamunda sufrió una experiencia traumática, posiblemente en casa del diputado, y se negaba a ir allí mientras trabajaba en el taller de costura. El diputado estuvo de viaje en el norte durante la temporada en que Hrund desapareció. Ambas tenían una edad similar y a las dos su agresor les dijo que contaran que habían sufrido el misterioso ataque de unos elfos. ¿Cabía la posibilidad de que el diputado estuviera involucrado de algún modo en el caso? ¿Thorson había llegado a la misma conclusión? ¿Por qué, una generación después, continuaba escarbando en el caso? Según Petra, el anciano quedó sobrecogido al enterarse de que Rósamunda se negaba a ir al domicilio del diputado. Algo relacionado con los antecedentes del caso, con la investigación llevada en su momento, debía haberle causado aquella reacción. Probablemente él conocía el caso mejor que nadie y había conseguido atar algunos cabos que hasta ahora permanecían sueltos.

Konráð no sabía mucho acerca del diputado y consultó en Internet su carrera. Poco después de la proclamación de la República en Þingvellir en 1944, dejó la política y adquirió una empresa de importación que ya estaba en funcionamiento y era una de las más grandes del país. Se decía que supo aprovechar sus conexiones políticas durante los años del racionamiento, cuando las divisas escaseaban y las importaciones estaban sometidas a toda clase de limitaciones. Toda su vida fue una persona destacada entre los afiliados y afines de su partido hasta su fallecimiento, a una edad avanzada, a finales de los años setenta. La empresa pasó a manos de su hijo Hólmbert. Por lo visto, el diputado sentía más simpatía por él que por otros hijos suyos.

Habían encontrado su modo de hacer dinero en la vida y estaban contentos con ello, se decía Konráð mientras salía de la cocina para poner otro disco de Helena. De camino abrió una nueva botella de vino tinto y luego volvió a sentarse en la cocina, deleitando sus oídos con la dulce voz de la cantante. Miró por la ventana, orientada hacia el oeste, y contempló la puesta de sol sobre la ciudad mientras pensaba en cómo los conflictos internos relacionados con el dinero y las propiedades podían dividir a las familias y en lo lamentable que resultaba esa situación. Los hermanos Magnús y

Hólmbert, únicos descendientes del diputado que quedaban con vida, llevaban décadas sin dirigirse la palabra debido a disputas sobre cuestiones económicas. Aun después de que Hólmbert cayera gravemente enfermo, Magnús no veía ninguna razón para encontrarse con él, escudándose en la excusa de que ya era demasiado tarde.

Konráð buscó también información sobre Hólmbert en Internet. Averiguó que había dirigido la empresa honorablemente junto a su padre, haciéndola crecer y ampliando su radio de acción de forma que ahora tenía acciones en empresas de productos pesqueros, compañías aéreas y una cadena de material de construcción. Hólmbert cursó Derecho en la Universidad de Islandia pero no llegó a terminar la carrera. A finales de la guerra viajó a Estados Unidos y allí obtuvo una serie de permisos y estableció relaciones comerciales que le fueron de gran utilidad a la hora de consolidar la empresa. Su mujer vivía todavía, formaba parte de la junta directiva de la empresa y era conocida por sus labores humanitarias en Cáritas y la Cruz Roja. Hólmbert también participó temporalmente en política, incluso llegó al Parlamento, como su padre, y fue ministro durante dos gobiernos antes de volcarse por completo en la dirección de la empresa. Era miembro de honor en distintas organizaciones empresariales y el presidente le había otorgado algunas medallas honoríficas.

A comienzos de la primera década del siglo, el hijo del matrimonio tomó el relevo en la empresa. Por aquel entonces, Hólmbert ya tenía cierta edad y Konráð supuso que, además, ya habrían hecho aparición lapsos de memoria y otros síntomas de su enfermedad. Entonces le vino a la mente lo que Magnús le contó en Borgarnes sobre el viaje de su padre en el norte en la misma época en que se decía que la joven Hrund se había quitado la vida y se planteó una nueva pregunta que debería haberle realizado a Magnús pero que se le pasó por alto. Miró el reloj. Quizá no fuera demasiado tarde para llamar.

Encontró el número en Internet, cogió su móvil y lo marcó. Volvió a consultar el reloj y pensó que probablemente Magnús estaría durmiendo y su pregunta bien podía esperar hasta el día siguiente. Estaba a punto de colgar cuando alguien respondió al otro lado de la línea.

—¿Sí? —oyó decir a Magnús.

—Perdona que te llame a estas horas —dijo Konráð—. Espero no haberte despertado.

—¿Quién es?

—Soy Konráð, hoy te he hecho una visita. ¿Estabas dormido? Puedo esperar hasta mañana.

—¿Qué... por qué llamas?

—Es por un detalle en el que he estado pensando desde que nos despedimos.

—¿Sí?

—Me has dicho que tu padre se encontraba de viaje en el norte del país cuando desapareció la chica.

—¿Sí?

—¿Habló en alguna ocasión de algo relacionado con el caso, algo que escuchara allí en la región que tuviera que ver con la joven?

—No, no... salvo eso de los elfos, quizá.

—¿Eso te lo contó él?

—Sí, él y mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Sí, Hólmbert.

—¿Cómo conocía él el caso?

—Bueno, él estaba con mi padre cuando ocurrió. Ellos dos nos lo contaron. Luego, lógicamente, ya escuché más cosas cuando fui yo también a la región...

—¿Hólmbert también estaba en el norte cuando desapareció la chica?

—Sí, fueron juntos. Era el ojo derecho de mi padre y a veces se lo llevaba con él en viajes así. Tú me...

La comunicación se interrumpió y Konráð no escuchó lo que Magnús le decía.

—Perdona, no te he oído, mi móvil se está quedando sin batería, ¿podrías...?

—... y llamó aquí un hombre hace poco preguntando por lo mismo —explicaba Magnús—. Por Hólmbert y mi padre mientras estaban en el norte. Me has hablado de un hombre que tú pensabas que pudo visitarme. Creo que podría tratarse de ese hombre. El que llamó. Se me había olvidado.

—¿Quieres decir que Thorson, o sea, Stefán, te llamó por teléfono?

—Sí, el tal Stefán. Decía que estaba investigando algo en relación con aquella región del norte y unos sucesos extraños y entonces salió el nombre de esa chica en la conversación y le dije... me preguntaba sobre todo acerca de Hólmbert, por algún motivo que no llegué a entender.

—¿Y qué le dijiste?

—Lo mismo que a ti, que Hólmbert estuvo con mi padre en el norte. Quizá no fui del todo exacto cuando me hablaste de la tal Rósamunda. En casa conocíamos el caso porque un conocido y pariente lejano nuestro llamado Jónatan estaba involucrado en él de una manera que nunca nadie supo explicarme. No estaba bien hablar del tema, era un secreto de familia.

—¿Así que decidiste no darme esa información?

—No suelo hablar de esas cosas con desconocidos —dijo Magnús.

—¿Quién era Jónatan?

—Un estudiante universitario. Lo atropelló un coche y murió. Yo no lo conocía mucho, pero mi hermano Hólmbert y él eran amigos. Y ya no tengo nada más que contarte. Buenas noches.

Thorson recorría el camino a paso lento, pasando ante tumbas con cruces y lápidas, algunas medio hundidas en la tierra o bien torcidas o desgastadas por las inclemencias del tiempo. Estaban cubiertas de musgo y pertenecían a sepulturas tan antiguas que sus inscripciones, ya borrosas, apenas se podían leer. Las fechas se remontaban a comienzos del siglo anterior, a tiempos remotos. Thorson las miró y le pareció que había sobrevivido a la mayoría. Algunas eran de los tiempos de la guerra. Desde su regreso a Islandia, solía visitar con frecuencia el cementerio recorriendo en innumerables ocasiones aquel mismo camino hacia aquella sepultura. Antes caminaba más ligero, ahora le costaba más recorrerlo. Los años pasaban, cada uno similar al anterior, ya que en Islandia había encontrado la paz y el sosiego que tanto ansiara una vez terminada la guerra. Lo único que le sorprendía era su longevidad. Thorson se detuvo junto a la tumba. Se encontraba mejor que en otras ocasiones, como si por fin tuviera buenas noticias que comunicar, aunque supiera que llegaban ya con demasiado retraso.

A pesar de todo el tiempo transcurrido desde el suceso, Thorson nunca logró olvidarse de Jónatan y Rósamunda. Un día, mientras hojeaba los periódicos sentado a la mesa de la cocina, sus ojos dieron con un obituario dedicado a una mujer de la que se decía que estuvo empleada varios años en el taller de costura donde Rósamunda trabajaba cuando murió. Reconoció el nombre y recordó su cara al ver la fotografía que acompañaba el artículo. Decidió asistir al entierro. Se trataba de la amiga de Rósamunda. Flóvent y él habían ido a su casa y fue ella quien les habló de la violación. Thorson era consciente de que no quedaban muchas personas con vida que recordaran los hechos relacionados con el asesinato de Rósamunda, y su número se reducía con rapidez. Él mismo era ya muy mayor y sabía que pronto no quedaría nadie que conociera o se interesara por la aciaga suerte de la muchacha.

Cuando Thorson llegó a la iglesia esta estaba repleta de gente. Tomó asiento en los bancos del fondo. Después de que el sacerdote impartiera la misa desafinando y un coro mixto cantara himnos fúnebres, se ofreció un banquete mortuorio en la casa parroquial de la iglesia. Thorson se encontró allí con un viejo conocido del gremio de ingenieros. Habían trabajado juntos en la construcción de un puente en los arenales situados al este de Vík í Mýrdal cuando se cortó la carretera circular en 1974. Mencionaron a la difunta, que trabajó en el gabinete del ingeniero, y Thorson le explicó que la conocía de una época anterior, cuando aprendía el oficio en un taller de costura relacionado con la antigua investigación de un homicidio. El ingeniero se moría de curiosidad y Thorson le contó por encima el caso de Rósamunda y resultó que el ingeniero conocía a una mujer llamada Geirlaug que era buena amiga de la hija de la modista dueña del taller. El ingeniero no recordaba su nombre.

—Vaya —dijo Thorson—, ¿así que tenía hijos?

—Una hija única, creo —informó el ingeniero—. ¿No hubo algo turbio en torno a

aquel caso del Teatro Nacional? Geirlaug lo mencionó alguna vez.

—¿Turbio en qué sentido?

—No lo recuerdo bien.

—¿Algo que tuviera que ver con la modista?

—Sí, seguramente.

—Entonces, ¿Geirlaug llegó a hablar con ella de ese tema? —preguntó Thorson.

—Sí, o con su hija, creo.

Unos días más tarde, Thorson resolvió ponerse en contacto con Geirlaug para que le facilitara el nombre de la hija de la dueña del taller. Sin mayor problema la halló y esta le contó que la hija se llamaba Petra. A Thorson le entraron algunas dudas sobre si debía contactar con ella. Finalmente dio el paso y Petra lo recibió cordialmente, lo invitó a su casa y allí le relató lo que ni él ni Flóvent nunca llegaron a averiguar: que Rósamunda se negaba a llevar encargos al domicilio de Reikiavik de un diputado que más tarde habría tenido un papel fundamental, junto a su hijo Hólmbergt, a la hora de implicar a Jónatan en el asesinato y conseguir que Flóvent suspendiera la investigación.

El caso de Rósamunda llevaba acompañando a Thorson desde que este se despidiera de Flóvent, un día de lluvia a la orilla del puerto de Reikiavik. Lo siguió durante toda la guerra y también durante los primeros años de la posguerra, cuando él, finalizada la contienda, ya no pertenecía al ejército y estaba de vuelta en casa, en Canadá, donde vivió por un tiempo y terminó sus estudios de ingeniería. Thorson cumplió su sueño de construir puentes y, cuando falleció su padre tras un breve período ingresado en el hospital, decidió probar suerte y envió solicitudes de trabajo a Islandia. Le ofrecieron un puesto como ingeniero y volvió al país con el plan inicial de quedarse allí unos años y tratar de encontrar la paz interior tras los tiempos de guerra. Su madre había notado algunos cambios en él desde su regreso tras participar en los conflictos en Europa. Percibía en él tristeza, ansiedad y tensión, algo que no era normal en su hijo. Thorson nunca hablaba mucho sobre su participación en las batallas, decía que no era nada de lo que vanagloriarse. No obstante, le otorgaron una medalla del ejército canadiense en honor a su valentía, aunque él decía no ser ningún héroe y que los compañeros caídos y que tanto echaba de menos eran, mucho más que él, los auténticos héroes.

—¿Qué vas a hacer en Islandia? —le preguntó su madre que, más que otra cosa, intentaba disuadirlo de su viaje.

—Me encuentro bien allí —contestó Thorson.

—¿Crees que volverás aquí algún día?

—Supongo. Ahora siento que tengo la necesidad de volver allí. Encontrar de nuevo aquella calma. Apartado del mundo. Creo que me podría ir bien.

—¿Seguro que no te lo quieres pensar mejor? —miraba con pena a su hijo mientras este se hacía la maleta.

—Creo que no —respondió Thorson—. He recordado mucho a Islandia desde que

me fui y me gustaría ver el país de nuevo.

—¿Es esa chica de la que me hablaste? ¿Crees que tienes que hacer algo más por el caso? ¿Por eso quieres marcharte?

Thorson le había contado a su madre el caso de Rósamunda una tarde en la que se encontraba desmoralizado y quería apartar su mente de la guerra. Desde su marcha de Islandia se acordaba a menudo de los años en Reikiavik, cuando trabajaba para la Policía Militar y colaboraba con Flóvent. Recordaba el final inconcluso de su última investigación y se devanaba los sesos pensando en su desenlace y en si podrían haber actuado de otro modo. Nunca pudo quitarse del todo ese pensamiento de la cabeza porque se culpaba a sí mismo de lo sucedido. Debería haber vigilado mejor a Jónatan. Debería haberse percatado de la situación en que el muchacho se encontraba y haber reaccionado en consecuencia. Sabía que Flóvent se sentía aún peor que él. Sobraban las palabras al respecto.

Dos días después de la trágica muerte de Jónatan, los antiguos compañeros de pesquisas se encontraron en la orilla del puerto de Reikiavik. Thorson se disponía a abandonar el país. Flóvent quería despedirse de él. Le contó con todo detalle la visita al diputado y le dijo que, probablemente, la investigación del caso ya no proseguiría. Thorson tenía poco que añadir. Vio lo afligido que se encontraba Flóvent y comprendió lo poco que le importaba a su amigo que no lo fueran a penalizar por haber cometido un error en su trabajo. El diputado se había encargado de asegurar a las autoridades policiales que no habría repercusiones por parte de la familia de Jónatan con relación a lo sucedido.

Los dos amigos se dieron la mano bajo un gélido torrente de lluvia islandesa y prometieron volver a encontrarse tras el fin de la guerra. Apenas podían oírse. El puerto estaba pletórico de actividad, junto a ellos pasaban filas de militares y sus palabras quedaron ahogadas entre gritos, estruendos y los pasos de los soldados con sus armas.

—No —respondió Thorson a su madre mientras cerraba la maleta—. Tengo que ir... siento que necesito cambiar de aires. Aquí no me encuentro en paz. Me resulta difícil de explicar, pero en el momento en que peor estaban las cosas, en el punto álgido de las batallas, cuando estas eran más feroces que nunca y la muerte estaba presente en cualquier rincón, pensaba en Islandia. Pensaba en la calma. Ese país está envuelto en una extraña serenidad y en un silencio que siempre he deseado volver a sentir.

Una de las primeras cosas que hizo Thorson al regresar a Islandia fue buscar a Flóvent. Recordaba dónde estaba su casa, en el oeste de la ciudad. Un día fue hasta allí, llamó a la puerta y enseguida reconoció a su padre, que salió a la puerta. Una vez habían estado juntos en la esquina del Pasaje de las Sombras. Se saludaron y el hombre lo invitó a pasar, lo recordaba por ser el compañero de trabajo de Flóvent. El

anciano le contó que ya no valía para ningún trabajo, era demasiado mayor. Tuvo que dejar el puerto e iba tirando con una especie de subvención municipal.

—¿No mantuviste el contacto con mi hijo? —preguntó el hombre cuando supo el motivo de su visita.

—No, por desgracia. Queríamos vernos de nuevo después de la guerra, pero nuestro encuentro se fue retrasando. Pensé en escribirle, pero no llegué a hacerlo nunca.

—Entonces, ¿no te han llegado noticias?

—¿Noticias de qué?

—Es triste que tengas que enterarte de esto así, pero mi querido Flóvent falleció. Hace unos dos años.

—¿Que está muerto?!

—Dejó de trabajar en la policía algo después de aquel caso vuestro, consiguió trabajo como funcionario administrativo, en Hacienda, y trabajó allí hasta que ingresó en el hospital.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo...?

—Llevaba un tiempo con dolores de estómago, aunque no les hacía mucho caso. Más tarde se supo que tenía cáncer. —El anciano se frotó los ojos con la mano—. Tuvo una muerte terrible. Una muerte absolutamente terrible, pobre hijo. Está enterrado en el cementerio de Suđurgata. No muy lejos de su madre y su hermana.

—No lo sabía —se lamentó Thorson—. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias. Así fueron las cosas. Pobre hijo mío.

—Yo..., esto es lo último que me esperaba, si he de serte sincero.

—Nadie conoce su futuro, por supuesto que no.

Thorson no sabía qué decir y el padre de Flóvent se quedó absorto en sus pensamientos. Así permanecieron un largo rato, en medio de un silencio que solo rompía el goteo de un grifo en la cocina cada vez que una gota caía sobre el fregadero.

—¿Hablabas contigo alguna vez sobre el caso de la joven que fue hallada en el Teatro Nacional? —preguntó Thorson finalmente.

—Rara vez lo hacía. Creo que evitaba ese tema. No quería pensar en eso. Por su manera de actuar, me daba la sensación de que aquello no llegó a cerrarse del todo, pero él no sabía qué más podía hacer al respecto.

—¿Qué es lo que no llegó a cerrarse?

—No lo sé. Me daba cuenta de que no estaba satisfecho con el desenlace del caso. Supongo que tenía que ver con el accidente que sufrió vuestro prisionero.

—Sí, aquello no terminó bien.

—Eso decía él. Siempre me pareció que mi querido Flóvent había envejecido antes de tiempo, y creo que fue por aquel maldito caso.

—Fue una investigación difícil.

—Le afectó amargamente. Creo que nunca estuvo del todo contento con la

solución que encontrasteis y estoy convencido de que incluso quería retomarlo antes de fallecer. Pero, claro, nunca recibiste su carta.

—¿Su carta?

—Te escribí, pero le devolvieron la carta. No sabía adónde enviarla, así que la remitió a tu división, pero no sirvió de nada. Tiene que estar aquí, por algún lado. La encontré entre sus cosas después de su muerte.

El hombre entró en su dormitorio y volvió con un sobre dirigido a Thorson que le entregó. Thorson lo abrió y leyó la carta.

Reikiavik, 13 de diciembre de 1947

Querido Thorson:

Espero que esta misiva llegue a tus manos. No sé si sigues vivo ahora que ha concluido la guerra, pero quería hacer el intento de averiguarlo.

En los últimos años he pensado mucho en ti y en nuestra colaboración. No sé si te he agradecido suficientemente tu ayuda, disposición y apoyo, y me gustaría hacerlo ahora.

Solo puedo tratar de imaginarme las calamidades que tienes que haber sufrido durante la contienda. He leído mucho sobre la invasión en Normandía y creo hacerme a la idea, si bien solo superficialmente, de la batalla que habrás visto ante tus ojos.

Nuestro último caso no abandona mi mente ni un solo momento. Creo que alcanzamos la conclusión correcta, pero en ocasiones me invade la sospecha de que pudimos haberlo hecho mejor. Posiblemente debimos estudiar el caso desde otra perspectiva. Puede que esta carta no sea sino la voz de mis remordimientos por lo que le sucedió a aquel muchacho. Me ha costado asumir cómo terminó todo. Naturalmente, su familia del norte no salía de su estupor tras escuchar la noticia sobre Jónatan, pero no nos culpó de lo ocurrido una vez que conoció todos los detalles.

Nuestro principal testigo y punto de apoyo en todo esto ha sido el hijo del diputado, Hólmber. Ha confirmado todas nuestras sospechas sobre Jónatan, lo cual debería reconfortarme. Pero de alguna manera no me quedo tranquilo.

En fin, camarada, te agradecería si pudieras enviarme, aunque fuera una sola línea, para hacerme saber cómo te encuentras. Me haría sentir mejor.

Tu amigo,
FLÓVENT

Thorson miró la tumba de su viejo amigo, se persignó y rezó una pequeña plegaria. El padre de Flóvent yacía un poco más adelante y, al otro lado de su tumba, se hallaba una de las fosas comunes excavadas durante la epidemia de gripe española que arrasó el país. Thorson sabía que allí, bajo tierra, yacían la madre y la hermana de Flóvent.

«Descanse en paz», se leía en la lápida de Flóvent, y Thorson sabía que si en algún sitio cobraba sentido aquel ruego, era en esa lápida.

Thorson averiguó que Hólmbert se encontraba internado en una residencia de ancianos de la ciudad y salió hacia allí tras visitar el cementerio. Pensó para sí que no conocía de nada a Hólmbert, que jamás lo había visto. Sin embargo, sí recordaba bien el nombre porque, según afirmaba Flóvent, prestó una gran ayuda a la hora de despejar algunas incógnitas acerca de la relación entre Jónatan y Rósamunda y, de hecho, su testimonio resultó determinante a la hora de, en la medida de lo posible, cerrar el caso.

Thorson cogió un autobús que le venía de perlas porque tenía una parada cerca del cementerio y otra prácticamente al lado de la residencia. Ya no conducía. La velocidad en las calles le sobrepasaba, la impaciencia de los conductores, el denso tráfico. Lo más cómodo para él era desplazarse en autobús y lo hacía muy a menudo a no ser que hiciera mal tiempo. En ese caso, prefería coger un taxi.

Apenas llevaba pasajeros y de camino pensó en la visita a Petra, la hija de la modista, en la aparición de Hólmbert en el caso y en la conversación telefónica con Magnús, el anciano de Borgarnes. Poco a poco iba reconstruyendo aquel rompecabezas dentro de su cerebro. Hechos que hasta entonces desconocía. Hechos que se les ocultaron deliberadamente a Flóvent y a él. Hechos que alguien consideró adecuado permitir que se perdieran sin dejar rastro. Thorson pensó en la carta de Flóvent. Las últimas palabras resonaban en su mente mientras traspasaba la puerta de la residencia; «de alguna manera no me quedo tranquilo», dejó escrito.

Le indicaron en qué habitación se alojaba Hólmbert, llamó al ascensor y subió a la planta correspondiente. No le había comentado a Birgitta nada acerca de sus indagaciones y sospechas, no quería darle un disgusto ni que se preocupara por él. Además, quería esperar y comprobar qué información podía sacar a la luz antes de ponerse a parlotear sobre algo que quizá no se correspondía con la realidad. En su momento, durante la investigación del caso, nunca se supo que Rósamunda se hubiera negado a ir a casa del diputado o que este y su hijo se hallaran en el norte en la misma época en la que Hrund desapareció. La policía nunca tuvo acceso a aquella información de capital importancia que hubiera permitido abordar el caso desde un ángulo completamente nuevo.

Thorson encontró la habitación y en ella vio a un hombre de su edad acostado en una cama, rodeado de fotografías de seres queridos, dibujos de niños pequeños y flores en jarrones de cristal.

—¿Hólmbert? —preguntó entrando en la habitación—. ¿Eres tú?

El hombre no le respondió ni reaccionó de ningún modo. Estaba tumbado boca arriba cuan largo era, con los ojos abiertos y mirando hacia el techo, aunque parecía estar durmiendo.

—Perdona que te moleste de esta manera pero...

Calló de repente cuando un empleado de la residencia entró y lo saludó. Llevaba

una bandeja con medicinas y un vaso de agua. Levantó al hombre de la cama y le ayudó a tragarse los medicamentos.

—Estoy en la habitación correcta, ¿verdad? —preguntó Thorson—. ¿Es este Hólmbert?

—Sí —contestó el empleado—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Es la primera vez que lo visito.

—¿Y pretendes hablar con él? Hólmbert está muy enfermo. Apenas reacciona cuando vienen a verle.

—Ah, no me había dado cuenta. ¿Alzhéimer?

—¿Eres pariente suyo?

—Un viejo conocido. Llevábamos muchos años sin estar en contacto. Entonces, ¿no sirve de nada hablar con él?

—Puedes hacerlo, pero no esperes ninguna respuesta por su parte —informó el empleado, y a continuación pasó a la siguiente habitación con su bandeja de medicamentos.

Thorson cerró la puerta y se sentó junto a la cama de Hólmbert. Sintió compasión hacia él por el triste final de su vida y, aunque no fuera a servir de mucho o de nada, sintió el impulso de explicarle la razón de su visita.

—Me llamo Thorson —explicó—. En los viejos tiempos tenía un amigo llamado Flóvent. Ambos investigábamos el homicidio de una joven que se cometió aquí, en Reikiavik, durante la guerra. Se llamaba Rósamunda y trabajaba en un taller de costura del que tu familia era cliente. La muchacha llevó un encargo a vuestro domicilio y, de pronto, se negó a llevar más. Supimos que pocos meses antes de su asesinato había sido violada y que su agresor le dijo que culpaba a los elfos de lo ocurrido.

Sin moverse lo más mínimo, Hólmbert continuaba mirando fijamente hacia el techo con sus ojos pequeños y apagados.

—Tres años antes, una joven de Öxarfjörður llamada Hrund contaba la misma historia sobre unos elfos que la atacaron —continuó Thorson—. Vivió un terrible tormento y poco después desapareció. Posiblemente se quitó la vida. Cabe la posibilidad de que sufriera algún accidente. Nunca hallaron su cuerpo. También puede ser que alguien la asesinara y que en ello se viera involucrado un hombre de alto rango procedente de Reikiavik que se encontraba de viaje en la zona en la misma época en la que ella se lamentaba del asalto de los elfos.

Thorson se acercó a Hólmbert.

—¿Puedes decirme algo al respecto?

Hólmbert no respondió.

—¿Te habías ido ya de la zona o todavía estabas en Öxarfjörður cuando desapareció?

El hombre permanecía estático, tumbado en la cama.

—Las historias sobre los elfos son el nexo de unión entre las dos chicas —

continuó Thorson—. Eran relatos muy similares. Flóvent y yo dimos con un sospechoso de asesinar a Rósamunda. Prácticamente nos lo confesó. Se llamaba Jónatan. Estaba emparentado con vosotros. Tú ayudaste a mi compañero Flóvent a resolver el caso, contribuiste a cerrar la investigación y acusaste a tu amigo sin titubear. Todo estaba listo y dispuesto. El hecho de alegrarnos por haber encontrado la solución nos predispuso a aceptarla. Cometimos un error. Jónatan falleció cuando estaba bajo nuestra custodia. Quizás en lo más hondo de nuestro interior entendimos su muerte como una especie de castigo por lo que podía haberle hecho a Rósamunda, y nos dijimos que no debíamos sentir aquellos terribles remordimientos debidos a nuestra imprudencia, que causó su fallecimiento. La información que nos facilitaste nos cayó como agua bendita. Tu declaración no pudo llegar en mejor momento.

Hólmbert comenzó a moverse y, de pronto, volvió la cabeza en dirección a Flóvent.

—Creo que fuiste tú —declaró Thorson mirándolo a los ojos—. Tú fuiste el asesino de Rósamunda y tú arruinaste la vida de Hrund y posiblemente provocaste su muerte. Todavía no sé si permanecías en la región cuando ella desapareció, pero voy a averiguarlo. Sacaste la idea de los elfos de tu amigo Jónatan. Él era un experto en la materia. Por eso pensamos que él era el culpable. Pero fuiste tú. Le oíste muchas veces explayarse acerca de las creencias populares, hablar sobre elfos y seres ocultos. De ahí sacaste la idea. Lo voy a hacer público. Jónatan era un hombre inocente cuando lo arrestamos. ¡Era inocente!

Hólmbert miró fijamente a Thorson. La comisura de sus labios comenzó a temblar, sus ojos descoloridos se llenaron de lágrimas y los músculos de su cara se contrajeron como si quisiera decir algo. Sus pálidos labios dibujaban palabras, pero de él solo se escapó un suspiro inaudible.

—¿Qué? —preguntó Thorson—. ¿Qué?

Hólmbert ponía todo su empeño en hablar.

—Ró... samund... —susurró.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación.

Konráð dejó el coche junto a la residencia. Había estado llamando a varias instituciones parecidas en el área capitalina hasta averiguar en cuál se encontraba Hólmbert. No tenían a ningún otro anciano de aquella edad tan avanzada con ese nombre. Konráð explicó que era un conocido de fuera de Reikiavik que quería visitarlo y habló un momento con una mujer que trabajaba en la residencia. Ella conocía un poco a Hólmbert, era bastante parlanchina y le contó que estaba cada vez peor, que había decaído, sobre todo en las últimas semanas, así que se podía decir que estaba ya en otro planeta y, de hecho, necesitaba cuidados continuos, pues no se valía por sí mismo. Lo tenían bien atendido. La mujer animó a Konráð a visitar a Hólmbert, las visitas así eran siempre bien recibidas a pesar de que, evidentemente, el enfermo quizá no se percatara de ellas. En la mayoría de los casos, sus parientes apreciaban, no obstante, un gesto así. Konráð preguntó si Hólmbert recibía muchas visitas, pero la mujer le dijo que la mayoría de sus amigos ya estaban muertos y que su familia no era muy numerosa.

Konráð entró en el vestíbulo de la residencia y en el mostrador de información le hicieron saber que Hólmbert se encontraba en la cuarta planta. El ambiente allí era similar al de la residencia donde se encontraba Vigga. Los empleados andaban ajetreados mientras los enfermos caminaban lentamente, unos sin ayuda y otros con andadores, unos vestidos y otros en bata. En las habitaciones unos enfermos dormían mientras que otros leían o escuchaban la radio y miraban a Konráð cuando este pasaba por delante.

Hólmbert no estaba en su habitación y cuando Konráð preguntó por él, le informaron de que se encontraba en la sala de estar. Lo llevaban allí por las mañanas en silla de ruedas y él se entretenía viendo lo primero que pusieran en la televisión. Konráð preguntó si dependía de la silla de ruedas y le explicaron que ahora ya prácticamente casi siempre. También quiso saber si pudo haber salido del hospital recientemente y le confirmaron que llevaba al menos dos meses sin hacerlo.

—Me temo que su enfermedad se encuentra en un estadio muy avanzado, pobre —se compadeció la enfermera.

Konráð encontró por fin a Hólmbert en la sala de estar, donde este seguía con atención los dibujos animados de la pantalla sentado en su silla de ruedas. La imagen no tenía sonido, por lo que Hólmbert se limitaba a mirar los dibujos y parecía divertirse con ello. Llevaba unas alpargatas y un grueso batín a cuadros azules que dejaba asomar sus piernas, cadavéricas y raquíticas. Le quedaban algunos mechones de pelo descolorido en la cabeza y en su rostro despuntaba una barba de varios días. Sus ojos pequeños habían perdido el color, como su pelo; sus mejillas estaban chupadas y sus labios, invisibles, rodeaban una boca arrugada y fruncida. Ni siquiera miró a Konráð cuando se sentó junto a él en una silla.

—¿Hólmbert? —dijo Konráð.

El hombre no le respondió y continuó mirando el televisor sin inmutarse.

—¿Hólmbert? —repitió.

Hólmbert seguía sin mirarlo, con los ojos clavados en la televisión.

Konráð solo conocía por encima la enfermedad de alzhéimer, aunque se informó cuanto pudo sobre ella en Internet. Sabía que se trataba de un trastorno cerebral que afectaba primero a la memoria a corto plazo y más adelante a la de largo plazo. La enfermedad evolucionaba con el tiempo hacia pérdidas de capacidad cognitiva, era incurable, aunque existían nuevos fármacos que mitigaban su intensidad, y podía causar la muerte del paciente en menos de una década. Poco a poco, el trastorno hacía que el paciente quedara desvalido y terminara perdiendo el habla. En especial, la enfermedad afectaba moralmente a los familiares, que debían ver cómo un ser querido, sano y fuerte, caía en las garras de un deterioro psíquico y físico.

—Me gustaría saber si podría preguntarte sobre un antiguo caso que se remonta a los años de la guerra —dijo Konráð—. De hecho, guarda relación con dos chicas. Una de ellas se llamaba Rósamunda. La otra, Hrund. ¿Recuerdas esos nombres?

Hólmbert no reaccionó. Continuó viendo la televisión como si se encontrara a solas en la habitación.

—¿Hólmbert? ¿Te acuerdas de Rósamunda? ¿Te acuerdas de una joven llamada Rósamunda que trabajaba en un taller de costura?

Los dibujos animados terminaron y comenzaron otros. Konráð vio que un hombre caminaba deprisa por el pasillo en dirección a la sala de estar. Estimó que tendría más de cincuenta años. Llevaba un traje oscuro, era delgado y atractivo. Konráð lo observó mientras se acercaba y pensó que entraría en alguna habitación pero, en su lugar, entró precipitadamente en la sala de estar y le preguntó con cierta brusquedad quién era él.

—Abajo me dijeron que mi padre tenía una visita, ¿quién eres?

—Me llamo Konráð. —Se levantó con la mano extendida para saludar al hombre. Se dieron un breve apretón de manos.

—¿Y con qué motivo visitas a mi padre? ¿De qué lo conoces?

—A decir verdad no lo conozco —respondió Konráð—. ¿Eres...?

—Soy su hijo. Me llamo Benjamín. Entonces, ¿qué haces aquí si no lo conoces?

—Quería saber si había recibido recientemente la visita de un hombre llamado Thorson. También puede que utilizara el nombre de Stefán Þórðarson.

—¿Thorson? ¿Stefán?

—Sí, aunque, por lo que veo, tu padre no podrá servirme de mucha ayuda. Te doy mis condolencias. Es una enfermedad muy dura.

—Gracias. Lo es.

—¿Sabes si el hombre del que te hablo, Thorson, vino a visitarlo?

—¿Thorson? No, no tengo conocimiento de ello. Puede ser que lo hiciera sin que yo lo supiera. Mi padre contaba con muchos amigos y no los conozco a todos.

—No, claro. Estoy examinando un antiguo caso judicial de la época de la

Segunda Guerra Mundial y pensé que quizás él podría darme alguna información al respecto. Aunque, seguramente, es imposible.

—Ya no tiene sentido preguntarle nada. No sirve de nada hablar con él.

—¿Puedo preguntarte si conoces el caso?

—¿De la Segunda Guerra Mundial?

—Sí —contestó Konráð—. Una chica que fue asesinada, se llamaba Rósamunda.

—En mi familia conocemos el caso —admitió Benjamín—. Pero no llego a entender en qué te atañe a ti.

—Yo trabajaba para la Policía Judicial, pero ahora estoy retirado. Me pidieron que reuniera información sobre Thorson, o Stefán. Seguramente habrás visto noticias sobre él en los medios de comunicación, lo hallaron muerto en su domicilio y se baraja la posibilidad de que alguien lo asfixiara.

Benjamín asintió con la cabeza.

—Lo he visto en las noticias.

—Sé que Thorson habló con tu tío, Magnús, el que vive en Borgarnes. Lo que salió a la luz en su conversación hizo que, probablemente, Thorson viniera a encontrarse con tu padre no hace mucho. Tengo la firme sospecha de que Thorson vino aquí, a la residencia, para verse con él.

—No tengo conocimiento de ello.

—¿Y tú?

—¿Qué ocurre conmigo?

—¿Te encontraste con Thorson?

—No.

—¿Estás seguro?

—¿Que si estoy seguro? ¿Es que tienes algún motivo para cuestionar lo que digo? —Konráð se encogió de hombros—. ¿Por orden de quién estás aquí realmente?

—Estoy colaborando con la policía, ya te lo he dicho. Puedes llamar a la jefa de guardia de la Policía Judicial. Se llama Marta y te lo puede confirmar.

—Si quieres puedes probar a preguntar a los empleados sobre ese Thorson —recomendó Benjamín—. Posiblemente se acuerden de él. Yo no lo vi. Por otra parte, hace décadas que Magnús no se pone en contacto con mi padre y no sé hasta qué punto te puede resultar una fuente fiable. Rompieron del todo sus relaciones y no me costaría creer que Magnús quisiera desacreditar a mi padre.

—¿Quieres decir que Magnús cuenta mentiras sobre Hólmbergt?

—Lo último que pretendo hacer es hablar de nuestros asuntos familiares con un absoluto desconocido —afirmó Benjamín—. Y, si no te importa, me gustaría sentarme tranquilamente junto a mi padre.

—Desde luego —se excusó Konráð—, y perdona las molestias. Solo una cosa más: has reconocido enseguida el caso de Rósamunda, ¿puedo preguntarte por qué?

—Si te lo cuento, ¿nos dejarás tranquilos?

—Por supuesto.

—Nuestros parientes más cercanos sí conocieron la suerte que corrió Rósamunda, pero no así muchos de los que no pertenecían a la familia —explicó Benjamín sin intentar disimular su impaciencia—. La policía dio enseguida con el hombre que la asesinó. Se llamaba Jónatan y era un amigo de la familia. La noticia nos afectó sobremanera, como te podrás imaginar. Jónatan murió en manos de la policía, en un momento dado se les escapó y lo atropelló un coche. Fue algo trágico, tanto el hecho de que le hubiera causado la muerte a la chica, evidentemente, como lo que le ocurrió a él. Mi abuelo, que era diputado y tenía bastante influencia, movió las piezas necesarias para que no se difundiera la noticia. Habló personalmente con los padres de la muchacha y les explicó los inconvenientes que podría causar aquella desgracia. No sabemos cómo dieron con aquel desgraciado. Mi abuelo se encargó de asegurarse de que no existiera ningún motivo por el que nuestra familia se viera metida en un escándalo.

Konráð escuchó con atención sus palabras sobre Jónatan y aquel silenciamiento, y entendió por qué motivo era imposible encontrar cualquier cosa relacionada con el caso en los documentos policiales. La policía debía haber estado muy segura de su acusación ya que aceptó que el crimen de Rósamunda quedara resuelto de aquella manera. O bien el diputado mostró la suficiente autoridad como para que el tema se cerrara con discreción.

—Creo que el tal Thorson del que te hablo —dijo Konráð— recibió alguna información nueva sobre tu padre. Él se encargó de la investigación en su día, trabajaba aquí, en la Policía Militar, y no se lo pudo quitar jamás de la cabeza porque tal vez le parecía que nunca había quedado cerrado del todo. ¿Conoces la historia de una chica llamada Hrund que vivía en Öxarfjörður?

En ese instante, escucharon un sonido procedente del anciano y miraron hacia él.

—¿... ósamu...?

Ambos miraron fijamente a Hólmbert. Continuaba contemplando los dibujos animados, pero era evidente que intentaba decir algo. Estaba inmerso en su propio mundo, no se había dado cuenta de la presencia de su hijo y todavía sabía menos de la existencia de Konráð.

—¿... ós... am... un? —oyeron que susurraba con voz ronca hacia el televisor.

—Papá, soy yo, tu hijo, Benjamín.

Hólmbert no se inmutó y continuó con la mirada fija en la televisión.

—¿Hólmbert? —preguntó Konráð—. ¿Me oyes?

El anciano seguía sentado sin moverse, como si los dos hombres de la habitación no tuvieran nada que ver con él.

—¿Qué intentaba decir? —preguntó Konráð.

—No lo sé. Deberías marcharte.

—¿No te ha parecido que decía...?

—Podría ser cualquier cosa —le interrumpió Benjamín. Se le había agotado la paciencia—. ¿Puedo pedirte que lo dejes en paz? Es... te rogaría que nos dejaras

solos.

Se situó junto a la puerta de la sala de estar.

—Si fueras tan amable de salir.

Konráð decidió ceder.

—Faltaría más, perdona las molestias, no quería incordiaros —dijo mientras salía hacia el pasillo y escuchaba el portazo a sus espaldas.

Ya fuera de la residencia sacó su móvil y llamó a Marta.

—¿Qué ocurre ahora? —quiso saber esta.

—¿No tenías unas grabaciones de las cámaras de seguridad cercanas a la casa del viejo Stefán?

—Sí, tengo las grabaciones, pero no valen para nada.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos qué estamos buscando. Solo hay gente que viene y va y que no sé quién es.

—Déjame echarles un vistazo.

—¿Qué has descubierto?

—No lo tengo claro, pero necesitaría verlas. Al menos sé lo que estoy buscando.

—Entonces date prisa en venir —pidió Marta—. Me quiero ir a casa.

A Konráð no le resultó fácil convencer a Benjamín para que se encontrara con él en la parte trasera del Teatro Nacional para hablar sobre todo lo relacionado con su padre y su vínculo con Rósamunda. Al principio, Benjamín se negó en redondo, dijo que no tenía tiempo para ocuparse de eso y le pidió que los dejara tranquilos a él y a su familia. La idea del Teatro Nacional le parecía inaudita. Aseguró que no le interesaba aquel intento dramático de Konráð de atacar a su familia. «Lo que ocurrió en el pasado, pertenece al pasado», zanjó. Hacía décadas que la policía encontrara al asesino y diera por resuelto el caso de Rósamunda, así que no veía ninguna razón para interesarse por historias dudosas y conjeturas disparatadas.

Konráð le explicó a Benjamín que aquel asunto no tenía que ver únicamente con Rósamunda, sino más bien con una nueva información surgida sobre el destino fatal de Thorson. Quería hablar con él sobre ciertos detalles. Añadió que el que acudiera a la cita o no carecía de importancia, el caso proseguiría su curso igualmente; por parte de Konráð, podía darse por cerrado.

—¿Se lo has comunicado a la policía? —preguntó Benjamín tras un breve silencio.

—No de forma oficial —contestó Konráð—. Todavía tengo que entregarles el informe definitivo.

Benjamín aseguró que no quería tener nada que ver con él, colgó el teléfono y Konráð apagó su móvil. Sentado en su coche, detrás del Teatro Nacional, miraba el hueco del portal donde Rósamunda fue hallada, sola y abandonada, cuando el mundo estaba en guerra y el Teatro Nacional servía de centro de aprovisionamiento para el ejército. Estaba estacionado en Lindargata, a escasa distancia del Pasaje de las Sombras. Apenas había movimiento en la zona. Un gato negro cruzó la calle furtivamente y se metió disparado en el jardín de una casa. Una pareja de enamorados paseaba por la acera y desapareció en dirección a Arnarhóll.

Konráð bajó del coche, caminó en dirección al teatro y miró hacia las alturas de sus muros decorados con obsidiana, donde unas columnas de basalto hacían referencia a la nación y a su pasado. Al abrigo de sus muros negros y gruesos se ponía en escena la existencia del hombre para diversión de los espectadores; dramas y comedias a partes iguales, como en la vida misma. La diferencia radicaba en que, al bajar el telón, la representación terminaba y el público se marchaba a casa. En la vida real la función no tenía fin.

Tres cuartos de hora más tarde Konráð decidió dejar de esperar y poner rumbo a casa sin ninguna esperanza de que Benjamín se dejara ver. Abrió la puerta del coche para entrar en él cuando, de pronto, se dio cuenta de que un hombre estaba parado en la esquina del Pasaje de las Sombras y miraba en su dirección.

—¿Benjamín? —gritó Konráð.

El hombre cruzó la calle y Konráð vio que, efectivamente, se trataba de él. Al

menos había conseguido despertar su curiosidad.

—¿Por qué me has llamado para que venga hasta aquí? —dijo Benjamín—. ¿Qué significa esto?

—Gracias por venir.

—No me has dado otra alternativa.

—¿Vienes alguna vez a este lugar? ¿Por lo que ocurrió?

—Voy alguna vez al teatro, si te refieres a eso. No sé qué otra razón tendría para venir ni por qué debería tener algo que hacer aquí. Desconozco qué estás buscando. Lo que pasó no tiene nada que ver conmigo o con mi familia.

—Sin embargo, has venido.

Benjamín no respondió. El Teatro Nacional estaba iluminado por pequeños focos que proyectaban sus siluetas sobre un muro lateral, como si fueran participantes de una extraña obra de sombras chinescas.

—Me crie en este barrio —explicó Konráð—. En estas calles. Entre estas casas. Fue aquí donde oí hablar de Rósamunda por primera vez. Que la encontraron ahí, en el hueco de ese portal. El caso me afectaba directamente, por eso quizás estoy tan obsesionado con él. Una vez se celebró en mi casa una sesión de espiritismo sobre Rósamunda a la que asistieron sus padres. Estaba de moda desenterrar huesos y los médiums estafadores vieron una oportunidad, pero esa es otra historia. No sé cómo ni por qué, pero el médium le mencionó a mi padre la existencia de otra chica que sufría. Estaba directamente conectada con la historia de Rósamunda. Ahora, hace poco, una anciana vecina del barrio de las Sombras me habló de Hrund. Si hubiera de creerme lo que sucedió en la sesión de espiritismo, cosa que no hago, pensaría que la chica que nombró el médium era, en efecto, ella.

—Decías que contabas con una información nueva —recordó Benjamín—. ¿Es esta? ¿Eso es todo? ¿Sesiones de espiritismo? ¿Una antigua superstición?

Konráð sonrió.

—Me dijiste que no llegaste a encontrarte con Thorson en la residencia. Creo que se dirigió allí tras averiguar que tu padre se encontraba en el norte cuando Hrund desapareció. Le pareció un dato importante, algo que en su día no tuvo en cuenta y de lo que se arrepentía. Por eso quería encontrarse con tu padre y tratar de sacar a la luz la verdad.

—¿Y eso qué tiene de nuevo? ¿Me has traído hasta aquí por eso?

—¿Fuiste a casa de Thorson después de que él se viera con tu padre?

—No.

—¿No te dijo que quería llegar hasta el final del caso y que reanudaría la investigación? ¿Que haría que se llamara la atención sobre ello?

—No he hablado nunca con ese hombre —aseguró Benjamín.

—¿Y si te dijera que poseemos grabaciones de cámaras de seguridad próximas al domicilio de Thorson que demuestran que estabas allí en el momento en que lo agredieron?

—¿Cámaras de seguridad? ¿De qué estás hablando? —preguntó Benjamín tras un breve silencio.

—Cruzaste el patio del colegio a toda velocidad después de tu visita a Thorson —afirmó Konráð—. Pasaste por delante de la puerta de un banco de camino a su casa. De hecho, entonces no ibas tan rápido. Las horas encajan. Te encontraste con él hacia el mediodía. De algún modo conseguiste engañarlo. Tranquilizarlo. Quizá fingiste marcharte. Dejaste el cerrojo de la puerta abierto y volviste a entrar cuando él se acostó. No sé cómo, pero de alguna manera te las apañaste para cogerlo desprevenido.

—Eso es una sarta de estupideces.

—Aparcaste a cierta distancia de su casa. ¿Ya tenías claro lo que ibas a hacer antes de llamar a su puerta?

—No tengo nada más de que hablar contigo —espetó Benjamín.

—Tu abuelo sentía mayor estima por Hólmbergt que por otros hijos suyos y le aseguró la empresa. ¿Sabía cómo era su hijo? ¿Qué tipo de monstruo era?

—Mi padre no es ningún monstruo —se defendió Benjamín—. Es un hombre muy enfermo que merece morir en paz.

—No como Thorson. —Benjamín miró fijamente a Konráð—. ¿Sabes cómo era tu padre? —continuó Konráð—. ¿Lo que hizo? ¿Conoces su historia? Seguro que la conoces. De lo contrario, no hubieras ido a casa de Thorson.

—Esto no tiene ningún sentido —concluyó Benjamín dándose la vuelta y caminando de nuevo hacia el Pasaje de las Sombras.

Sin moverse, Konráð lo vio alejarse apresuradamente. Le rondaba una hipótesis por la cabeza y quería ponerla a prueba con Benjamín. No sabía si funcionaría, pero quería intentarlo con el único hombre que podría confirmarla.

—En realidad, no creo que el monstruo fuera tu padre —gritó a sus espaldas.

Benjamín siguió caminando, alejándose.

—¿Me oyes? ¡No creo que el monstruo fuera tu padre!

Vio que Benjamín comenzaba a caminar más despacio hasta detenerse al llegar al otro lado de Lindargata. Permaneció inmóvil largo rato, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y la cabeza ligeramente agachada, como si meditara. Konráð lo miró y trató de imaginar la lucha que se libraba en su interior. Finalmente, Benjamín bajó los hombros en una especie de rendición y se giró con lentitud.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Creo que tu padre es inocente.

—¿Qué... por qué lo dices?

—Él no es el único involucrado en el caso —contestó Konráð—. Puede que fuera cómplice porque conocía la situación, pero no estoy seguro de que él trajera hasta aquí a Rósamunda.

Benjamín se acercó de nuevo.

—¿De qué hablas?

—De un secreto de familia. En torno a tu padre. Y a tu abuelo. La policía no sabía que se encontraban juntos de viaje en el norte cuando Hrund desapareció, esa información no se dio nunca a conocer y Thorson no lo supo hasta poco antes de morir, como tampoco se supo nunca que a Rósamunda le daba miedo vuestra casa. Si Thorson lo hubiera sabido en su momento el caso se hubiera resuelto de otra manera. Me imagino que lo que más deseaba Thorson era averiguar la verdad antes de que se le hiciera demasiado tarde. Por esa razón fue a visitar a tu padre. Por esa razón fuiste tú a casa de Thorson.

—No puedes... no tienes nada... Nada...

—Tengo suficiente —afirmó Konráð—. Suficiente para implicarte en la muerte de Thorson y suficiente para retomar el caso de Rósamunda.

—No puedes...

—Claro que puedo. Esto se ha acabado. Y lo sabes. Lo que hiciste no es propio de ti. Pero lo hiciste de todos modos y tienes que aceptarlo.

—Yo... Nosotros...

Benjamín miró a Konráð como si suplicara su comprensión. Konráð vio que ya no estaba ni enfadado ni ofendido. Su resistencia se desvanecía. Le invadía un atroz sentimiento de culpabilidad. Se vertían sobre él las consecuencias de sus actos, todo aquello que intentaba excusar y enterrar en lo más profundo de su conciencia de forma que casi parecía pertenecer a otra persona distinta a él, a su otro yo.

—Cuéntame lo que pasó —pidió Konráð—. Nunca debiste haber cargado con ese peso. Lo aceptaste por lealtad a la familia. Lo entiendo, puedo entender ese punto de vista, pero fuiste demasiado lejos. Demasiado lejos.

—Thorson quería contarle todo. No podía permitirlo. No podía hacerlo... Quizá si solo hubiera sido mi abuelo... Pero mi padre era... mi padre no era menos... Me encontré a ese anciano en la habitación de la residencia y lo eché... Hablar sobre Rósamunda y sobre que mi padre había... Yo no sabía qué debía hacer...

A Benjamín le resultaba difícil seguir hablando. Se quedó callado un momento, mirando hacia el fondo de la calle, hasta que sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a Konráð.

—Encontré esto en su apartamento —dijo—, no tuve más opción que llevármelo.

Konráð cogió la carta. Estaba dirigida a Thorson. La leyó y vio que era de su compañero, Flóvent. En ella decía que Hólmbergt era el principal punto de apoyo de la policía contra Jónatan.

—No tuve otra opción —repitió Benjamín—. No tuve otra opción...

Thorson oyó que llamaban a la puerta y salió. Al abrir, vio a Benjamín. Era poco antes del mediodía y se disponía a echarse un rato en su habitación, como solía hacer a esa hora. Lo último que esperaba era recibir visita.

—Quería disculparme por lo ocurrido en la residencia —dijo Benjamín, mucho más tranquilo, allí fuera, en el rellano—. No debería haberte reprendido ni amenazado. De pequeño me enseñaron a mostrar respeto por la gente mayor y espero que no me guardes rencor. Tus palabras me asustaron, pero mi conducta... no me honra mucho y me gustaría pedirte disculpas.

—Tan solo dije lo que considero que es la verdad —respondió Thorson.

—Desde luego, y lo entiendo. Espero que me perdones. Me gustaría llegar hasta el final de este asunto y si tienes que llamar a la policía puedes hacerlo, por supuesto. Le ofreceré toda la ayuda que esté en mis manos.

—Me alegro de oírlo.

—La verdad es que me asusté cuando... ¿Podría pasar un momento? Es un poco incómodo hablar aquí fuera, en el rellano.

—Adelante.

—Gracias. —Benjamín siguió a Thorson hasta el salón, donde tomaron asiento.

—Desgraciadamente, lo que te conté en la residencia es algo que creo que es la verdad —afirmó Thorson—. Está claro que nadie se acuerda ya de todo aquello, pero yo sí lo hago y, si mis sospechas resultan ser ciertas, habrá que volver a investigarlo desde el principio.

—Sí, obviamente, lo veo claro ahora que he pensado en ello —admitió Benjamín—. Hay que estudiar este caso, sin duda alguna. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Supongo que ya habrás hablado con la policía.

—Aún no, pero lo haré muy pronto. Sé que no te estoy dando ninguna buena noticia. Tendrás que hablar con tus hermanos o con tu madre.

—Claro, naturalmente —respondió Benjamín—. Mi padre está muy enfermo. No se enterará si este asunto del que hablas se convierte en una investigación policial. Dudo que le afecte mucho, por su estado de salud. No le queda mucho de vida. Se me había ocurrido...

—¿Sí?

—Se me acaba de ocurrir pedirte tu comprensión al respecto —solicitó Benjamín—. Si es cierto lo que dices, ¿no te parece que ya se ha hecho justicia? Él ha sufrido. Mi madre también. He pasado por un calvario al verlo caer en esta enfermedad tan espantosa, con lo fuerte y robusto que fue toda su vida.

—Quizá no estoy pensando precisamente en ese tipo de justicia —replicó Thorson—. Todo lo que dices es verdad, tu padre está gravemente enfermo, no cabe duda. Te podrá parecer extraño, pero él es el que menos me importa en todo este asunto. Me importa mucho más un hombre joven llamado Jónatan y un agente de

policía con el que yo trabajaba, Flóvent. Jónatan merece que la verdad salga a la luz. Y Flóvent hubiera querido que me encargara de recuperar su honra. En su momento suspendimos la investigación del caso cuando, precisamente, quizá teníamos que haberla iniciado. Yo me fui del país. Flóvent estaba hundido tras la muerte de Jónatan. Ambos lo estábamos. Pero aún no es tarde...

—¿Para que la verdad salga a la luz?

—Sí.

—¿No puedo hacer nada para impedirlo?

—Lo siento.

—Lo que dices me parece completamente absurdo —replicó Benjamín—. Todavía no entiendo cómo has llegado a esa conclusión. Pero es tu caso. Solo te pido que lo protejas, que protejas a los que todavía vivimos...

—No puedo hacer más que lo correcto —contestó Thorson—. Por mucho que os perjudique.

—¿Qué es lo correcto? ¿Consideras correcto arruinarnos la vida? —Benjamín vaciló antes de continuar—. Soy un hombre adinerado. Si deseas que haga algún ingreso en alguna asociación, sociedad..., alguna subvención... o, bueno, si necesitas algo...

Thorson negó con la cabeza.

—No estoy reconociendo nada —puntualizó Benjamín—. Solo sé que en cuanto esto se promulgue, si la policía lo hace público, los rumores se extenderán y será muy difícil deshacerse de los perjuicios que causen. Dirijo una empresa. Somos personas influyentes. Unas acusaciones de este tipo serían un duro golpe para nosotros.

Thorson no sabía qué responderle.

—¿Estás seguro de que fue mi padre el que le hizo eso a aquellas jóvenes? —preguntó Benjamín.

—Estoy convencido de ello y creo que una investigación minuciosa lo sacará a la luz, al menos en el caso de Rósamunda. El de Hrund es más difícil. Nunca hallaron su cadáver y es imposible saber a ciencia cierta lo que ocurrió.

—Entiendo. Está bien. Entonces supongo que dentro de unos días tendré noticias de la policía. Y perdona de nuevo mi comportamiento en el hospital, me sublevé al escuchar tus acusaciones. Espero que no me guardes rencor.

—Gracias por venir —dijo Thorson—. Y por tu comprensión. Creo que lo mejor para todos es dejar este caso concluido de una vez por todas.

—Sí, tal vez tengas razón.

Thorson quiso levantarse para acompañar a Benjamín a la puerta, pero este le pidió que no se molestara, podía ir solo. Se despidieron con un apretón de manos.

—¿Estás seguro? —preguntó Benjamín por última vez.

—Sí —respondió Thorson—. Lo siento.

—Está bien, adiós. —Benjamín se dirigió hacia la entrada.

Thorson escuchó la puerta cerrarse tras él y permaneció un rato sentado pensando

en su visita y en si verdaderamente iba a hacer lo correcto rescatando el caso del olvido e investigándolo de nuevo. Se sentía fatigado después de su viaje a la residencia y la posterior visita de Benjamín; el caso le estaba afectando más de lo que hubiera querido. Pensó en lo conveniente que resultó para Hólmbert la muerte de Jónatan. Había aprovechado la oportunidad para despistar a la policía y echar las culpas al universitario con el único fin de desviar la atención de sí mismo.

Thorson miró por la ventana que daba al jardín y decidió que acudiría con su historia a la policía en cuanto fuera posible.

Cuando entró en la habitación, cogió la fotografía de su amado, llevaba toda la vida acompañándole. Asociaba aquel objeto con tristes recuerdos, sobre cómo debían ocultarse y cómo la sociedad despreciaba a los que eran como ellos. Se había acostumbrado a guardar la fotografía en el cajón de su mesilla de noche y no pudo dejar de hacerlo aunque cambiaran los tiempos. Le recordaba el suplicio soportado, los prejuicios de los que siempre fueron víctimas. La acercó hacia él, porque cada día miraba a los ojos de su amigo y recordaba el dolor, los momentos compartidos y el amor que había perdido y llorado el resto de su vida.

Thorson notó el cansancio en todo el cuerpo, guardó la fotografía en el cajón de la mesilla y se acostó en la cama. Pensó en Rósamunda y en Benjamín, que acababa de ofrecerle dinero, y en su padre, Hólmbert, el antiguo ministro, y su abuelo, el diputado. Y, como siempre, recordó a Jónatan tirado en Laugavegur, ensangrentado, y el copo de nieve que se posaba sobre sus ojos.

¿El diputado y su hijo? ¿Conocía el diputado las acciones de su hijo? ¿Tal vez lo protegía? ¿O era el hijo quien protegía al padre?

Thorson comenzó a adormecerse.

Se despertó con la angustiosa sensación de que le costaba respirar. Al mismo tiempo, veía ante sus ojos al diputado del que Flóvent le había hablado y sabía que no era solo Hólmbert el implicado como asesino de Rósamunda sino también su padre, el diputado cuya casa atemorizaba a Rósamunda y se encontraba de viaje en el norte cuando Hrund fue víctima de la agresión. Su rango era lo bastante alto y su posición lo bastante respetable como para que nadie fuera capaz de delatarlo.

Cuando se despertó del todo Thorson supo que se estaba asfixiando, sentía una presión que hundía su cabeza en la cama. Intentó abrir la boca para tomar aire pero le invadió una espantosa sensación de ahogo. Luchó por poder respirar pero pronto se dio cuenta de que se encontraba en inferioridad de condiciones.

Benjamín miraba en silencio el hueco del portal donde Rósamunda fue hallada.

—Mi padre era cómplice —reconoció—. No fue él quien asesinó a Rósamunda, pero se encontró a mi abuelo junto a su cadáver y le ayudó a trasladarlo aquí, al Teatro Nacional. Mi padre es, en ese sentido, tan culpable como mi abuelo. Cuando la policía llegó a su casa él se encontró en un terrible dilema. Decir la verdad y acusar a mi abuelo o mentir y culpar a su amigo, que ya estaba muerto.

—Elegió mentir.

—¿Qué habrías hecho tú? ¿Qué habrías hecho en su lugar?

Benjamín rehuía la mirada de Konráð pero no apartaba sus ojos del hueco del portal, como si pudiera ver a Rósamunda en el suelo, fría y sin vida.

—Había descubierto a su padre y tuvo que vivir con ello toda su vida. Tuvo que procurar que nunca se revelara la verdad y, en realidad, nunca pudo ser libre.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por la enfermedad —admitió—. Mi padre mantuvo el secreto hasta que se le diagnosticó el alzhéimer. La enfermedad hizo que perdiera el control de aquellos recuerdos que se había visto obligado a guardar. Se le escapaban uno detrás de otro, incluidos los más dolorosos. Comenzó a contar cosas del pasado de las que nunca antes habló y, en ocasiones, apenas sabía ni que las estaba contando. Por supuesto yo conocía, igual que toda nuestra familia, la historia de Jónatan, pero nunca se hablaba de él o de lo ocurrido. Nunca. Mi padre empezó a hablar una y otra vez sobre Jónatan y se sentía muy apenado cada vez que lo mencionaba, decía que mi abuelo sacó de él unas ideas sobre elfos y supersticiones que había aprovechado para hacer algo que no se podía contar. Lloró mucho, un hombre que jamás exteriorizó sentimiento alguno. Ni que decir tiene que aquello despertó mi curiosidad y finalmente obtuve de él la verdad. Tenía ante mis ojos una tragedia familiar. La verdad sobre mi abuelo y mi padre. Y, por supuesto, otra tragedia todavía peor, las muertes de Rósamunda y de Hrund, y después la de Jónatan. Yo no sabía qué debía hacer con aquella información. De alguna manera, la situación me superaba. Me parecía que mi deber era procurar que nadie se enterase. Me daba la impresión de tener esa responsabilidad. De repente, me veía en la misma situación que mi padre. Él estuvo luchando con su conciencia todos aquellos años. Un día fui a visitarlo y me topé con un hombre de su misma edad sentado en su habitación de la residencia. Lo había averiguado todo, pero pensaba que mi padre era el culpable de los actos que en realidad cometió mi abuelo y quería abrir una nueva investigación. Más tarde fui a visitarlo a su casa. No para hacerle daño, solo para hablar con él.

—¿Era demasiado grande la tentación? ¿Si te librabas de él, dabas por cerrado el caso?

—No sé lo que me pasó —contestó Benjamín, y de pronto se le quebró la voz al pensar en sus actos. Konráð vio que contenía el llanto y miraba fijamente al hueco del

portal como si por nada del mundo se atreviera a mirar a los ojos de nadie—. Me pareció... Era mayor y me pareció que debía silenciarlo para que desaparecieran todos los problemas... Pero no funciona así. Tengo pesadillas espeluznantes... Él luchó, todo lo débil que era, y yo quise parar pero... ya estaba hecho. Fue tan rápido... tan rápido...

Benjamín suspiró pesadamente.

—Yo... quiero que esto llegue a su fin —dijo—. No quiero guardar este secreto. No quiero que mi hijo tenga que encubrirme. Quiero que esto termine.

—¿Has dicho que Hólmbert descubrió a tu padre cuando estaba con Rósamunda?

—Por lo que yo sé, mi padre se lo encontró con ella en su propia casa. Mi abuela estaba visitando a unos parientes en Stykkishólmur y, aparte de Hólmbert y mi abuelo, allí no había nadie más. Rósamunda acababa de llegar de improviso, muy alterada, para decirle a mi abuelo que se quedó embarazada de él y tuvo que abortar. Contó que había oído hablar también de otra chica y estaba segura de que también ella cayó en sus manos en el norte del país. Quería delatarlo para que todo el mundo supiera qué tipo de hombre era. No fue hasta entonces que mi padre descubrió que mi abuelo la violó.

»Un día vino con un vestido del taller y mi abuelo la invitó a pasar. De alguna manera, consiguió engañarla para que bajara al cuarto de la lavandería, donde le dio una paliza y la forzó.

»Mi padre no se enteró de la violación hasta más tarde. Mi abuelo se lo confesó todo cuando este se lo encontró unos meses después junto al cadáver de Rósamunda. Cuando mi padre se los encontró, todo había terminado. Aseguró que era espeluznante. La muchacha estaba tirada en el suelo, junto a mi abuelo. Intentó hacerla callar y, antes de darse cuenta, la había estrangulado. Le pidió a mi padre que le ayudara. Se lo ordenó, más bien. Le dijo que tenían que mantenerse unidos. El honor de la familia estaba en juego. La chica había perdido el control y él tuvo que defenderse. De inmediato, mi padre sospechó que eso mismo podía haber ocurrido tres años antes, cuando se encontraban de viaje por el norte. Una tarde a mi abuelo le sucedió algo extraño, llegó con unas marcas, o unas heridas en el cuello que él intentaba tapar. Mi padre le preguntó por ellas y él ignoró la cuestión, pero a mi padre se le quedó grabada la historia de Hrund y su desaparición. Cuando se encontró con mi abuelo y Rósamunda, comprendió la verdad. Le preguntó acerca de Hrund y mi abuelo terminó confesándole que también la agredió. Juró no haberla matado, como a Rósamunda, pero admitió su violación.

—Y la mantuvo callada con amenazas.

—Sí. Y le ordenó a su hijo, mi padre, que no lo delatara alternando ruegos lacrimosos y maldiciones. Mi padre tomó la decisión de protegerlo. Así lo hizo cada día desde entonces. Por su madre. Por su familia.

—¿Y las historias de los elfos?

—Mi abuelo era un buen conocedor de los relatos sobre los elfos y de todas esas

historias tan comunes en las creencias populares. Las conocía sobre todo a través de Jónatan. Vio que Hrund era muy receptiva a ese tipo de historias. Con Rósamunda fue diferente.

—A tu padre y a tu abuelo no les costó mucho cargarle las culpas a Jónatan.

—Fue una idea que se le ocurrió a mi padre cuando la policía les anunció su muerte. Era el principal sospechoso de aquella atrocidad pero a mi padre le pareció que, aun así, la policía seguía con dudas. Se aseguró de que se convencieran de su acusación. Solo tenía que alimentar sus sospechas sobre la culpabilidad de Jónatan. Total, ya estaba muerto. No saldría perjudicado, por así decirlo.

—¿Por qué la trajeron hasta aquí, al Teatro Nacional?

—Mi padre no fue muy claro al respecto. Quizá se les ocurrió porque se hablaba del Teatro Nacional como una especie de palacio de elfos y eso encajaba con la mentira. Mi abuelo sabía, además, que era un sitio al que las chicas iban a veces con los militares. Pensaría que tal vez fueran a echarles a ellos las culpas. Mi padre lo observó todo a distancia. Estaba ahí, en el Pasaje de las Sombras, fumando, y esperó hasta que el militar y la chica encontraron el cadáver. Entonces, desapareció.

—Y recibió una suculenta recompensa como pago por guardar silencio sobre lo ocurrido.

—Se hizo con la empresa familiar —reconoció Benjamín.

—¿Y tú? ¿No te viste en su pellejo cuando decidiste agredir a Thorson? —Benjamín no le respondió—. ¿No pensabas en ese momento en el honor de tu familia, dada la importancia que tiene?

—No podía soportar la idea de que aquel pasado se hiciera público —dijo—. Que alguien tuviera conocimiento de algo semejante acerca de nosotros. De mi padre. De mi abuelo. Aquel hombre quería acudir a la policía. Vi la oportunidad y la aproveché. No tengo excusa por lo que hice. Ninguna.

—¿Pensaste que podrías guardar ese secreto toda tu vida?

—Me veía envuelto en una situación lamentable. Tal y como se había visto mi padre antes que yo. Una situación verdaderamente lamentable.

—Supongo que ambos pudisteis haber lidiado de otro modo con ella —sugirió Konráð, y notó que sus palabras tocaban la fibra sensible de Benjamín.

Lo agarró del brazo, lo condujo hasta el coche y lo sentó en el asiento delantero. Se puso al volante y salió de Lindargata. Al pasar miró hacia su antigua casa, como hacía siempre, y continuó su camino al encuentro de Marta, que esperaba noticias suyas en la comisaría.

Konráð, Birgitta y algunos compañeros de trabajo asistieron al entierro de Thorson. Se celebró un plomizo día de lluvia en el cementerio de Fossvogur. Desde hacía muchos años tenía reservada una tumba junto al hombre que tanto amó. La ceremonia fue breve, el sacerdote pronunció unas palabras de bendición, cantaron el clásico himno fúnebre de Hallgrímur Pétursson y los empleados de la funeraria trasladaron el ataúd hasta el cementerio y lo introdujeron en la tumba.

Una de las primeras cosas que hizo Konráð tras aclararse la historia de Benjamín fue explicársela a Birgitta y describirle cómo y por qué se produjo la muerte de Thorson a manos de aquel malhechor, y la relación que guardaba con una ignominiosa historia familiar que se pretendía mantener en secreto. Le contó la suerte de Rósamunda y que la chica de Öxarfjörður nunca había sido encontrada y que difícilmente lo harían.

—Son todos culpables, tres generaciones, cada uno a su modo —resumió Birgitta, allí, junto a la tumba de Thorson—. El abuelo, su hijo y su nieto.

—Creo que Benjamín no supo qué hacer al ver aparecer a Thorson de repente, dispuesto a destapar toda su vergüenza, la del padre y la del abuelo. Dice que no acudió a su casa con la intención de matarlo. Fue una decisión repentina. Un lapsus. Pensó que el problema desaparecería con él.

—¿Y el abuelo? —preguntó Birgitta.

—Por las conversaciones mantenidas con su padre, Benjamín tenía la impresión de que su abuelo nunca mostró especial respeto hacia las mujeres. Eran otros tiempos. Los hombres se permitían más cosas. Eran tiempos extraños, además. Benjamín pensó que quizá la joven del norte y Rósamunda fueron para su abuelo una especie de símbolo de la «situación». El porqué es imposible de explicar. Tampoco sabe si hubo otras chicas antes de aquellas dos pobres que cayeron en sus garras y nunca dijeron nada.

—Stefán nunca dejó de pensar en ellas —recordó Birgitta mientras salían del cementerio caminando—. Aun después de todos estos años.

—No, nunca se sintió satisfecho —corroboró Konráð—. Nunca estuvo de acuerdo con la conclusión del caso.

Por la tarde, Beta le hizo una visita a su hermano y este le informó de todos los detalles. Ella se sentó en la cocina y escuchó su relato sin decir palabra. Cuando hubo terminado, permaneció un largo rato callada y pensativa.

—Ya me imagino que el tal Benjamín habría reaccionado mal al ponerse a hablar su padre de Rósamunda y de todo aquel secreto familiar —comentó.

—No sabía qué debía hacer —explicó Konráð—. Luego apareció Thorson y todo le estalló de repente, en las narices.

—Los trapos sucios de la familia.

—Sí.

—Y aún más siendo su padre un antiguo ministro y todo eso.

—Quería salvaguardar la reputación de su padre. De su familia.

—¿Igual que tú defiendes siempre a tu padre?

—No lo hago siempre.

—Es curiosa la manera en que él guarda relación con esta tragedia —comentó Beta.

—Sí, andaba metido en todas partes.

—Nunca olvidaré cuando mamá me dio la noticia. Que lo habían apuñalado junto al matadero y nadie sabía quién era el asesino. De algún modo, me daba igual. Es más, creo que me alegré. No lo eché de menos para nada. Se portó mal con mamá y con muchas otras personas. Mamá decía que iba encaminado a convertirte en un desgraciado como él.

—Eso no es verdad —se defendió Konráð—. Tenía sus defectos, pero también buenos momentos. Sé cómo se portó con mamá y conmigo y cómo hizo que se fuera de casa.

—Se llama violencia doméstica, Konráð. Tuvo que huir hacia el este, hasta Seyðisfjörður. Él te retuvo para vengarse de ella. ¡No era ningún alma cándida! Bebía, era violento y cometía delitos.

—Ya lo sé. Lo viví todo, igual que tú, y no estuvo bien y nunca le he perdonado por lo que le hizo a mamá.

—¿E incluso así intentas defenderlo? Siempre tratas de excusarlo. De la misma manera que hizo ese Benjamín y, antes que él, su padre.

—No es lo mism...

—Sí —replicó Beta—. ¡Los hombres sois todos iguales, unos imbéciles! Sois incapaces de enfrentaros a la verdad. No podéis, no os atrevéis.

—Relájate —pidió Konráð.

—¡Relájate tú!

Beta se levantó.

—¿Crees que alguna vez llegaremos a saber lo que ocurrió? ¿Allí, en el matadero?

Ambos se habían hecho esa pregunta una y otra vez durante años pero, con el paso del tiempo, lo que allí aconteció se desvanecía y en pocas ocasiones hablaban sobre quién habría apuñalado a su padre y por qué. Beta era mucho más rigurosa en sus juicios. Le parecía que se lo habría ganado por algún motivo. Konráð no tenía la misma opinión al respecto.

—No, no lo creo —dijo Konráð.

—Hay pocas probabilidades, a estas alturas, ¿no?

—Sí, hay pocas.

A poca distancia de la tarima del Parlamento, Flóvent miraba al recién elegido presidente de la República de Islandia mientras este pronunciaba un discurso al pueblo, que aguantaba estoicamente bajo la lluvia. La muchedumbre se distribuía alrededor de la plataforma de Þingvellir y llegaba, por un lado, hasta la falla Almannagjá y, por otro, hasta el río Öxará y se extendía hacia el lago. Miles de personas procedentes de todas las regiones se congregaban para celebrar la recién obtenida libertad, la independencia del país, la república más joven de Europa. El rey de Dinamarca había enviado un mensaje de salutación, pero no estaba conforme con tener que renunciar a una parte del país en plena guerra. La invasión en Normandía había comenzado. Llegaban noticias sobre una caída masiva de hombres aliados en las costas de Francia. Flóvent pensaba a menudo en Thorson y esperaba de todo corazón que sobreviviera a la batalla.

El discurso del nuevo presidente era arrastrado por la lluvia que caía sobre el lugar donde antiguamente se reunía el Parlamento y, aquel día, Flóvent se sentía orgulloso de ser islandés en su propio país, aunque le inquietaba el futuro. Vivían tiempos peligrosos, se desataba una guerra mundial y todavía quedaban fuerzas extranjeras en el país.

Desde su sitio, junto a la tarima, Flóvent observó al grupo de diputados sentados en los bancos situados detrás del presidente y entre ellos vio al padre de Hólmbert, con el rostro indolente, ataviado con abrigo y sombrero. Sus miradas se cruzaron por un momento y el diputado hizo hacia él un gesto de asentimiento con la cabeza.

Flóvent intentaba no pensar mucho en el caso de Jónatan, lo alejaba de su mente porque le resultaba duro y difícil. No se le daba especialmente bien. Pateó el suelo con los pies, contempló el lago en la distancia y rememoró a dos muchachas, una en un portal del Teatro Nacional y la otra en el acantilado de Dettifoss. Parecía como si quisieran pedirle que no las olvidara; todo lo contrario, que velara por ellas y las cuidara como si fueran las joyas más preciadas de aquella nación recién nacida.

En un lugar remoto existe una profunda grieta excavada en la lava en cuyo interior reinan la oscuridad eterna y el frío y en donde no se escucha el denso murmullo de la cascada. La grieta se estrecha conforme se hace más profunda, sus ásperas paredes son escarpadas y peligrosas y a sus entrañas no pueden acceder ni zorros ni cuervos. En sus muros de piedra crecen helechos y musgo, y bajo ellos discurre lentamente el agua de un manantial que brota de unas fuentes cercanas y transforma la grieta en un fantástico palacio de hadas cuando cae la helada y sus paredes se tapizan de hielo. En sus profundidades impera un silencio gélido que ni el soplo del viento ni el canto de las aves pueden romper, y que asegura el sueño de la desdichada doncella que se hospeda en el palacio de los elfos.



ARNALDUR INDRIDASON (Reikiavik, Islandia, 28-01-1961). Escritor islandés, hijo del también escritor Indriði G. Þorsteinsson.

Licenciado en historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Ha trabajado, durante veinte años, principalmente para Morgunbladid, el diario más importante de Islandia. Vive con su mujer y sus tres hijos en Reikiavik. Sus novelas policíacas han sido publicadas en doce idiomas y más de veinte países.

Se hizo famoso al crear en 1997 al inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Solitario y deprimido, tiene una hija drogadicta a la que sólo habla cuando no puede escucharle. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante. Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck.

Logró The Gold Dagger Award, el premio más importante de novela negra en el mundo anglosajón por *La mujer de verde* (*Silencio Sepulcral*), así como el Glasnyckeln (Glass Key o Llave de cristal) a la mejor novela negra nórdica con *La mujer de verde*, y por *Las marismas*. Además ha recibido el Premio de la Crítica Francesa a la mejor novela negra por *Las marismas*.

Pasaje de las Sombras, su última novela, ha sido galardonada con el VII Premio RBA de Novela Negra, 2013.